

GRANSUPER&FICCION

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1970-1972

SAMUEL R. DELANY
FRITZ LEIBER
THEODORE STURGEON
POUL ANDERSON
LARRY NIVEN



Lectulandia

Cuarto volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen los seis relatos ganadores, entre los años 1970 y 1972, presentados individualmente por Isaac Asimov.

Lectulandia

AA. VV.

Los premios Hugo 1970-1972

Gran Super Ficción - 11

ePub r1.0

Titivillus 31.07.16

Título original: *The Hugo Winners*

AA. VV., 1977

Traducción: Miguel Giménez Sales & José Antonio Bravo & Jordi Fibla & José María Aroca & Francisco Blanco

Ilustración cubierta: Tony Roberts/Thomas Schlück

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Sharon Jarvis y Cathleen Jordan
por su ayuda y, especialmente, por toda
su colaboración.*

Contenido

La cuarta vez, por Isaac Asimov

1970: 28ª CONVENCIÓN, HEIDELBERG

El tiempo considerado como una espiral de piedras semipreciosas (*Time Considered as a Helix of Semi-Precious Stones*, 1969), por Samuel R. Delany (cuento corto)

Nave de sombras (*Ship of Shadows*, 1969), por Fritz Leiber (novela corta)

1971: 29ª CONVENCIÓN, BOSTON

Aciago encuentro en Lankhmar (*Ill Met in Lankhmar*, 1969), por Fritz Leiber (novela corta)

Escultura lenta (*Slow Sculpture*, 1970), por Theodore Sturgeon (cuento corto)

1972: 30ª CONVENCIÓN, LOS ÁNGELES

La reina del aire y la oscuridad (*The Queen of Air and Darkness*, 1971), por Poul Anderson (novela corta)

Luna inconstante (*Inconstant Moon*, 1971), por Larry Niven (cuento corto)

La cuarta vez

Permítanme, Amables Lectores, explicarles un par de cosas acerca de estas antologías, con lo que les haré depositarios de mis confidencias (según mi costumbre), sin ocultarles nada. Observarán que los volúmenes de Los premios Hugo se han publicado muy espaciadamente. ¿Por qué no se publican volúmenes anuales, como se hace, por ejemplo, con los que ganan el premio Nebula? Existen varias explicaciones^[1].

1. Ni a mi editor ni a un servidor se nos ocurrió hacerlo. Al principio no soñábamos que el apetito de los lectores por las antologías fuese tal que nos viésemos obligados a editar una cada año, especialmente a causa de que, a fin de engrosar el volumen, no tendríamos más remedio que incluir obras presentadas y no premiadas, como sucede en el caso de los premios Nebula.

2. Los Nebula son editados cada año por un editor distinto. (Yo edité el volumen octavo en 1973.) Esto significa que ningún editor necesita ser mutilado intelectualmente o destrozado literariamente más de una vez. (¿Saben lo difícil que resulta tratar con los autores premiados? Ninguno de ellos es tan blando y amable como yo.) Para las antologías de los premios Hugo, sin embargo, no es posible pensar en ningún otro editor, aparte de mí (al menos, no se me ocurre ninguno), por lo que debo racionarme cuidadosamente. Como yo (a pesar de las apariencias) no soy un superhombre, únicamente puedo realizar la edición de cuando en cuando.

3. Además, así funciona. Como los volúmenes de los ganadores del Hugo aparecen sólo muy esporádicamente, el público, loco, pirrado por ellos, los adquiere en grandes cantidades durante un largo período de tiempo. Ni mi editor, ni un servidor, ni los autores presentados en estos volúmenes estamos interesados en compensaciones financieras, ya que estamos muy por encima de esas mezquindades, pero sí obtenemos un gran placer espiritual al satisfacer las apetencias del Amable Lector.

Vamos a un segundo punto. Cuando edité el primer volumen me hallé ante la obligación de escribir introducciones a cada una de las narraciones y a los volúmenes en su conjunto. La norma usual de tales introducciones ha sido siempre

escribir un fragmento filosófico como prólogo general y otros servilmente aduladores, alabando cada relato, como introducciones especiales.

Yo no podía obrar de este modo. Por un lado, no era yo sino el lector quien seleccionaba las narraciones, por lo que no puedo ni debo alabarlas. Esto es aún más cierto cuando no estoy de acuerdo con las decisiones de los lectores... si no resulta premiado uno de mis relatos. En esos casos debo portarme deportivamente y fingir que no experimento el menor desprecio por la flagrante falta de justicia, cosa que sólo puedo hacer si no hablo en absoluto de una narración.

Tampoco me siento inclinado a alabar a los autores, puesto que cuando este asunto empezó yo no había ganado ningún Hugo, por lo que me hallaba justamente indignado contra todos los que habían perpetuado esta injusticia aceptando tales premios. Así que, en cambio, aproveché la oportunidad que me brindaban las introducciones generales para denunciar a la Administración, y usé las introducciones particulares para insultar a los autores.

Esto funcionó, e hizo que me sintiera mucho mejor.

Continué de este modo en el segundo y tercer volúmenes, si bien con mucha más dificultad.

En los viejos tiempos, yo estaba completamente inmerso en la ciencia ficción, que era un campo literario más bien pequeño. Esto significaba que yo conocía personalmente a todos los autores; todos éramos compañeros de convención; todos nos emborrachábamos juntos (no, yo no me emborrachaba porque no lo necesito: ya nací borracho). Por tanto, cuando tenía que escribir una introducción para uno de esos queridos amigos, poseía ya terribles dardos y degradantes anécdotas acerca de ellos.

Lamentablemente, las cosas han cambiado.

Por un lado, aunque he mantenido mi contacto con la ciencia ficción, aunque escribo relatos y artículos para revistas e incluso he fundado una nueva, titulada Isaac Asimov's Science Fiction Magazine (editada por Davis Publications y supervisada por George Scithers), debo reconocer que otras actividades ocupan gran parte de mi tiempo. Por otro lado, el número de nuevos escritores de talento aumenta año tras año, y la mayoría de ellos son completamente desconocidos para mí.

No puedo zaherir salvajemente a los extraños. Para eso ya están los amigos.

Temo, por consiguiente, que en algunos casos me hallarán desusadamente amable con un autor. Tal vez llegue a hablar de otro tema y no de su narración. Incluso, totalmente desesperado, puedo llegar a violar mi bien conocida modestia y hablar de mí mismo.

ISAAC ASIMOV

1970

28ª Convención
Heidelberg

El tiempo considerado como una espiral de piedras semipreciosas

Samuel R. Delany

Samuel R. Delany lleva ya algunos años publicando ciencia ficción, y en lugar de pasar por un aprendizaje decente (yo fui casi un esclavo durante trepecientos años antes de que alguien tropezara conmigo y exclamase: «¿Qué es esto?»), empezó inmediatamente a llamar la atención.

Eso es suficiente para despertar el odio de cualquier persona incompetente, decente y muy trabajadora.

¿Qué más puedo decir de él? Posee unas facciones finamente cinceladas, y ocasionalmente se deja barba. No quiero decir una barba; quiero decir una barba. Deja que le crezca por todas partes sin previo aviso. Un día no lleva barba y está tan recién afeitado como un héroe de anuncio; y al día siguiente semeja el interior de un colchón relleno de pelo de caballo.

Asegura que la barba le mantiene la cara caliente en invierno.

Asimismo, no hay que llamarle Sam. No responde por Sam. Si alguien le llama Sam, puede volverse Sam Moskowitz y entonces ese alguien lo sentiría. A Samuel R. Delany hay que llamarle «Chip». Por favor, no me pregunten por qué, pues no lo sé.

De todos modos, hay algo que me resulta penoso, si bien deseo mencionarlo. Durante años, los escritores de ciencia ficción hemos formado bandas de hermanos y hermanas; hemos penetrado en ese campo literario como en el de nuestra especialidad. Era «lo nuestro», lo que hacíamos nosotros. A menudo, si poseíamos bastante impulso, nos graduábamos en campos más amplios, pero incluso así (como es mi caso), tardábamos lo suficiente como para saber que la ciencia ficción era nuestro hogar, nuestro único hogar literario, por más que deambulásemos por otros palacios dorados.

Sin embargo, ha llegado el día en que los escritores, sin experimentar necesariamente una identificación con ese campo, se dedican a escribir ciencia ficción a causa de la libertad que les concede, así como por la oportunidad de especular y experimentar más allá de lo que es posible en otro género.

¿Se consideran a sí mismos escritores de ciencia ficción? ¿Es éste su hogar... o sólo una habitación de hotel?

Por ejemplo, me lo pregunto acerca de Chip. Llegó a la cumbre con tanta facilidad que tal vez no ha tenido la sensación de subir. La próxima vez que le vea le preguntaré si...

Establezcan un sistema de coordenadas en el siglo. Luego seleccionen un cuadrante. El tercero, si son tan amables, ya que nací en el cincuenta, y estamos en el setenta y cinco.

A la edad de dieciséis años pude por fin abandonar el orfanato. Arrastrando el nombre que me habían adjudicado, Harold Clancy Everet (yo era apenas un muchacho; cuántos apodosos he tenido desde entonces...), sobre las colinas de East Vermont, tomé una decisión.

Yo y Pa Michaels, quien me había dado a regañadientes un empleo a petición del *Documento oficial* con el que el orfanato despacha a sus pupilos, atendíamos la granja de Pa Michaels: trece mil trescientas sesenta y dos Guernseys moteadas, todas dormidas en sus immaculados ataúdes, alimentadas y drogadas mediante un líquido rosado que fluía por unos tubos de plástico transparente (esa porquería era muy pegajosa, y ensuciaba las manos). A fin de que no se atrofiaran, hacíamos vibrar sus músculos mediante unos pulsadores eléctricos, y en cuanto a la leche, iba a parar a unas grandes cisternas de acero inoxidable.

Respecto a la Decisión..., una tarde, mientras me hallaba en el campo, agotado tras tres horas de duro trabajo físico y contemplando la maquinaria del universo a través de la niebla de fatiga, se me ocurrió que, con toda la Tierra, y Marte, y los Satélites Exteriores, llenos de gente y de muchas cosas, tenía que haber algo más que lo que yo estaba viviendo. Y decidí obtener algo de aquello.

De modo que robé un par de tarjetas de crédito de Pa, uno de sus helicópteros y una botella de aguardiente blanco que fabricaba el propio granjero, y me largué. ¿Han intentado alguna vez aterrizar sobre el tejado de la Pan Am con un helicóptero robado y completamente borrachos? La cárcel y algunos golpes realmente duros me enseñaron a vivir. Pero no olviden que hace menos de diez años trabajaba honradamente tres horas diarias en una granja. Y que desde entonces nadie ha vuelto a llamarme Harold Clancy Everet.

Hank Culafoy Eckles (pelirrojo, de aspecto algo indefinido, y metro ochenta y cinco de estatura) salió del cuarto de equipajes del espaciopuerto llevando un montón de cosas que no eran suyas en un pequeño maletín.

A su lado, el Hombre de Negocios estaba diciendo:

—Ustedes, los jóvenes, me desconciertan. Regrese a Bellona, digo yo. Por el simple hecho de haber tenido dificultades con aquella rubia no creo que haya motivo para ir saltando de un mundo a otro. ¡Renunciar a su empleo!

Hank se detuvo y sonrió débilmente.

—Bueno... —empezó.

—Admito que ustedes, los jóvenes, tienen sus necesidades, que tal vez los viejos no acabemos de comprender, pero de todos modos hay que tener cierto sentido de la responsabilidad... —Se dio cuenta de que Hank se había detenido ante una puerta con la indicación de CABALLEROS—. ¡Oh! Bien, me ha alegrado mucho conocerle, Hank. Siempre es agradable encontrar a alguien con quien vale la pena hablar: ¡Hasta la vista!

Por aquella misma puerta, diez minutos más tarde, salió Harmony C. Eventide, metro ochenta de estatura (uno de los tacones postizos estaba rajado, de modo que oculté los dos debajo de un montón de toallas de papel), pelo castaño (ni siquiera mi peluquero me reconocería, desde luego), muy apuesto y muy de su época, ataviado con el mal gusto que resultaba de tan buen gusto. Un tipo de hombre con el que ningún Hombre de Negocios iniciaría una conversación. Tomó el helicóptero desde el espaciopuerto hasta la Gran Estación Central, y echó a andar a lo largo de la calle Cuarenta y Dos en dirección a la Octava Avenida, con un montón de cosas que no eran suyas en un pequeño maletín.

El atardecer estaba cincelado de luz.

Crucé el pavimento de plastiplex del Gran Camino Blanco —pensaba que la gente tenía un aspecto muy raro, con toda aquella luz blanca debajo de sus barbillas —, codeándome con la multitud que subía en los ascensores del Metro, del sub-Metro y del sub-sub-Metro (a los dieciocho años, al salir de la cárcel, había andado por aquí, birlándole cosas a la gente, con mucha limpieza, eso sí), abriéndome paso por entre un grupo de muchachas ataviadas con blusas de plástico transparente. Las muchachas eran muy jóvenes, y no pude evitar pensar que cuando yo tenía su edad estaba en una maldita granja...

La cinta de luces en lo alto de la estructura triangular de Communication, Inc., explicaba en inglés básico que la Senadora Regina Abolafia se disponía a iniciar su investigación sobre el Crimen Organizado en la Ciudad. Por mi parte, no sabría expresar lo feliz que me sentía al estar tan desorganizado.

Cerca de la Novena Avenida entré con mi maletín en un bar amplio y atestado. Hacía dos años que no había estado en Nueva York, pero en mi último viaje solía encontrar en aquel local a un hombre que tenía verdadero talento para disponer de un modo provechoso y seguro de cosas que no eran mías. Ignoraba qué posibilidades había de que le encontrara. Me abrí paso por entre un grupo de individuos que bebían cerveza. Humo y ruido. No me gustaba aquel tipo de sitios. Los clientes más jóvenes

que yo eran todos drogados o imbéciles. Los más viejos sólo deseaban que llegaran muchos más jóvenes. Me acerqué al mostrador y traté de llamar la atención de uno de los camareros.

La ausencia de ruido detrás de mí me impulsó a volver la cabeza...

Ella llevaba un vestido de gasa cerrado en el cuello y en las muñecas con enormes broches de latón (de un buen gusto que rozaba las fronteras del mal gusto); su brazo izquierdo estaba desnudo; el derecho aparecía cubierto de gasa color vino. Un atuendo completamente fuera de lugar en aquel local. La gente lo estaba pasando en grande haciendo como que no veía nada.

La mujer señaló su muñeca, apuntando con una uña color sangre a un fragmento amarilloanaranjado en el cierre de su brazaletes de latón.

—¿Sabe usted lo que es esto, señor Eldrich? —preguntó.

Al mismo tiempo, se entreabrió el velo que le cubría el rostro; sus ojos eran de hielo; sus cejas, negras.

—¿Jaspe? —inquirí.

Ella esperó que yo dijera algo más; yo esperé que ella me diera motivo para decir que sabía lo que ella estaba esperando. (Cuando estaba en la cárcel, mi autor preferido era Henry James. De veras.)

—Jaspe —confirmó ella.

—Jaspe... —repetí, abriendo de nuevo la ambigüedad que ella había tratado de cerrar.

—Jaspe...

Pero ella tartamudeaba ya, sospechando que yo sospechaba de ella.

—De acuerdo. Jaspe.

Sin embargo, por la cara que puso, supe que había visto en la mía una expresión que le había revelado finalmente que yo sabía que ella sabía que yo sabía.

—¿Con quién me ha confundido usted, señora?

Jaspe, este mes, es la Palabra.

Jaspe es la consigna en clave que los Cantantes de las Ciudades (los cuales, el mes pasado, cantaban *Ópalo*; en Marte oí la Palabra y la utilicé tres veces, para afirmar la posesión de algo que en realidad no era mío; e incluso aquí estudio a los Cantantes y a sus canciones) hacen circular en beneficio de la hermandad de granujas con la cual he estado involucrado (bajo diversos disfraces) estos nueve años. La Palabra es cambiada cada treinta días, y al cabo de unas horas todos los hermanos la conocen, en más de media docena de mundos. Por regla general te la susurra el tipo empapado en sangre que se tambalea en tus brazos y que ha salido de un portal oscuro; te la murmuran cuando pasas por una calle en sombras; o aparece garabateada en un papel que te deja en la mano alguien que se mueve con demasiada rapidez por entre la multitud. Y este mes la Palabra era Jaspe.

Aquí van algunas de las posibles traducciones:

¡Socorro!

o

Necesito ayuda.

o

¡Yo puedo ayudarte!

o

¡Te están vigilando!

o

¡Ahora no te vigilan: huye!

Punto final de sintaxis: si la palabra es utilizada adecuadamente, uno no tiene que pensar nunca dos veces lo que significa en una determinada situación. Advertencia final: no hay que confiar nunca en alguien que la utilice de un modo inadecuado.

Esperé a que la mujer terminara de esperar.

Entonces, ella abrió una cartera delante de mí.

—Jefe del Departamento de Servicios Especiales Maudline Hinkle —leyó, sin mirar lo que decía debajo del emblema plateado.

—Me parece muy bien, Maud. —Luego fruncí el entrecejo—. ¿Hinkle?

—Soy yo.

—Sé que no va a creer esto, Maud. Parece usted una mujer que no tiene paciencia con sus propios errores. Pero mi nombre es Eventide, no Eldrich. Harmony C. Eventide. ¿No es una suerte para todos que la Palabra cambie esta noche?

Tal como iban las cosas, la Palabra no era ningún secreto para los polizontes. Pero yo me he encontrado con policías que una semana después del cambio no estaban enterados.

—De acuerdo, Harmony. Quiero hablar con usted.

Levanté una ceja.

Ella levantó otra y dijo:

—Mire, si desea que le llamen Henrietta, a mí no me importa. Pero debe escucharme.

—¿De qué quiere hablarme?

—Del Crimen, señor...

—Eventide. Voy a llamarla a usted Maud, de modo que puede llamarme Harmony. Es mi verdadero nombre.

Maud sonrió. No era una mujer joven. Creo que incluso le llevaba unos años al Hombre de Negocios. Pero utilizaba el maquillaje mejor que él.

—Probablemente sé más acerca del crimen que usted —dijo ella—. En realidad, no me sorprendería que ni siquiera hubiese oído hablar de mi rama del departamento de policía. ¿Qué significan para usted los Servicios Especiales?

—Está usted en lo cierto, nunca he oído hablar de ellos.

—Durante los últimos siete años ha estado usted eludiendo alegremente al Servicio Ordinario.

—¡Oh, Maud! En realidad...

—Los Servicios Especiales están reservados para los individuos cuya curva de peligrosidad ha experimentado un brusco ascenso..., lo suficientemente brusco como para que nuestras lucecitas empiecen a parpadear.

—Seguro que no he hecho nada tan terrible como para justificar...

—Nosotros no miramos lo que usted hace, una computadora nos ahorra ese trabajo. Nos limitamos a revisar continuamente la curva que lleva su número. Y está ascendiendo peligrosamente.

—Ni siquiera la dignidad de un hombre...

—Somos el departamento más eficiente de la Organización Policial. Tómelo como una bravata, si quiere. O como una simple información.

—Bueno, bueno —dije, conciliador—. ¿Un trago?

El hombre de la chaqueta blanca nos sirvió dos. Pareció algo intrigado ante el aspecto finolis de Maud, pero pasó a atender a otros clientes.

—Gracias. —Maud vació la mitad de su vaso como alguien más robusto de lo que aquella muñeca daba a entender—. No vale la pena perseguir a la mayoría de los delincuentes. Los grandes chantajistas, por ejemplo, tales como Farnesworth, El Halcón, Blavatskia... Y los pequeños carteristas, revientapuertas o viceempresarios. Situados en lo más alto y en lo más bajo de la escala, sus ingresos son bastante estables. No representan un verdadero trastorno para la nave social. El Servicio Ordinario les maneja bien. Ellos creen que hacen un buen trabajo. Y nosotros no queremos discutir. Pero supongamos que un modesto carterista empieza a convertirse en un gran estafador; eso plantea problemas con desagradables repercusiones sociales. Y ahí es donde entran en escena los Servicios Especiales. Tenemos un par de técnicas que funcionan muy bien.

—Va usted a hablarme de ellas, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Maud—. Por ejemplo, están los archivos de información holográfica. ¿Sabe usted lo que ocurre cuando se corta por la mitad una placa holográfica?

—Supongo que la imagen tridimensional queda cortada por la mitad.

Maud meneó la cabeza.

—Nada de eso. Se obtiene la imagen entera, sólo que más borrosa, ligeramente desenfocada.

—No lo sabía...

—Y si vuelve a cortarse por la mitad, queda un poco más borrosa, simplemente. Pero aunque sólo quede un centímetro cuadrado del holograma original, se tiene la imagen completa, desfigurada pero completa.

Emití un murmullo admirativo.

—Cada uno de los puntos de emulsión fotográfica sobre una placa holográfica, al contrario de lo que ocurre con una fotografía, proporciona información sobre toda la escena holografiada. Por analogía, el archivo de información holográfica significa sencillamente que cada uno de los fragmentos de información que poseemos, acerca

de usted, por ejemplo, se refiere a toda su carrera, a su situación general, a la serie completa de tensiones existentes entre usted y su entorno Dejamos para el Servicio Ordinario los hechos específicos acerca de delitos específicos. Pero cuando disponemos de datos suficientes, nuestro método es mucho más eficaz para averiguar, e incluso predecir, dónde está usted o qué puede estar haciendo.

—Fascinante —dije—. Uno de los síndromes paranoicos más asombrosos que me he echado nunca a la cara. Me refiero a iniciar una conversación con alguien en un bar. A menudo me he tropezado con desconocidos...

—En su pasado —afirmó Maud fríamente— veo vacas y helicópteros. En su futuro, no muy lejano, hay helicópteros y halcones.

—Y dígame, oh, Buena Bruja del Oeste, ¿cómo...?

Me interrumpí, sobresaltado, porque nadie podía estar enterado de mi asunto con Pa Michaels. Ni siquiera los agentes del Servicio Ordinario que me detuvieron en el tejado del edificio de la Pan Am habían conseguido arrancarme una sola palabra. Cuando vi que me esperaban me tragué las tarjetas de crédito, y los números de serie habían sido borrados de todos los lugares que podían llevar un número de serie, por alguien más competente que yo: Pa Michaels se había jactado delante de mí, una noche que estaba borracho, de que en New Hampshire le habían «arreglado» el helicóptero de modo que nadie pudiera identificarlo.

—Pero ¿por qué me está diciendo todo esto? —inquirí tratando de disimular mi ansiedad.

Maud sonrió, y su sonrisa quedó difuminada detrás de su velo.

—La información sólo tiene significado cuando es compartida —dijo una voz que era la suya desde el lugar que ocupaba su rostro.

—Mire, yo...

—Usted puede recibir muy pronto una buena suma de dinero. Si puedo calcular correctamente, tendré un helicóptero preparado para llevármelo a usted en el momento en que vaya a recibirlo. Esto es una pequeña información...

—¡Oiga, Maud!

—Haga el uso que quiera de ella.

El bar estaba atestado, de modo que moverse rápidamente suponía crearse enemigos. El caso es que perdí a Maud y me creé enemigos. Había algunos personajes raros, con cabellos grasientos que colgaban en trenzas; tres de ellos tenían dragones tatuados en sus huesudos hombros, otro llevaba un parche en un ojo, y otro esgrimía unas uñas negras que dejaron su huella en mi mejilla; algunas de las mujeres estaban gritando. Embestí y golpeé, y luego el tono del barullo cambió. Alguien cantó «¡Jaspe!» en la forma correcta. Y eso significaba que el «calor» (el Servicio Ordinario al que yo había estado eludiendo los últimos siete años) estaba en camino. Me escabullí como pude, sin más heridas que las que podía haberme producido al

afeitarme. La lucha se había desintegrado en varios grupos. Salí de uno para tropezar contra otro que, como pude comprobar un momento después, no era más que un anillo de gente alrededor de un tipo que al parecer había resultado seriamente lesionado.

Alguien estaba echando a la gente hacia atrás.

Otro estaba volviendo al herido boca arriba.

Enroscado en un charco de sangre se hallaba el hombre al que no había visto en dos años y que me ayudaba a librarme de las cosas que no eran mías.

Procurando no golpear a la gente con mi maletín, me abrí paso a codazos. Al ver al primer polizonte ordinario, fingí que me había acercado al grupo para curiosear simplemente.

Dio resultado.

Salí a la Novena Avenida y eché a andar con un paso que resultaba rápido sin llamar la atención.

—¡Eh, un momento! ¡Espera!

Reconocí la voz (incluso al cabo de dos años, la reconocí), pero continué mi marcha.

—¡Espera! ¡Soy yo, Halcón!

Me detuve.

Ustedes no han oído su nombre todavía en este relato. Maud había mencionado a El Halcón, un gángster multimillonario que opera en un sector de Marte en el cual no he estado nunca (aunque extiende sus tentáculos en operaciones ilegales por todo el sistema). Aquel tipo era alguien completamente distinto.

Retrocedí tres pasos en dirección al portal.

Allí me encontré con una risa juvenil.

—¡Vaya, hombre! Parece como si hubieras hecho algo que no debieras.

—¿Halcón? —le pregunté a la sombra.

Estaba aún en la edad en que un par de años de ausencia representaban tres centímetros más de estatura.

—¿Todavía rondas por aquí? —le pregunté.

—A veces.

Era un chico sorprendente.

—Mira, Halcón, voy a largarme de aquí.

Miré hacia atrás; el jaleo continuaba.

—De acuerdo. —Dio un paso adelante—. ¿Puedo ir yo también?

Una pregunta absurda.

—Desde luego. Vamos.

A la luz de un farol, media manzana más allá, vi que sus cabellos continuaban siendo de un rubio ceniza. Llevaba una chaqueta negra y sucia, sin camisa debajo de

ella, y unos tejanos negros, también muy sucios; iba descalzo. Cuando llegamos a la esquina, levantó hacia mí sus ojos verdes y me dirigió una amistosa sonrisa. Por si no le han reconocido ustedes, el que andaba a mi lado junto al río Hudson era Halcón el Cantante.

—¿Cuánto hace que has regresado? —me preguntó.

—Unas horas.

—¿Qué has traído?

—¿De veras quieres saberlo?

Hundió las manos en los bolsillos y asintió con la cabeza.

—Desde luego.

Emití el chasquido de un adulto exasperado por un chiquillo.

—De acuerdo —dije. Habíamos estado andando a lo largo del muelle; no había nadie a la vista—. Siéntate.

De modo que se instaló en el borde del muelle, con un pie colgando sobre el negro Hudson. Me senté frente a él y deslicé el pulgar por el lateral de mi maletín.

Halcón se inclinó hacia mí.

—¡Vaya! —Sus ojos verdes me interrogaron—. ¿Puedo tocarlo?

Me encogí de hombros.

—Adelante.

Escarbó con unos dedos que eran todo nudillos y uñas mordidas. Cogió dos, los soltó, cogió otros tres.

—¡Vaya! —susurró—. ¿Cuánto vale todo eso?

—Diez veces más de lo que espero conseguir. Y he de librarme de ellos rápidamente.

Halcón contempló su pie colgante.

—Siempre te queda el recurso de echarlos al río.

—No seas imbécil. Estaba buscando a un tipo que solía acudir a aquel bar. Era muy eficiente.

El muchacho emitió un murmullo en la oscuridad.

—Pero esta noche no está en forma —continué—. Un chasco para mí. No creí que pudiera hacerse cargo de todo, pero al menos podría haberme presentado a alguien que se quedara la mercancía.

Halcón se irguió ligeramente.

—Esta noche voy a asistir a una fiesta —dijo—. Creo que allí podrías venderlo. Alexis Spinnel da una fiesta en honor de Regina Abolafia en la Cumbre de la Torre.

—¿En la Cumbre de la Torre?

Había transcurrido mucho tiempo desde que iba por allí con Halcón. La Cocina del Diablo a las diez; la Cumbre de la Torre a medianoche...

—Voy a ir porque Edna Silem estará allí.

Edna Silem era la decana de las Cantantes de Nueva York.

El nombre de la Senadora Abolafia había discurrido por delante de mis ojos en lo

alto del edificio de Communication, Inc. Y en alguna de las revistas que había ojeado mientras regresaba de Marte recordaba haber leído el nombre de Spinnel asociado con un fabuloso montón de dinero.

—Me gustaría ver a Edna otra vez —dije—. Pero ella no se acordará de mí.

La gente como Spinnel y su clase social se dedica a un pequeño juego, como había descubierto durante la primera época de mi relación con Halcón. El que consigue reunir más Cantantes de la Ciudad bajo un mismo techo gana. Hay cinco Cantantes de Nueva York (un empate para el segundo puesto con Lux, de Iapetus). Tokio va en cabeza, con siete.

—¿Es una fiesta con dos Cantantes? —inquirí.

—Probablemente con cuatro... si voy yo.

Al baile inaugural del mandato del alcalde habían asistido cuatro.

Enarqué una ceja.

—Tengo que recoger la Palabra de Edna —dijo Halcón—. Esta noche cambia.

—De acuerdo. No sé qué te traes entre manos, pero voy a jugar.

Cerré el maletín.

Retrocedimos en dirección a Times Square. Cuando llegamos a la Octava Avenida y al primero de los pavimentos de plastiplex, Halcón se detuvo.

—Espera un momento —dijo. Luego se abotonó la chaqueta hasta el cuello—. Vamos.

Andar por las calles de Nueva York con un Cantante (dos años antes había pasado mucho tiempo preguntándome si era prudente para un hombre de mi profesión) es probablemente el mejor camuflaje posible para un hombre de mi profesión. Piensen en la última vez que vieron a su estrella favorita doblando la esquina de la calle Cincuenta y Siete. Sean sinceros: ¿reconocerían al tipo de la chaqueta de lana que andaba medio metro detrás de él?

La mitad de las personas con las cuales nos cruzamos en Times Square reconocieron a Halcón. Con su atavío fúnebre, sus pies negros y su cabello rubio ceniza, era indiscutiblemente el más espectacular de los Cantantes. Sonrisas; ceños fruncidos; muy pocos señalando o mirando fijamente, en realidad.

—Concretemos: ¿quién habrá allí que pueda hacerse cargo de esta mercancía?

—Bueno, Alexis se jacta de ser un aventurero. Es posible que su fantasía se sienta excitada. Y él puede darte más de lo que conseguirías vendiéndolo a hurtadillas en la calle.

—¿Le dirás que se trata de una mercancía peligrosa?

—Eso hará que la idea le parezca mucho más interesante. Es un tipo retorcido.

Bajamos al sub-Metro. El hombre de la taquilla empezó a tomar la moneda de manos de Halcón, luego alzó la mirada. Inició tres o cuatro palabras que resultaban ininteligibles a través de su sonrisa y nos hizo un gesto para que pasáramos.

—¡Oh! —dijo Halcón—. Muchas gracias.

Habló en tono de maravillada sorpresa, como si fuera la primera vez que le

ocurría algo semejante. Dos años antes me había dicho: «En cuanto dé a entender que espero que suceda, dejará de ocurrir». Yo estaba impresionado aún por su modo de «llevar» la celebridad. (Cuando conocí a Edna Silem y le hablé de ello, me dijo, con la misma ingeniosidad: «Precisamente por eso nos han elegido».)

En el cromado vagón nos sentamos en el asiento más largo. Halcón mantenía las manos pegadas a los costados, un pie reposando sobre el otro. Delante de nosotros, un grupo de jovencitas que mascaban chicle y llevaban unas espectaculares blusas transparentes dejaron oír unas risitas, y señalaron disimuladamente. Halcón no las miró.

Del vagón al ascensor.

Arriba de nuevo.

En la calle lloviznaba.

—De haber sabido que iba a acompañarme alguien, le hubiese dicho a Alex que nos enviara un automóvil. Le dije que había tantas probabilidades de que fuera como de lo contrario.

—Entonces, ¿crees que será oportuna mi presencia allí?

—¿No estuviste ya una vez conmigo?

—Estuve allí incluso antes de ir contigo. Pero sigo pensando...

Halcón me dirigió una mirada burlona. Bueno, Spinnel estaría encantado de recibir a Halcón en su fiesta, aunque se presentara con toda una pandilla de forajidos; los Cantantes son famosos por ese tipo de cosas. Con un ladrón más o menos presentable, Spinnel no tendría nada que objetar.

No tardamos en llegar a la Torre. Un edificio inmenso, que amenazaba a las nubes más bajas.

—Halcón el Cantante —murmuró Halcón al micrófono instalado a un lado de la verja.

Se oyó un *clang*. Echamos a andar por el sendero hacia las puertas de cristal.

En el centro del vestíbulo había un grupo de hombres y mujeres vestidos de etiqueta. Nos vieron de lejos y fruncieron el ceño ante el aspecto del tipo que se acercaba a ellos. (Por un instante, creí que una de las mujeres era Maud, debido a que llevaba un vestido de gasa; pero volvió la cabeza: debajo de su velo, su cara era tan oscura como el café tostado.) Uno de los hombres reconoció a Halcón y dijo algo a los demás. Cuando pasamos por delante de ellos estaban sonriendo.

Halcón les dedicó la misma atención que había dedicado a las chicas del sub-Metro. Pero, unos pasos más adelante, susurró en mi oído:

—Uno de esos tipos se te ha quedado mirando.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿Sabes por qué?

—Estaba tratando de recordar dónde y cuándo nos habíamos visto antes.

—¿Le habías visto tú?

Asentí.

—En el mismo lugar donde te conocí a ti, cuando acababa de salir de la cárcel. Ya te he dicho que había estado aquí antes de venir contigo.

—¡Oh!

Una alfombra azul cubría las tres cuartas partes del vestíbulo. El resto estaba ocupado por una piscina, rodeada por unos trípodes en lo alto de los cuales llameaban unos braseros. El techo y las paredes estaban alicatados con pequeños espejos.

La puerta del ascensor plegó alrededor de nosotros sus dorados pétalos. Experimenté la sensación de que no nos movíamos mientras setenta y cinco pisos iban quedando debajo de nosotros.

La terraza era un inmenso jardín. Un hombre muy bronceado, muy rubio, ataviado con una blusa de color albaricoque, bajó de las rocas (artificiales) entre los helechos (naturales) que crecían a lo largo del arroyo (agua natural; corriente artificial).

—¡Hola! ¡Hola! —Pausa—. Me alegro muchísimo de que te hayas decidido a venir, después de todo. —Pausa—. Por un momento llegué a creer que no vendrías.

Las pausas tenían como objeto permitir que Halcón me presentara. Yo iba vestido de un modo que no permitía a Spinnel adivinar si era un premio Nobel con el cual había estado cenando Halcón, o un mangante cuyos modales y cuya moral eran incluso peores que los míos.

—¿Me permites la chaqueta? —dijo Alexis.

Lo cual significaba que no conocía a Halcón tan bien como a él le hubiese gustado que creyera la gente. Pero supongo que era lo bastante sensible como para captar en la expresión del rostro de Halcón que debía olvidar su ofrecimiento.

Me saludó con un gesto, sonriendo —hasta el punto que pudo sonreír—, y echamos a andar hacia los reunidos.

Edna Silem estaba sentada en un gran almohadón transparente. Inclined hacia adelante, sostenía un vaso de cristal tallado con ambas manos y discutía de política con la gente sentada sobre la hierba delante de ella. Fue la primera persona a la que reconocí (cabellos de plata barnizada; voz de virutas de bronce). Surgiendo de los puños de su traje de corte masculino, sus arrugadas manos aparecían recargadas de piedras y plata. Mientras volvía la mirada hacia Halcón, vi a media docena de personajes cuyos nombres/rostros vendían revistas, música y enviaban a la gente al teatro (el crítico teatral de *Delta*, por ejemplo); estaba incluso el matemático de Princeton que hacía unos meses había adquirido tanta notoriedad con la explicación «quasar/quark».

Había una mujer en la cual me fijé de un modo especial. A la tercera mirada la reconocí como a la más prometedora de los candidatos Neo-Fascistas a la Presidencia. La Senadora Abolafia. Mantenía los brazos cruzados y escuchaba atentamente la discusión, que se había reducido a Edna y a un joven de aspecto bovino cuyos ojos aparecían irritados, quizá por una reciente adquisición de lentillas de contacto.

—Pero ¿no cree usted, señora Silem...?

—Antes de hacer predicciones de ese tipo, debe usted recordar...

—Señora Silem, he visto estadísticas que...

—Debe usted recordar —insistió Edna; su voz se tensó y bajó de tono, hasta que el silencio entre las palabras resultó tan rico como la voz áspera y metálica— que si todo fuera conocido, los cálculos estadísticos serían innecesarios. La ciencia de la probabilidad da expresión matemática a nuestra ignorancia, no a nuestros conocimientos.

Yo pensaba que aquello suponía un interesante complemento de la conferencia de Maud, cuando Edna levantó la mirada y exclamó:

—¡Vaya! ¡Halcón!

Todo el mundo volvió la cabeza.

—Me alegro de verte —prosiguió Edna, y luego llamó—: Lewis, Ann.

Había ya otros dos Cantantes allí (él moreno, ella pálida, los dos muy delgados; sus rostros le hacían pensar a uno en unas charcas de aguas inmóviles y muy claras; marido y mujer, se habían convertido en Cantantes el día anterior a su boda, hacía siete años).

—Halcón no nos ha abandonado, después de todo —añadió Edna. Se puso en pie, extendió su brazo hacia las personas que estaban sentadas y dijo—: Halcón, aquí hay unos individuos que discuten conmigo de algo que tú conoces mucho mejor que yo. Ahora estarás de mi parte, ¿verdad?

—Señora Silem, no he querido... —se oyó desde el suelo.

Luego los brazos de Edna giraron seis grados, y sus dedos, sus ojos y su boca se abrieron.

—¡Tú! —Se refería a mí—. ¡Querido, eres la última persona que hubiera esperado encontrar aquí! Han pasado casi dos años, ¿no es cierto?

Bendita Edna; el lugar donde ella, Halcón y yo habíamos pasado una larga velada juntos, bebiendo cerveza, era mucho más parecido al bar que acababa de dejar que a la Cumbre de la Torre.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó.

He pasado la mayor parte del tiempo en Marte —admití—. Lo cierto es que he llegado hoy mismo.

Resulta muy divertido poder decir cosas como ésa en un lugar como aquél.

—Halcón... y tú..., los dos —(lo cual significaba que había olvidado mi nombre, o que me recordaba lo suficiente como para no querer recordarlo)—, venid aquí y ayudadme a consumir el excelente licor de Alexis.

Traté de conservar la seriedad mientras andábamos hacia ella. Si Edna recordaba la clase de negocios a que me dedicaba, seguramente estaría disfrutando del momento tanto como yo.

En el rostro de Alexis apareció una expresión de alivio; ahora sabía que yo era alguien, aunque no supiera qué alguien era.

Al pasar por delante de Lewis y Ann, Halcón dirigió a los dos Cantantes una de sus luminosas sonrisas. Ellos de devolvieron unas sonrisas veladas. Lewis hizo un gesto con la cabeza. Ann alzó una mano para tocar el brazo de su marido, pero no completó el movimiento; y los reunidos se dieron cuenta de aquel intercambio.

Después de informarse de lo que queríamos beber, Alex estaba preparándolo en unos grandes vasos con hielo triturado, cuando el joven de ojos irritados tomó de nuevo la palabra:

—Entonces, señora Silem, ¿qué es lo que puede oponerse, en su opinión, a tales abusos políticos?

Regina Abolafia llevaba un vestido de seda blanco; uñas, labios y cabellos eran del mismo color, y sobre su pecho lucía un broche de cobre cincelado. Siempre me ha fascinado el espectáculo de una persona acostumbrada a ser el centro de la atención general y dejada a un lado. Ahora, la Senadora hacía girar el vaso entre sus dedos, escuchando.

—Yo me opongo a ellos —dijo Edna—. Halcón se opone a ellos. Lewis y Ann se oponen a ellos. Nosotros, en definitiva, somos lo que ustedes tienen.

Su voz había adquirido aquella autoritaria resonancia que sólo los Cantantes pueden asumir.

De repente, la risa de Halcón rompió la tensión del momento. Nos volvimos.

Halcón estaba sentado, con las piernas cruzadas.

—Mirad... —susurró.

Las miradas de los reunidos siguieron la suya. Estaba observando a Lewis y a Ann. Ella, alta y rubia, y él, moreno y más alto aún, estaban de pie, un poco nerviosos, con los ojos cerrados (los labios de Lewis estaban entreabiertos).

—¡Oh! —susurró alguien—. Van a...

Miré a Halcón, porque nunca había tenido ocasión de observar a un Cantante mientras otro cantaba. Halcón unió las plantas de sus pies, se agarró los pulgares y se inclinó hacia adelante; unas venas trazaron unos ríos azules sobre su cuello. El botón del cuello de su chaqueta se había soltado. Sobre su clavícula se veían los extremos de dos cicatrices. Tal vez fui el único que se dio cuenta.

Vi que Edna soltaba su vaso con una expresión de anticipado orgullo. Alex, que había puesto en marcha el autoabar para obtener más hielo triturado, alzó la mirada, se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir y desconectó la máquina. El autoabar quedó en silencio. Una brisa (artificial o auténtica, no podría decirlo) sopló suavemente entre los árboles.

Primero uno, después otra, luego a dúo, Lewis y Ann cantaron.

Los Cantantes son personas que miran las cosas y luego cuentan a la gente lo que han visto. Lo que les convierte en Cantantes es su habilidad para conseguir que la gente escuche. Es la mejor explicación supersimplificada que puedo dar. A los ochenta y seis años, El Posado, en Río de Janeiro, vio derrumbarse un bloque de pisos, corrió a la avenida del Sol y empezó a improvisar, con rima y ritmo, las

polvorientas mejillas llenas de lágrimas, en medio de la soleada calle. Centenares de personas se detuvieron a escucharle; luego un centenar más; y otro centenar. Y ellas contaron a otros centenares lo que habían oído. Tres horas más tarde, centenares de aquellas personas habían llegado al escenario del suceso con mantas, comida, dinero, palas y, lo que resulta más increíble, con la voluntad y la capacidad de organizarse por sí mismas y trabajar con aquella organización. Ningún reportaje tridimensional de un desastre ha producido nunca ese tipo de reacción.

El Posado está considerado históricamente como el primer Cantante. El segundo fue una mujer, Miriamne, en la ciudad tachada de Lux. Por espacio de treinta años recorrió las calles de metal cantando las glorias de los anillos de Saturno; los colonizadores no pueden mirarlos sin ayuda, debido a los rayos ultravioleta que desprenden los anillos. Pero Miriamne, con sus extrañas cataratas, andaba cada amanecer hasta el borde de la ciudad, miraba, y regresaba a cantar lo que había visto. Todo lo cual no hubiese significado nada de no ser porque, durante los días en que ella no cantaba —por estar enferma, o como en aquella ocasión en que se encontraba visitando otra ciudad hasta la cual se había extendido su fama—, la Bolsa de Lux experimentaba un bajón, y el número de delitos con violencia aumentaba. Nadie podía explicar aquello. Lo único que pudieron hacer fue proclamar a Miriamne su Cantante.

¿Por qué surgió la institución de los Cantantes en casi todos los centros urbanos del sistema? Algunos han especulado que fue una reacción espontánea a los medios de comunicación que atosigan nuestras vidas. En tanto que la Tri-D y la radio distribuyen información por todos los mundos, también ellos divulgan un sentimiento de alienación extraído de una experiencia de primera mano. (¿Cuántas personas asisten a un acontecimiento deportivo o a un acto político con sus pequeños receptores pegados al oído para asegurarse de que lo que están viendo sucede realmente?)

Los primeros Cantantes fueron proclamados por la gente que les rodeaba. Luego siguió un período durante el cual podía proclamarse Cantante cualquiera que lo desease, y la gente le aceptaba o se reía de él para olvidarle inmediatamente. Pero, en la época en que me dejaron en el umbral de la puerta de la casa de alguien que no quiso aceptarme, la mayoría de las ciudades habían establecido una norma más o menos oficiosa. Cuando queda una plaza vacante, el resto de los Cantantes eligen al que va a ocuparla. Las cualidades que se exigen son poéticas, teatrales, así como cierto carisma que se genera en las tensiones entre la personalidad de un Cantante y la publicidad. Antes de convertirse en Cantante, Halcón se había ganado una prodigiosa reputación con un libro de poemas publicado cuando tenía quince años. Efectuaba giras por las universidades y daba recitales, y le sorprendió mucho que yo hubiese oído hablar de él aquella noche que nos encontramos en Central Park (yo acababa de pasar treinta agradables días como huésped de la ciudad, y resulta asombroso lo que uno puede encontrar en la biblioteca de la cárcel). Hacía unas semanas que Halcón

había cumplido los dieciséis años. Iba a ser nombrado Cantante dentro de cuatro días, aunque él ya había sido informado. Permanecimos sentados junto al lago hasta el amanecer, mientras él sopesaba y meditaba acerca de la responsabilidad que iba a contraer.

Dos años después, continúa siendo el Cantante más joven de seis mundos. Antes de convertirse en Cantante, una persona no tiene que haber sido necesariamente un poeta, pero la mayoría de ellos han sido poetas o actores. Sin embargo, la nómina, en todo el sistema, incluye a un estibador, dos profesores universitarios, una heredera de los millones de Silitax y al menos dos individuos de un pasado tan dudoso que la propia Máquina Publicitaria, tan ávida siempre de sensacionalismos, no se ha atrevido a hablar de aquel pasado.

Pero, al margen de sus orígenes, esos mitos vivientes cantan el amor, la muerte, el cambio de estaciones, las clases sociales, los gobiernos y la guardia de palacio. Cantan ante grandes muchedumbres, ante pequeñas multitudes, ante un obrero que regresa a su hogar tras una dura jornada de trabajo en los muelles, en las esquinas de las calles de los suburbios, en los elegantes jardines de las Cumbres de las Torres, en la fiesta selecta de un Alexis Spinnel...

No obstante, como es ilegal reproducir las «Canciones» de los Cantantes por medios mecánicos (incluida la publicación de las letras), y yo respeto la ley como sólo puede hacerlo un hombre de mi profesión, ofrezco esta explicación en vez de la canción de Lewis y Ann.

Terminaron de cantar, abrieron los ojos y miraron a su alrededor con expresiones que podían ser de desconcierto, o bien de desprecio.

Halcón estaba inclinado hacia adelante con una expresión de profunda aprobación. Edna sonreía cortésmente. Por mi parte, me sentía emocionado y complacido: Lewis y Ann habían cantado de un modo soberbio.

Alex empezó a respirar de nuevo, miró a su alrededor para ver en qué estado se encontraban los demás, y conectó el autoabar, el cual empezó a zumbar y a triturar hielo. Nadie aplaudió, pero se oyeron sonidos apreciativos; la gente asentía, comentaba, susurraba. Regina Abolafia se inclinó sobre Lewis para decir algo. Traté de escuchar hasta que Alex me tocó en el codo con un vaso.

—¡Oh! Lo siento...

Trasladé mi maletín a la otra mano y tomé el vaso, sonriendo. Cuando la Senadora Abolafia se apartó de los dos Cantantes, éstos tenían las manos entrelazadas y se miraban el uno al otro con expresión borreguil. Luego, volvieron a sentarse.

Los asistentes a la fiesta se dividieron en grupos que paseaban a través de los jardines. En el cielo, unas nubes color de gamuza vieja se doblaban y desdoblaban a través de la luna.

Permanecí unos instantes solo en un círculo de árboles escuchando la música, un

canon en dos partes de De Lassus, programado para audiogeneradores. Recordé un artículo de un semanario de gran tirada en el que se afirmaba que aquel tipo de música era el único medio de eliminar la sensación de rigidez pentagramática impuesta por cinco siglos de métrica musical. Durante otro par de semanas, aquello sería una distracción aceptable.

Los árboles rodeaban un pequeño lago rocoso, sin agua. Debajo de la superficie de plástico, unas luces abstractas se entrelazaban caprichosamente.

—Discúlpeme...

Me volví para ver a Alexis, que ahora no sostenía ningún vaso y no sabía qué hacer con sus manos. Estaba nervioso.

—Nuestro joven amigo me ha dicho que usted tenía algo que podía interesarme.

Empecé a levantar mi maletín, pero la mano de Alex bajó desde su oreja (había subido ya desde el cinturón hasta el cuello y los cabellos) para interrumpir mi gesto.

—No se moleste. No necesito verlo, todavía. De hecho, prefiero no verlo. Voy a hacerle una proposición. Desde luego, estaría interesado en lo que usted tiene, si es realmente lo que Halcón me ha descrito. Pero tengo aquí un invitado que estaría más interesado que yo.

Aquello sonaba raro.

—Sé que suena raro —continuó Alexis—, pero he creído que podría interesarle a usted desde un punto de vista financiero. Yo soy un coleccionista extravagante que le ofrecería un precio en consonancia con el uso que pudiera hacer de la mercancía. Y debido a la naturaleza de la misma, el uso tendría que ser muy limitado.

Asentí.

—Sin embargo, mi invitado podría hacer un uso más amplio de la mercancía.

—¿Puede decirme quién es ese invitado?

—Le he preguntado a Halcón quién era usted, y me ha dado a entender que estaba a punto de incurrir en una grave indiscreción social. Sería igualmente indiscreto revelarle a usted el nombre de mi invitado. —Alex sonrió—. Pero la discreción es la parte mejor del combustible que mantiene en movimiento la máquina social, señor Harvey Cadwaliter-Erickson...

Yo no había sido nunca Harvey Cadwaliter-Erickson, pero Halcón siempre fue un chico dotado de mucha inventiva. Luego recordé a los magnates del tungsteno, los Cadwaliter-Erickson de Tythis, en Tritón. Halcón no sólo era un chico dotado de inventiva, era tan brillante como aseguraban continuamente todas las revistas y periódicos.

—Supongo que su segunda indiscreción será la de decirme quién es ese misterioso invitado...

—Bueno —dijo Alex, con la sonrisa del gato que acaba de comerse al canario—. Halcón convino conmigo en que El Halcón podría estar interesado en su mercancía.

Fruncí el ceño. Se me ocurrieron una serie de ideas que fui articulando a su debido tiempo.

—¿El Halcón?

Alex asintió.

—¿Le importa traer aquí un momento a nuestro joven amigo?

—Si lo desea...

Alex se alejó. Un minuto después apareció Halcón por entre los árboles, sonriendo. Cuando vio que no le devolvía la sonrisa, se detuvo.

—Mmm... —empecé.

Halcón meneó la cabeza.

Yo me rasqué la barbilla con los nudillos.

—Halcón —dije—, ¿estás enterado de la existencia de un departamento de la policía llamado Servicios Especiales?

—He oído hablar de ellos.

—Bueno, han demostrado un súbito interés por mi persona.

—¡Vaya! —exclamó Halcón, con sincero asombro—. Al parecer, son muy eficaces.

—Mmm —repetí.

—Oye, mi homónimo se encuentra aquí esta noche. ¿No quieres conocerle?

—Alex me ha hablado de él. ¿Tienes idea de por qué está aquí?

—Probablemente intenta cerrar algún trato con Abolafia. La investigación de la Senadora empieza mañana.

—Ya... —Pensé de nuevo algunas de las cosas que había pensado antes—. ¿Conoces a una tal Maud Hinkle?

Su intrigada mirada dijo «no» de un modo convincente.

—Se presenta a sí misma como uno de los peldaños más altos de la misteriosa organización de la cual te he hablado.

—¿Sí?

—Terminó nuestra entrevista en el bar con una pequeña homilía sobre halcones y helicópteros. Atribuí a una simple coincidencia el hecho de encontrarme contigo inmediatamente después. Pero ahora descubro que la noche ha confirmado sus insinuaciones de pluralidad. —Meneé la cabeza—. Halcón, me he catapultado de repente en un mundo paranoide, donde las paredes no sólo tienen oídos, sino probablemente ojos, y largos dedos terminados en garras. Cualquiera de los que me rodean, sí, incluso tú, puede ser un espía. Sospecho que en cada ventana puede haber unos prismáticos, un fusil ametrallador, o algo peor. Lo que no acierto a comprender es cómo esas fuerzas insidiosas, por poderosas que sean, han podido inducirte a atraerme a este complicado y diabólico...

—¡Oh, cierra el pico! —Halcón se echó los cabellos hacia atrás—. Yo no te he atraído...

—Tal vez no lo hayas hecho de un modo consciente, pero los Servicios Especiales tienen Archivos de Información Holográfica, y sus métodos son insidiosos y crueles...

—¡Te he dicho que cierres el pico! ¿Crees que yo...? —Entonces se dio cuenta de lo asustado que estaba yo, supongo—. Mira, El Halcón no es un vulgar carterista. Vive en un mundo tan paranoide como aquél en que ahora estás tú, sólo que todo el tiempo. Si él está aquí, puedes tener la seguridad de que aquí están la mayoría de sus hombres, con ojos, oídos y dedos, como están los de esa tal Maud. La cosa funciona en ambos sentidos. Además, ningún Cantante sería capaz... Oye, ¿de veras crees que yo...?

No podía engañarle.

—Sí —dije.

—En cierta ocasión hiciste algo por mí, y yo...

—Yo te di unos latigazos más. Eso es todo.

Silencio.

—Halcón —dije finalmente—, déjame ver.

Respiró a fondo. Luego empezó a desabrocharse los botones de latón. Se echó la chaqueta hacia atrás. Las luces iluminaron su pecho.

Noté que mi rostro se arrugaba. No quise apartar la mirada. En vez de eso dejé escapar un ahogado suspiro, que venía a ser lo mismo.

Halcón me miró a los ojos.

—Hay mucho más que cuando estuviste aquí por última vez, ¿no es cierto?

—Vas a acabar con tu vida, Halcón.

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera puedo decir cuáles son los que he puesto yo mismo.

—¡Oh, vamos! —dije, demasiado bruscamente.

Halcón se mostró cada vez más incómodo, hasta que vi que empezaba a abrocharse el primer botón de la chaqueta.

—Muchacho —añadí, tratando de eliminar la desesperación de mi voz—, ¿por qué haces eso?

Volvió a encogerse de hombros, vio que aquello no me gustaba y por un instante ardió la rabia en sus ojos verdes. Eso tampoco me gustaba. De modo que dijo:

—Mira..., tocas a una persona, suavemente, amablemente, y tal vez incluso lo haces con amor. Y, bueno, supongo que algo de información sube hasta el cerebro, donde algo lo interpreta como placer. Tal vez en mi cerebro hay algo que interpreta equivocadamente la información...

Meneé la cabeza.

—Tú eres un Cantante. Se supone que los Cantantes son extravagantes, pero...

Ahora era Halcón el que meneaba la cabeza. Luego, la rabia se abrió paso. Vi una expresión que brotaba de todos aquellos lugares que habían comunicado dolor a través del resto de sus facciones y se desvanecía sin concretarse en una palabra. Una vez más, Halcón bajó la vista hacia las cicatrices que llenaban su delgado cuerpo.

—Abróchate, muchacho. Lamento haber dicho nada.

Sus manos se detuvieron a medio camino de las solapas.

—¿De veras piensas que yo te he atraído aquí?

—Abróchate —repetí.

Lo hizo. Luego dijo:

—Es medianoche, ¿sabes?

—¿Y?

—Edna acaba de darme la Palabra.

—¿Cuál es?

—Ágata.

Asentí.

Halcón terminó de abrocharse la chaqueta.

—¿En qué estás pensando?

—En vacas.

—¿Vacas? —inquirió Halcón—. ¿Por qué?

—¿Has estado alguna vez en una granja?

Halcón meneó la cabeza.

—Para obtener más leche, hay que mantener a las vacas en un estado semicataléptico. Son alimentadas por vía intravenosa por medio de unos tubos que descienden de un enorme tanque.

—He visto fotografías.

—Bien. Tú me has dado la Palabra. Y ahora empezará a circular, cuando yo se la dé a otros, y ellos a otros, hasta la medianoche de mañana...

—Voy a buscar a...

—Halcón... —le interrumpí.

Dio media vuelta.

—¿Qué?

—Dices que no crees que vaya a ser víctima de ningún truco de las misteriosas fuerzas que saben más que nosotros... De acuerdo, ésa es tu opinión. Pero en cuanto me haya librado de esta mercancía, voy a ser protagonista de la desaparición más espectacular que hayas visto nunca.

—¡Oh! —murmuró Halcón—. Voy a buscar a El Halcón.

Desapareció entre los árboles.

Levanté la mirada hacia las hojas de los árboles iluminadas por la luna.

Luego la bajé hacia mi maletín.

Por entre las rocas llegó El Halcón. Llevaba un elegante traje gris, y un pañuelo de seda gris al cuello. Llevaba la cabeza completamente afeitada.

—¿Señor Cadwaliter-Erickson? —preguntó, tendiéndome la mano.

La estreché; era toda piel y huesos.

—Encantado, señor...

—Arty.

—Arty el Halcón.

Sonrió.

—Arty el Halcón, sí. Escogí ese nombre cuando era más joven que nuestro amigo el cantante. Alex dice que tiene usted..., bueno, algunas cosas que no son exactamente tuyas. Que no le pertenecen.

Asentí.

—Enséñemelas.

—Le habrán dicho que...

Borró de un manotazo el final de mi frase.

—Vamos, déjeme verlas.

Alargó la mano, sonriendo afablemente como cualquier empleado de banco. Deslicé el pulgar por el borde de mi maletín.

—Dígame —dije por encima de su cabeza, inclinada para ver lo que yo tenía—, ¿qué sabe usted de los Servicios Especiales? Parece ser que andan detrás de mí.

Irguió la cabeza bruscamente. La sorpresa se transformó lentamente en una risita descarada.

—Lo único que puede hacer, señor Cadwaliter-Erickson, es mantener invariables sus ingresos.

—Si compra usted mi mercancía por lo que vale, va a resultarme un poco difícil.

—Lo supongo. Puedo arreglarlo, dándole menos dinero...

El maletín se cerró.

—... O, en caso contrario, puede usted tratar de utilizar su cerebro y despistarles.

—Usted tiene que haberles despistado más de una vez. Es posible que ahora navegue tranquilamente, pero habrá capeado más de un temporal.

Arty el Halcón asintió, con una astuta expresión en la mirada.

—Supongo que ha hecho usted un trato con Maud. Bueno, creo que los parabienes son legales. Y también los pésames. Siempre me gusta hacer lo que es legal.

—Parece que sabe usted cuidar de sí mismo. Quiero decir que me he dado cuenta de que no se mezcla con los invitados.

—Esta noche hay dos reuniones aquí. ¿Dónde cree que se mete Alex cuando desaparece, cada cinco minutos?

Fruncí el ceño. Arty señaló a mis pies.

—Debajo de estas rocas hay un pabellón de esplendor oriental...

—¿... Y una lista independiente de invitados en la puerta?

—Regina está en las dos. Yo estoy en las dos. Lo mismo que el chico, Edna, Lewis, Ann...

—¿Se supone que yo conozco todo eso?

—Bueno, ha venido con una persona que está en las dos listas. Pensé...

Hizo una pausa.

Yo estaba pisando en falso. Bien, un especialista en el arte de la transformación aprende rápidamente que el factor de verosimilitud al imitar a alguien es su confianza en su inalienable derecho a pisar en falso.

—Hagamos un trato. Le cambio esto —dije levantando el maletín— por cierta información.

—¿Quiere saber cómo mantenerse a salvo de las garras de Maud? —Arty meneó la cabeza—. Sería una estupidez por mi parte el decírselo aun en el caso de que pudiera hacerlo. Además, cuenta usted con la fortuna de su familia. —Se golpeó la pechera de la camisa con el pulgar—. Créame, muchacho. Arty el Halcón no tiene eso. No tiene nada que se le parezca.

Hundió las manos en los bolsillos y continuó:

—Déjeme ver lo que ha traído.

Abrí de nuevo el maletín.

El Halcón miró unos instantes en silencio. Luego cogió dos o tres, los hizo girar entre sus dedos, los soltó, y volvió a meterse las manos en los bolsillos.

—Le doy a usted sesenta mil por ellos, en tablillas de crédito.

—¿Qué hay acerca de la información?

—No le diré nada. —Sonrió—. Ni siquiera le diré la hora que es.

Hay pocos ladrones afortunados en este mundo. Y todavía menos en los otros cinco. La voluntad de robar es un impulso hacia lo absurdo y lo insulso. Los hombres de talento son poetas, o actores... Pero, con todo, es una voluntad, como la voluntad de dominio, o de amor.

—De acuerdo —dije.

En alguna parte encima de mi cabeza oí un leve zumbido.

Arty me miró cariñosamente. Metió la mano por debajo de la solapa de su chaqueta y sacó un puñado de tablillas de crédito rodeadas por una cinta de color escarlata, cuyo valor era de diez mil por unidad. Una. Dos. Tres. Cuatro.

—¿Puede depositar esto en un lugar seguro?

—¿Por qué cree que Maud anda detrás de mí?

Cinco. Seis.

—Está bien —dije.

—¿Cómo lograremos vaciar el maletín? —preguntó Arty.

—Pídale a Alex una bolsa de papel. Si quiere, puedo enviárselos...

—Los cogeré ahora.

El zumbido se oía cada vez más cerca.

Sostuve en alto el maletín abierto. Arty hundió en él las dos manos y se llenó los bolsillos de la chaqueta y de los pantalones; el traje gris quedó desfigurado por unos bultos angulosos. Arty miró a derecha e izquierda.

—Gracias —dijo—. Gracias.

Luego dio media vuelta y se alejó, con toda clase de objetos que no eran suyos en los bolsillos.

Levanté la mirada tratando de localizar el ruido, pero no pude ver nada.

Dejé el maletín abierto en el suelo. Abrí el compartimento en el que guardaba las cosas que me pertenecían y busqué apresuradamente entre ellas.

Alex le estaba ofreciendo al individuo de los ojos irritados otro whisky, mientras el caballero decía:

—¿Ha visto alguien a la señora Silem?... ¿Qué es ese zumbido, encima de nuestras cabezas?

En aquel momento, una mujer alta, envuelta en un velo, llegó tambaleándose por entre las rocas, gritando.

Se cubría el velado rostro con las manos.

Alex vertió soda sobre la manga de su invitado y el hombre dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¿Quién es?

—¡No! —gritó la mujer—. ¡Oh, no! ¡Ayúdenme!

Agitaba sus crispados dedos, cubiertos de anillos.

—¿No la reconoce? —Era la voz de Halcón, susurrando confidencialmente a otra persona—. Es Henrietta, condesa de Effingham.

Al oírlo, Alex corrió en auxilio de la dama. Sin embargo, la condesa se metió por entre dos cactus y desapareció detrás de la alta hierba. Todos los reunidos la siguieron. En aquel momento un caballero calvo, vestido con un impecable traje negro, carraspeó y dijo, con voz muy preocupada:

—¿Señor Spinnel?

Alex giró en redondo.

—Perdone, señor Spinnel, mi madre...

—¿Quién es usted?

La interrupción había sobresaltado visiblemente a Alex.

El caballero se irguió para anunciar:

—El Honorable Clement Effingham. —Las perneras de sus pantalones se agitaron como si fuese a entrechocar sus tacones. Pero no llegó a hacerlo. La expresión se derritió en su cara—. Yo..., mi madre, señor Spinnel... Estábamos abajo, en la otra reunión, cuando ella se excitó muchísimo. Echó a correr hacia aquí... Le dije que no lo hiciera. Sabía que a usted le disgustaría. ¡Pero tiene que ayudarme!

Entonces levantó la mirada.

Los otros miraron también hacia arriba.

El helicóptero ocultó la luna, haciendo girar lentamente sus aspas.

—¡Oh, por favor! —dijo el caballero—. Busquen por allí. Tal vez mi madre ha ido hacia abajo. ¡Tengo que encontrarla!

Se marchó apresuradamente en una dirección, en tanto que los demás seguían otras.

El zumbido se sincopó de pronto con un gran estrépito, y algunos fragmentos de plástico del tejado transparente repiquetearon sobre las rocas...

Lo hice en el ascensor, y tenía ya el pulgar en el cierre de mi maletín, cuando apareció Halcón respirando agitadamente.

—¡La policía está apeándose de ese helicóptero! —anunció.

—Advertida por Maud Hinkle, sin duda —repliqué.

Arranqué el otro mechón de pelo blanco de mi sien y lo metí en el maletín, encima de los guantes plastidérmicos (arrugados, con gruesas venas azules y largas uñas de cornalina) que habían sido las manos de Henrietta, y que a su vez reposaban sobre los pliegues de gasa de su sari.

El ascensor se paró con una sacudida. La mitad del Honorable Clement estaba aún en mi rostro cuando se abrieron las puertas.

Todo de gris, con una expresión de profundo desaliento en su rostro, El Halcón entró en el ascensor. Detrás de él, la gente bailaba en un sofisticado salón decorado con esplendor oriental. Arty pulsó el botón que cerraba las puertas. Luego, me dirigió una extraña mirada.

Me limité a suspirar y terminé de despojarme de mi disfraz.

El Halcón enarcó las cejas cuando me despojé de la calva de Clement y sacudí mis cabellos.

—Me he dado cuenta de que ya no lleva en los bolsillos aquellos abultados objetos —dije.

—¡Oh! Están en lugar seguro —gruñó Arty...

—Mi incorregible orgullo me indujo a creer que esos agentes del Servicio Ordinario habían venido aquí sólo por mí...

El Halcón refunfuñó:

—No les disgustaría atraparme a mí también.

Desde su rincón, Halcón inquirió:

—Habrás tomado sus precauciones antes de venir aquí, ¿no, Arty?

—¿Y qué?

—Hay una posibilidad de que puedas salir de aquí —me susurró Halcón—. Es decir, si Arty quiere sacarte con él.

—Una brillante idea —dije. Me volví hacia Arty—. ¿Quiere que le devuelva un par de miles por el servicio?

La idea no le divirtió.

—No quiero nada suyo. —Se dirigió a Halcón—: Necesito algo de ti, muchacho. No de él. Verás, yo no estaba preparado para lo de Maud. Si quieres que saque a tu amigo de aquí, tienes que hacer algo por mí.

Halcón pareció algo desconcertado.

Creí ver astucia en el rostro de Arty, pero la expresión se convirtió definitivamente en preocupación.

—Tienes que idear algo para que el vestíbulo se llene de gente, y pronto.

Iba a preguntar por qué, pero entonces ignoraba la extensión de las medidas de seguridad de Arty. Iba a preguntar cómo, pero el ascensor se paró con una sacudida y las puertas se abrieron de par en par.

—Si no puedes hacerlo —le dijo El Halcón a Halcón—, ninguno de nosotros saldrá de aquí. ¡Ninguno de nosotros!

Yo no tenía la menor idea de lo que iba a hacer el chico, pero cuando salí detrás de él en dirección al vestíbulo, El Halcón me agarró del brazo y susurró:

—¡Quédese aquí, estúpido!

Halcón inició una carrera en dirección a la piscina, y se zambulló en ella.

Nadó hasta los braseros, en sus trípodes de tres metros y medio de altura, y empezó a trepar.

—¡Va a lastimarse! —susurró El Halcón.

—Sí —dije, pero no creo que mi cinismo trascendiera.

Debajo del gran disco de fuego, Halcón desenroscaba algo. Luego, algo se soltó con un *clang* y cayó al agua. El fuego se extendió rápidamente hasta la piscina, rugiendo de un modo infernal.

Convertido en una flecha negra con cabeza dorada, Halcón volvió a zambullirse.

Me mordí la parte interior de la mejilla mientras sonaba la alarma. Cuatro hombres de uniforme se acercaban a través de la alfombra azul. Otro grupo estaba cruzando en dirección contraria, vio las llamas y una de las mujeres gritó. Dejé de contener la respiración, pensando que la alfombra, las paredes y el techo serían incombustibles.

Halcón salió a la superficie en el borde de la piscina, en el único lugar libre de llamas, y rodó sobre la alfombra, cubriéndose la cara con las manos. Y rodó. Y rodó. Luego se puso en pie.

Otro ascensor descargó un grupo de pasajeros, los cuales se quedaron con la boca abierta ante el espectáculo. Un grupo de hombres cruzaron las puertas con material contra incendios. La alarma continuaba sonando.

Halcón se volvió a mirar la docena y pico de personas que se encontraban en el vestíbulo. De las empapadas y brillantes perneras de los pantalones del muchacho descendía el agua hasta la alfombra. Las llamas convertían las gotas pegadas a sus mejillas y sus cabellos en parpadeantes cobre y sangre.

Halcón apoyó los puños en sus húmedas caderas, respiró profundamente y, contra el rugido, la alarma y los susurros, cantó.

Dos personas salieron de un ascensor. Por una de las puertas del vestíbulo entraron otras seis personas. Un minuto después regresaron otros dos ascensores con una docena de pasajeros cada uno. Me di cuenta de que el mensaje iba transmitiéndose a través del edificio: en el vestíbulo había un Cantante cantando.

El vestíbulo se llenó. Las llamas gruñían, los bomberos andaban atareados de un lado para otro, y Halcón, con los pies separados sobre la alfombra azul, junto a la ardiente piscina, cantó y cantó sobre un bar de Times Square lleno de ladrones,

morfínomanos, matones, borrachos, mujeres demasiado viejas para comerciar con los escasos encantos que conservaban; un bar en el que a primera hora de la noche había estallado una reyerta y un anciano había resultado gravemente herido.

Arty me tiró de la manga.

—¿Qué...?

—Vamos —susurró.

La puerta del ascensor se cerró detrás de nosotros.

Echamos a andar por entre el atento auditorio, parándonos a mirar, a escuchar. No podría valorar a Halcón como cantante; la mayor parte del tiempo me la pasé preguntándome de qué clase de seguridad disponía Arty.

Llegué a la conclusión de que todo era muy simple. Arty quería, sencillamente, deslizarse por entre una multitud, de modo que convenció a Halcón para que le fabricara una.

Para llegar a la puerta teníamos que pasar a través de un cordón de agentes del Servicio Ordinario, que en mi opinión no tenían nada que ver con lo que sucedía en la Cumbre de la Torre; se habían reunido para ver el fuego, y se habían quedado a escuchar la canción. Cuando Arty tocó a uno de ellos en el hombro y le dijo: «Discúlpeme, por favor», para pasar, el agente le miró, apartó la mirada y volvió a mirarle con súbito interés. Pero otro agente se dio cuenta de lo que pasaba y tocó al primero en el brazo, al tiempo que sacudía la cabeza en dirección a la puerta. Luego, los dos hombres se volvieron deliberadamente hacia el Cantante. Mientras amainaba el temporal en mi pecho, llegué a la conclusión de que el complejo de seguridad de Arty, con agentes y contraagentes maniobrando y maquinando a través del vestíbulo en llamas, debía de ser tan complicado que tratar de entenderlo suponía autocondenarse a una paranoia total.

Arty abrió la puerta de la calle.

Salí del aire acondicionado al frescor nocturno.

Bajamos rápidamente la rampa.

—¡Eh, Arty!

—Siga por ahí. —Señaló calle abajo—. Yo iré por este otro lado.

—¡Oiga! ¿Adónde iré a parar por ahí?

—Al sub-Metro, a la estación de la Torre. Le he sacado de ahí, ¿no? Ahora está a salvo, créame. Tome un tren para algún lugar interesante. Adiós.

Y Arty el Halcón hundió las manos en los bolsillos y se alejó apresuradamente.

Eché a andar, manteniéndome pegado a la pared, esperando que alguien me alcanzara con una flecha adormecedora desde un automóvil en marcha, o con un rayo de la muerte desde los matorrales.

Llegué al sub-Metro.

Y no había pasado nada.

ÁGATA dio paso a MALAQUITA.

TURMALINA.

BERILO (durante ese mes cumplí los veintiséis años).

PORFIRIO.

ZAFIRO (ese mes cogí los diez mil que no había derrochado y los invertí en El Glaciar, una heladería completamente legal de Tritón —la primera y única heladería de Tritón—, con resultados asombrosos: todos los inversores percibieron un ochocientos por ciento, no es broma. Dos semanas después perdí la mitad de aquellas ganancias en otra serie de negocios ilegales, y me sentía muy deprimido, aunque El Glaciar seguía rindiendo de un modo satisfactorio).

CINABRIO.

TURQUESA.

OJO DE TIGRE.

Hector Calhoun Eisenhower pasó esos tres meses aprendiendo a convertirse en un respetable miembro de la clase media alta del bajo mundo. Eso por sí solo constituye una larga novela. Altas finanzas; razones sociales; cómo alquilar ayuda... ¡Uf! Pero las complejidades de la vida siempre me han intrigado. Pasé a través de ello. La norma básica sigue siendo la misma: observar cuidadosamente, imitar eficazmente.

GRANATE.

TOPACIO (susurré esa Palabra en el terrado de la Estación Trans-Satélite y provoqué dos asesinatos cometidos por mis mercenarios. Y ¿saben una cosa? Me quedé tan fresco).

TAAFITA.

Estábamos cerca del final de Taafita. Regresé a Tritón para asuntos de negocios: El Glaciar. Era una mañana muy agradable. El Glaciar marchaba viento en popa. Decidí tomarme un pequeño descanso y aquella tarde fui a visitar los Torrentes.

—... Doscientos treinta metros de altura —anunció el guía, y todos los que me rodeaban se inclinaron sobre la barandilla y contemplaron, a través del pasillo de plástico, las escarpaduras de metano congelado que se erguían en el frío resplandor verde de Neptuno—. Unos cuantos metros más abajo, damas y caballeros, pueden ustedes divisar el Pozo de Este Mundo, donde, hace más de un millón de años, una fuerza misteriosa que la ciencia no ha podido explicar aún hizo que cuarenta kilómetros cuadrados de metano congelado se licuaran por espacio de unas horas, durante las cuales una sima de una profundidad dos veces superior a la del Gran Cañón de la Tierra...

La gente avanzaba a lo largo del pasillo, cuando la vi sonriendo. Mis cabellos eran negros ahora, y mi piel aceitunada.

Supongo que pequé de exceso de confianza al acercarme a ella.

De pronto, se volvió hacia mí y exclamó:

—¡Vaya! ¡Hamlet Caliban Enobarbus en persona!

Los antiguos reflejos acomodaron mis facciones a una expresión de desconcierto unida a una sonrisa de indulgencia. *Perdone, pero creo que sufre usted un error...* No, no lo dije.

—Maud —dije—, ¿ha venido usted aquí para decirme que ha llegado mi hora?

—No —respondió—. En realidad, estoy de vacaciones. Lo mismo que usted.

—¿No me engaña? —Nos habíamos quedado detrás de la multitud—. Me está engañando.

—Aunque colaboramos con los Servicios Especiales de otros mundos, los Servicios Especiales de la Tierra no tenemos jurisdicción oficial sobre Tritón. Y puesto que ha venido usted aquí con dinero, y la mayor parte de sus ingresos proceden de un negocio legal como El Glaciar, los Servicios Especiales no están interesados en usted, todavía, aunque el Servicio Ordinario de Tritón podría alegrarse de echarle el guante. —Maud sonrió—. Aún no he estado en El Glaciar. Sería realmente agradable poder decir que he estado allí invitada por uno de los propietarios. Podríamos ir a tomar un refresco, ¿no le parece?

Las retorcidas laderas del Pozo de Este Mundo desaparecieron de la vista en medio de una opalescente grandeza. Los turistas escuchaban al guía, el cual citaba índices de refracción y ángulos de inclinación.

—Creo que no confía usted en mí —dijo Maud.

Mi mirada le dijo que estaba en lo cierto.

—¿Ha estado alguna vez complicado con narcóticos? —inquirió Maud de pronto. Fruncí el ceño.

—Hablo en serio —insistió—. Intento explicar algo..., una información que puede hacer más fáciles nuestras vidas.

—Periféricamente —dije—. Estoy seguro de que tienen ustedes toda la información en sus archivos.

—Yo estuve involucrada con ellos algo más que periféricamente durante varios años. Antes de ingresar en los Servicios Especiales, estuve en la División de Narcóticos de la fuerza ordinaria. Y la gente con la que tratábamos veinticuatro horas al día eran drogadictos y traficantes. Para atrapar a los grandes, teníamos que entablar amistad con los pequeños. Para atrapar a los más grandes, teníamos que entablar amistad con los grandes. Teníamos que observar el mismo horario que ellos, hablar el mismo lenguaje, vivir meses enteros en las mismas calles, en el mismo edificio. —Maud se apartó de la barandilla para que pudiera asomarse un jovenzuelo—. Mientras estuve en la División de Narcóticos me enviaron dos veces a una clínica para someterme a una cura de desintoxicación de morfina. Y mi hoja de servicios es más brillante que la de la mayoría de los agentes.

—¿Lo cual significa...?

—Esto, simplemente: que usted y yo nos movemos ahora en los mismos círculos,

debido a las profesiones que hemos escogido respectivamente. Le sorprendería saber la cantidad de personas que conocemos en común. No es de extrañar que un día nos tropecemos al cruzar la plaza de la Soberanía de Bellona y dos semanas más tarde entremos a almorzar en el mismo restaurante de Lux, en Iapetus.

—Vamos —dije, y no creo que mi voz expresara una gran satisfacción—. La invito a tomar un helado.

Echamos a andar por el paseo.

—¿Sabe una cosa? —dijo Maud—. Si se mantiene usted lejos del alcance de los Servicios Especiales aquí y en la Tierra el tiempo suficiente, llegará un momento en que se presentará allí con unos ingresos fabulosos y cada vez más elevados: Puede tardar unos cuantos años en conseguirlo, pero es posible. No existe ningún motivo para que seamos enemigos personales. Algún día puede usted alcanzar una situación que le convierta en un personaje sin el menor interés para los Servicios Especiales. ¡Oh! Seguiremos viéndonos, y encontrándonos. Obtenemos nuestra información de las fuentes más heterogéneas, créame. Y estamos en condiciones de ayudarle, también.

—Ha estado usted grabando hologramas otra vez.

Maud se encogió de hombros. Su rostro tenía un aspecto decididamente fantasmal bajo el pálido planeta. Cuando llegamos a las luces artificiales de la ciudad, dijo:

—¡Ah! Hace poco me encontré con dos amigos suyos, Lewis y Ann.

—¿Los Cantantes?

Maud asintió.

—En realidad, no les conozco demasiado —dije.

—Pues ellos parecen saber mucho acerca de usted. Tal vez por aquel otro Cantante, Halcón.

—¡Oh! ¿Le dijeron cómo estaba?

—Hace un par de meses leí que se estaba recuperando. No he sabido nada más desde entonces.

—Eso es todo lo que yo sé también —dije.

—La única vez que le vi fue inmediatamente después de haberle sacado de la piscina.

Arty y yo habíamos salido del vestíbulo antes de que Halcón terminara su actuación. Al día siguiente me enteré de que, al acabar su canción, Halcón se despojó de la chaqueta y de los pantalones y volvió a zambullirse en la piscina.

Le rescataron, con el setenta por ciento de su cuerpo cubierto de quemaduras de segundo y tercer grado. Yo me había esforzado por no pensar en ello.

—¿Le sacó usted? —quise saber.

—Sí. Yo iba en el helicóptero que aterrizó en la Cumbre de la Torre. Pensé que se impresionaría usted al verme.

—Ya. Y ¿cómo consiguió sacarle de la piscina?

—En cuanto salieron ustedes, los agentes de Arty lograron bloquear el ascensor

en el piso setenta y uno, a fin de que no pudiéramos llegar al vestíbulo hasta que ustedes hubiesen abandonado el edificio. Entonces fue cuando Halcón trató de...

—Pero ¿le salvó usted realmente la vida?

—Los bomberos de aquella vecindad no habían tenido un incendio en doce años. Creo que ni siquiera sabían manejar el material. Hice que mis muchachos llenaran la piscina de espuma, me zambullí en ella y saqué a Halcón.

—Vaya.

Había estado tratando de olvidarlo, casi con éxito, durante los últimos once meses. Yo no estaba allí cuando ocurrió. No era asunto mío.

Maud continuó:

—Pensamos que podríamos localizarle a usted por medio de Halcón. Pero cuando le saqué de la piscina no estaba en condiciones de decir nada...

—Debí suponer que los Servicios Especiales utilizan también a los Cantantes —dije—. Todo el mundo lo hace. Hoy cambia la Palabra, ¿verdad? ¿No le han dicho Lewis y Ann cuál va a ser la nueva?

—Les vi ayer, y la Palabra no cambiará hasta dentro de ocho horas. Además, ellos no me la dirían. —Maud me miró y frunció el entrecejo—. De veras que no me la dirían.

—Vamos a tomar unos refrescos —dije—. Charlaremos y nos escucharemos atentamente el uno al otro, aunque finjamos desinterés; usted tratará de captar cosas que le faciliten mi captura y yo trataré de captar cosas que me faciliten eludirla a usted.

—De acuerdo —asintió Maud.

—¿Por qué entabló contacto conmigo en aquel bar, a fin de cuentas?

Ojos de hielo.

—Ya se lo he dicho, nos movemos en los mismos círculos, sencillamente. Era muy probable que estuviésemos en el mismo bar, la misma noche.

—Supongo que ésa es una de las cosas que se supone no debo comprender, ¿eh?

La sonrisa de Maud fue adecuadamente ambigua. No insistí.

Fue una tarde muy aburrida. No puedo repetir el intercambio de necesidades a que nos dedicamos por encima de las picudas montañas de nata batida. Estábamos tan ocupados los dos en fingir que nos divertíamos, que dudo que ninguno de nosotros pudiera captar nada significativo; suponiendo que alguno de los dos dijera algo significativo.

Maud se marchó. Yo me quedé un rato más.

El camarero de El Glaciar me llamó a la cocina para preguntarme por un cargamento de leche de contrabando (El Glaciar fabricaba sus propios helados) que yo había conseguido adquirir en mi último viaje a la Tierra (resulta asombroso lo poco que han progresado las granjas durante los últimos diez años; fue un juego de

niños embaucar al granjero Vermonter), y para informarme de que el Gran Helado Imperial estaba resultando un fracaso.

Al atardecer, cuando El Glaciar estaba lleno de gente y yo paseaba por entre las mesas, observándolo todo, vi que una muchacha muy joven, evidentemente drogada, trataba de coger el bolso de una cliente del respaldo de su silla. Me acerqué a ella, la cogí por la muñeca y la llevé hasta la puerta, delicadamente, mientras ella me miraba con ojos dilatados y la cliente no se enteraba de nada.

Salí al exterior, me senté en la amplia escalinata y gruñí cuando tuve que hacerme a un lado para permitir la entrada a otros clientes. Cuando hube gruñido setenta y cinco veces, aproximadamente, la persona a la cual iba dirigido el gruñido se detuvo y exclamó:

—¡Sabía que le encontraría si buscaba bien!

Miré la mano que estaba palmeando mi hombro, y alcé la mirada a lo largo del brazo, hasta encontrarme con una cabeza bovina y desprovista de pelo.

—¡Arty! —dije—. ¿Qué diablos...?

Pero él continuó palmeando mi hombro y riendo.

—No puede imaginar lo que me ha costado hacerme con una fotografía suya, muchacho. Tuve que sobornar a un agente del Departamento de Servicios Especiales de Tritón. Es usted un gran especialista en transformaciones rápidas. ¡El mejor de todos! —El Halcón se sentó a mi lado y dejó caer su mano sobre mi rodilla—. Tiene usted aquí un local maravilloso. Me gusta, me gusta mucho. Aunque no lo suficiente como para hacerle una oferta por él, todavía. Ha aprendido usted rápidamente. De veras. Y me sentiré orgulloso de poder decir que fui yo quien le dio el primer empujón. Al menos, usted puede decir que tiene un pie firmemente asentado del lado de la ley. La idea general es hacerse indispensable a las buenas personas; una vez conseguido eso, un buen elemento tiene las llaves de todas las tesorerías del sistema. Pero no le digo nada que usted no sepa ya.

—Arty —dije—, ¿considera oportuno que nos vean juntos aquí?

El Halcón alzó una mano con gesto de desdén.

—Nadie puede hacernos una fotografía. Mis hombres vigilan los alrededores. Nunca me presento en público sin haber tomado medidas de seguridad. He oído decir que a usted también han empezado a interesarle las medidas de seguridad. —Lo cual era cierto—. Buena idea. Muy buena. Me gusta su modo de desenvolverse.

—Gracias. Arty, esta noche no estoy de humor. He salido a respirar un poco de aire fresco...

El Halcón volvió a agitar la mano.

—No se preocupe. Me marcharé en seguida. Tiene usted razón: no conviene que nos vean juntos. Pasaba por aquí y quise saludarle. Saludarle, simplemente. —Se puso en pie—. Eso es todo.

Empezó a bajar la escalinata.

—¿Arty?

Volvió la cabeza.

—No tardará usted en volver, y entonces querrá comprar mi parte de El Glaciar, porque yo habré crecido demasiado; y yo no querré vender, porque me consideraré lo suficientemente grande para luchar con usted. De modo que nos convertiremos en enemigos. Usted tratará de asesinarle. Yo trataré de asesinarle.

En su rostro, primero una expresión de desconcierto; luego, la sonrisa indulgente.

—Veo que ha captado usted la idea de la información holográfica. Muy bien. Es el único modo de despistar a Maud. Asegúrese de que toda su información está relacionada con el objetivo general de mi situación. Es el único modo de despistarme también a mí. —Sonrió, empezó a volverse, pero cambió de idea—. Si puede usted luchar conmigo el tiempo suficiente, y continuar creciendo, manteniendo su servicio de seguridad en forma, eventualmente descubriremos que lo mejor para los dos será trabajar juntos. Si puede resistir hasta entonces, volveremos a ser amigos. Algún día. Vigile, y espere.

—Gracias por la información.

El Halcón consultó su reloj.

—Bueno. Adiós.

Pensé que iba a marcharse, finalmente. Pero volvió a levantar la mirada.

—¿Sabe ya la nueva Palabra?

—Aún no —dije—. Tiene que salir esta noche. ¿La sabe usted?

El Halcón esperó hasta que las personas que bajaban la escalinata se hubieron alejado. Miró a su alrededor, se inclinó hacia mí con las manos formando copa alrededor de su boca, y susurró:

—Pirita. Acabo de obtenerla de un tipo que la ha sabido por Colette.

Colette era una de las tres Cantantes de Tritón.

Luego, El Halcón descendió la escalinata y se perdió entre la multitud.

Al cabo de unos instantes decidí dar un paseo. A mi regreso, había llegado a una conclusión: El Halcón había empezado ya a tejer una conjura a mi alrededor, que terminaría cuando yo quedara atrapado en un callejón sin salida y, tratando de obtener ayuda, gritara «¡Pirita!», lo cual resultaría no ser la Palabra, sino que serviría para que el hombre que acechaba en la oscuridad con un fusil lanzagranadas de gas me identificara.

Había una cafetería en la esquina. Al resplandor de sus luces vi a un grupo de jovencitos, con cadenas alrededor de las muñecas, abejorros tatuados en las mejillas, y botas de caña alta, los que podían costearse el lujo. Entre ellos divisé a la pequeña morfinómana a la que poco antes había echado de El Glaciar.

Obedeciendo a una súbita inspiración, me acerqué a ella.

—¡Hola!

Me miró con unos ojos todo pupilas.

—¿Conoces ya la nueva Palabra? —pregunté.

La muchacha se frotó la nariz.

—Pirita —dijo—. Acaba de salir.

—¿Quién te la ha dicho?

La muchacha meditó unos instantes.

—La he obtenido de un tipo que dijo que la había obtenido de un tipo que ha llegado esta noche de Nueva York, y que la obtuvo allí de un Cantante llamado Halcón.

Los tres jovencuelos que estaban más cerca de mí contenían visiblemente sus deseos de mirarme. Los que estaban más lejos no se privaron de hacerlo.

—¡Oh! —dije—. Gracias.

La Navaja de Occam, junto con cualquier información fidedigna acerca de cómo funciona la seguridad, elimina la mayoría de las paranoias. PIRITA. A un determinado nivel en mi línea de trabajo, la paranoia no es más que una enfermedad profesional. Al menos, yo estaba seguro de que Arty (y Maud) la padecían probablemente tanto como yo.

Las luces de la marquesina de El Glaciar estaban apagadas. Entonces me acordé y subí corriendo la escalinata.

La puerta estaba cerrada. Golpeé el cristal un par de veces, pero todo el mundo se había marchado a casa. Y lo que empeoraba la cosa era que yo podía verlo sobre el mostrador del guardarropa, debajo de la bombilla color naranja. Probablemente el camarero lo había dejado allí, pensando que yo regresaría antes de que todo el mundo se marchara. Al día siguiente, a mediodía, Ho Chi Eng tenía que recoger su reserva para la Suite Marigold del Crucero Interplanetario *El cisne de platino*, que salía a la una y media hacia Bellona. Y allí, detrás de las puertas acristaladas de El Glaciar, esperaba la peluca adecuada, así como los pliegues epicánticos que debían modelar los ojos endrinos del señor Eng.

Por un instante pensé en forzar la puerta. Sin embargo, la solución más práctica era avisar al hotel para que me llamaran a las nueve y entrar en El Glaciar con el hombre de la limpieza. Di media vuelta y empecé a bajar la escalinata. La idea me asaltó, y me entristeció mucho, hasta el punto de que parpadeé y sonreí por puro reflejo: probablemente me había decidido a dejarlo allí hasta la mañana siguiente, porque allí no había nada que no fuera mío, a fin de cuentas.

Nave de sombras

Fritz Leiber

Esta narración fue premiada en la 28ª Convención, celebrada en Heidelberg en 1970. Naturalmente, yo no la voté. No me gusta volar, más que nada porque eso me separa de mi máquina de escribir. (No se burlen. ¿Les gustaría separarse de su máquina de escribir?)

En consecuencia, cuando estudié el mapa del mundo y descubrí que Heidelberg se hallaba a más de quince centímetros de Nueva York, palidecí y tuve que sentarme ante mi máquina de escribir y llenar siete páginas antes de conseguir recobrar me. Diantre, necesito esforzarme para conducir mi coche hasta New Haven, y se halla sólo a cuatro centímetros de Nueva York...

Bien, lo cierto es que yo no estaba allí cuando Nave de sombras ganó el Hugo en Heidelberg. Por tanto, eso no me sacó de quicio, como seguramente lo hubiese hecho de estar presente, puesto que Fritz ya había ganado un Hugo sólo dos años antes, en la 26ª Convención de San Francisco, y yo desprecio a las personas codiciosas. Pero, por descontado, aprecio mucho a Fritz, como todo el mundo.

—¡Sssonssso! ¡Nessio! ¡Ffffeo! —bufó el gato, y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple alfilerazo le hizo olvidar las náuseas de su creciente resaca, por lo que la mente de Spar flotó en la negrura de Windrush tan libre como su cuerpo. Muy lejos, hacia el Puente o la Popa, brillaban dos o tres luces de navegación, débiles y vacilantes como fuegos fatuos.

Le llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas, deslizándose sobre aguas azules rizadas por el viento, contra un fondo de cielo azul. Ahora esos nombres ya no le parecían obscenos. Pudo oír el silbido del viento cargado de salitre a través de obenques y estays, su redoble contra las velas tensas y los crujidos de los tres mástiles y de todo el maderamen de la nave.

¿Qué era madera? De algún lugar le llegó la respuesta: Plástico vivoooooooo.

Y ¿qué fuerza aplastaba el agua, impidiendo que se elevase en grandes burbujas, y evitando que la nave echase a volar con la quilla más arriba que los palos, dando vueltas por el aire?

En vez de parecer borrosa y difuminada como la realidad, la visión era brillante y de contornos perfectamente nítidos. Spar no dijo nada, por no tener que escuchar: «¡Muchchcho vesss tú! ¡Vidente! ¡Vissssionario! ¡Linsssse, que eres un linsse!».

Tanto hablar de la vista molestaba a Spar —¡malos modales de gato!—; pero luego sintió una irracional oleada de esperanza en relación con sus ojos. Decidió que aquél no era un gato-brujo escapado de sus sueños, sino un vagabundo que se habría abierto paso a través de un tubo de ventilación hasta el Mesón del Murciélago, interrumpiendo sus visiones. Había muchos animales extraviados aquellos días de miedo a las brujas y despoblación de la Nave, o por lo menos de la Bodega Tres.

El amanecer iluminó la proa entonces, bañando de luz violácea el rincón delantero del Mesón del Murciélago. Las luces de navegación se ahogaban en un resplandor blanquecino cada vez más intenso. Al cabo de veinte segundos, Windrush quedó tan iluminada como en cualquier otro Día de Faena o cualquier otra mañana.

El gato avanzó contorneando el brazo de Spar: una mancha negra para sus ojos cegatos. Entre los dientes, que Spar no podía distinguir, sujetaba una mancha gris más pequeña. Spar la tocó. Tenía el pelaje más corto, pero estaba fría.

Como si le hubiera molestado, el gato saltó alejándose del desnudo antebrazo con fuerte impulso de sus patas traseras. Se asió hábilmente al obenque más próximo, una tenue línea gris que se desvanecía en ambas direcciones, hacia las paredes.

Spar cambió de postura a su vez, sujetándose con los dedos de los pies a su propio obenque, no más grueso que un lápiz, y bizqueó para mirar al gato.

Éste le devolvió la mirada con ojos que eran dos manchas verdes casi confundidas entre el negro pelaje de su cabezota.

Spar le preguntó:

—¿Es tu hijo? ¿Está muerto?

El gato soltó su paquete gris, que permaneció flotando al lado de su cabeza.

—¿Hijo? ¡Ufff! —su voz sibilante expresó aún más desprecio que antes—. ¡Esss un ratonssito que assesssiné, sssonssso!

Los labios de Spar se fruncieron en una sonrisa.

—Me gustas, gato. Te llamaré *Kim*.

—¡*Kim*! Muy lisssto tú —escupió el gato—. Puesss yo te llamaré sssonssso. ¡O mejor, nesssio!

Los ruidos aumentaron en intensidad, como siempre solía ocurrir al amanecer y al mediodía. Los obenques chirriaron. Las paredes crujieron.

Spar volvió la cabeza con rapidez. Aunque la realidad era naturalmente borrosa para él, sabía distinguir cualquier movimiento con precisión infalible.

Keeper flotaba lentamente, pero derecho hacia él. Sobre su cuerpo redondo y

bermejo, la cabeza era una gran bola pálida cuyo centro colorado, la nariz, distraía de las dos diminutas manchas pardas que eran sus ojillos. Uno de sus robustos brazos terminaba en un brillante reflejo de plástico retráctil, y el otro en un sombrío destello de acero. A sus espaldas quedaba el cárdeno rincón de popa del Mesón del Murciélago, con la gran barra circular brillante que llamaban el Ruedo.

—¡Pedazo de vago! ¡Gandul! —fue el saludo de Keeper—. Todo el Día del Sueño roncando mientras yo montaba guardia. Ahora te traigo tu bolsa matinal de Niebla de Luna, a ver si te despeja.

Luego añadió, en tono sentencioso:

—¡Mala noche ha sido ésta, Spar! Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los corredores. ¡Ya me guardaría yo bien de acercarme, para no hablar de las ratas y ratones! He oído a través de los tubos que los vampiros cogieron a Girlie y a Sweetheart, las muy estúpidas... ¡Vigilancia, Spar! Ahora, sóplate tu Niebla de Luna y ponte a barrer. ¡Este sitio apesta!

Alargó la mano con el brillante plástico retráctil.

Con las despectivas palabras de *Kim* silbándole todavía en los oídos, Spar replicó:

—Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Gachas de maíz y un poco de Vino de Luna, o mejor agua.

—Pero, ¿qué dices? —inquirió Keeper—. Me parece que no debo permitirlo. ¿No querrás que te den las convulsiones delante de los clientes? ¡Trágame, tierra...! ¿Qué es esto?

Al instante, Spar se abalanzó sobre la mano brillante de acero. El obenque tenso vibró bajo sus pies. Con una mano apartó un cañón grueso y frío, mientras con la otra separaba del gatillo el amorcillado dedo de su interlocutor.

—No es un gato-brujo. Es un animal extraviado nada más —explicó mientras ambos daban tumbos, rodando lentamente a través del aire.

—¡Suéltame, tarado! —estalló Keeper—. Voy a hacer que te carguen de grilletes. Se lo diré a Crown.

—Las armas de fuego son tan ilegales como los cuchillos y las agujas —replicó Spar con osadía, aunque ya empezaba a sentirse mareado y enfermo—. Tú sí que podrías verte encadenado.

Pese al tono fanfarrón de Keeper, sabía que éste le tenía miedo por su habilidad para moverse con rapidez y seguridad aun estando medio ciego.

Chocaron contra un amasijo de obenques que les hizo detenerse.

—Suéltame, he dicho —exigió Keeper, debatiéndose débilmente—. Esta pistola me la ha dado Crown, y tengo permiso del Puente para usarla.

Esto último al menos, sospechó Spar, era mentira. Keeper prosiguió:

—Además, es un arma modificada para disparar sólo bolas pesadas y elásticas. Nada que pueda perforar el casco, pero suficiente para derribar a un borracho... o para romperle el cráneo a un gato-brujo.

—No es un gato-brujo, Keeper —repitió Spar, tragando saliva para dominar las

náuseas—. Sólo es un animalito perdido y muy formal, que ya ha demostrado su utilidad cazando una de las ratas que nos roban la comida. Se llama *Kim*. Será un buen trabajador.

La mancha distante que era *Kim* se alargó diferenciándose en sombras delgadas que eran las patas y el rabo; se mantenía sobre su obenque como una figura heráldica rampante.

—Ssssoy muy ssserviissial —se alabó—. Y sssanitario. Ussso los tubosss de loss depperrdisssios. Cassso rratass y rratonssitoss. Esssspío a las brujass y los vampiros.

—¡Un gato que habla! —boqueó Keeper—. ¡Brujería!

—Crown tiene un perro que habla —replicó Spar con intención—. El que un animal hable no demuestra nada.

Durante todo ese rato había sujetado con fuerza el cañón de la pistola y el dedo de Keeper; mientras le abrazaba estrechamente le pareció notar que el dueño del Mesón del Murciélago se daba por vencido. La montaña de osamenta y músculo se transformaba en una jalea espesa que podía dominarse a voluntad.

—Lo siento, Spar —murmuró, obsequioso—. He pasado muy mala noche, y *Kim* me ha dado un susto. Es negro como un gato-brujo. Un error disculpable de mi parte. Le tendremos a prueba como cazador. ¡Tiene que ganarse el sustento! Ahora, toma tu bebida.

La doble bolsa flexible, tan preciosa como la Piedra Filosofal, llenó la palma de la mano de Spar. Se la llevó a los labios, pero en ese momento sus pies tropezaron involuntariamente con un obenque, y se puso a flotar a la deriva hacia el brillante Ruedo, cuya circunferencia interior podía dar cabida hasta a cuatro camareros, los días de mucho ajeteo.

Spar tropezó contra la pared interior de la barra; los obenques que la retenían cedieron elásticamente para absorber el choque. Tenía la bolsa pegada a los labios, con el tapón desenroscado, mas no la había apretado aún. Cerró los ojos y, a ciegas, reprimiendo un leve sollozo, devolvió la bolsa al contenedor de la Niebla de Luna.

Guiándose más bien por el tacto, sacó de la estufa una bolsa de gachas; al mismo tiempo hurtó una bolsa de café y se la escondió en un bolsillo interior. Por último cogió una bolsa de agua, la abrió, le introdujo cinco tabletas de sal y la cerró para agitarla con fuerza.

Keeper, que se había acercado flotando por detrás, le dijo al oído:

—Conque tú te tragas cualquier cosa... No te basta la Niebla de Luna, sino que necesitas un combinado. Debería descontártelo del sueldo. Verdad es que todos los borrachos sois unos tramposos, o acabáis siéndolo.

Cayendo de lleno en la celada, Spar explicó:

—Sólo es un poco de agua salada para endurecer mis encías.

—¡Pobre Spar! ¿Para qué quieres endurecerte las encías? ¿Acaso piensas compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Procura que no te pille asándolas en mi

parrilla! Debería descontarte la sal... ¡A barrer el local, Spar!

Kim había encontrado ya el pequeño tubo triturador y arrojó dentro de él la rata muerta, sujetándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata con el hocico. Cuando el cadáver de la rata entró en el mecanismo del tubo, se inició un movimiento de maceración que continuaría hasta que quedase triturada; sus restos serían tragados poco a poco, hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

Volviéndose hacia el rincón violeta, Keeper gritó:

—¡Y tú, a cazar ratones!

Spar se enjuagó las encías con agua salada tres veces seguidas, a conciencia, escupiéndola luego en un tubo para desperdicios. Vomitó un poco después de hacer gárgaras por primera vez. Luego, volviéndose para que Keeper no pudiera ver cómo sacaba las bolsas, apretó éstas poco a poco para engullir el café —más sabroso para él, en aquellos momentos, que la Niebla de Luna o aguardiente obtenido por destilación del Vino de Luna— y algunas gachas.

Con un gesto de excusa, ofreció las sobras a *Kim*, quien meneó la cabeza.

—Jusstto me comí un rratonsssito —dijo.

Spar se dirigió apresuradamente hacia el rincón verde, a estribor. Al otro lado de la escotilla se oyeron voces de beodos gritando con furiosa impaciencia:

—¡Abrid!

Tomando los cabezales de dos tubos aspiradores largos, Spar empezó a barrer la atmósfera, moviéndose en espiral desde el rincón verde, como una araña que construye su tela.

Desde la barra circular, a cuyo delgado mostrador de titanio sacaba brillo con perezosos movimientos, Keeper aumentó la potencia de los dos tubos. Por reacción, el movimiento en espiral de Spar se aceleró, obligándole a poner en juego todas sus fuerzas para eludir los obenques y evitar que los tubos se enredasen en ellos.

Después, Keeper echó una ojeada a su muñeca y gritó:

—¡Spar! ¿Es posible que no te hayas enterado de la hora que es? ¡Abre ya!

Lanzó al aire un llavero. Spar logró atraparlo, aunque sólo había distinguido la última parte de su trayectoria. Tan pronto como puso rumbo a la escotilla verde, Keeper le detuvo con una voz, apuntando a un lado y a otro. Obediente, Spar descorrió los pestillos de las escotillas negra y azul antes de abrir la verde, aunque tras de aquéllas no aguardaban parroquianos. Al hacerlo se las arregló para evitar los pegajosos marcos de las escotillas y la pringosa compuerta de emergencia que había al lado de las mismas.

Tres borrachines, clientes habituales, entraron empujándose mutuamente y tropezando con los obenques en sus prisas por alcanzar la barra, mientras insultaban a Spar:

—¡Que el cielo te ahogue!

—¡Así te trague la tierra!

—¡Ojalá te veas sepultado en los mares!

—Basta de palabrotas, muchachos —les reprendió Keeper—, aunque comprendo que la estupidez y la cachaza de mi ayudante acaban con la paciencia de cualquiera.

Spar devolvió las llaves. Los curdas se alinearon codo con codo alrededor de la barra, tres manchones grisáceos con las cabezas apuntando hacia el rincón azul.

Keeper se encaró con ellos.

—¡Abajo, abajo! —ordenó, indignado—. ¿Qué modales son éstos?

—¡Pero si no hay nadie!

—Sólo estamos nosotros tres.

—Da igual —replicó Keeper—. ¡Un poco de educación, por favor! Daos la vuelta, o si no, os cobraré las consumiciones al contado.

Refunfuñando en voz baja, los parroquianos dieron vuelta a sus cuerpos hasta que sus cabezas apuntaron al rincón negro.

Sin molestarse en girar a su vez, Keeper les acercó una delgada y retorcida mancha roja con tres ramales. Cada uno de los clientes agarró un ramal y se lo enchufó en la cara.

Con su gruesa mano apoyada sobre algo brillante que era una válvula, Keeper dijo:

—Antes que nada, veamos vuestros vales.

Con muchos murmullos de contrariedad, todos sacaron unos objetos demasiado pequeños para que Spar pudiese distinguirlos bien. Keeper los estudió con gran atención antes de introducirlos en la registradora. Luego decidió:

—Seis segundos de Vino de Luna para todos. Sorbed aprisa.

Y alzó la muñeca mientras accionaba con la otra mano.

Uno de los bebedores pareció atragantarse, pero expulsó el líquido por la nariz y siguió chupando valientemente.

Entonces Keeper cerró la válvula.

—¡Eh! ¡Que has cortado demasiado pronto! No han pasado seis segundos —le increpó en seguida uno de los clientes.

Keeper explicó en tono melifluido:

—He repartido la ración en dos tandas, una de cuatro y otra de dos segundos. No queremos que nadie se ahogue, ¿verdad? ¿Preparados?

Los beodos tomaron ávidamente la segunda ronda y luego, mientras relamían los tubos con afán para chupar las últimas gotas, empezaron a cuchichear. Pero Spar, gracias a su excelente oído, pudo captar casi todo lo que hablaban mientras daba vueltas alrededor de ellos.

—Asqueroso Día del Sueño hemos tenido, Keeper.

—Al contrario, hombre. Muy bueno para que los vampiros le chupen la sangre a cualquier borrachín.

—Yo me puse a salvo con Pete, gordinflón.

—¿Con Pete y a salvo? La primera noticia...

—¡Mal Átomo Sucio te pille! Los vampiros se llevaron a Girlie y a Sweetheart de la mismísima jábega principal de estribor, aunque no lo creas. ¡Maldito sea el Cobalto Noventa! Windrush está quedándose muy solitaria. O, al menos, la Bodega Tres. Hay días que puedes atravesar toda una galería sin ver un alma.

—¿Cómo supiste lo de esas chicas? —dijo otro de los parroquianos—. A lo mejor se largaron a otra bodega para ver si mejoraba su suerte.

—Pues se les acabó la suerte de una vez por todas. Suzy vio cómo desaparecían.

—No fue Suzy —rectificó Keeper, actuando ahora de árbitro—. Pero sí Mable. Un final merecido para esas cerdas borrachas.

—No tienes sangre en las venas, Keeper.

—Muy cierto. Por eso los vampiros me dejan en paz. Pero hablando en serio, muchachos, creo que los hombres-lobo y las brujas andan demasiado sueltos por la Tres. Yo pasé despierto el Día del Sueño, vigilando. Voy a enviar una protesta al Puente.

—Estás de broma.

—No lo creas.

Keeper cabeceó solemnemente e hizo la señal de una cruz sobre su corazón. Los bebedores quedaron muy impresionados.

Spar retrocedió flotando en espiral hacia el rincón verde, sin dejar de pasar los tubos aspiradores. De paso se cruzó con la mancha negra que era *Kim*, mientras éste saltaba de obenque en obenque, con una carrerilla a lo largo de ellos, de vez en cuando.

Una forma rolliza, de piel muy blanca ceñida por dos franjas de azul —las bragas y el sostén— entró por la escotilla.

—Buenos días, Spar —le saludó con voz suave—. ¿Cómo te va?

—Ni bien ni mal —replicó Spar.

La nube dorada de flotantes cabellos le rozó el rostro.

—He decidido dejar la Niebla de Luna, Suzy.

—No seas demasiado severo contigo mismo, Spar. Ya sabes: trabajar un día, holgazanear un día, divertirse un día y dormir un día. Es el mejor sistema.

—Lo sé. Día de Faena, Día de Ocio, Día de Juerga y Día del Sueño. Diez días hacen un *terranth*, doce *terranths* hacen un *sunth*, doce *sunths* hacen un *starth* y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Me gustaría saber qué significan todos esos nombres.

—Piensas demasiado. Deberías... ¡Oh, un cachorro! ¡Qué mono!

—¡Cachchchorro, una lechchche! —silbó la cabezuda mancha negra, alejándose de ellos de un salto—. Sssssoy gato. Sssssoy *Kim*.

—*Kim* es nuestro nuevo cazador —explicó Spar—. Él también piensa mucho.

—No pierdas el tiempo con ese cegato desdentado, Suzy —gritó Keeper—, y acércate de una vez.

Antes de obedecer, con un suspiro de resignación, Suzy rozó la arrugada mejilla

de Spar con las suaves yemas de sus ahuesados dedos.

—Spar querido... —susurró.

Cuando sus pies pasaron frente a Spar, éste oyó tintinear las esclavas que llevaba en los tobillos, recordando que eran de pequeños corazones dorados.

—¿Te has enterado de lo de Girlie y Sweetheart? —inquirió lúgubrementemente uno de los bebedores—. ¿Qué se debe sentir cuando te rajan la carótida, o la vena ilíaca, o...?

—¡Cierra el pico, estúpido! —le cortó Suzy secamente—. Sírvenme un trago, Keeper.

—Tu cuenta está muy cargada, Suzy. ¿Cómo piensas pagar?

—Déjate de tonterías, Keeper, sobre todo a esta hora de la mañana. Ya que te las sabes todas, también sabrás la contestación a eso. Conque sírvenme una bolsa de Vino de Luna. Tinto, por favor, y déjame un rato en paz.

—Las bolsas son para las señoras, Suzy. Te serviré arriba. Me debes mucho, pero...

Se oyó una exclamación de enojo, rápidamente aumentada a grito de rabia. En la escotilla, una figura pálida en bragas y sostén —no, era algo más ancho, una especie de chaquetilla— de color rojo, se debatía fieramente entre tirones y pataleos.

Al entrar con descuido, seguramente con mucha prisa, a la esbelta joven se le había enganchado la tela y parte de su persona en el marco de la escotilla.

Logró soltarse con un frenético tirón, mientras Spar flotaba hacia ella y los parroquianos gritaban comentarios burlones. Ella se precipitó hacia la barra, esquivando los obenques, con el largo cabello negro ondeando a su espalda.

¡*Bong!* Aterrizó con un caderazo sobre el titanio y, recogiendo la chaquetilla roja con una mano, tendió la otra por encima del Ruedo.

Spar, que había flotado tras ella, la oyó decir:

—Una bolsa doble de Niebla de Luna, Keeper, ¡pronto!

—Que tengas muy buenos días, Rixende —la saludó Keeper—. Te serviría con mucho gusto el mejor de los néctares, pero... —abrió sus rollizos brazos—. A Crown no le gusta que sus chicas vengan solas aquí, ya sabes. La última vez me ordenó estrictamente que...

—¡Tonterías! Vengo precisamente por encargo de Crown, a buscar una cosa que se dejó. Entretanto, ¡mi Niebla de Luna! ¡Doble!

Descargó un puñetazo en la barra; por reacción, ella empezó a flotar hacia arriba. Spar la ayudó a volver a su puesto, sin recibir las gracias por ello.

—Calma, señorita, calma —dijo Keeper con una sonrisa que hizo desaparecer las dos motitas pardas de sus ojos—. ¿Y si viene Crown mientras estás sorbiendo?

—¡No vendrá! —aseguró Rixende con vehemencia, aunque lanzando al mismo tiempo una rápida ojeada por encima del hombro. Spar vio una mancha negra, luego la mancha pálida que era el rostro, y otra vez la mancha negra—. Tiene una chica nueva. No me refiero a Phanette ni a Doucette. Es otra nueva que no conocíamos, que

se llama Almodie o algo así. Estará ocupado con esa larguirucha toda la mañana. Y ahora, ¡saca de una vez ese doble, demonio!

—Calma, Rixie. Cada cosa a su tiempo. ¿Qué fue lo que perdió Crown?

—Una bolsita negra, como así de grande —alzó su delgada mano con los dedos casi juntos—. La perdió aquí el último Día de Juerga, o se la robaron.

—¿Has oído eso, Spar?

—No se ha encontrado ninguna bolsita negra —se apresuró a decir Spar—, pero anoche te dejaste aquí tu bolso anaranjado, Rixende. Voy a buscarlo.

Flotó hacia el interior del Ruedo.

—¡Bah! ¡Por mí, que se pierdan todos! ¡Venga ese doble! —exigió la muchacha con energía—. ¡Madre Tierra!

Hasta los beodos se quedaron con la boca abierta, escandalizados. Llevándose las manos a las sienes, Keeper suplicó:

—¡Blasfemias no, por favor! Suenan peor en labios de una mujer bonita, querida Rixende.

—¡Madre Tierra, he dicho! Y ahora déjate de remilgos, Keeper, y sírveme antes de que te arañe la cara y ponga todas tus cajas patas arriba.

—Bueno, bueno... Ahora voy. Aunque, ¿cómo piensas pagar? Crown dijo que me quitaría la licencia si le volvía a cargar tus consumiciones en su cuenta. ¿Llevas tarjeta de crédito o... metálico?

—¿Acaso no tienes ojos en la cara? ¿O crees que esta chaquetilla tiene bolsillos interiores? —La abrió ampliamente exhibiendo los pechos y luego volvió a cubrirse—. ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra!

Los bebedores cuchichearon entre sí, indignados. Suzy emitió un resoplido sarcástico, aburrida por la escena.

La gruesa mano de Keeper palpó la muñeca de Rixende, ceñida por una franja dorada.

—Tienes oro —susurró, con una expresión codiciosa en los ojillos.

—Bien sabes que nuestros brazaletes están soldados, lo mismo que las esclavas de los tobillos.

—¿Y esto?

La mano de Keeper señaló un brillo dorado junto al oído de ella.

—Soldado también, a través del taladro en el lóbulo de la oreja.

—Pero...

—¡Mal átomo te parta, condenado! ¡Muy bien! ¡Te has salido con la tuya! Te lo daré.

Las últimas palabras terminaron en un aullido, más de rabia que de dolor, cuando Rixende agarró uno de sus pendientes para quitárselo de un tirón. La sangre empezó a flotar en gotas esféricas. Ella alargó el puño cerrado.

—Ahora, ¡sírveme! Aquí hay oro para un doble de Niebla.

Keeper, resoplando, fingió estar atareado con la caja de Niebla de Luna, como si

se diera cuenta de que había ido demasiado lejos. Los parroquianos guardaron silencio también. En cambio, Suzy intervino para decir con indiferencia:

—Y el tinto que he pedido.

Spar halló una esponja seca y capturó con habilidad las flotantes gotas de color púrpura, para luego aplicarla contra la oreja desgarrada de Rixende.

Keeper examinaba el grueso pendiente de oro, acercándose mucho a los ojos. Rixende se llevó la doble bolsa a los labios y la estrujó ávidamente; sus ojos se entornaron mientras sorbía con deleite. Spar guió hacia la esponja la mano libre de la muchacha, y ésta asumió automáticamente la tarea de sujetarla. Suzy suspiró con fastidio y luego, reclinando su cuerpo rollizo sobre el mostrador, metió mano a la nevera y se sirvió una bolsa doble de tinto.

Una figura larga, flexible y muy morena, que vestía una camiseta muy ceñida de color violeta oscuro con lunares plateados, entró por la escotilla como un cohete, a una velocidad que Spar apenas habría creído posible, y sin rozar un solo obenque ni por casualidad ni a propósito. A medio camino, el recién llegado hizo media voltereta esquivando a Spar y frenó golpeando el titanio junto a Rixende con sus pies descalzos, largos y estrechos. Ejecutó una flexión tan perfecta, que la barra circular apenas osciló.

Un brazo se enroscó alrededor de la muchacha. Con la otra mano le arrebató la bolsa, y se oyó un chasquido cuando el intruso le puso el tapón.

Una voz perezosa y musical inquirió:

—¿Qué decíamos que iba a pasarte si volvíamos a pillarte bebiendo sola, muñeca?

Un pesado silencio planeó sobre el Mesón del Murciélago. Keeper se había refugiado en el lado opuesto de la barra, con una mano detrás. Spar se quedó inmóvil en un rincón, como una estatua, con la mano metida entre las cajas de Niebla y Vino de Luna. Notó que estaba bañado en sudor. Suzy empinó la bolsa de tinto, ocultando la cara.

Uno de los bebedores se vio acometido por un súbito acceso de tos; cuando logró dominarlo, jadeó en tono servil:

—Perdone usía... Mis respetos.

Keeper balbució:

—Buenos días... Crown.

Crown tiró suavemente de la chaquetilla de Rixende, poniendo al descubierto un hombro de la muchacha.

—¡Vaya!, tienes la carne de gallina, cariño, y estás tiesa como un cadáver. ¿De qué tienes miedo? Tranquila, Rix. Relájate, y te invitaremos a un trago.

Su mano encontró la esponja, se detuvo, la palpó y halló la parte húmeda; luego se la llevó a la cara para olfatearla.

—Bueno, muchachos. Al menos hemos averiguado que ninguno de vosotros es un vampiro —comentó tranquilamente—. De lo contrario, le habríamos pillado

chupando la oreja de la chica.

Rixende se apresuró a decir con voz monótona:

—No he venido a beber, te lo juro. Vine a buscar la bolsita que perdiste. Y luego me tentaron. Traté de resistir, pero Keeper se empeñó tanto que...

—Cierra el pico —dijo Crown sin alzar la voz—. Nos estábamos preguntando cómo ibas a pagar. Ahora ya lo sabemos. ¿Cómo pensabas pagar el tercer doble, eh? ¿Cortándote una mano o un pie? Anda, Keeper, enséñame la mano... ¡Enséñamela, he dicho! Así está bien. A ver lo que tienes ahí.

Crown cogió el pendiente de la mano abierta de Keeper. Sin apartar los amarillentos ojos del rostro de Keeper, sopesó la valiosa joya y luego la arrojó suavemente hacia lo alto.

Mientras la mancha dorada flotaba pausadamente en dirección a la escotilla, Keeper boqueó dos veces, para balbucir luego:

—No he sido yo, Crown, ¡palabra! No sabía que iba a lastimarse la oreja. Quise evitarlo, pero...

—Eso no nos importa —le interrumpió Crown—. Apunta el doble a nuestra cuenta.

Sin dejar de mirar fijamente a Keeper, alzó el brazo y atrapó el pendiente justo antes de que volase fuera de su alcance.

—¿Por qué hay tan poco ambiente en esta covacha? —inquirió.

Luego, alargando una pierna por encima del mostrador con tanta facilidad como si hubiera sido el brazo, pellizcó una oreja de Spar entre los dedos del pie y tiró de ella, arrastrando al camarero y obligándole a volverse.

—¿Cómo te prueban las gárgaras con agua salada, pequeño? ¿Se te han endurecido las encías? Sólo hay una manera de saberlo.

Sujetó la mandíbula y los labios de Spar con el pie y le metió el dedo gordo del otro en la boca.

—Anda, pequeño. Muérdeme.

Spar mordió. Era la única solución para no vomitar. Crown soltó una risa burlona. Spar mordió con rabia. El esfuerzo sacudió su tembloroso esqueleto. Su rostro se congestionó y sus sienes latieron tumultuosamente mientras su frente quedaba bañada en sudor. Estaba seguro de que le hacía daño a Crown, pero el primer magistrado de la Bodega Tres se limitó a sonreír con ironía. Cuando Spar abrió la boca para recobrar el aliento, retiró el pie y dijo:

—Vaya, vaya... Estás hecho un tigre, pequeño. Casi hemos notado el mordisco. Toma un trago a nuestra salud.

Spar hizo una finta, apartando su boca estúpidamente abierta del fino chorro de Niebla de Luna. El líquido le tocó en un ojo, escociéndole tanto que le obligó a cerrar los puños y apretar con fuerza sus doloridas encías para no gritar.

—¿Por qué hay tan poca animación en este antro, repito? Ni un solo aplauso para el pequeño, y ahora el pequeño se habrá enfadado con nosotros. ¿No podríais

dedicarle una sonrisa para darle ánimos?

Crown miró a su alrededor, encarándose con cada uno de los presentes.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

—¿Gato? Tenemos un gato. Es nuevo. Llegó anoche. Nos sirve para cazar — balbució Keeper atropelladamente—. Habla un poco. No tan bien como *Hellhound*, pero habla. Es muy divertido: Cazó una rata.

—¿Qué hiciste con el cadáver de la rata, Keeper?

—Lo arrojé al tubo triturador. Mejor dicho, lo hizo Spar. O el gato.

—¿Quieres decir que hicisteis desaparecer un cadáver sin dar parte? ¡Bah! No te pongas pálido por eso, Keeper. No tiene importancia. Aunque podríamos acusarte por albergar un gato-brujo. Dijiste que había llegado anoche. Y fue una noche propicia para brujos... Vamos, no te pongas verde ahora. Sólo estábamos tomándote un poco el pelo. Tratábamos de pasar el rato. ¡Spar! —agregó—. Llama a tu gato. Haz que diga algo divertido.

Antes de que Spar pudiera llamar a *Kim* o decidir si debía obedecer o no, la mancha negra surgió sobre un obenque cerca de Crown, con las manchas verdes de sus ojos fijas en los amarillentos de éste.

—Conque tú eres el gracioso, ¿eh? Bien... cuéntanos un chiste.

Kim pareció aumentar de tamaño. Spar se dio cuenta de que erizaba el pelo.

—Adelante, gato... demuestra que sabes tanto como dicen. Keeper, ¿no nos habrás engañado al decirnos que sabía hablar?

—¡Spar! ¡Haz que tu gato hable!

—No importa. Se habrá comido su propia lengua, también. ¿No es eso, negro?

Alargó la mano. *Kim* le dio un zarpazo y se largó de un salto. Crown se limitó a soltar otra de sus risotadas.

Rixende empezó a temblar sin conseguir dominarse. Crown la contempló con burlona solicitud y alargó una mano para volver la cabeza de la muchacha hacia él. Al mismo tiempo hacía pasar a la esponja cualquier gota de sangre que hubiera podido sacarle el zarpazo del gato.

—Spar juró que el gato hablaba —tartamudeó Keeper—. Yo...

—Silencio —dijo Crown.

Acercó la bolsa a los labios de Rixende y la apretó. Ella dejó de temblar y la bolsa quedó vacía. Crown le arrojó a Spar el envoltorio de plástico.

—Y ahora, ¿qué hay de mi bolsita negra, Keeper? —inquirió.

—¡Spar!

Éste se apresuró a decir, mientras se retiraba hacia un rincón:

—No hemos encontrado ninguna bolsita negra, señor Juez, pero sí la que olvidó el pasado Día de Juerga la señora Rixende.

Y regresó mostrando un objeto grande, redondo y de color anaranjado brillante, que se cerraba con unos cordones.

Crown lo cogió y le dio vueltas, lentamente. Como no podía ver los cordones, a

Spar le pareció cosa de magia.

—Demasiado grande, y el color tampoco es el mismo. Estamos seguros de que la bolsita negra se perdió aquí, a no ser que nos la robasen. ¿Estás convirtiendo el Mesón del Murciélagos en un antro de ladrones, Keeper?

—Oye, Spar.

—Te lo preguntamos a ti, Keeper.

Apartando a Spar de un empujón, el aludido se puso a rebuscar frenéticamente, agachado entre cajas de Niebla de Luna y Vino de Luna. Salió a relucir un gran número de pequeños objetos; Spar pudo distinguir algunos de los más voluminosos, como un ventilador portátil a pilas y una pantufla de color púrpura. Los objetos perdidos flotaban en abigarrado revoltijo alrededor de Keeper.

Éste jadeaba ya, mientras seguía revolviendo sin hallar nada más, hasta que por fin Crown intervino con voz indiferente:

—Con eso basta. De todos modos, la bolsita negra no tenía demasiada importancia para nosotros.

Keeper se incorporó. Su cara le pareció a Spar más borrosa que nunca; debía de estar envuelta en un halo de transpiración. Señaló el bolso anaranjado:

—A lo mejor está ahí dentro.

Crown abrió el bolso y empezó a rebuscar dentro del mismo. Luego mudó de propósito y le dio una sacudida. Todas las cosas que contenía se echaron a flotar, moviéndose hacia arriba con velocidad uniforme, como una formación militar en desbandada. Crown les pasó revista mientras volaban frente a sus ojos.

—No. Aquí no está.

Empujó el bolso hacia Keeper y le ordenó:

—Guarda las cosas de Rix y quédatelas hasta que volvamos...

Rodeando a la muchacha con el brazo, sin dejar de aplicar la esponja a la oreja herida, se volvió y salió por la escotilla con poderoso impulso.

Cuando la pareja se hubo perdido de vista, hubo un suspiro general de alivio y los tres sacaron nuevos vales de crédito para otra ronda. Suzy exigió un segundo doble de tinto, que Spar se apresuró a servirle mientras Keeper se rehacía del susto, después de lo cual ordenó:

—Recoge todo eso que flota, Spar, y sobre todo lo de Rixie, para guardarlo en su bolso. ¡Vamos! ¡Muévete, gandul!

Luego puso en marcha el ventilador de mano para refrescarse y secarse el sudor.

El encargo le resultaba a Spar muy difícil de cumplir, pero *Kim* acudió en su ayuda lanzándose tras los objetos demasiado pequeños para que aquél pudiera verlos. Cuando los tenía entre las manos, los identificaba fácilmente por el tacto o por el olfato.

Cuando se hubo disipado su rabia impotente hacia Crown, Spar se puso a recordar los acontecimientos de la noche pasada. Sus visiones de vampiros y hombres-lobo, ¿eran sueño o realidad? A menos que el otro no estuviera de guardia como

aseguraba... Deseó poseer mejor vista para alcanzar a distinguir la ilusión de la realidad, y recordó el siseo burlón de *Kim*: «¡Visssionario! ¡Linsssse, que eresss un linsssse!». ¿Cómo sería lo de ver las cosas con claridad? ¿Parecerían más brillantes o más cercanas?

Con estas tristes reflexiones, fue guardando los objetos dispersos y luego regresó a la faena de barrer, mientras *Kim* reanudaba la caza de ratones. A medida que avanzaba el Día de Faena, el Mesón del Murciélago iba quedando en penumbra, aunque de un modo tan gradual que era difícil notarlo.

Entraron algunos clientes, pero todos ellos para un trago rápido que les fue servido por un Keeper lúgubre y malhumorado. Suzy ni siquiera juzgó necesario intervenir en sus funciones como animadora.

A medida que pasaba el tiempo, Keeper iba cargándose de mala uva, tal y como Spar había imaginado que sucedería después de las humillaciones que le había infligido Crown. Quiso echar a los tres parroquianos habituales, pero éstos no dejaban de sacar más y más vales de crédito, arrugados pero de curso legal. Por más vueltas que les daba Keeper, no pudo descubrir ninguna falsificación. Para vengarse, quiso hacerles sisa en las raciones, con lo que se inició una serie de altercados. Por último, se volvió hacia Spar, diciendo airado:

—Ese gato tuyo... arañó a Crown, ¿no es cierto? Hay que echarlo de aquí. Crown dijo que podía ser un gato-brujo, ¿recuerdas?

Spar no respondió. Keeper le mandó que renovase el adhesivo de las escotillas, afirmando que Rixende pudo desengancharse porque se había secado. Luego se puso a picotear en los aperitivos y bebió Niebla de Luna con jugo de tomate. Cuando se cansó de esto, roció el local con un abominable perfume sintético y empezó a pasar cuentas de la recaudación. Pero también esto le aburrió en seguida y, mudando de intención, cerró la caja de golpe y contempló a Suzy con una extraña mueca.

—¡Spar! —gritó—. Hazte cargo de la barra y procura que no se emborrachen esos tipos.

Luego echó llave a la registradora y, con un significativo movimiento de cabeza dirigido a Suzy, tomó impulso hacia una de las escotillas. Ella se encogió de hombros, mirando a Spar con expresión de hastío, y siguió a Keeper.

Tan pronto como la pareja hubo desaparecido, Spar sirvió a los parroquianos un trago de ocho segundos, negándose a aceptar sus vales, y colocó delante de ellos dos contenedores de frituras y empanadillas. Los clientes le dieron las gracias con un gruñido y empezaron a tragar. La iluminación del local pasó de la claridad normal a una semioscuridad cadavérica. Se oyó un ruido distante y apagado, seguido pocos segundos más tarde por un breve *crescendo* de crujidos metálicos. El cambio de luz puso nervioso a Spar, quien sirvió otras dos rondas sin cobrar y luego cargó precio doble por una bolsa de Niebla de Luna a un recién llegado. Quiso probar un aperitivo, pero entonces apareció *Kim*, muy ufano, para enseñarle un ratón que acababa de coger. Spar consiguió dominar las náuseas a duras penas. Empezaba a temer los

síntomas de desintoxicación, y sintió que le flaqueaba la voluntad.

En aquel momento entró por la escotilla verde, sujetándose a los obenques, una figura tripuda y vestida de negro. Al poco se materializó al otro lado de la barra un rostro en el que la barba y la melena canosas apenas dejaban ver la piel, parda y curtida, subrayando sin embargo el brillo gris de la mirada.

—¡Doctor! —exclamó Spar con alegría.

Sintió que su malestar se disipaba como por ensalmo, y sin mediar otra palabra sacó de la nevera una bolsa de Niebla de Luna calidad «tres estrellas». Tan excitado estaba, que sólo acertó a decir:

—Mala noche hemos tenido, ¿eh, doctor? Vampiros y...

—... Y otras supersticiones estúpidas, que nacen de un *sunth* a otro y ya no se desvanecen jamás —le interrumpió con una voz amigable, pero en tono sarcástico—. Aunque imagino que no debería privarte de tus ilusiones, Spar. Ni siquiera de las terroríficas. Eso distrae un poco tu triste vida. Además, es verdad que corre mala gente por Windrush. ¡Ahhh! ¡Este trago tan fresco rejuvenece mis amígdalas!

Entonces Spar recordó aquello tan importante que se le había olvidado. Hurgando en lo más hondo de su traje de faena, y volviéndose para que los demás parroquianos no pudieran ver lo que hacía, sacó una bolsita negra, plana y muy pequeña.

—Tome, doctor —susurró—. La perdió usted el último Día de Juerga. Se la he guardado.

—¡Maldita sea! Soy capaz de perder hasta mis pantalones, si alguna vez me los bajase —comentó el doctor, bajando la voz cuando Spar le hizo seña llevándose un dedo a los labios—. Supongo que empecé a mezclar la Niebla con el Vino de Luna, ¿no es cierto?

—Sí, doctor. Pero usted no la perdió. Crown o una de sus chicas debieron hurtársela o apoderarse de ella al verla suelta a su lado. Y luego... yo la saqué del bolsillo de Crown. Eso hice, y no dije ni una sola palabra esta mañana, cuando Rixende y Crown aparecieron por aquí para reclamarla.

—Spar, hijo mío, estoy en deuda contigo —dijo el doctor—. Más de lo que puedes imaginar. Otra «tres estrellas», por favor. ¡Ahhhh! ¡Puro néctar! Spar, pídemelo lo que quieras, y si está comprendido dentro de la primera infinitud transfinita, te juro que te lo concedo.

Ante su propia sorpresa, Spar empezó a temblar... de excitación. Inclinandose sobre la barra, murmuró roncamente:

—¡Déme un par de ojos sanos, doctor! ¡Y unos buenos dientes! —añadió impulsivamente.

Al cabo de lo que le pareció un largo rato, el doctor susurró, con voz soñadora y apesadumbrada:

—En los Antiguos Días, eso habría sido fácil. Ellos perfeccionaron los trasplantes oculares. Sabían regenerar los nervios craneales y devolver a un cerebro lesionado la capacidad de resolución. Y el injerto de embriones dentales era una sencilla práctica

para estudiantes. Pero ahora... Sí, podría hacer lo que me pides de una manera incómoda, anticuada, mecánica, pero...

El doctor se interrumpió, encogiendo los hombros con un gesto que expresaba todas las miserias de la vida y la vanidad de todo esfuerzo.

—¡Los Antiguos Días! —se dirigió uno de los bebedores a su compañero, hablando con disimulo por la comisura de la boca—. ¡Conversaciones de brujería!

—¡Qué brujería ni qué niño muerto! —respondió el otro del mismo modo—. Lo que pasa es que el viejo matasanos ya chochea. Sueña los cuatro días, y no sólo el Día del Sueño.

El tercer bebedor se apresuró a silbar la musiquilla de un conjuro contra el mal de ojo.

Spar tironeó la manga del albornoz negro que vestía el doctor.

—¡Me lo ha jurado, doctor! ¡Quiero una vista aguda y unos dientes afilados!

El doctor apoyó conmisericordiosamente su arrugada mano sobre el antebrazo de Spar.

—Una vista aguda sólo serviría para hacerte más desgraciado, Spar —explicó amistosamente—. Créeme: lo sé. La vida es más llevadera cuando se ve todo borroso, lo mismo que las ideas son más agradables cuando las hace borrosas la Niebla o el Vino de Luna. En Windrush no falta gente que ambicione morder con fuerza, pero tú no eres de éstos. Sírreme otra «tres estrellas», por favor.

—Me he quitado de la Niebla desde esta mañana, doctor —comentó Spar con cierto orgullo, mientras le entregaba otra bolsa fresca.

El médico replicó, sonriendo con tristeza:

—Muchos dejan la Niebla todos los Días de Faena por la mañana, y cambian de idea cuando llegan al siguiente Día de Juerga.

—¡No seré yo, doctor! Además —reanudó Spar el hilo de sus argumentos—, Keeper y Crown ven con claridad, lo mismo que Suzy y las demás chicas, y no son desgraciados.

—Voy a decirte un secreto, Spar —replicó el doctor—. Keeper y Crown y las chicas son unos cadáveres vivientes. Sí, incluso Crown, con toda su astucia y su poder. Para ellos, Windrush es el Universo.

—¿Y no es así, doctor?

Ignorando la interrupción, el doctor continuó:

—Pero tú no te conformarías con eso, Spar. Tú querrías averiguar más. Y eso te haría más desgraciado de lo que eres ahora.

—No me importa, doctor —dijo Spar, y repitió en tono acusatorio—: ¡Usted lo ha jurado!

La mirada casi gris desapareció para Spar cuando el médico frunció las cejas, pensativo. Luego dijo:

—¿Qué te parece esto otro, Spar? Sé que la Niebla de Luna trae tantos males y dolencias como alivios y alegrías. Pues bien: todos los Días de Faena por la mañana,

y todos los Días de Juerga por la tarde, yo podría darte una pastillita que te produciría todos los efectos buenos de la Niebla de Luna, y ninguno de los perjudiciales. Tengo una en esta bolsa. Prueba ahora, y te convencerás. Y todos los Días de Juerga por la noche te daré otra clase de píldora que te hará dormir tranquilamente, sin ningún género de pesadillas. Eso sería mucho mejor que unos ojos y unos dientes. Piénsalo bien.

Mientras Spar meditaba, apareció *Kim*, mirando al doctor con sus dos puntitos verdes.

—Missss rresssspetuosssssossss sssaludossss, sseñorrr —silbó—. Ssssoy *Kim*.

—Se le corresponde, caballero —respondió el doctor—. Que no falten los ratones.

Acarició al gato, pasando suavemente los dedos por la garganta y el pelaje del pecho. Su voz volvió a hacerse soñadora:

—En los Antiguos Días, todos los gatos hablaban, y no solamente algunos fenómenos. Toda la tribu felina. Y también muchos perros... ¡ejem! Perdona, *Kim*. En cuanto a los delfines, ballenas y monos...

Spar le interrumpió con avidez:

—Dígame una cosa, doctor. Si sus píldoras proporcionan la felicidad sin ningún tipo de resacas, ¿por qué bebe usted Niebla de Luna, y alternándola muchas veces con el Vino de Luna?

—Porque yo... —empezó el médico, y luego se interrumpió sonriendo—. Me has atrapado, Spar. No creí que fueses capaz de pensar por tu cuenta. Bien, ¡tú ganas! Ven a mi consultorio el próximo Día de Ocio... ¿Conoces el camino? Veremos lo que se puede hacer con tus ojos y tus dientes. Y ahora, dame una bolsa doble para el regreso.

Pagó con brillantes monedas, mientras se metía la gran bolsa de «tres estrellas» en una faltriquera, diciendo:

—Hasta luego, Spar. Hasta la vista, *Kim*.

Y se dirigió hacia la escotilla siguiendo una trayectoria en zigzag.

—Hasssta la visssta, sseñorrrrr —le despidió *Kim*.

Spar enarboló la bolsita negra.

Mientras el doctor volvía profiriendo una palabrota para coger lo suyo, se abrió la escotilla roja y apareció Keeper. Parecía de mejor humor que antes y silbaba la tonadilla de *Me casaré con el hombre del puente* mientras contemplaba con suspicacia ciertas manchas sobre el mostrador y revisaba las espitas del Vino de Luna. Tan pronto como salió el doctor, preguntó en tono desconfiado:

—¿Qué era eso que le dabas al viejo ganso?

—Su bolsa —reaccionó Spar con rapidez—. Se le había olvidado después de pagar al contado.

Sacudió una mano, dejando oír un sonido tintineante; Keeper se apoderó ávidamente del dinero y luego ordenó:

—¡A barrer, Spar!

Mientras éste flotaba hacia la escotilla roja para recoger sus aspiradores, Suzy pasó a su lado sin mirarle, avergonzada. Flotó hacia el mostrador y, muy seria, aceptó la bolsa de Niebla que le ofreció Keeper con burlona cortesía.

Spar sintió un acceso de indignación pensando en Suzy. Pero se le hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera la inminente visita al médico. Cuando la noche del Día de Faena cayó, tan rápidamente como un cuchillo lanzado por una mano experta, apenas se dio cuenta de ello y no experimentó la acostumbrada aprensión. Keeper conectó a toda potencia el alumbrado del Mesón del Murciélago. Resplandecía de un modo deslumbrante, mientras al otro lado de las paredes translúcidas se adivinaba sólo un círculo de claridad lechosa.

El negocio se animó un poco. Suzy no tardó en largarse con el primer cliente adinerado. Keeper ordenó a Spar que atendiera a la barra mientras él cogía una hoja de papel sobre la que se había escrito y borrado docenas de veces y, poniéndola sobre una tablilla, empezaba a escribir laboriosamente, como si meditase las palabras o quizá incluso las letras una a una, humedeciendo a menudo el lápiz con la lengua. Estaba tan absorto en su ímproba tarea que, sin darse cuenta, empezó a girar sobre sí mismo mientras flotaba poco a poco hacia la escotilla negra. El papel se ensuciaba cada vez más con sus garabatos y sus tachaduras, acompañadas de saliva y sudor.

La corta noche transcurrió con más rapidez de lo que Spar se había atrevido a desear, por lo que sufrió un sobresalto ante el súbito amanecer del Día de Ocio. Casi todos los clientes se largaron a dormir la siesta.

Spar se preguntaba qué excusa iba a darle a Keeper para abandonar el Mesón del Murciélago, cuando el propio Keeper le resolvió el problema. Doblando el sucio papel y sellándolo con cinta en caliente, dijo:

—¡Eh, gandul! Coge esto y vete al Puente, donde se lo entregarás al Ejecutivo. ¡Espera!

Tomó el bolso anaranjado y tiró de los cordones para asegurarse de que estaban bien apretados.

—De paso, entrega esto en la cueva de Crown. ¡Obediencia y buenos modales, Spar! Ahora, ¡lárgate ya!

Spar metió el mensaje sellado en su único bolsillo con cremallera en buen estado. Luego flotó lentamente hacia la escotilla superior, donde estuvo a punto de chocar con *Kim*. Recordando lo que había dicho Keeper sobre echar al gato, cogió al animal por debajo de sus patas delanteras y se lo metió cuidadosamente debajo del traje de faena, mientras susurraba:

—Vamos a dar un paseo, pequeño *Kim*.

El gato clavó las uñas en la delgada tela para sujetarse, y se quedó quieto.

Para Spar, el corredor era un tubo estrecho que terminaba en niebla por los dos extremos, y salpicado longitudinalmente de motas verdes y rojas. Guiándose principalmente por el tacto y la memoria, avanzó tomando impulso con el cable que discurría a lo largo de la pared. Después de rodear los grandes cilindros de los

pasadizos centrales, el corredor continuaba en línea recta. Los ventiladores axiales funcionaban con tanta suavidad que apenas se percibía sino una ligera corriente antes de cruzarlos, y una leve succión después de pasar.

Pronto llegó a su olfato el olor a tierra y a vegetales. Con un estremecimiento, pasó junto a un gran círculo negro que era la compuerta de carga del triturador principal de la Bodega Tres. No se cruzó con nadie... cosa extraña incluso el Día de Ocio. Luego vio verdear los Jardines de Apolo y más allá una gran pantalla negra sobre la cual flotaba, siempre hacia popa, un pequeño círculo anaranjado que inspiraba a Spar una tristeza y un miedo inexplicables. Se preguntó cuántas serían las pantallas negras que reflejaban aquel lúgubre círculo. Eran particularmente numerosas hacia el costado de estribor, y él había visto el círculo en varias.

Al llegar a los jardines, tan cercanos que Spar pudo distinguir los verdes tallos ondulantes y la silueta del jardinero que flotaba sobre ellos, el corredor se doblaba en ángulo recto hacia abajo. Con dos docenas de impulsos a lo largo del cable, Spar llegó hasta una escotilla abierta. Su memoria para las distancias recorridas y un intenso aroma de perfumes mezclados le dijeron que aquélla era la entrada a la cueva de Crown. Atisbando a través de la escotilla distinguió el motivo decorativo de espirales negras y plateadas que caracterizaba el interior del gran depósito de forma globular. Al fondo y directamente enfrente de la escotilla, había otra gran pantalla negra con el inevitable disco pardo moteado de rojo en posición excéntrica.

Spar oyó debajo de su barbilla el siseo de *Kim*, suave pero apremiante:

—¡No te muevasssss! ¡Ssssilensssio, por tu vida!

El animal se había asomado por el cuello de la ropa; sus orejas cosquilleaban la garganta de Spar. Éste empezaba a acostumbrarse a los modales melodramáticos del gato, pero, de todo modos, la advertencia era innecesaria. Había visto media docena de cuerpos desnudos flotando por el aire, y fue tal su confusión ante tamaño espectáculo, que permaneció inmóvil y helado de vergüenza. Y no porque sus ojos fuesen capaces de distinguir ningún órgano genital; para él eran tan invisibles como las orejas. Pero sí pudo notar, aparte del pelo, las diferentes complejiones. Uno era muy moreno, y los otros cinco... ¿o eran cuatro?... de piel más blanca. Sobre todo las dos rubias, una de ellas platinada y ambas igualmente desconocidas para él. Se preguntó quién sería la nueva chica de Crown, la que llamaban Almodie. Experimentó alivio al comprobar que los cuerpos no se tocaban entre sí.

Algo metálico brilló junto a una de las rubias, y distinguió la mancha rojiza que, como él sabía, era un recipiente, con cinco tubos que partían del mismo hacia cinco rostros distintos. Una de las chicas actuaba como «barman». A Spar le extrañó que Crown, pese a vivir en tan lujoso alojamiento, se sirviera el Vino de Luna de un modo tan plebeyo y ordinario. Por supuesto, no sabía si el contenedor era de Vino o de Niebla; podía ser incluso cerveza.

¿Acaso se proponía Crown hacerle competencia a Keeper? En tal caso, mala época y peor emplazamiento había elegido, murmuró mientras meditaba cómo

deshacerse del bolso anaranjado.

—¡Vámonossss de una vezzzzzz! —apremió *Kim* aún más bajo.

Los dedos de Spar localizaron un clip junto a la escotilla. Con un «clic» casi imperceptible, le sujetó los cordones del bolso y luego tomó impulso para deshacer el camino.

Sin embargo, pese a todas las precauciones por no hacer ruido, el ligero «clic» provocó una respuesta inmediata procedente de la cueva de Crown... un gruñido muy profundo y prolongado.

Spar tiró del cable con más rapidez para alejarse. Cuando llegó al recodo, la curiosidad le hizo volverse.

Por la escotilla de Crown asomaba una cabeza más estrecha que la de un hombre, con orejas puntiagudas y con una cara más negra que la del mismo Crown.

Se oyó un nuevo gruñido.

Spar se sintió ridículo por haber tenido miedo de *Hellhound*. ¡Vaya! Más de una vez, Crown había ido al Mesón del Murciélago en compañía de su perrazo. Tal vez fuese porque *Hellhound* nunca había gruñido en el Mesón; hablaba, aunque su vocabulario se reducía a un centenar de monosílabos, más o menos.

Además, el perro no podía avanzar tomando impulso con el cable, pues no tenía las uñas suficientemente afiladas. Como mucho, se desplazaba en zigzag saltando de un lado a otro del pasillo para apoyarse en la pared.

Esta vez Spar tuvo un sobresalto al pasar junto a la boca del triturador principal, y lanzó una exclamación de disgusto. ¡Asustarse como un crío precisamente hoy, que iba a conseguir unos ojos nuevos!

—¿Por qué me has espantado cuando estábamos allá, *Kim*? —reprendió al gato.

—¡Tú no hasss visssto al monsssstruo! ¡Nessio!

—Sólo he visto a cinco personas sorbiendo Niebla de Luna y un perro inofensivo. Esta vez, el tonto y necio has sido tú, *Kim*.

El gato guardó silencio y metió la cabeza, contrariado. Spar recordó que todos los gatos eran vanidosos y susceptibles. Pero ahora él tenía otras cosas en que pensar. ¿Y si alguien hurtaba el bolso anaranjado antes de que Crown reparase en él? Y si lo encontraba Crown, sabiendo que Spar era el mandadero de Keeper, ¿adivinaría que había estado fisgando? ¡Que todo esto hubiera de ocurrirle el día más importante de su vida! Su pequeña victoria verbal sobre *Kim* le sirvió de magro consuelo.

Por otra parte, y aunque la rubia platino era la que más le había interesado de las dos desconocidas, la otra —la que tenía el cabello dorado como el de Suzy, aunque era mucho más blanca y esbelta— le tenía preocupado. Le pareció haberla visto antes... y, sin saber por qué, algo relacionado con ella le causaba un terror indefinible.

Cuando llegó a los corredores centrales se sintió tentado de ir al consultorio del doctor antes que al Puente. Pero prefirió disponer de más tiempo para lo del médico, cumpliendo antes todos sus encargos.

Entró de mala gana en el corredor central, donde la fuerte corriente de aire le empujó a gran velocidad hasta que pudo alcanzar el cable-guía, a costa de despellejarse las manos. Maldijo la tacañería de Keeper por no proporcionarle unos guantes, al menos, ya que pedir también calcetines habría sido demasiado. Pero en seguida tuvo que prestar toda su atención para no golpearse los nudillos con los soportes que mantenían el cable a lo largo de la pared; era fácil apoyarse en ellos para tomar impulso, pero había que andar con cuidado.

Distinguió algunas figuras que como él iban y venían siguiendo el cable; otras flotaban dejándose llevar por el viento. Un borracho daba tumbos girando sobre sí mismo y salmodiando con voz cascada, de anciano:

—¡La Escala de Jacob! ¡El Árbol de la Vida! ¡La Cucaña de Mayo!...

Pasó la compuerta que marcaba la división entre las Bodegas Tercera y Segunda sin que el guardia de servicio le diera el alto, y por poco erró el gran corredor azul que conducía hacia arriba. Una vez más se quemó las palmas de las manos al colgarse del otro cable, sacudido por las corrientes de aire. Se sentía cada vez más inquieto.

—¡Sssspar, esstúpido...! —empezó *Kim*.

—¡Ssssh! Estamos en zona oficial, ahora —le hizo callar, satisfecho por haber hallado ese pretexto para reprender de nuevo al incordiante animalito.

La verdad era que los grandes espacios abiertos de Windrush le producían un horrible pánico.

Casi demasiado pronto para su gusto, se encontró colgado de una escalera de tubo metálico inmediatamente debajo de la cubierta del Puente. Después de coronar el último escalón se quedó flotando sin saber qué hacer, esperando que alguien le dirigiese la palabra.

En el Puente había muchos bultos metálicos de formas extrañas, brillantes, y reflejos irisados que destellaban a intervalos; los más cercanos le parecieron como filas y columnas de diminutas luces que parpadeaban, rojas, verdes... de todos los colores. Y más arriba, abarcándolo todo, una inmensa cúpula de terciopelo negro salpicado de destellos blanquecinos casi imperceptibles.

Entre los objetos metálicos y los resplandores irisados flotaban unas figuras vestidas con el uniforme azul oscuro de los oficiales. De vez en cuando se hacían señas, pero nadie hablaba. Para Spar, cada uno de sus movimientos estaba cargado de una profunda importancia. Aquéllos eran los dioses de Windrush, los que tenían el destino en sus manos, si es que tal cosa existía. Se sintió reducido a la insignificancia de un ratón, el cual podría ser aplastado sin misericordia si se atrevía a molestar.

Después de un intercambio de gestos particularmente agitado, se oyó un breve y lejano rugido, y luego una serie de chasquidos y crujidos familiares. Spar se quedó asombrado, aunque no podía ignorar que el capitán, el piloto y demás altos oficiales eran los causantes de los conocidos fenómenos diurnos.

Significaba, en efecto, el mediodía del Día de Ocio. Spar recordó sus problemas personales. Se estaba retrasando en sus diligencias. Empezó a levantar la mano cada

vez que pasaba una de las figuras azules, tratando de solicitar atención. Nadie le hizo caso.

Finalmente, susurró:

—¿*Kim*?

El gato no respondió. Spar oyó un ronroneo, pero también podía ser un ronquido. Sacudió al gato con suavidad.

—Dime algo, *Kim*.

—¡Ssssh! ¡Ssssilenssio! Esstoy durmiendo.

Kim sacó las uñas para acomodarse de nuevo, y volvió a emitir un ronroneo satisfecho... natural o fingido; eso no podía averiguarlo Spar. Experimentó un gran desaliento.

Los *lunths* iban pasando uno tras otro. Cuando mayor era su desesperación, pensando que iba a llegar tarde a su cita con el doctor, oyó una voz juvenil y agradable que decía:

—¡Hola, abuelo! ¿Qué te trae por aquí?

Spar se dio cuenta de que había seguido levantando la mano maquinalmente, con lo que consiguió captar la atención de un individuo, moreno como Crown, pero que vestía uniforme azul. Sacó la nota del bolsillo y se la entregó al oficial.

—Es para el Ejecutivo.

—Ése es mi Departamento.

Hubo un leve crujido —¿la uña rasgando el precinto?— seguido de otro más fuerte: el papel había sido desplegado. Una breve pausa, y luego:

—¿Quién es Keeper?

—El dueño del Mesón del Murciélago, señor. Yo trabajo allí.

—¿Qué mesón has dicho?

—Una expendeduría de Vino de Luna. En otros tiempos le llamaban El Ruedo Feliz, según creo. En los Días Antiguos, según el doctor, se llamaba la Cantina Número Tres.

—¡Hum! ¿Qué significa todo eso, abuelo? Y, ¿cómo te llamas?

Spar contempló con tristeza el rectángulo de papel lleno de manchas oscuras.

—No puedo leer, señor. Me llamo Spar.

—¡Hum! ¿Se han visto... ejem... seres sobrenaturales en el Mesón del Murciélago?

—Sólo en mis sueños, señor.

—Bien... Echaremos un vistazo. Cuando me veas por allí, finge que no me conoces. A propósito, soy el alférez Drake. ¿Quién es tu pasajero, abuelo?

—Es sólo mi gato, alférez —respondió Spar súbitamente alarmado.

—Bien. Vete por ese corredor negro.

Spar empezó a desplazarse por entre la selva de tubos hacia la dirección señalada por el brazo uniformado de azul.

—Y la próxima vez recuerda que está prohibido traer animales al Puente.

Mientras empezaba a bajar, la sensación de alivio que le había producido comprobar que el alférez Drake parecía humano y comprensivo se confundió con el miedo a perder la cita con el médico. Estuvo a punto de equivocarse al cable-guía que llevaba al corredor rojo principal. El resplandor equívoco del atardecer le confundía con su luz cadavérica. De nuevo se tropezó con el borracho, que continuaba su monólogo graznando:

—¡La Trinidad, el Copón y el Mantel!

Estaba a punto de abandonar su propósito de visitar al doctor, para regresar directamente al Mesón del Murciélago, cuando se dio cuenta de que estaba traspasando el acceso a la Bodega Cuatro y que llegaría al consultorio después del primer recodo. Se dejó flotar hasta un obenque, verificó su situación y luego empezó a tomar impulso hacia la consulta, cuyo emplazamiento a babor venía a corresponder con el de la cueva de Crown a estribor.

Mientras seguía el cable se cruzó con dos figuras cuyo aliento pregonaba una celebración anticipada del Día de Juerga. Spar temió encontrar cerrado el consultorio. De los cercanos Jardines de Diana llegaba un olor a plantas y tierra húmeda.

La escotilla estaba cerrada, pero cuando Spar accionó el bulbo se abrió a la tercera llamada y apareció el rostro conocido, con su halo de cabello blanco y su mirada gris.

—Empezaba a creer que no vendrías, Spar.

—Lo siento, doctor. He tenido que...

—No importa. Pasa, pasa. ¡Hola, *Kim!* Date un garbeo por aquí si quieres.

Kim salió de su escondite y, tomando impulso en el pecho de Spar, partió para una ronda de inspección típicamente gatuna.

Y allí había mucho que inspeccionar. Incluso Spar pudo darse cuenta de ello. De todos los obenques del consultorio se habían colgado objetos en toda su longitud. Parecían burbujas grandes y pequeñas, opacas o brillantes, oscuras o translúcidas, destacándose sobre un panel de aquella luz cadavérica que tanto miedo inspiraba a Spar, aunque no lo recordó en ese instante. Enfrente había una cinta de luz aún más intensa.

—¡Cuidado, *Kim!* —gritó Spar cuando el gato aterrizó sobre un obenque y se puso a saltar de un objeto a otro.

—Déjale; no pasa nada —dijo el doctor—. Ahora voy a examinarte, Spar. Mantén los ojos abiertos.

Las manos del doctor sujetaron la cabeza de Spar. Sus ojos grises y su rostro curtido se acercaron hasta confundirse en un solo manchón.

—Manténlos abiertos, he dicho. Sí, ya sé que necesitas parpadear de vez en cuando... Lo que yo suponía. Los cristalinos están disueltos. Has sufrido una complicación secundaria que se da en uno de cada diez casos de infección en la rickettsia del Leteo.

—¿La fiebre estigia, doctor?

—En efecto, aunque el vulgo confundió los ríos del Averno al darle ese nombre. Todos la hemos padecido. Todos hemos bebido las aguas del Leteo. Aunque a veces, cuando nos hacemos muy viejos, empezamos a recordar los comienzos. No pestañees.

—¡Eh, doctor! ¿Es por lo de la fiebre estigia que no puedo recordar nada anterior al Mesón del Murciélago?

—Podría ser. ¿Cuánto tiempo hace que estás allí?

—No lo sé, doctor. Desde siempre.

—Desde antes de que yo descubriera ese lugar, de seguro. Fue cuando cerraron La Corrala aquí, en la Bodega Cuatro. Pero de eso hace un *starth*.

—Pero yo soy terriblemente viejo, doctor. ¿Cómo es que no puedo recordar?

—Tú no eres viejo, Spar. Sólo que estás calvo y desdentado, y podrido por la Niebla de Luna, y tus músculos se han atrofiado. Sí, y tu cerebro se ha atrofiado también. Ahora, abre la boca.

Una de las manos del doctor sujetó la nuca de Spar; la otra tanteó las encías.

—Al menos tienes las encías fuertes. Eso facilitará mi trabajo.

Spar quiso decirle lo de las gárgaras con agua salada, pero cuando el doctor le sacó la mano de la boca fue para ordenarle:

—Ahora, ábrela todo lo que puedas.

El doctor introdujo en la boca de Spar una cosa caliente y tan gruesa como un bolso de mano.

—Ahora, muerde con todas tus fuerzas.

A Spar le pareció que mordía un tizón encendido. Quiso escupirlo, pero unas manos sobre su mandíbula y su cráneo le mantenían la boca firmemente cerrada. Pataleó involuntariamente y arañó el aire. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Estate quieto! Respira por la nariz. No quemas tanto como tú crees. Ni siquiera te levantará ampollas.

Spar hubiera querido discutir tal afirmación, pero al cabo de un momento decidió que no quemaba tanto como para cocerle el cerebro a través del velo del paladar. Además, no quería descubrir su cobardía ante el doctor. Permaneció quieto. Parpadeó varias veces, y pudo distinguir en medio de borrosos contornos la mancha correspondiente al rostro del médico, así como los límites de la estancia, bañados por la luz fría y mortecina. Trató de sonreír, pero sus labios estaban ya distendidos más allá de su capacidad muscular. Eso también le hacía daño; empezó a darse cuenta de ello a medida que disminuía el ardor.

El doctor le contemplaba, sonriendo.

—En fin... Sólo un viejo borrachín como yo podía atreverse a emplear unas técnicas que sólo conocía por los libros. Pero te garantizo que tendrás unos dientes tan afilados, que podrás cortar un obenque con ellos. Por favor, *Kim*. Apártate de esa bolsa.

La mancha negra que era el gato despegó de un salto desde un objeto también

negro y dos veces más largo que él. Spar emitió por la nariz un sonido que quería ser desaprobador, e hizo algunas muecas. El objeto se parecía a la bolsita negra del doctor, sólo que a escala cien veces más grande. Debía de ser pesado, además, pues cuando *Kim* saltó, el impulso puso en tensión al obenque del que colgaba, no regresando sino lentamente —ahí estaba el detalle— a la posición inicial.

—Esa bolsa contiene mi tesoro, Spar —explicó el doctor y, cuando el aludido alzó las cejas en señal de interrogación, continuó—: No está en monedas, ni en oro, ni en joyas, no. Es como una segunda infinitud transfinita... descanso, y sueños, y pesadillas para todas las almas en mil sitios como Windrush.

Bajó la mirada hacia su muñeca.

—Ya ha pasado bastante tiempo. Abre la boca.

Spar obedeció, a costa de nuevos dolores.

El doctor extrajo la cosa que Spar había mordido, y la envolvió en un plástico retráctil y la colgó del obenque más cercano. Luego estudió de nuevo la boca de Spar.

—Me parece que estaba demasiado caliente —dijo.

Cogió una bolsa pequeña, la aplicó a los labios de Spar y apretó. La pulverización invadió la boca del paciente y todo el dolor se desvaneció al momento.

Luego metió la bolsa en la faltriquera de Spar.

—Úsala si te duele otra vez.

Antes de que Spar pudiera darle las gracias, el doctor le aplicó un tubo sobre el ojo derecho.

—Mira, Spar, y dime lo que ves.

Sin poder evitarlo, éste profirió un grito y se echó hacia atrás.

—¿Qué te pasa?

—¡Me ha dado usted un sueño, doctor! —dijo Spar con voz ronca—. No se lo diré a nadie, ¿verdad?

—¿Qué clase de sueño? —inquirió el médico, curioso.

—No era más que un dibujo, doctor. Representaba una cabra con cola de pescado. ¡Doctor...! He podido distinguir... hasta las escamas... —su mente vacilaba—. Todos los detalles... tenía bordes afilados. Doctor, ¿es eso lo que quieren decir cuando hablan de ver claro?

—En efecto, Spar. Eso es lo bueno, pues significa que no tienes ninguna lesión en el cerebro ni en la retina. Será fácil hacerte unas gafas aprovechando un par de prismáticos viejos... es decir, si no he perdido los míos. Por eso, en sueños lo ves todo claro... ¡es natural! Pero ¿por qué no quieres que se lo cuente a nadie?

—Pensé que podían acusarme de brujería, doctor. Creí que ver las cosas así era lo que llamaban clarividencia. El tubo me hizo cosquillas en el ojo.

—¡Isótopos y chaladura! Tenía que hacerlas. Ahora, veamos el otro ojo.

De nuevo Spar quiso lanzar una exclamación, pero esta vez se contuvo pese al leve cosquilleo. Vio el retrato de una joven esbelta. Spar supo que era una mujer por su forma general, aunque su aspecto le pareció de lo más extraño, al percibir gran

número de... detalles desconocidos para él hasta entonces. Por ejemplo, los ojos no eran dos manchas de color. Tenían rabillos a ambos lados, que eran dos triangulitos blancos como la porcelana. Y en medio, el círculo de color violeta pálido contenía otro círculo negro más pequeño.

El cabello era plateado, pero sin embargo ella parecía joven. Aunque era difícil juzgar tales extremos ahora que veía tantos detalles, pensó Spar. Le recordó a la rubia platino que había entrevistado en la cueva de Crown.

Llevaba un largo vestido blanco que le dejaba los hombros desnudos. Su cabello, en vez de flotar libremente, le colgaba hacia abajo por efecto de algún truco, o de alguna fuerza desconocida, que también tiraba del vestido hacia los pies, marcándole numerosos pliegues... o eso parecían.

—¿Cómo se llama, doctor? ¿Es Almodie?

—No. Es Virgo, la virgen. Puedes ver los detalles.

—Sí, doctor. Lo veo todo nítido... como el filo de un cuchillo. Y la cabra-pezu, ¿qué era?

—Capricornio —respondió el doctor, apartando el tubo del ojo de Spar.

—Ya sé que Virgo y Capricornio son nombres de *luths*, *terranths*, *sunths* y *starths*, pero nunca supe que tuvieran retratos. Nunca supe que eran cosas.

—¿Eh...? ¡Claro! Tú nunca has podido ver un reloj, ni una estrella, ni mucho menos las constelaciones del Zodíaco.

Spar estuvo a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero entonces observó que el resplandor cadavérico se había extinguido, a excepción de una ancha franja de claridad.

—Al menos, hasta donde tu memoria puede abarcar —estaba diciendo el médico—. Tendré preparados tus nuevos ojos y dientes el próximo Día de Ocio. Procura venir más pronto si puedes. Es posible que nos veamos antes en el Mesón del Murciélago, tal vez el Día de Juerga por la noche.

—Gracias, doctor. Ahora debo irme. ¡Vamos, *Kim*! Los Días de Ocio por la noche suele haber mucho trabajo. Los parroquianos adelantan el Día de Juerga, a lo que parece. Salta, *Kim*, que te llevo.

—¿Seguro que sabrás regresar solo al Mesón del Murciélago, Spar? Antes de que llegues allí habrá oscurecido.

—Claro que podré, doctor.

Mas cuando cayó la oscuridad, como una pesada caperuza sobre su cabeza, deseó regresar para pedirle al doctor que le acompañase. Pero temió las burlas de *Kim*, aunque de momento el gato no decía palabra. Se impulsó hacia adelante con rapidez, pese a que el débil resplandor de las luces de navegación apenas le permitían distinguir el cable-guía.

El pasillo central aún estaba peor: completamente desierto y muy mal iluminado. Ahora que sabía lo que era ver con claridad, le molestaba su visión borrosa. Empezó a sudar y a temblar, y sintió náuseas. Todo ello eran síntomas de malestar por haberse

quitado de la bebida. Sus pensamientos giraban en torbellino. Se preguntó si alguna de las cosas raras que le habían pasado desde que recogió a *Kim* era real, o si todo habría sido un sueño. También le preocupaba el obstinado —¿o forzado?— silencio del gato. Empezó a ver unas manchitas voladoras que se desvanecían cuando procuraba contemplarlas fijamente. Recordó lo que Keeper y los parroquianos decían sobre las brujas y los vampiros.

Entonces, en vez de entrar por la escotilla verde del Mesón del Murciélago, se perdió por un pasillo lateral completamente oscuro. Creyó oír el gruñido del perro *Hellhound*, aunque también podía ser el ruido del triturador principal. Temblaba de pánico cuando por fin tropezó a oscuras con la escotilla roja del Mesón, y recordó justo a tiempo no rozar el marco adhesivo.

El lugar estaba lleno de luz y animación. Había parejas que bailaban. Tan pronto como le vio, Keeper empezó a dirigirle insultos. Spar pasó al otro lado de la barra y empezó a recibir encargos y a servirlos maquinalmente, guiándose sólo por los sonidos y el tacto, deslumbrado por la fuerte luz y notando que su resaca empeoraba más que nunca.

Al cabo de un rato las cosas fueron mejor; en cambio, su nerviosismo empeoró. Sólo el trabajo incesante le permitía soportarlo, así como le mantenía sordo a los insultos de Keeper. Pero empezaba a sentirse demasiado cansado para trabajar. Mientras amanecía el Día de Juerga y la clientela cada vez más numerosa se agolpaba en torno a la barra, cogió una bolsa de Niebla de Luna y sé la llevó a los labios.

Unas garras se clavaron en su pecho.

—¡Nessssio! ¡Esssclavo! ¡Ssssumisso!

A Spar poco le faltó para caer en convulsiones, pero desistió de beber. *Kim* salió de entre sus ropas y, después de alejarse de un salto, despectivo, se puso a dar vueltas por la barra y hablar con los bebedores, convirtiéndose pronto en el centro de todas las conversaciones. Keeper empezó a darse importancia por cuenta del gato, y dejó de servir. Spar trabajaba y trabajaba sin parar, más mareado por la abstinencia que por ninguna de las borracheras que pudiese recordar. El malestar era infinitamente más prolongado.

Suzy entró en compañía de uno de sus fletes, y le tocó la mano a Spar mientras éste servía su tinto. Eso le reconfortó.

Creyó reconocer una voz que venía de abajo. Era de un parroquiano melenudo, que vestía traje de faena, desconocido para él. Pero luego le oyó hablar de nuevo y pensó que era el alférez Drake. Había varios clientes más a quienes no conocía.

El lugar estaba realmente animado. Keeper aumentó el volumen de la música. Solos o por parejas, los parroquianos daban tumbos por el aire, de un obenque a otro, en una imitación de baile. Una chica de negro hacía contorsiones gimnásticas. Otra, de blanco, echó a flotar sobre la barra circular mientras Keeper se vengaba cargando consumiciones inexistentes en la cuenta de su amigo. Algunos bebedores intentaron formar un coro.

Spar oyó que *Kim* recitaba:

*Ssssoy un minino
pissstonudo;
ssssoy assesssino
de loss ratoness
y aquí ssssaludo
a los muchachchoss
gordinflonesss.
¡Hola, machchoss!*

Cayó la noche del Día de Juerga y la animación creció. El doctor seguía sin aparecer por allí. En cambio, se presentó Crown. Los bailarines se apartaron y todo un sector de parroquianos se movió para dejarle espacio a él, a sus chicas y a *Hellhound*, hasta que los recién llegados dispusieron de más de una tercera parte de la barra circular, sin que nadie se atreviera a acercárseles. Con gran sorpresa de Spar, todos pidieron café menos el perro, que al ser interrogado por Crown respondió:

—Un Bloody Mary —pero pronunciado en un tono tan profundo que más bien pareció un gruñido, algo así como «Un Bluh-Muh».

—¡Si essso esss hablarrrr! —se burló *Kim* desde el lado opuesto de la barra. Los borrachos que lo rodeaban le hicieron un coro de risitas irónicas.

Spar sirvió las bolsas de café muy caliente con las pinzas de fieltro que servían para cogerlas, y preparó el combinado pedido por *Hellhound* mediante una pipeta mezcladora. Estaba al límite de sus fuerzas, y en aquel momento tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle a *Kim*. Veía los rostros cada vez más borrosos, pero distinguía a Rixende por su pelo negro, a Phanette y Doucette por su cabello pelirrojo y su complexión delicada con raras motas rojizas; en cuanto a la rubia platino, era en efecto Almodie, aunque parecía fuera de lugar entre el feo bulto moreno vestido de púrpura y la otra silueta, más pequeña y oscura, de orejas puntiagudas.

Spar oyó que Crown le susurraba:

—Pídele a Keeper que te enseñe el gato parlante.

Hablaba muy bajo, y Spar no habría sido capaz de oírlo a no ser por la extraña nota de excitación en su voz, que Spar no le conocía.

—Pero ¿no se pelearán? Quiero decir, él y *Hellhound* —respondió ella con una voz que cautivó el corazón de Spar como una red de zarcillos de plata.

Le habría gustado poder contemplar su rostro a través del tubo del doctor. Sin duda se parecería a Virgo, sólo que mucho más hermosa. Aunque, por supuesto, tratándose de una chica de Crown no podía ser virgen. Sus ojos eran también de color violeta, pero él ya estaba harto de no ver más que manchas. Almodie parecía muy asustada, pero continuó:

—No lo hagas, Crown. Por favor.

Spar quedó completamente subyugado.

—Hemos venido para eso, muñeca. Y nadie ha de venir a decirnos lo que debemos hacer. Nos figurábamos que ya lo habrías aprendido. Nos gustaría darte otra lección ahora mismo, sólo que por aquí huele mucho a guardia emboscado, esta noche. ¡Keeper! Nuestra nueva muñeca quiere oír a tu gato parlante. Tráelo aquí.

Kim se acercó flotando a través de la barra, mientras Keeper se desgañitaba sin verle. El gato se apoyó en un obenque delgado y miró a Crown con impertinencia.

—¿Sssssí?

—Corta esa música, Keeper.

La música agonizó de repente. Al cabo de unos momentos, las voces fueron enmudeciendo también.

—Bien, gato. Habla.

—Ssssé muchchcho mássss. Voy a cantarrrr —anunció *Kim*, y prorrumpió en una serie de maullidos que no respondían en lo más mínimo a las ideas de Spar acerca de la música.

—Es música abstracta —susurró Almodie, maravillada—. ¿Has oído eso, Crown? Era una séptima disminuida.

—Yo diría más bien una tercera enloquecida —comentó Phanette desde el otro lado.

Crown les hizo seña de que guardaran silencio.

Kim terminó con un sobreagudo impresionante. Paseó la mirada por el asombrado auditorio y luego se puso a lamerse una pata.

Crown apoyó la mano izquierda en el borde del mostrador y dijo con fingida indiferencia:

—Puesto que no quieres hablar con nosotros, ¿hablarás con nuestro perro?

Kim miró fijamente a *Hellhound*, que estaba sorbiendo su Bloody Mary. Sus ojos se agrandaron, sus pupilas se contrajeron en dos rendijas y frunció los labios, mostrando los colmillos afilados como agujas.

—¡Perrrrro assssquerrossso! —silbó.

Hellhound saltó tomando impulso en la palma de la mano izquierda de Crown; éste le ayudó proyectándole hacia adelante y hacia la izquierda, donde se hallaba *Kim*. Pero el gato hizo una rápida finta, encaramándose a un obenque contiguo. Las quijadas del perro se cerraron a casi medio metro del blanco y su gran bulto negro pasó de largo flotando.

Hellhound aterrizó con las cuatro patas sobre la tripa de un borracho gordinflón, haciéndole atragantarse, y aprovechó para salir disparado en sentido contrario. *Kim* saltaba de un obenque a otro. Esta vez volaron unos pelos cuando chasquearon de nuevo las quijadas, pero al mismo tiempo hendió el aire una garra rígidamente extendida.

Crown sujetó a *Hellhound* por el collar para que no volviese al ataque. Tocó al perro debajo del ojo y luego se llevó los dedos a la nariz.

—Quieto, muchacho —dijo—. No puedes ir por ahí matando músicos geniales. Descargó el puño sobre el mostrador y agregó:

—Bien, gato. Ya has hablado con nuestro perro. ¿No tendrías una palabra para nosotros?

—Sssssí.

Kim saltó al obenque más cercano al rostro de Crown. Spar se precipitó a sujetarle, mientras Almodie trataba de retener a Crown por el brazo.

Kim bufó con violencia:

—¡Monssstruo! ¡Aborrito del inffffierno!

Spar y Almodie llegaron demasiado tarde. De entre los dedos cerrados de Crown surgió un chorro delgado que alcanzó de lleno a *Kim* en sus fauces abiertas.

Al cabo de un instante que a Spar le pareció eterno, su propia mano levantada consiguió cortar el chorro. Sintió una fuerte quemadura en el dorso de la misma.

Kim pareció encogerse sobre sí mismo y luego huyó, alejándose de Crown, hacia una escotilla abierta.

Crown dijo:

—Esto es matacán, un recurso tan antiguo como el fuego griego, pero bien conocido por nuestra gente. La medicina perfecta para un gato-brujo.

Spar saltó sobre Crown cogiéndole del pecho y tratando de golpearle la mandíbula. Ambos se alejaron de la barra a la mitad de la velocidad con que Spar se había abalanzado.

Crown ladeó la cabeza. Spar le hincó las encías en la garganta. Se oyó un «clic» y Spar sintió frío en la espalda. Un triángulo metálico se aplicaba a su carne, a la altura de los riñones. Spar aflojó las mandíbulas y se quedó flotando, inerte. Crown emitió una risa burlona.

Un brillo azulado en la mano de uno de los parroquianos inmovilizó a todo el mundo en el Mesón del Murciélagu. Parecían más cadavéricos que nunca, bajo la lívida luz proveniente de estribo. Una voz ordenó:

—Vamos, muchachos. Desalojen el local. Vamos a clausurarlo.

Amanecía el Día del Sueño. El frío triángulo se apartó de la espalda de Spar. Se oyó de nuevo el «clic» y Crown dijo:

—Adiós, pequeño.

Luego se alejó, en compañía de sus cuatro mujeres y de su perro. Phanette y Doucette flotaban a ambos lados de *Hellhound*, como si sujetaran su collar.

Spar sollozó y se puso a buscar a *Kim*. Al cabo de un rato, Suzy acudió en su ayuda. El Mesón del Murciélagu se vaciaba con rapidez. Por último, Spar y Suzy consiguieron acorralar a *Kim* en un rincón, y el primero le cogió por el pecho. Las patas delanteras de *Kim* rodearon su muñeca, sacando las uñas. Spar sacó la bolsa que le había dado el doctor y la metió entre las quijadas de *Kim*; éste le clavó las uñas, pero Spar no le hizo caso y apretó con cuidado el nebulizador. Las uñas dejaron de arañarle y *Kim* se tranquilizó. Spar le acarició con ternura mientras Suzy le vendaba

la muñeca a él.

Entonces apareció Keeper en compañía de dos parroquianos, uno de los cuales era el alférez Drake, quien dijo:

—Mi compañero y yo montaremos guardia en las escotillas de proa y de estribor. El Mesón del Murciélago había quedado completamente desierto.

Spar dijo:

—Crown tiene una navaja.

Drake asintió. Suzy tocó la mano de Spar y dijo:

—Quiero quedarme aquí esta noche, Keeper. Tengo miedo.

—Puedo ofrecerte un obenque para pasar la noche.

Drake y su compañero se alejaron lentamente hacia sus puestos de vigilancia.

Suzy apretó la mano de Spar y éste dijo, con cierta desgana:

—Puedo ofrecerte el mío, si lo prefieres.

Keeper se echó a reír y, después de comprobar que los hombres del Puente se habían alejado, susurró:

—Tendrá que ser el mío, que además, a diferencia del de Spar, es de mi propiedad. Y tengo Niebla de Luna. O eso, o los pasillos.

Suzy suspiró, vaciló y luego se fue con Keeper.

Spar se encogió de hombros con desaliento. ¿Esperaba acaso Suzy que se pelease con Keeper por ella? Lo triste era que Spar ya no la deseaba como antes; ahora veía en ella a una amiga nada más. Estaba enamorado de la nueva chica de Crown. Lo cual, bien mirado, era más triste aún.

Se sintió muy cansado. Ni siquiera la perspectiva de tener unos ojos nuevos al día siguiente bastó para animarle. Enganchó su tobillo a un obenque para dormir, y se ató un trapo sobre los ojos. Acarició el lomo de *Kim*, que aún no había vuelto a hablar, y se durmió en un instante.

Soñó con Almodie. Era como Virgo, incluso con el mismo vestido blanco. Sostenía entre sus brazos a *Kim*, que relucía como cuero negro recién pulido. Ella se le acercaba sonriendo, pero, aunque no dejaba de avanzar, siempre les separaba la misma distancia.

Mucho más tarde —creyó— despertó sintiendo el malestar de la desintoxicación. Sudaba y estaba mareado, pero eso era lo de menos. Tenía los nervios en tensión y estaba seguro de que, de un momento a otro, todos sus músculos se retorcerían en espasmos agónicos. Su mente trabajaba de un modo tan febril que no conseguía captar sino un pensamiento de cada diez. Era como sentirse impulsado por un viento fortísimo a lo largo de un pasillo sinuoso y pésimamente iluminado. Si rozaba la pared, todo habría concluido. Los obenques ondulaban en curvas sinuosas a su alrededor.

Kim no estaba a su lado. Se arrancó la venda de los ojos, pero sólo para hallarse tan a oscuras como antes. Era el Día del Sueño por la noche. Pero el malestar cesaba y la fiebre de su cerebro disminuía. Todavía estaba tenso y le parecía ver idas y

venidas de negras serpientes, pero ahora sabía que eso eran imaginaciones suyas. Incluso pudo distinguir el débil resplandor de tres luces de navegación.

Entonces vio dos bultos que se acercaban flotando hacia él. Apenas pudo entrever las manchas de los ojos, verdes los de la figura más pequeña y violetas los de la otra, enmarcados por un halo de plata. Esta última estaba muy pálida y flotaba alrededor de ella un resplandor. Pero no sonreía, sino que exhibía los dientes en una mueca que Spar distinguió como un brillo blanco horizontal. Y allí estaba *Kim*, enseñando también los colmillos.

Súbitamente recordó a la rubia de cabello dorado que había visto actuando como camarera en la cueva de Crown, y cayó en la cuenta de que era Sweetheart, la ex amiga de Suzy raptada por los vampiros el anterior Día del Sueño.

Quiso gritar, pero no le salió más que un ladrido ronco, y se llevó la mano al tobillo para soltarse del obenque.

Las figuras se desvanecieron; habían huido hacia abajo, pensó.

Se encendieron unas luces, y alguien se acercó flotando para sacudir el hombro de Spar.

—¿Qué ha pasado, abuelo?

Spar farfulló algo incomprensible mientras pensaba en cómo contárselo a Drake. No quería perjudicar a Almodie ni a *Kim*.

—He tenido una pesadilla. Me atacaban unos vampiros —dijo.

—¿Descripción?

—Una mujer vieja y... un perro pequeño.

El otro oficial se acercó diciendo:

—La escotilla negra está abierta.

Drake dijo:

—Keeper ha declarado que siempre la dejan cerrada. Vamos allá, Fenner.

Mientras el otro se alejaba, añadió:

—¿Estás seguro de que sólo fue una pesadilla, abuelo? ¿Un perro pequeño? ¿Y una mujer vieja?

Spar respondió afirmativamente, y Drake siguió a su compañero; ambos desaparecieron por la escotilla negra.

Amaneció el Día de Faena. Spar se sentía enfermo y mareado, pero se enfrascó en su rutina habitual. Quiso hablar con *Kim*, pero el gato seguía tan silencioso como la tarde anterior. Keeper estaba tan antipático como siempre y le dio mucho que hacer: el lugar mostraba las huellas del Día de Juerga. Suzy se marchó en seguida, sin responder a sus preguntas acerca de Sweetheart ni a otros intentos de conversación. Drake y Fenner no habían regresado.

Spar barrió y *Kim* patrulló el local, sin dirigirle la palabra. Por la tarde se presentó Crown y estuvo hablando en voz baja con Keeper, sin que Spar ni *Kim* pudieran oír lo que decían. Era como si no estuviesen allí, para el caso que les hizo Crown.

Spar se interrogó sobre lo que había visto la noche anterior. Llegó a la conclusión

de que realmente pudo ser una pesadilla. El haber reconocido de memoria a Sweetheart dejó de parecerle significativo. Había sido estúpido de su parte pensar que Almodie y *Kim* pudieran ser vampiros, ni en sueños ni en la realidad. El doctor había dicho que los vampiros eran meras supersticiones. Pero Spar no pudo seguir pensando. Los síntomas de resaca continuaban, aunque ahora menos violentos.

Cuando amaneció el Día de Ocio, Keeper dio permiso a Spar para ausentarse sin someterle previamente a un interrogatorio como solía. Spar quiso llevarse a *Kim*, pero no consiguió localizar el bulto negro. Pensó que, bien mirado, valía más ir solo.

Se dirigió derecho al consultorio del doctor. Los pasillos no estaban tan desiertos como el anterior Día de Ocio. Una vez más se cruzó con el acostumbrado borrachín, quien soliloquiaba esta vez:

—¡Catedrales! ¡Cátedras y cataplasmas!

La escotilla del consultorio estaba abierta, pero el doctor no se encontraba allí. Spar aguardó largo rato, molesto por la luz cadavérica. No era propio del doctor dejar el consultorio abierto y desatendido. Y la noche anterior no se había presentado en el Mesón del Murciélago, como casi había prometido hacer.

Por último, Spar empezó a mirar a su alrededor. Una de las primeras cosas que observó fue que faltaba la gran bolsa negra que, según el doctor, contenía todos sus tesoros.

Luego se dio cuenta de que el paquete de plástico retráctil brillante donde el médico había guardado el molde de las encías de Spar, ahora contenía algo diferente. La descolgó del obenque.

Contenía dos objetos.

Se hizo un corte en un dedo al tocar el primero de ellos, que era de forma semicircular, medio rosado y medio brillante. Lo palpó con más cautela, sin hacer caso de las gotas de sangre que dejaba flotando por el aire, y descubrió que tenía unas depresiones irregulares en las partes sonrosadas, arriba y abajo. Entonces se lo introdujo en la boca. Sus encías encajaban con las irregularidades. Abrió la boca y luego la cerró, procurando mantener la lengua encogida. Se oyó un chasquido y un «clic».

¡Por fin tenía dientes!

Sus manos temblaban mientras palpaba el otro objeto, aunque esta vez no era efecto de la resaca.

Consistía en dos aros gruesos unidos por un puente, con otras dos recias varillas a ambos lados y dobladas en los extremos.

Sin saber muy bien lo que hacía, adaptó los aros a sus ojos, pasando los extremos de las varillas dobladas sobre sus orejas.

¡Podía ver claramente! Todo tenía contornos definidos, incluso sus manos con los dedos separados y... el coágulo de sangre en un dedo. Lanzó un grito —un prolongado alarido de sorpresa— y echó una ojeada por todo el consultorio. Docenas y docenas de objetos, todos de contornos perfectamente nítidos, al principio fueron

demasiados para él. Cerró los ojos.

Cuando su temblor hubo remitido un poco y su respiración se normalizó, volvió a mirar cautelosamente y empezó a inspeccionar las cosas que colgaban de los obenques. Cada una de ellas era una maravilla, aunque muchas no sabía para qué podían servir. Algunas, que conocía por el uso o por tener de ellas una noción borrosa, le desconcertaron al revelársele su verdadero aspecto: un peine, un cepillo, un libro con sus páginas —con su infinidad de complicados signos negros—, un reloj de pulsera con los signos de Capricornio y Virgo en su esfera, así como los de Tauro, Piscis y los demás, con finas agujas radiales moviéndose a diferentes velocidades o aparentemente inmóviles y apuntando a los distintos signos zodiacales...

Antes de darse cuenta, se había acercado al panel de donde procedía el resplandor cadavérico. Haciendo acopio de valor, se volvió para mirarlo, viéndose obligado a prorrumpir en un nuevo grito de sorpresa.

La luz lívida no era uniforme, aunque el panel ocupaba ahora casi la cuarta parte de su campo de visión. Sus dedos tocaron una especie de plástico rígido y transparente. Al otro lado —y tenía fundados motivos para sospechar que a muy gran distancia— destacaban en medio de la oscuridad numerosos... puntitos de luz brillante. Para él, un punto era una cosa aún más extraña que un contorno definido; sin embargo, le era forzoso dar crédito a lo que estaba viendo.

Pero en el centro, y dominando toda aquella oscuridad, había un disco muy blanco y ligeramente punteado de zonas más o menos oscuras.

No parecía ser nada eléctrico, y sin duda tampoco ardía como el fuego. Al cabo de un rato, se le ocurrió a Spar la extraña idea de que pudiera estar iluminado por otra fuente de luz aún más poderosa y situada detrás de Windrush.

No lograba concebir que existiera tanto espacio alrededor de Windrush. Era como pensar en una realidad más amplia, que contenía la realidad conocida por él hasta entonces.

Y, si Windrush se movía entre el disco brillante y la hipotética fuente de luz, la sombra de aquélla debería quedar recortada sobre el disco. A menos que Windrush fuese infinitamente pequeña en comparación con él. Realmente, todas esas especulaciones eran demasiado fantásticas para él.

Pero ¿podía haber algo demasiado fantástico? Hombres-lobo, brujas, puntos, líneas, magnitudes y espacios inconcebibles hasta para la imaginación más desenfrenada.

La primera vez que había visto el disco blanco brillante, éste era perfectamente circular. Al mismo tiempo había oído los crujidos que siempre acompañaban al mediodía. Ahora el disco aparecía con uno de sus bordes un poco menguante, como si estuviera achatado. Spar se preguntó si se habría desplazado la hipotética incandescencia detrás de Windrush, o bien el disco blanco habría girado, o por el contrario Windrush giraba alrededor del disco blanco. Tales pensamientos, y especialmente el último, casi producían un vértigo insoportable.

Se dirigió hacia la escotilla abierta, preguntándose si debía cerrarla al salir. Decidió no hacerlo. El pasillo fue otra sorpresa, pues se prolongaba más y más y más, hasta que las paredes parecían juntarse... y a lo largo de las mismas había flechas. Las de color rojo apuntaban a babor, de donde él venía, y las verdes a estribor, hacia donde se dirigía. Para él no habían sido nunca sino manchas de color. Mientras tomaba impulso a lo largo del cable-guía —una estacha extraordinariamente nítida—, comprobó que el diámetro del corredor seguía siendo siempre el mismo, hasta llegar al pasadizo central violeta.

Le habría gustado avanzar hasta donde llegase el límite de las flechas verdes, a estribor, para verificar si existía la incandescencia que él suponía, y también para fijarse en los detalles del extraño disco anaranjado oscuro que tanto solía inquietarle.

Pero decidió que antes debería dar parte al Puente de la desaparición del doctor. Tal vez pudiera localizar a Drake. Y también tendría que informar de la desaparición de los tesoros del médico, se recordó a sí mismo.

Los rostros de quienes pasaban junto a él le fascinaban. ¡Qué tumulto de narices y de orejas! Tropezó con una figura encorvada. Era una anciana cuya nariz casi le tocaba la barbilla. Estaba haciendo algo con dos varillas largas y un ovillo de hilo.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —le preguntó.

La anciana resopló, indignada:

—Hago calceta.

Dicho esto se apartó sin dejar de refunfuñar. Cuando Spar quiso recuperar el cable-guía se dio cuenta de que ya estaba junto a la entrada del Puente.

Cuando llegó vio miríadas de estrellas en lo alto. Los resplandores irisados no eran sino cuadros de luces multicolores que se encendían y apagaban de modo irregular. En cuanto a los silenciosos oficiales... parecían muy viejos. Miraban y gesticulaban de un modo mecánico. Parecían flotar en un estado de sonambulismo. Spar se preguntó si ellos sabrían a dónde se dirigía Windrush... o si estaban enterados de lo que ocurría en Windrush, más allá del Puente.

Un oficial joven y moreno, de cabellos rizados, flotó hacia él; hasta que le dirigió la palabra no reconoció al alférez Drake.

—Hola, abuelo. ¡Oye! ¿Sabes que pareces mucho más joven? ¿Qué es eso que llevas en la cara?

—Unos prismáticos. Me sirven para ver claro.

—Pero si los prismáticos tienen unos tubos. Vienen a ser como una especie de telescopio binocular.

Spar se encogió de hombros y refirió la desaparición del doctor y de su gran bolsa negra del tesoro.

—Pero ¿no has dicho que bebe mucho y que según él sus tesoros eran sueños? Suena como si estuviese un poco mochales. A lo mejor está bebiendo en otra parte.

—El doctor era un cliente fijo. Siempre iba al Mesón del Murciélago.

—Bien, veré lo que puedo hacer. Por cierto, me han prohibido continuar la

investigación que había iniciado sobre lo de vuestro Mesón. Por lo visto ese Crown habló con algún tipo influyente. Los oficiales antiguos son más fáciles de convencer; no porque se dejen sobornar, sino para no complicarse la vida y escoger siempre la vía más cómoda. Fenner y yo no hallamos rastro de la vieja ni del perro pequeño, ni de mujer o animal alguno ni... de nada.

Spar le habló a Drake de cómo anteriormente Crown había intentado robarle la bolsita negra al doctor.

—Y tú crees que todo podría estar relacionado. Bien; tal como he dicho, veré lo que puedo hacer.

Spar regresó al Mesón del Murciélago. Resultaba muy raro ver con detalle la cara de Keeper. Parecía avejentado, y la mancha colorada de su rostro no era otra cosa sino una narizota roja y estriada por numerosas venas. Sus ojos pardos eran más ávidos que curiosos. Le preguntó a Spar qué se había puesto en la cara, y éste decidió que sería más prudente no revelarle a Keeper que ahora lo veía todo con absoluta claridad.

—Es un nuevo modelo de bisutería facial, Keeper. ¡Maldita Tierra!, ya que no tengo ni un pelo en la cabeza, debo adornarme con algo, ¿no crees?

—¡No blasfemes, Spar! Sólo un borrachín como tú es capaz de gastarse sus vales en un artilugio tan ridículo.

Spar no se molestó en explicarle a Keeper que todos los vales ganados en su Mesón del Murciélago formaban un rollo no mayor que el hueco de la mano. Tampoco le habló de su éxito en abstenerse de la bebida, ni dijo nada de sus dientes, procurando mantenerlos ocultos detrás de los labios.

No se veía a *Kim* por ninguna parte. Keeper se encogió de hombros.

—Se habrá largado. Ya sabes cómo son esos animales vagabundos, Spar.

Sí, pensó Spar; lo raro era que se hubiese quedado tanto tiempo en semejante lugar.

Seguía maravillándose al comprobar cómo era el Mesón del Murciélago visto con todo detalle. Era un recinto formado por dos pirámides unidas por la base cuadrada. Los dos vértices eran el rincón morado a proa, y el púrpura a popa. Los cuatro rincones de la imaginaria base eran el verde a estribor, el negro abajo, el rojo a babor y el azul arriba, designándolos en el sentido de las agujas del reloj mirando a popa.

Suzy llegó a primera hora del Día de Juerga. Spar se impresionó al comprobar su aspecto desaliñado y ver sus ojos inyectados en sangre. Pero le emocionaron sus manifestaciones de afecto, prueba de la estrecha amistad que había entre ellos. Dos veces, aprovechando otros tantos descuidos de Keeper, le cambió la bolsa de tinto casi vacía por otra llena. Ella le dijo que sí, que había conocido a Sweetheart y que sí, que según contaba la gente, Mable había visto cómo los vampiros se llevaban a Sweetheart.

Había poca animación para ser Día de Juerga. No se presentó ningún cliente nuevo. Pese a la certidumbre instintiva que le atenazaba, Spar no desesperaba de ver

entrar al doctor dando tumbos de un obenque a otro y haciendo comentarios sobre los artefactos que acababa de proporcionarle a Spar, para luego ponerse a hablar de los Antiguos Días y soltar los aforismos de su extraña filosofía.

Por la noche se presentó Crown con sus chicas, a excepción de Almodie. Doucette dijo que se había quedado en la cueva porque tenía jaqueca. Una vez más, pidieron café para todos, aunque a Spar le pareció que venían bastante achispados.

Estudió sus rostros con disimulo.

Aunque nerviosos y vivos, todos tenían en sus miradas una expresión parecida a la que había observado en la mayoría de los oficiales del Puente. El doctor los había calificado de cadáveres vivientes. Era interesante observar que lo que le habían parecido manchas en la cara de Phanette y Doucette eran en realidad pecas... grupos de motas rojizas que destacaban sobre las pálidas mejillas.

—¿Dónde está el famoso gato que habla? —preguntó Crown dirigiéndose a Spar.

Éste se encogió de hombros. Keeper intervino:

—Se ha extraviado. De lo cual me alegro; no me gusta tener aquí un felino capaz de armar trifulcas como la de anoche.

Sin apartar de Spar sus ojos de un iris amarillento, Crown dijo:

—Nos parece que esa trifulca ha motivado la jaqueca de Almodie esta noche. Por eso no ha querido venir. Le diremos que has echado al gato-brujo.

—Si no lo hubiera hecho Spar, lo habría hecho yo —terció Keeper—. ¿Cree el señor juez que era un gato-brujo?

—Estamos seguros de ello. ¿Qué es ese trasto que Spar lleva pegado a la cara?

—Bisutería barata, juez, de la especie que por lo visto gusta a los borrachos.

Spar tuvo el presentimiento de que aquella conversación había sido convenida de antemano; de que había un arreglo entre Crown y Keeper. Pero se limitó a encogerse de hombros. Suzy parecía indignada, aunque guardó silencio.

Sin embargo, volvió a quedarse cuando el Mesón del Murciélago cerró sus escotillas. Esta vez Keeper no le exigió que le acompañara, sino que bostezó y se limitó a lanzarle un guiño significativo antes de desaparecer por la escotilla. Spar verificó que todo estuviese bien cerrado y apagó las luces, aunque no importaba, pues ya se percibía la claridad del amanecer. Luego se reunió con Suzy, que había ocupado el obenque donde él solía dormir.

Ella preguntó:

—No habrás echado a *Kim*, ¿verdad?

Spar respondió:

—No. Se ha extraviado, como dijo Keeper al principio. No sé dónde está.

Suzy sonrió y rodeó a Spar con los brazos.

—Esas cosas que llevas en los ojos son muy bonitas —murmuró.

Spar dijo:

—Suzy, ¿sabías que Windrush no es el Universo? Es una nave que viaja por el espacio girando alrededor de un disco blanco que tiene manchas; un disco

infinitamente más grande que la misma Windrush. ¿Lo sabías?

—Sé que a Windrush lo llaman a veces La Nave. He visto ese disco... en reproducciones. Olvida esas ideas descabelladas, Spar, y toma lo que te ofrezco.

Spar lo hizo, principalmente, por amistad. Se olvidó de unir su tobillo al obenque. El cuerpo de Suzy no le atraía. Estuvo todo el rato pensando en Almodie.

Cuando terminaron, Suzy se durmió. Spar se ató la venda sobre los ojos y trató de hacer lo mismo. Le molestaban los síntomas de la desintoxicación casi tanto como el último Día del Sueño. La ligera mejoría fue lo único que le disuadió de acercarse a la barra para coger una bolsa de Niebla de Luna. Luego sintió un súbito dolor en la espalda, como si tuviera un calambre, y sus síntomas empeoraron. Se dobló una o dos veces sobre sí mismo y luego, cuando el dolor amenazaba con volverse insoportable, se desmayó.

Al despertar, con fuerte dolor de cabeza, descubrió que no sólo su tobillo sino todas sus extremidades estaban atadas al obenque, las muñecas a un lado y los tobillos al opuesto. Tenía las manos y pies entumecidos y su nariz rozaba el obenque.

Notó un resplandor a través de los párpados. Entreabrió los ojos y vio a *Hellhound* vigilándole, con las patas traseras dobladas y apoyadas en un obenque cercano. Pudo ver claramente los poderosos colmillos del perro, dispuesto a saltar sobre su garganta al menor movimiento sospechoso.

Spar apretó las mandíbulas, notando sus afilados dientes de metal. Al menos, tenía algo mejor que las encías para replicar a un ataque cara a cara.

Más allá divisó unas espirales transparentes y negras. Comprendió que estaba en la cueva de Crown. Evidentemente, el dolor que sintió en la espalda había sido debido a una inyección de droga.

Pero Crown no le había quitado la bisutería facial, ni se había fijado en su dentadura. Para él, Spar seguía siendo el viejo ciego y desdentado.

Entre *Hellhound* y las espirales, vio al doctor atado a un obenque, con la gran bolsa negra enganchada a su lado. Le habían puesto una mordaza. Por lo visto había intentado gritar. Spar decidió no hacerlo. Los ojos grises del doctor estaban abiertos y a Spar le pareció que le estaba mirando.

Muy poco a poco, sus dedos entumecidos buscaron el obenque por encima del nudo que sujetaba sus muñecas, y tiró con todas sus fuerzas. Las ligaduras se deslizaron por el obenque, un milímetro hacia abajo. Mientras se moviese con lentitud suficiente, *Hellhound* no se fijaría. Repitió su acción a intervalos.

Con más lentitud aún, volvió el rostro a la izquierda. Sólo vio que la escotilla que daba al pasillo estaba cerrada, y que más allá del perro y del doctor, entre las espirales negras, había un camarote completamente desierto y sin amueblar, con un fondo de estrellas a estribor. La escotilla que conducía a ese camarote estaba abierta, mostrando la puerta de emergencia con su distintivo de rayas negras.

Cuando se volvió hacia la derecha, siempre lentamente como precaución para no ser asaltado por el perro, que espiaba el menor signo de movimiento, había logrado

bajar dos centímetros el nudo que sujetaba sus muñecas.

Lo primero que vio fue un recuadro transparente en cuyo interior se veían más estrellas y, en la parte superior, el disco anaranjado oscuro. Por fin podía verlo con claridad. La parte oscura era la superior, y la inferior era la de color naranja. No parecía más grande que la palma de la mano de Spar. Mientras miraba, vio un súbito destello en la parte anaranjada. Fue un brillo breve que se convirtió de pronto en un punto negro. Spar experimentó una pena indefinible, esta vez más que nunca.

Entonces vio un espectáculo horrible. Suzy estaba atada a un bastidor metálico, muy pálida, y tenía los ojos cerrados. De un lado de su cuello salía un tubo aspirador rojo que terminaba en cinco ramales. Cuatro de ellos terminaban en las rojas bocas de Crown, Rixende, Phanette y Doucette. El quinto estaba cerrado con un pequeño clip metálico, y más allá del mismo flotaba Almodie cubriéndose los ojos con las manos.

Crown dijo en voz baja:

—La queremos toda. Quítaselo todo, Rixie.

Rixende obturó el extremo de su tubo y flotó hacia Suzy. Spar creyó que iba a quitarle las bragas azules y el sostén, pero en vez de esto se puso a masajear una de las piernas de Suzy, apretando siempre en sentido ascendente, de los tobillos hacia la cintura, para que la sangre restante fluyera hacia el cuello.

Crown se quitó el tubo de los labios para exclamar:

—¡Ahhhh! Buena hasta la última gota.

Luego sorbió apresuradamente la sangre que se había acumulado mientras tanto y volvió a meterse el tubo en su lugar.

Phanette y Doucette dejaron oír unas risitas convulsivas.

Almodie atisbó por entre los dedos entreabiertos, y volvió a cerrar la mano en seguida.

Al cabo de un rato, Crown dijo:

—Ya no queda más. Phan y Doucie, echadla al triturador principal. Si os ve alguien en el pasillo, fingid que está borracha. Luego obligaremos al doctor a que nos dé una buena dosis, le daremos un buen trago si se lo merece, y nos beberemos a Spar.

Spar había acercado las muñecas a sus dientes. Aunque *Hellhound* vigilaba, era incapaz de notar un movimiento tan lento. Tenía los colmillos llenos de baba que formaba unas burbujas flotantes de color gris.

Phanette y Doucette abrieron la escotilla y la cruzaron con el cadáver de Suzy.

Abrazando a Rixende, Crown se volvió hacia el médico. Parecía estar de un humor parlanchín.

—¿Qué, viejo? ¿No te parece bien todo esto? Como dijo un sabio, el pez grande se come al chico. Ellos lo envenenaron todo allá —hizo un gesto hacia el disco oscuro y anaranjado, que estaba a punto de desaparecer del recuadro—. Todavía pelean, pero muy pronto estarán todos muertos. Por tanto, es de justicia que la muerte impere también en este armatoste ridículamente llamado nave de supervivencia.

Recuerda que los llevamos a bordo. Cuando nos hayamos bebido la sangre de todos los habitantes de Windrush, terminaremos con la de ellos y hasta con la nuestra si es preciso.

Quiénes serían esos ellos de que hablaba Crown, pensó Spar. El nudo estaba ya junto a sus dientes. Oyó que el gran triturador empezaba a chirriar.

En el camarote vecino aparecieron Drake y Fenner, otra vez disfrazados de bebedores habituales, flotando hacia la escotilla abierta.

Pero Crown también los había visto.

—¡A por ellos, *Hellhound*! ¡Es una orden! —azuzó, señalando con el dedo.

El gran perro negro saltó de su obenque y cruzó la escotilla como una bala. Drake le apuntó con algo y el animal flotó, inerte.

Con una risotada, Crown cogió un extremo de una esvástica cuyos bordes estaban afilados como hojas de afeitar, y la arrojó contra los intrusos, haciéndola girar con fuerte efecto. Pasó volando junto a Spar y el doctor, no acertó a Drake y a Fenner... y golpeó la pared de estrellas.

Hubo una intensa corriente de aire, y al instante la puerta de emergencia se cerró de golpe, condenando la escotilla. A través de la ventanilla transparente, Spar vio que Drake, Fenner y *Hellhound* vomitaban sangre, se inflaban y en seguida estallaban en una explosión sanguinolenta. El habitáculo de Crown estaba deformado; el casco de Windrush acababa de sufrir una nueva modificación.

A lo lejos, cada vez más diminuta, la esvástica volaba hacia las estrellas.

Phanette y Doucette regresaron.

—Hemos eliminado a Suzy. Alguien se acercaba y tuvimos que darnos prisa.

El gran triturador dejó de funcionar.

De un mordisco, Spar cortó las ligaduras de sus muñecas e inmediatamente se dobló sobre sí mismo para deshacer las de los tobillos.

Crown se lanzó hacia él, y las cuatro chicas hicieron lo mismo después de sacar unos cuchillos.

Phanette, Doucette y Rixende quedaron flotando, completamente flojas: Spar tuvo la impresión de que rebotaban en sus cráneos unas pequeñas bolas negras.

No había tiempo para soltarse los pies, por lo que se incorporó. Crown chocó contra su pecho, mientras Almodie le cortaba las ligaduras de los tobillos.

Crown y Spar dieron una voltereta alrededor del obenque. Spar intentó propinarle a Crown un rodillazo en la ingle, pero éste lo esquivó mientras ambos volaban hacia la pared del compartimento.

Entonces se oyó el «clic» de la navaja de Crown al abrirse. Spar alcanzó la muñeca morena y la sujetó con fuerza, enviando un cabezazo a la mandíbula de Crown. Éste se volvió para esquivarlo; Spar clavó los dientes en la nuca de Crown y mordió.

La sangre regó el rostro de Spar. Escupió un bocado de sangre. Crown se estremeció y Spar le arrebató la navaja, pero su adversario ya estaba inmóvil, flojo.

Spar sacudió la cabeza para librarse de la sangre. A través de los goterones flotantes vio a Keeper y a *Kim*, uno al lado del otro. Almodie estaba agarrada a sus tobillos. Phanette, Doucette y Rixende flotaban.

Keeper dijo orgullosamente:

—Lo hice yo, con la pistola para defenderme de los borrachos. Las he dejado sin sentido. Ahora podemos cortarles el pescuezo, si quieres.

Spar dijo:

—Nada de eso. Basta de sangre.

Desprendiéndose de las manos de Almodie, se acercó a donde estaba el doctor, cogiendo de paso el cuchillo de Doucette, que flotaba por el aire.

Cortó las ligaduras del médico y le libró de la mordaza.

Mientras tanto, *Kim* silbaba:

—A Keeper le pisspé loss valesss de la cajjja y loss essscondí. Entonsssess le dijje que ssse loss habíasss quitado tú, Sssspar. Tú y Sssussy. Por esso vino. Keeper esss un sssonssso.

Keeper dijo:

—Vi el pie de Suzy que aún sobresalía del triturador. Lo reconocí por la esclava de corazones de oro. Después de eso, me sentí con fuerzas para liquidar a Crown o a quien fuese. Yo amaba a Suzy.

El doctor carraspeó y gruñó:

—¡Un poco de Niebla de Luna!

Spar halló una bolsa triple, que el doctor vació de un tirón. Luego dijo:

—Crown decía la verdad. Windrush es una nave de supervivencia, construida en plástico y procedente de la Tierra. La Tierra —hizo un gesto hacia el disco anaranjado que se eclipsaba hacia la parte superior de la ventanilla— se envenenó a sí misma con la contaminación y la guerra nuclear. Gastó oro para la guerra y plástico para la supervivencia. Más vale olvidarlo. En Windrush nos volvimos locos. Es comprensible, incluso sin la infección por la rickettsia del Leteo o las fiebres estigias, como vosotros las llamáis. Se llegó a creer que Windrush era todo el universo. Crown me secuestró para apoderarse de mis drogas, y me dejaba vivir para que le dijera las dosis.

Spar miró a Keeper:

—Limpia esto —le ordenó—. Y lleva a Crown al triturador.

Almodie se acercó de nuevo a Spar y le rodeó la cintura con los brazos.

—Hubo una segunda nave de supervivencia: Circumluna. Cuando Windrush enloqueció, mi padre y mi madre, así como tú, fuisteis enviados aquí para investigar y hallar el remedio. Pero mi padre murió y tú contrajiste las fiebres estigias. Mi madre murió antes de que yo fuese entregada a Crown. Fue ella quien te envió a *Kim*.

Kim silbó:

—Misss antepassadoss también llegaron a Windrusshshsh desssde Ssscircumluna. Mi bissabuela me enssseñó lasss sssifrasss de Windrushshsh... Órrrbita desssde el

ssentro de la Luna, cuatro mil kilómetross. Período, sseiss horass; porr esso loss díass ssson tan cortoss. Un *terranth* es el tiempo que tarda la Tierra en passar por una consstelassión, y assí ssussessivamente...

El doctor dijo:

—Así pues, Spar, tú eres el único que puede recordar sin prejuicios. Tendrás que hacerte cargo de todo. Es todo tuyo, Spar.

Y a Spar no le quedó más remedio que darle la razón.

1971

29ª Convención
Boston

Aciago encuentro en Lankhmar

Fritz Leiber

Con toda seguridad ya lo habrán observado ustedes. Y, con toda seguridad, no les sorprenderá mi justa indignación. Después de haber ganado el Hugo en la categoría de novela corta en 1970, ¿ven cómo ha conseguido ganar también el Hugo en la categoría de novela corta de 1971? Las convenciones 28ª y 29ª sufrieron por su codicia, pues es la única vez en la historia del Hugo que un mismo autor obtiene dos premios consecutivos. Nadie, a no ser un canalla, haría tal cosa.

¿Dónde está su piedad? ¿Acaso pensó en todos los autores juveniles y vírgenes que esperan su oportunidad, que están entre bastidores, mordiéndose las uñas, con el rubor manchando sus mejillas, en tanto esperan que se anuncie el nombre del vencedor?

Pues bien, aquí están. Dos novelas cortas de Leiber con una cantidad de palabras que suman cuarenta mil, en un mismo volumen. La gente leerá más de media novela larga (eso es lo que más o menos representan las cuarenta mil palabras), preguntándose si hay alguien que escriba novelas cortas ganadoras del premio Hugo aparte de Fritz Leiber.

Incidentalmente, como esta convención se celebró en Boston, yo asistí a ella. Unos meses antes me había trasladado definitivamente a Nueva York, pero logré realizar el corto viaje a Boston sin el temor de desmayarme durante el trayecto. La 29ª fue la convención llevada con más eficiencia de cuantas he conocido, y fue Robert Silverberg, si mal no recuerdo, el maestro de ceremonias.

Estuvo maravilloso. Con su aspecto solemne, satánico, como despreciando olímpicamente a todo el mundo. Tampoco cambió de expresión cuando efectuó algunas observaciones satíricamente humorísticas, por lo que el contraste entre su expresión y sus palabras subyugó a su auditorio.

A mí siempre me subyuga y me llena de envidia, porque no poseo sus ventajas naturales. Mi semblante franco, abierto e ingenuo derrocha buen humor con tanta continuidad que la gente espera que yo sea gracioso, con lo que pierdo la ventaja de la sorpresa. Sé que esperan que resulte gracioso porque muy frecuentemente, cuando

me levanto para dirigirme a los asistentes, éstos se echan a reír antes de que pronuncie una sola palabra.

Silenciosos como espectros, el ladrón alto y el grueso pasaron junto al leopardo guardián muerto, estrangulado con un lazo, tras salir por la puerta descerrajada de Jengao, el mercader de gemas, y se dirigieron al este, por la calle del Dinero, a través de la leve niebla oscura de Lankhmar, la Ciudad de los Ciento cuarenta mil Humos.

Hacia el este, por la calle del Dinero, tenía que ser, pues al oeste, en el cruce de Dinero y Plata, había un puesto de policía con guardias sin sobornar, con corazas y yelmos metálicos, que afilaban sin descanso sus picas, mientras que la casa de Jengao carecía de pasadizo de entrada e incluso de ventanas en sus muros de piedra con tres palmos de grosor y el tejado y el suelo casi igual de gruesos y sin escotillones.

Pero el alto Slevyas, de labios tensos, candidato a maestro ladrón, y el gordo Fissif, de ojos vivaces, jefe de segunda clase, al que habían conferido la categoría de primera clase para aquella operación, considerado como un talento en perfidias, no estaban preocupados en lo más mínimo. Todo salía de acuerdo con lo planteado. Cada uno llevaba en su bolsa atada con un bramante una bolsita mucho más pequeña con joyas sólo de la mejor clase, pues a Jengao, que ahora respiraba estentóreamente en el interior, sin sentido a causa de los golpes recibidos, había que permitirle, más aún, había que cuidarle y alentarle para que levantara de nuevo su negocio y que volviera a estar maduro para otro atraco. Casi podía considerarse como la primera ley del Gremio de los Ladrones no matar nunca a la gallina que ponía huevos marrones con un rubí en la yema, o huevos blancos con un diamante en la clara.

Los dos ladrones tenían también el alivio de saber que, con la satisfacción de un trabajo bien hecho, ahora se dirigían directamente a casa, no para encontrarse con sus esposas —¡que Aarth no lo quisiera!—, padres e hijos —¡que todos los dioses lo evitaran!— sino a la Casa de los Ladrones, sede y cuartel del todopoderoso Gremio que era para ellos padre y madre a la vez, aunque a ninguna mujer se le permitía cruzar el portal siempre abierto de la calle de la Pacotilla.

Tenían además el consolador conocimiento de que aunque cada uno estaba armado solamente con su reglamentario cuchillo de ladrón con empuñadura de plata, un arma que no solía usarse salvo en los escasos duelos y pendencias intramuros y que, de hecho, era más una insignia de su condición de miembros que un arma, tenían no obstante el poderoso acompañamiento de tres matones de toda confianza alquilados para aquella noche a la Hermandad de Asesinos, uno de ellos avanzando bastante por delante de ellos como explorador y los otros dos bastante detrás a modo de retaguardia y principal fuerza de choque, de hecho casi fuera de la vista, pues nunca es prudente que tal acompañamiento sea evidente, o así lo creía Krovas, gran maestre del Gremio de los Ladrones.

Y si todo ello no bastaba para que Slevyas y Fissif se sintieran seguros y serenos, andaba junto a ellos en silencio, a la sombra del bordillo norte, malformada o, en todo caso, con una cabeza demasiado grande, una forma que podría haber sido un perrillo, un gato de tamaño menor que el normal o una rata muy grande. En ocasiones corría a toda prisa hacia sus pies enfundados en fieltro, aunque siempre volvía a escabullirse con rapidez hacia la oscuridad. Eran unas pequeñas escapadas familiares e incluso alentadoras.

Desde luego, aquella última guardia no constituía una tranquilidad carente de impurezas. En aquel mismo momento, y cuando apenas se habían alejado cuarenta pasos de la casa de Jengao, Fissif caminó un trecho de puntillas y alzó sus labios gordezuelos para susurrar junto al largo lóbulo de la oreja de Slevyas:

—Que me aspen si me gusta que nos siga los pasos ese familiar de Hristomilo, por mucha seguridad que nos ofrezca. Ya es bastante malo que Krovas emplee o se deje engatusar para emplear a un brujo de la más dudosa, aunque atroz, reputación y no mejor aspecto, pero...

—¡Cierra el pico! —susurró Slevyas en tono aún más bajo.

Fissif obedeció encogiéndose de hombros y se dedicó con más intensidad y precisión de lo que quería a dirigir su mirada a uno y otro lado, pero sobre todo adelante.

A cierta distancia en aquella dirección, de hecho poco antes del cruce con la calle del Oro, había un puente sobre la calle del Dinero, un pasaje cerrado a la altura del segundo piso que conectaba los dos edificios que constituían los locales de los famosos albañiles y escultores Rokkermas y Slaarg. Los edificios de la firma tenían pórticos muy poco profundos apoyados innecesariamente por grandes columnas de forma y decoración variadas y que servían de anuncios más que de elementos estructurales.

Por debajo del puente salieron dos silbidos bajos y breves, señal lanzada por el matón explorador indicativa de que había inspeccionado aquella zona por si les tendían una emboscada, sin descubrir nada sospechoso, y que la calle del Oro estaba expedita.

Fissif no quedó en modo alguno totalmente satisfecho con la señal de seguridad. A decir verdad, el ladrón gordo casi gozaba siendo aprensivo e incluso temeroso, hasta cierto punto. Una sensación de pánico estridente, a la que se sobreponía una tensa calma le hacía sentirse más excitado y vivo que la mujer de la que gozaba en ocasiones. Así pues, exploró más atentamente a través de la leve niebla negruzca los frontones y colgaduras de Rokkermas y Slaarg mientras su paso y el de Slevyas, que parecían pausados pero no lentos, les acercaban más y más.

En aquel punto el puente estaba agujereado por cuatro pequeñas ventanas, entre las cuales había tres grandes hornacinas que contenían —otro anuncio— tres estatuas de yeso de tamaño natural, algo erosionadas por los años a la intemperie y a las que otros tantos años de niebla habían dotado de tonos diversos de gris oscuro. Cuando se

acercaban a casa de Jengao, antes del robo, Fissif las había observado con una mirada rápida pero completa por encima del hombro. Ahora le parecía que la estatua a la derecha había sufrido un cambio indefinible. Era la de un hombre de mediana altura que vestía manto y capucha y que miraba abajo con los brazos cruzados y expresión meditativa. No, no del todo indefinible... Le pareció que ahora la estatua era de un gris oscuro más uniforme, el manto, la capucha y el rostro; le parecía de facciones algo más agudas, menos erosionadas. ¡Y hasta juraría que su talla era algo menor!

Además, al pie de la hornacina, había un montón de escombros grises y blanco crudo que no recordaba haber visto allí antes. Hizo un esfuerzo para recordar si durante la excitación del atraco, mientras se entregaba a las animadas tareas de matar al leopardo y zurrar al propietario de la casa, el rincón siempre alerta de su mente había grabado un estruendo distante, y ahora le pareció que así había sido. Su rápida imaginación representó la posibilidad de que hubiera un agujero o incluso una puerta detrás de cada estatua, a través de la cual pudiera darse a ésta un fuerte empujón y derribarla sobre los transeúntes, él y Slevyas en concreto, y que el derrumbe de la estatua a mano derecha había servido para probar el dispositivo, sustituyéndola luego por otra casi igual.

Decidió vigilar las tres estatuas cuando él y Slevyas pasaran por debajo. Sería fácil esquivarla si veía que una empezaba a oscilar. ¿Debería apartar a Slevyas del peligro en caso de que sucediera? Era algo en lo que debía pensar.

Sin pausa, su atención inquieta se fijó entonces en los pórticos y columnas. Estas últimas, gruesas y casi de tres metros de altura, estaban situadas a intervalos regulares, mientras que su forma y sus estrías eran irregulares, pues Rokkermas y Slaarg eran muy modernos y recalcaban el aspecto inacabado, el azar y lo inesperado.

No obstante, a Fissif le pareció —ahora su cautela del todo despierta— que había una intensidad de lo inesperado, en concreto que había una columna más bajo los pórticos de las que había cuando pasaron antes por allí. No podía estar seguro de qué columna era la nueva, pero casi estaba seguro de que había una.

¿Debía compartir sus sospechas con Slevyas? Sí, y obtener otro susurro de reprobación y otra mirada despectiva de los ojos pequeños y aparentemente apagados.

Ahora el puente cerrado estaba cerca. Fissif echó un vistazo a la estatua de la derecha y observó sus diferencias con la que recordaba. Aunque era más corta, parecía sostenerse más erecta, mientras que la línea del ceño tallada en el rostro gris no era tanto de reflexión filosófica como de desprecio burlón, inteligencia pagada de sí misma y presunción.

Ninguna de las tres estatuas cayó mientras él y Slevyas pasaban bajo el puente, pero algo le ocurrió a Fissif en aquel momento.

Una de las columnas le guiñó un ojo.

El Ratonero Gris —pues tal era el nombre que ahora el Ratón se daba a sí mismo y le daba también Ivrian—, se volvió en la hornacina de la derecha, dio un salto hacia

arriba, se cogió de la cornisa, dio una silenciosa voltereta que le depositó en el tejado y lo cruzó en el momento oportuno para ver a los ladrones que pasaban debajo.

Sin titubear saltó adelante y abajo, su cuerpo recto como una flecha de ballesta, las suelas de sus botas de piel de ratón dirigidas a los omóplatos ocultos en grasa del ladrón más bajo, aunque un poco más allá de él, a fin de compensar el metro que andaría mientras el Ratonero descendía en su dirección.

En el instante en que saltó, el ladrón alto miró arriba por encima del hombro y desenfundó un cuchillo, aunque sin hacer ningún movimiento para apartar a Fissif de la trayectoria del proyectil humano que se precipitaba hacia él. El Ratonero se encogió de hombros en pleno vuelo. Tendría que ocuparse con rapidez del ladrón alto tras haber derribado al gordo.

Con más rapidez de lo que podía esperarse, Fissif giró entonces sobre sus talones y gritó débilmente:

—¡Slivikin!

Las botas de piel de ratón le alcanzaron en el vientre. Fue como aterrizar sobre un gran cojín. Rodando a un lado para esquivar el primer golpe de Slevyas, el Ratonero dio un vuelco y, mientras el cráneo del ladrón grueso golpeaba contra los adoquines produciendo un ruido sordo, se puso en pie, cuchillo en mano, dispuesto a ocuparse del ladrón alto.

Pero no tuvo necesidad. Slevyas, con sus pequeños ojos vidriosos, también se derrumbaba.

Una de las columnas había saltado hacia adelante, arrastrando una túnica voluminosa. Una gran capucha se había deslizado hacia atrás, mostrando un rostro juvenil y una cabeza enmarcada por larga cabellera. Unos brazos fornidos habían emergido de las mangas largas y holgadas que habían constituido la sección superior de la columna, mientras que el gran puño en que finalizaba uno de los brazos había propinado a Slevyas un fuerte puñetazo en el mentón que le había dejado fuera de combate.

Fafhrd y el Ratonero Gris se miraron, por encima de los dos ladrones tendidos sin sentido. Estaban colocados en posición de ataque, pero de momento ninguno se movía.

Cada uno percibía algo inexplicablemente familiar en el otro.

—Nuestros motivos para estar aquí parecen idénticos —dijo Fafhrd.

—¿Sólo lo «parecen»? ¡Claro que lo son! —respondió fríamente el Ratonero, mirando con fiereza a aquel enorme enemigo potencial, cuya altura rebasaba en una cabeza al ladrón alto.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho: «¿Sólo lo “parecen”? ¡Claro que lo son!».

—¡Muy civilizado por tu parte! —comentó Fafhrd en tono complacido.

—¿Civilizado? —le preguntó con suspicacia el Ratonero, apretando más su cuchillo.

—Preocuparse, en plena acción, de las palabras exactas que uno ha dicho — explicó Fafhrd. Sin perder de vista al Ratonero, miró abajo. Su mirada pasó del cinto y la bolsa de uno de los ladrones caídos al otro. Entonces miró al Ratonero con una ancha y franca sonrisa—. ¿Al sesenta por ciento? —le sugirió.

El Ratonero vaciló, enfundó su cuchillo y dijo con voz ronca:

—¡Trato hecho! —Se arrodilló con brusquedad, y sus dedos manipularon los cordones de la bolsa de Fissif—. Saquea a tu Slivikin —instruyó al otro.

Era natural suponer que el ladrón gordo había gritado el nombre de su compañero al final.

Sin alzar la vista de donde estaba arrodillado, Fafhrd observó:

—Ese... ese hurón que iba con ellos. ¿Adónde ha ido?

—¿Hurón? —replicó el Ratonero—. ¡Era un tití!

—Tití —musitó Fafhrd—. Eso es un pequeño mono tropical, ¿verdad? Bueno, es posible que lo fuera, pero he tenido la extraña impresión de que...

La doble acometida silenciosa que se abatió sobre ellos en aquel momento no les sorprendió en realidad; los dos la habían estado esperando, pero el sobresalto de su encuentro había apartado de su conciencia aquella expectativa.

Los tres matones, abalanzándose contra ellos en ataque concertado, dos por el oeste y uno por el este, todos con las espadas preparadas para atacar, habían supuesto que los dos atracadores estarían armados como mucho con cuchillos y que serían tan temerosos, o al menos se mostrarían cautos, con las armas de combate, como lo eran en general los ladrones y quienes atacaban a éstos. Por eso fueron ellos los sorprendidos y confusos cuando con la celeridad de la juventud el Ratonero y Fafhrd se levantaron de un salto, desenvainando temibles espadas y se les enfrentaron espalda contra espalda.

El Ratonero hizo un quite muy pequeño en cuarta posición, de modo que la acometida del matón por el lado este pasó casi rozándole por la izquierda. Al instante lanzó un contragolpe. Su adversario, echándose desesperadamente atrás, paró a su vez en cuarta. Apenas deteniéndose, la punta de la larga y estrecha espada del Ratonero se deslizó por debajo de aquella parada con la delicadeza de una princesa que hace una reverencia, y entonces saltó adelante y un poco hacia arriba; el Ratonero lanzó una estocada larga que parecía imposible para un ser tan pequeño, y que penetró entre dos mallas del jubón acorazado, pasó entre las costillas, atravesó el corazón y salió por la espalda, como si todo ello fuese un pastel de bizcocho.

Entretanto, Fafhrd, de cara a los dos matones procedentes del oeste, desvió sus estocadas bajas con paradas algo mayores y amplias, en segunda posición y primera baja, y luego dio un golpe rápido hacia arriba con su espada más larga pero más pesada que la del Ratonero, la cual cortó el cuello del adversario que tenía a la derecha, decapitándole a medias. A continuación, dando un rápido paso atrás, se dispuso a embestir al otro.

Pero no había necesidad. Una estrecha cinta de acero ensangrentado, seguida por

un guante y un brazo grises, pasaron por su lado desde atrás y transfiguraron al último matón con la misma estocada que el Ratonero había empleado con el primero.

Los dos jóvenes limpiaron y envainaron sus espadas. Fafhrd se pasó la palma de su mano derecha abierta por la túnica y la tendió. El Ratonero se quitó el guante gris de la mano derecha y estrechó la gran mano que el otro le ofrecía con la suya nervuda. Sin intercambiar palabra, se arrodillaron y terminaron de desvalijar a los dos ladrones inconscientes, asegurando las bolsitas con las joyas. Con una toalla aceitosa y luego otra seca, el Ratonero se limpió de un modo incompleto la mezcla grasienta de cenizas y hollín que le había ennegrecido el rostro, y luego enrolló con rapidez ambas toallas y las guardó de nuevo en su bolsa. A continuación, con sólo un inquisitivo movimiento de los ojos hacia el este por parte del Ratonero y un gesto de asentimiento por la de Fafhrd, se pusieron rápidamente en marcha en la dirección que habían tomado Slevyas, Fissif y su escolta.

Tras un reconocimiento de la calle del Oro, la cruzaron y, a propuesta de Fafhrd, efectuada con un gesto, continuaron hacia el este por la calle del Dinero.

—Mi mujer está en la Lamprea Dorada —le explicó.

—Vamos a por ella y la llevaremos a mi casa para que conozca a mi chica —sugirió el Ratonero.

—¿Tu casa? —inquirió cortésmente Fafhrd, con el más leve tono interrogativo en su voz.

—En el Camino Sombrío —le informó el Ratonero.

—¿La Anguila de Plata?

—Detrás. Tomaremos unos tragos.

—Yo iré primero a tomar un jarro. Nunca puedo beber lo suficiente.

—Como quieras.

Un poco más adelante, Fafhrd, tras mirar varias veces de reojo a su nuevo camarada, le dijo con convicción:

—Nos hemos visto antes.

El Ratonero le sonrió.

—¿En la playa junto a la Montaña del Hambre?

—¡Cierto! Cuando era grumete de un barco pirata.

—Y yo era aprendiz de brujo.

Fafhrd se detuvo, volvió a limpiarse la mano en la túnica y la tendió.

—Me llamo Fafhrd. Efe a efe hache erre de.

El Ratonero la estrechó de nuevo.

—Soy el Ratonero Gris —dijo con cierto desafío, como si retara a alguien a reírse del mote—. Perdona, pero ¿cómo pronuncias exactamente eso? ¿Faf-hrud?

—Simplemente Faf-erd.

—Gracias.

Prosiguieron su camino.

—Ratonero Gris, ¿eh? —observó Fafhrd—. Bueno, esta noche has matado dos

ratas.

—Así es.

El pecho del Ratonero se hinchó y echó atrás la cabeza. Luego, torciendo cómicamente la nariz y con una media sonrisa oblicua, admitió:

—Habrías acabado muy fácilmente con tu segundo hombre. Te lo quité para demostrarte mi velocidad. Además, estaba excitado.

Fafhrd rió entre dientes.

—¿A mí me lo dices? ¿Qué crees que sentía?

Más tarde, cuando cruzaban la calle de los Alcahuetes, le preguntó:

—¿Aprendes mucha magia de tu mago?

Una vez más, el Ratonero echó la cabeza hacia atrás. Hinchó las aletas de la nariz y bajó las comisuras de los labios, preparando su boca para un discurso jactancioso y desconcertante. Pero una vez más se limitó a torcer la nariz y sonreír a medias. ¿Qué diablos tenía aquel tipo grandullón que le impedía comportarse como de ordinario?

—La suficiente para decirme que es algo muy peligroso. Aunque todavía juego con ella de vez en cuando.

Fafhrd se hacía una pregunta similar. Toda su vida había desconfiado de los hombres pequeños, sabiendo que su altura despertaba en ellos unos celos instantáneos. Pero de algún modo, aquel individuo pequeño era una excepción. Y también era sin discusión un pensador rápido y un brillante espadachín. Rogó a Kos que le gustara a Vlana.

En el ángulo noreste de las calles del Dinero y de las Rameras, una antorcha que ardía lentamente protegida por un ancho aro dorado, proyectaba un cono de luz en la negra niebla que iba espesándose, y otro cono en los adoquines ante la puerta de la taberna. De las sombras salió Vlana y la luz del segundo cono reveló su hermosura. Llevaba un estrecho vestido de terciopelo negro y medias rojas, y sus únicos adornos eran una daga con funda y empuñadura de plata y una bolsa negra con bordados de plata, ambas pendientes de un cinto negro.

Fafhrd le presentó al Ratonero Gris, el cual se comportó con una cortesía casi aduladora, servilmente galante. Vlana le examinó con descaro y luego le ofreció una sonrisa, a modo de tanteo.

Bajo la luz de la antorcha, Fafhrd abrió la pequeña bolsa que le había quitado al ladrón alto. Vlana miró el interior. Luego abrazó a Fafhrd y le dio un sonoro beso. Finalmente se guardó las joyas en la bolsa que le colgaba del cinto.

—Mira, voy a tomar un jarro —dijo el muchacho—. Cuéntale lo que ha sucedido, Ratonero.

Cuando salió de la Lamprea Dorada llevaba cuatro jarros en el dobléz del brazo izquierdo y se enjugaba los labios con el dorso de la mano derecha. Vlana frunció el ceño y el muchacho le sonrió. El Ratonero chascó los labios a la vista del vino. Prosiguieron su camino hacia el este, por la calle del Dinero. Fafhrd se dio cuenta de que ella estaba molesta por algo más que los jarros y la perspectiva de una estúpida

juerga de hombres borrachos. Con mucho tacto, el Ratonero andaba delante de ellos, evidenciando su discreción al apartarse.

Cuando su figura fue poco más que un borrón en la espesa niebla; Vlana susurró con aspereza:

—¿Habéis dejado fuera de combate a dos miembros del Gremio de los Ladrones y no los habéis degollado?

—Acabamos con tres matones —protestó Fafhrd a modo de excusa.

—Mi pleito no es con la Hermandad de Asesinos sino con ese abominable Gremio. Me juraste que siempre que tuvieras ocasión...

—¡Vlana! No podía dejar que el Ratonero Gris pensara que soy un aficionado a atacar ladrones consumido por una furia asesina y el ansia de sangre.

—Ya le aprecias mucho, ¿verdad?

—Es muy posible que me haya salvado la vida esta noche.

—Pues bien, me ha dicho que él les habría degollado en un abrir y cerrar de ojos, de haber sabido que ése era mi deseo.

—Te seguía la corriente por cortesía.

—Puede que sí, puede que no. Pero tú lo sabías y no...

—¡Cállate, Vlana!

Bajo el ceño fruncido de la mujer apareció una furiosa mirada, pero de súbito se echó a reír frenéticamente, sus labios dibujaron una sonrisa crispada, como si estuviera a punto de llorar, se dominó y sonrió con más dulzura.

—Perdóname, cariño. A veces debes de pensar que me estoy volviendo loca y otras que lo estoy.

—Pues no lo estés —le dijo con brusquedad—. Piensa en las joyas que hemos conseguido. Y pórtate bien con nuestros nuevos amigos. Toma un poco de vino y relájate. Esta noche quiero pasarlo bien. Me lo he ganado.

Ella asintió y le mostró su acuerdo cogiéndose de su brazo, al tiempo que buscaba consuelo y cordura. Se apresuraron para llegar a la altura de la difusa figura que les precedía.

El Ratonero dobló a la izquierda y les condujo media manzana al norte de la calle de la Pacotilla, hasta un estrecho camino que iba de nuevo hacia el este y en el que la negra niebla parecía sólida.

—El Camino Sombrío —les explicó el Ratonero.

Fafhrd meneó la cabeza, dando a entender que lo conocía.

—Sombrío es demasiado débil —dijo Vlana—, una palabra demasiado transparente para esta noche. —Lanzó una risa entrecortada en la que había aún trazas de nerviosismo y que finalizó con un acceso de tos. Cuando pudo hablar de nuevo, exclamó—: ¡Condenada niebla nocturna de Lankhmar! ¡Qué infierno de ciudad!

—Es por la proximidad Al Gran Pantano Salado —explicó Fafhrd.

Y realmente aquello era parte de la respuesta. Extendida por una región baja entre

el Pantano, el Mar Interior y el Río Hlal, y los campos de cereales sureños regados por canales alimentados por el Hlal, Lankhmar, con sus humos innumerables, era presa de nieblas y neblinas negruzcas. No era de extrañar que los ciudadanos hubiesen adoptado la toga negra como su atuendo formal. Algunos aseguraban que en principio la toga había sido blanca o marrón claro, pero se ensuciaba de hollín con tanta facilidad, necesitando innumerables coladas, que un ahorrativo gobernante ratificó e hizo oficial lo que decretaban la naturaleza o las artes de la civilización.

Hacia medio camino de la calle Carter, una taberna en el lado norte del camino surgía de la oscuridad. Un objeto en forma de serpiente con la boca abierta, de metal claro ennegrecido por el hollín, colgaba a modo de muestra. Cruzaron una puerta con una cortina de cuero sucio, de la que salía ruido, la luz oscilante de las antorchas y el hedor del vino.

Más allá de la Anguila de Plata el Ratonero les condujo por un oscuro pasadizo que se abría en la pared oriental de la taberna. Tuvieron que pasar en fila india, palpando su camino a lo largo del muro de ladrillo áspero y húmedo, y manteniéndose juntos.

—Cuidado con el charco —les advirtió el Ratonero—. Es profundo como el Mar Exterior.

El pasadizo se ensanchó. La luz reflejada de las antorchas que se filtraba a través de la oscura niebla sólo les permitía distinguir la forma más general de su entorno. A la derecha había una pared más alta, sin ventanas. A la izquierda, cercano a la parte trasera de la Anguila de Plata, había un edificio lúgubre y destartado de ladrillo oscuro, renegrido, y madera antigua. A Fafhrd y Vlana les pareció totalmente vacío, hasta que alzaron sus cabezas para mirar el ático, después del cuarto piso, bajo el tejado con sus canalones mellados. Allí débiles líneas y puntos de luz amarilla brillaban alrededor y a través de tres ventanas enrejadas. Más allá, cruzando la T que formaba el espacio donde se hallaban, había un estrecho callejón.

—El callejón de los Huesos —les dijo el Ratonero en un tono algo orgulloso—. Lo llamo el bulevar de la Basura.

—Eso puedo olerlo —dijo Vlana.

Ahora ella y Fafhrd podían ver una larga y estrecha escalera exterior de madera, empinada pero combada y sin barandilla, que conducía al ático iluminado. El Ratonero le cogió las jarras a Fafhrd y subió con rapidez.

—Seguidme cuando haya llegado arriba —les dijo—. Creo que resistirá tu peso, Fafhrd, pero será mejor que subáis uno cada vez.

Suavemente Fafhrd empujó a Vlana para que subiera. Lanzando otra risa con ribetes nerviosos y deteniéndose a medio camino para dar rienda suelta a otro acceso de tos ahogada, la mujer subió hasta donde estaba ahora el Ratonero, en un umbral abierto del que salía una luz amarillenta que se extinguía en seguida en la niebla nocturna. El muchacho apoyaba ligeramente una mano en el gancho de hierro forjado, grande y sin la lámpara que estaba destinado a sostener, empotrado en una

sección de piedra de la pared exterior. Se inclinó a un lado y la mujer entró.

Fafhrd le siguió, colocando los pies lo más cerca que podía de la pared, las manos prontas a sujetarse. Toda la escalera producía un funesto crujido y cada escalón cedía un poco cuando él apoyaba su peso en la madera. Cerca de la cumbre, uno de los escalones cedió con el crujido apagado de la madera medio podrida. Con el máximo cuidado, el muchacho se tendió, apoyando manos y rodillas, en tantos escalones como podía alcanzar, para distribuir su peso, maldiciendo con vehemencia.

—No temas, las jarras están a salvo —le gritó alegremente el Ratonero.

Fafhrd subió a gatas el resto del camino, con una expresión algo irritada en el rostro, y no se puso en pie hasta rebasar el umbral. Entonces casi dio un grito de sorpresa.

Era como eliminar frotando el cardenillo de un anillo de latón barato y descubrir engastado en él un diamante irisado de primera calidad. Ricas colgaduras, algunas centelleantes con bordados de plata y oro, cubrían las paredes excepto donde estaban las ventanas cerradas... cuyos postigos estaban dorados. Telas similares pero más oscuras ocultaban el techo bajo, formando un magnífico dosel en el que los lunares de oro y plata eran como estrellas. Esparcidos a su alrededor había mullidos cojines y mesas bajas, sobre las que ardía una multitud de velas. En los estantes de las paredes se acumulaban en pulcros montones, como pequeños troncos, una vasta reserva de velas, numerosos pergaminos, jarros, botellas y cajas esmaltadas. Había un tocador con un espejo de plata pulida y lleno de joyas y cosméticos. En una gran chimenea había una pequeña estufa metálica, de un negro brillante, con una adornada marmita sobre el fuego. También al lado de la estufa había una pirámide de delgadas antorchas resinosas, escobas de mango corto y fregasuelos, troncos pequeños y cortos y carbón de un negro reluciente.

Sobre un estrado bajo al lado de la chimenea había un sofá ancho, de patas cortas y respaldo elevado, cubierto con una tela de oro. Allí estaba sentada una muchacha delgada, pálida, de delicada belleza, ataviada con un vestido de gruesa seda violeta con bordados de plata y ceñido con una cadena también de plata. Sus zapatillas eran de blanca piel de serpiente de la nieve. Unas agujas de plata con cabezas de amatista sujetaban el alto peinado en el que recogía su cabello negro. Se cubría los hombros con un chal de armiño. Se inclinaba adelante con elegancia y aparente incomodidad y extendía una mano estrecha y pequeña para estrechar la de Vlana, la cual se había arrodillado ante ella y ahora le tomaba suavemente la mano ofrecida e inclinaba la cabeza sobre ella, su propio cabello castaño oscuro brillante y lacio formando un dosel, y se llevaba la otra mano de la muchacha a los labios.

A Fafhrd le alegró ver que su mujer actuaba adecuadamente en aquella situación tan extraña pero sin duda deliciosa. Entonces, al mirar la larga pierna de Vlana enfundada en una media roja, estirada hacia atrás mientras se arrodillaba con la otra, observó que todo el suelo estaba cubierto —hasta el punto de que las superposiciones eran dobles, triples y hasta cuádruples— de gruesas alfombras tupidas y de muchos

colores, de las clases más finas importadas de las tierras orientales. De pronto señaló al Ratonero Gris con el pulgar.

—¡Eres el Ladrón de Alfombras! —exclamó—. ¡Eres el Requisatapices! ¡Y también el Corsario de las Velas! —continuó, refiriéndose a dos series de robos sin resolver que habían corrido en boca de todo Lankhmar cuando él y Vlana llegaron a la ciudad un mes atrás.

El Ratonero se encogió de hombros con expresión impasible y luego sonrió, con un fulgor en sus ojos rasgados. De improviso emprendió una danza que le llevó girando y balanceándose alrededor de la habitación y le dejó detrás de Fafhrd, donde diestramente desprendió de los hombros de éste la enorme túnica con capucha y largas mangas, la sacudió, la dobló con todo cuidado y la depositó sobre un cojín.

Tras una larga e incierta pausa, la muchacha de violeta golpeó nerviosamente con su mano libre la tela de oro junto a ella, y Vlana se sentó allí, poniendo cuidado en no hacerlo demasiado cerca de la otra. Ambas mujeres se pusieron a hablar en voz baja, y Vlana tomó la iniciativa, aunque no de un modo demasiado evidente.

El Ratonero se quitó su propio manto gris y con capucha, lo dobló casi con remilgos y lo depositó al lado del de Fafhrd. Entonces se quitaron los cintos con las espadas y el Ratonero los colocó encima de la túnica y el manto doblados.

Sin aquellas armas y voluminosos atuendos los dos hombres parecían de improviso muy jóvenes, ambos con rostros lampiños, ambos delgados a pesar de los hinchados músculos en los brazos y las pantorrillas de Fafhrd, éste con su larga cabellera rubia cayéndole sobre la espalda y los hombros, el Ratonero con el cabello oscuro cortado en flequillo, uno vestido con túnica marrón de cuero, bordada con hilo de cobre, y el otro con un jubón de seda gris rudamente tejido.

Se sonrieron mutuamente. La sensación que ambos tenían de haberse vuelto muchachos a la vez hizo que al principio sus sonrisas parecieran un poco embarazadas. El Ratonero se aclaró la garganta e, inclinándose un poco, pero mirando todavía a Fafhrd, extendió el brazo hacia el sofá dorado y con un tartamudeo inicial, aunque por lo demás con bastante naturalidad, le dijo:

—Fafhrd, mi buen amigo, permíteme que te presente a mi princesa. Ivrian, querida mía, ten la bondad de recibir a Fafhrd amablemente, pues esta noche él y yo hemos luchado codo a codo contra tres, y hemos vencido.

Fafhrd avanzó, agachándose un poco, pues la coronilla de su cabeza dorada y rojiza rozaba el dosel estrellado, y se arrodilló ante Ivrian igual que había hecho Vlana. Ahora la fina mano tendida hacia él parecía firme, pero en cuanto la tocó descubrió que todavía temblaba. La trató como si fuera tela tejida con la más fina tela de la araña blanca, apenas rozándola con los labios, y aun así se sintió nervioso mientras musitaba unos cumplidos.

No percibió, al menos de momento, que el Ratonero estaba tan nervioso como él, e incluso más, rogando que Ivrian no exagerase en su papel de princesa y humillara a sus huéspedes, se derrumbara temblando o llorando, o corriera hacia él o a la

habitación contigua, pues Fafhrd y Vlana eran literalmente los primeros seres, humanos o animales, nobles, ciudadanos libres o esclavos, a los que él había llevado o permitido entrar en el nido lujoso que había creado para su aristocrática amada... salvo las dos cotorras que gorjeaban en una jaula de plata colgada al otro lado de la chimenea, frente al estrado.

A pesar de su astucia y su cinismo de origen reciente, nunca se le ocurrió al Ratonero que era sobre todo su forma encantadora pero absurda de mimar a Ivrian lo que mantenía como una muñeca, y aumentaba incluso esta condición, a la muchacha potencialmente valiente y realista que había huido con él de la cámara de tortura de su padre cuatro lunas atrás.

Pero ahora, cuando Ivrian sonrió por fin y Fafhrd le devolvió gentilmente su mano y retrocedió con cautela, el Ratonero se relajó aliviado, fue en busca de dos copas y dos tazas de plata, las limpió sin necesidad con una toalla de seda, seleccionó con cuidado una botella de vino violeta y entonces, sonriendo a Fafhrd, descorchó uno de los jarros que el norteño había traído, llenó casi hasta el borde los cuatro recipientes destellantes y los sirvió.

Aclarándose de nuevo la garganta, pero sin rastro de tartamudeo esta vez, el muchacho brindó:

—Por mi mayor robo hasta la fecha en Lankhmar, que de buen o mal grado he de compartir al sesenta por ciento con —no pudo resistir el súbito impulso— ¡con este patán bárbaro, grande y peludo!

Y se echó al colete un cuarto de la taza de vino ardiente, agradablemente fortificado con aguardiente.

Fafhrd se tomó la mitad del suyo y luego brindó a su vez:

—Por el más jactancioso, cínico y pequeño individuo civilizado con el que jamás me he dignado compartir un botín.

Bebió el resto y, con una amplia sonrisa que mostró sus dientes blancos, tendió su taza vacía.

El Ratonero la llenó de nuevo, se sirvió a su vez, dejó entonces la taza y se acercó a Ivrian para volcar en su regazo las gemas de la bolsita que le había arrebatado a Fissif. Las piedras preciosas lucieron en su nuevo y envidiable lugar como un pequeño charco de mercurio con los tonos del arco iris.

Ivrian retrocedió estremecida, casi derramándolas, pero Vlana le cogió suavemente el brazo, aquietándola, y se inclinó sobre las joyas con un gangoso grito de maravilla y admiración, dirigió lentamente una mirada de envidia a la pálida muchacha y empezó a susurrarle algo de un modo apremiante pero sonriendo. Fafhrd se dio cuenta de que ahora Vlana actuaba, pero lo hacía bien y con eficacia, ya que Ivrian pronto asintió ansiosa y no mucho después empezó a susurrarle algo a su vez. Siguiendo sus instrucciones, Vlana fue en busca de una caja esmaltada de azul con incrustaciones de plata, y las dos mujeres transfirieron las joyas del regazo de Ivrian a su interior de terciopelo azul. Entonces Ivrian dejó la caja a su lado y siguieron

charlando.

Mientras daba cuenta de su segunda taza a pequeños sorbos, Fafhrd se relajó y empezó a adquirir una sensación más profunda de su entorno. La deslumbrante maravilla del primer vistazo a aquella sala del trono escondida en un fétido suburbio, su lujo pintoresco intensificado por contraste con la oscuridad, el barro y la suciedad, la escalera podrida y el bulevar de la Basura en el exterior se desvaneció y el muchacho empezó a percibir el desvencijamiento y la podredumbre bajo la capa de grandiosidad.

Aquí y allá, entre las colgaduras, asomaba la madera carcomida, seca, agrietada, y exhalaba su olor malsano, su aroma a viejo. Todo el piso se combaba bajo las alfombras, y en el centro de la estancia llegaba a hundirse hasta un palmo. Una gran cucaracha bajaba por una colgadura bordada en oro, y otra se dirigía al sofá. Filamentos de niebla nocturna se filtraban a través de los postigos, produciendo negros arabescos evanescentes contra los dorados. Las piedras de la gran chimenea habían sido restregadas y barnizadas, pero había desaparecido la mayor parte del mortero que las cohesionaba; algunas se hundían y otras faltaban por entero.

El Ratonero había encendido el fuego en la estufa. Introdujo la leña previamente encendida, que despedía llamaradas amarillentas, cerró la portezuela negra y regresó a la estancia. Como si hubiera leído los pensamientos de Fafhrd, tomó varios conos de incienso, encendió sus extremos y los colocó en diversos puntos, en brillantes cuencos de latón, aprovechando mientras lo hacía para pisotear a una cucaracha y capturar por sorpresa a la otra y aplastarla de un puñetazo. Luego rellenó con trapos de seda las grietas más anchas de los postigos, tomó de nuevo su taza de plata y por un momento dirigió a Fafhrd una dura mirada, como desafiándole a decir una sola palabra contra la deliciosa pero algo ridícula casa de muñecas que había preparado para su princesa.

Un instante después sonreía y alzaba su taza hacia Fafhrd, el cual hacía lo mismo. La necesidad de llenar de nuevo los recipientes les acercó. Sin mover apenas los labios, el Ratonero le explicó *sotto voce*:

—El padre de Ivrian era duque. Yo le maté, por medio de la magia negra, según creo, mientras se disponía a darme la muerte en el potro de tortura. Era un hombre de lo más cruel, incluso para su hija, pero aun así era duque, de modo que Ivrian no está nada acostumbrada a ganarse la vida o cuidar de sí misma. Me enorgullezco de mantenerla en un esplendor superior al que jamás le ofreció su padre con todos sus servidores y doncellas.

Fafhrd asintió, suprimiendo las críticas inmediatas que provocaban en él aquella actitud y programa, y le dijo amablemente:

—No hay duda de que has creado con tus robos un pequeño palacio encantador, digno del señor de Lankhmar, Karstak Overtamortes, o del Rey de Reyes de Tisilinilit.

Vlana le llamó desde el sofá con su bronca voz de contralto.

—Ratonero Gris, tu princesa quiere oír el relato de la aventura de esta noche. ¿Y podríamos tomar más vino?

—Sí, por favor, Ratón —pidió Ivrian.

Estremeciéndose de un modo casi imperceptible al oír aquel apodo anterior, el Ratonero miró a Fafhrd en busca de asentimiento, lo obtuvo y se embarcó en su relato. Pero primero sirvió vino a las muchachas. No había bastante para llenar sus copas, por lo que abrió otro jarro y, tras pensarlo un momento, descorchó los tres, colocando uno junto al sofá, otro donde Fafhrd estaba ahora tendido sobre mullidas alfombras y reservándose el tercero para él. Ivrian pareció tomar con aprensión esta señal de que iban a beber en abundancia, y Vlana lo tomó con cinismo y cierto enojo, pero ninguna de las dos expresó sus críticas.

El Ratonero contó bien el relato de su robo a los ladrones con alguna teatralidad y con sólo el más artístico de los adornos, a saber, que el hurón-tití, antes de escapar, se le subió a la espalda y trató de arrancarle los ojos... y sólo le interrumpieron en dos ocasiones. Cuando dijo:

—Y así con un zumbido suave y un leve golpe desnudé a Escalpelo...

Fafhrd observó:

—¿De modo que también le has puesto un sobrenombre a tu espada?

El Ratonero se levantó.

—Sí, y llamo a mi daga Garra de Gato. ¿Algo que objetar? ¿Te parece infantil?

—En absoluto. También yo le he puesto un nombre a mi espada: Varita Gris. Todas las armas están vivas de algún modo, son civilizadas y dignas de recibir un nombre. Pero sigue, por favor.

Y cuando mencionó la bestezuela de naturaleza incierta que cabrioleaba al lado de los ladrones (¡y que se lanzó contra sus ojos!), Ivrian palideció, se estremeció y dijo:

—¡Ratón! ¡Podría ser un animal de compañía de una bruja!

—De un brujo —le corrigió Vlana—. Esos cobardes villanos del Gremio no tienen tratos con las mujeres, excepto para que les alimenten o como vehículos forzados de su lujuria. Pero Krovas, su rey actual, aunque supersticioso, tiene fama de tomar toda clase de precauciones, y muy bien podría tener un mago a su servicio.

—Eso parece muy probable —dijo el Ratonero, con claros signos de mal agüero en su mirada y su voz—, y eso me llena de inquietud.

En realidad no creía lo que estaba diciendo, ni lo sentía —estaba tan inquieto como una pradera virgen— en lo más mínimo, pero estaba dispuesto a aceptar cualquier refuerzo ambiental de su representación.

Cuando terminó, las muchachas, con sus ojos relucientes y llenos de afecto, brindaron por la astucia y valentía de los dos jóvenes: El Ratonero hizo una reverencia y les correspondió con una sonrisa radiante. Luego se tendió, con un suspiro de fatiga, enjugándose la frente con un paño de seda, y tomó un largo trago.

Tras pedir permiso a Vlana, Fafhrd contó el relato de su audaz huida de Rincón Frío —él de su clan y ella de una compañía teatral— y de su avance hasta Lankhmar,

donde ahora se alojaban en una casa de actores cerca de la Plaza de los Oscuros Deseos. Ivrian se abrazó a Vlana y se estremeció llena de asombro cuando Fafhrd relataba las partes en las que intervenía la brujería y que, pensó el muchacho, le producían tanto placer como temor. Fafhrd se dijo que era natural que a aquella muñeca le gustaran las historias de fantasmas, aunque no estaba seguro de que su placer fuera tan grande de haber sabido que las historias de fantasmas eran ciertas. Parecía vivir en mundos de imaginación... y estaba seguro de que, una vez más, el Ratonero tenía mucho que ver en ello.

Lo único que omitió de su relato fue el constante interés de Vlana por lograr una venganza monstruosa contra el Gremio de los Ladrones, por torturar a muerte a sus cómplices y acosarla para que se marchara de Lankhmar cuando ella trató de dedicarse a robar por su cuenta en la ciudad, utilizando la mímica como cobertura. Ni tampoco mencionó su propia promesa —que ahora le parecía estúpida— de ayudarla en aquel sangriento asunto.

Cuando terminó y obtuvo su aplauso, notó la garganta seca a pesar de su adiestramiento como bardo, pero cuando quiso humedecerla descubrió que tanto su taza como el jarro estaban vacíos, aunque no se sentía borracho ni por asomo. Se dijo que los efectos del licor se habían evaporado mientras hablaba, escapándose un poquito con cada palabra deslumbrante que había pronunciado.

El Ratonero se hallaba en una situación similar, tampoco borracho, aunque inclinado a detenerse misteriosamente y mirar al infinito antes de responder a una pregunta o hacer una observación. Esta vez, tras una mirada al infinito especialmente larga, sugirió que Fafhrd le acompañara a la Anguila para adquirir nuevas provisiones de licor.

—Pero tenemos mucho vino en nuestro jarro —protestó Ivrian—. O al menos un poco —corrigió; parecía vacío cuando Vlana lo agitó—. Además, aquí tenéis toda clase de vinos.

—No de esta clase, querida, y la primera regla es no mezclarlos nunca —le explicó el Ratonero, agitando un dedo ante ella—. La mezcla es lo que provoca enfermedad y locura.

Vlana, comprensiva, dio unas palmaditas en la muñeca de Ivrian.

—Mira, querida, hay un momento en toda buena fiesta en el que los hombres que lo son de veras tienen que salir. Es algo estúpido en extremo, pero así es la naturaleza y no hay nada que hacer, créeme.

—Pero, Ratón, estoy asustada. El relato de Fafhrd me ha infundido temor. Y también el tuyo... Oí el ruido de ese bicho cabezón y negro raspando los postigos en cuanto te vayas. ¡Lo sé!

A Fafhrd le pareció que no tenía ningún miedo, sino que tan sólo le complacía hacerse la asustada y demostrar el poder que tenía sobre su amado.

—Querida mía —le dijo el Ratonero con un leve hipo—, está todo el Mar Interior, toda la Tierra de las Ocho Ciudades y, para postre, todas las Montañas de los

Duendes en su inmensidad entre tú y los fríos espectros de Fafhrd o —perdóname, camarada, pero podría ser— alucinaciones mezcladas con coincidencias. En cuanto a los animales de los brujos, ¡psé! Nunca ha habido en el mundo otra cosa que los repugnantes y muy naturales animales domésticos de las viejas hediondas y de viejos afeminados.

—La Anguila está a un paso, señora Ivrian —dijo Fafhrd—, y a vuestro lado está mi querida Vlana, la cual mató a mi principal enemigo arrojando esa daga que ahora lleva colgada al cinto.

Con una furibunda mirada a Fafhrd que no duró más que un abrir y cerrar de ojos, pero que decía: «¡Qué manera de tranquilizar a una muchacha asustada!», Vlana dijo alegremente:

—Deja que marchen los muy tontos, querida. Eso nos dará oportunidad para tener una conversación privada, durante la cual los despedazaremos, comentando desde su tendencia a embrutecerse con la bebida hasta esa inquietud que les impide quedarse tranquilamente en casa.

Así pues, Ivrian se dejó persuadir y el Ratonero y Fafhrd se escabulleron, cerrando en seguida la puerta tras ellos para evitar que entrara la negra niebla. Sus pasos más bien rápidos por la escalera podían oírse desde el interior. Hubo débiles crujidos y gemidos de la antigua madera, pero ningún sonido que indicara otra rotura o paso en falso.

Mientras aguardaban que les subieran de la bodega los cuatro jarros, los dos nuevos camaradas pidieron una taza cada uno del mismo vino reforzado, u otro bastante parecido, y se metieron en el extremo menos ruidoso del largo mostrador, en la tumultuosa taberna. Diestramente, el Ratonero pateó a una rata que sacó su negra cabeza y su cuarto delantero por el agujero de su guarida.

Después de que se intercambiaron entusiastas cumplidos por sus respectivas mujeres, Fafhrd dijo tímidamente:

—Entre nosotros, ¿crees que podría haber algo de verdad en la idea de tu dulce Ivrian de que la pequeña criatura oscura que acompañaba a Slivikin y el otro ladrón del Gremio era el animal de compañía de un brujo, o en cualquier caso el astuto animal doméstico de un hechicero, adiestrado para actuar como mensajero e informar de los desastres a su amo, a Krovas o a ambos?

El Ratonero emitió una risa ligera.

—Estás haciendo montañas de granos de arena, mi querido hermano bárbaro, espantajos carentes de lógica, si he de ser sincero. *In primis*, no sabemos con certeza que la bestezuela tuviera relación con los ladrones del Gremio. Puede que fuera un gato extraviado o una rata grande y audaz... ¡como esta condenada! —Y al decir esto dio otra patada contra el agujero—. Pero, *secundus*, concediendo que fuera la criatura de un mago empleado por Krovas, ¿cómo podría dar un informe útil? No creo que los animales puedan hablar... excepto los loros y esa clase de pájaros, que sólo pueden... hablar como tales loros, o los que tienen un complicado lenguaje de signos que los

hombres pueden compartir. ¿O quizá imaginas a la bestezuela metiendo su garra acolchada en un tintero y escribiendo su informe con grandes letras en un pergamino extendido sobre el suelo?

»¡Eh, el del mostrador! ¿Dónde están mis jarros? ¿Las ratas se han comido al muchacho que fue a por ellos hace días? ¿O es que se ha muerto de hambre mientras los buscaba en la bodega? Bueno, dile que se dé más prisa y entretanto llena de nuevo nuestras tazas.

»No, Fafhrd, aun concediendo que la bestezuela fuese directa o indirectamente una criatura de Krovas y que corriera a la Casa de los Ladrones después de nuestra refriega, ¿qué podría decirles? Sólo que algo había salido mal en el asalto a casa de Jengao, lo cual, en cualquier caso, no tardarían en sospechar por la tardanza de los ladrones y matones en regresar.

Fafhrd frunció el ceño y musitó con testarudez:

—Pero ese animalejo peludo y furtivo podría informar de nuestra presencia a los maestros del Gremio, los cuales podrían reconocernos e ir a buscarnos y atacarnos en nuestros hogares. O bien Slivikin y su gordo compañero, recuperados de sus lesiones, podrían hacer lo mismo.

—Mi querido amigo —dijo el Ratonero en tono de condolencia—, rogando una vez más tu indulgencia, me temo que este potente vino está confundiendo tu ingenio. Si el Gremio conociera nuestro aspecto o dónde nos alojamos, hace días, semanas, qué digo, meses que nos habrían importunado con la intención de cortarnos el cuello. O quizá no sepas que la pena impuesta a los que trabajan por cuenta propia o se dedican a robos no asignados dentro de los muros de Lankhmar y para las tres ligas fuera de ellos, no es otra que la muerte, después de la tortura, si felizmente eso puede conseguirse.

—Sé todo eso y mi situación es peor incluso que la tuya —replicó Fafhrd, y tras rogar al Ratonero que guardara el secreto, le contó el relato de la venganza de Vlana contra el Gremio y sus sueños tremendamente serios de una venganza absoluta.

Mientras contaba esto llegaron los cuatro jarros de la bodega, pero el Ratonero pidió que les llenaran una vez más sus tazas de barro.

—Y así —concluyó Fafhrd—, a consecuencia de una promesa realizada por un muchacho enamorado y sin instrucción a una intrigante sureña del Yermo Frío, ahora que soy un hombre tranquilo y sobrio —bueno, en otras ocasiones— me veo agujoneado continuamente para que luche contra un poder tan grande como el de Karstak Ovartamortes, pues como tal vez sepas el Gremio tiene delegados en todas las demás ciudades y poblaciones principales de este reino, por no mencionar los acuerdos que incluyen poderes de extradición con organizaciones de ladrones y bandidos en otros países. Quiero mucho a Vlana, no me interpretes mal, y ella misma es una experta ladrona, sin cuya guía difícilmente habría sobrevivido a mi primera semana en Lankhmar, pero en este único tema tiene una chifladura en el cerebro, un fuerte nudo que ni la lógica ni la persuasión pueden siquiera comenzar a aflojar. Y

yo..., bueno, en el mes que llevo aquí he aprendido que la única manera de sobrevivir en la civilización es aceptar sus reglas no escritas, mucho más importantes que sus leyes cinceladas en piedra, y quebrarlas sólo en caso de peligro, con el más profundo secreto y tomando todas las precauciones, como he hecho esta noche... que por cierto no ha sido mi primer asalto.

—Ciertamente sería una locura asaltar directamente al Gremio —comentó el Ratonero—. En eso tu prudencia es perfecta. Si no puedes hacer que tu bella compañera abandone esa loca idea, o lograr con paciencia que la olvide —y puedo ver que es una mujer intrépida y porfiada— entonces debes negarte con firmeza a su más mínima solicitud en esa dirección.

—Desde luego —convino Fafhrd, y añadió en un tono algo acusador—: aunque parece que le dijiste que habrías degollado de buen grado a los dos que dejamos sin sentido.

—¡Por mera cortesía, hombre! ¿Habrías preferido que no me mostrara amable con ella? Esto da la medida del valor que adjudicaba ya a tu benevolencia. Pero sólo el hombre de una mujer puede volverse contra ella, como debes hacer en este caso.

—Desde luego —repitió Fafhrd con gran intensidad y convicción—. Sería un idiota si me enfrentara al Gremio. Naturalmente, si me capturan me matarán de todos modos por actuar por mi cuenta y dedicarme al asalto. Pero atacar caprichosamente al Gremio, matar sin necesidad a uno de sus ladrones... ¡eso es una locura!

—No sólo serías un idiota borracho y babeante, sino que sin duda alguna, al cabo de tres noches como mucho hederías a esa emperatriz de las enfermedades, la Muerte. Malignos ataques contra tu persona, golpes dirigidos a la organización... el Gremio se venga haciendo a quienes le atacan diez veces lo que han hecho. Se cancelarían todos los robos planeados y otros delitos, y todo el poder del Gremio y sus aliados sería movilizadо contra ti. Creo que tendrías más posibilidades enfrentándote solo a las huestes del Rey de Reyes que a los sutiles esbirros del Gremio de Ladrones. Por tu tamaño, fuerza e ingenio vales por un pelotón, o quizá por una compañía, pero no por todo un ejército. Por eso no debes asentir a lo que te diga Vlana sobre este asunto.

—¡De acuerdo! —dijo sonoramente Fafhrd, estrechando con una fuerza casi aplastante la mano nervuda del Ratonero.

—Y ahora debemos volver con las mujeres —dijo éste.

—Después de otro trago mientras nos hacen la cuenta. ¡Eh, muchacho!

—Me complace.

El Ratonero abrió su bolsa para pagar, pero Fafhrd protestó con vehemencia. Al final se jugaron a cara o cruz quién habría de pagar, ganó Fafhrd y con gran satisfacción hizo tintinear sus smerduks de plata sobre el sucio y abollado mostrador, marcado además por infinidad de círculos dejados por las tazas, como si en algún tiempo hubiera sido el escritorio de un geómetra loco. Se pusieron en pie y el Ratonero dio un último puntapié al agujero de la rata.

Entonces volvieron a presentarse los pensamientos de Fafhrd.

—De acuerdo en que la bestezuela no puede escribir con las garras o hablar con la boca por medio de signos, pero aun así podría habernos seguido a distancia, observado nuestro alojamiento y luego regresado a la Casa de los Ladrones para dirigir a sus amos hacia nosotros, como un sabueso.

—Ahora vuelves a hablar con sensatez —dijo el Ratonero—. ¡Eh, chico, una jarra pequeña de cerveza para llevar! ¡En seguida! —Al ver la mirada de incompreensión de Fafhrd, le explicó—: La derramaré fuera de la Anguila para eliminar nuestro olor, y en todo el pasadizo. Sí, y también salpicaré con ella la parte superior de las paredes.

Fafhrd hizo un gesto de asentimiento.

—Creí que había bebido hasta volverme tonto.

Vlana e Ivrian estaban enfrascadas en una animada charla, y se sobresaltaron al oír las precipitadas pisadas escalera arriba. Unos behemots al galope no habrían hecho más ruido. Los crujidos y gemidos de la madera eran prodigiosos, y se oyeron los ruidos de dos escalones rotos, pero las fuertes pisadas no se alteraron por ello. Se abrió la puerta y los dos hombres penetraron a través de la sombrilla de un gran hongo de niebla nocturna que quedó pulcramente separada de su negro tallo al cerrarse la puerta.

—Te dije que regresaríamos en seguida —gritó el Ratonero alegremente a Ivrian, mientras Fafhrd se adelantaba, sin hacer caso del suelo crujiente, y decía:

—Corazón mío, cuánto te he echado de menos.

Y alzó en brazos a Vlana a pesar de sus protestas y movimientos para liberarse, besándola y abrazándola con brío antes de depositarla de nuevo sobre el sofá.

Curiosamente, era Ivrian la que parecía enfadada con Fafhrd, y no Vlana, la cual sonreía con afecto aunque algo aturdida.

—Fafhrd, señor —dijo con audacia, sus pequeños puños sobre las estrechas caderas, el mentón alto, los ojos relucientes—, mi querida Vlana me ha contado las cosas horrendas que le hizo el Gremio de los Ladrones, a ella y a sus mejores amigos. Perdona que hable con tanta franqueza a alguien que acabo de conocer, pero creo muy poco viril por tu parte que le niegues la justa venganza que desea y que merece plenamente. Y eso también va por ti, Ratón, que te jactaste ante Vlana de lo que habrías hecho de haberlo sabido. ¡Tú, que en un caso parecido no tuviste escrúpulo en matar a mi propio padre —o por tal reputado— a causa de sus crueldades!

Fafhrd comprendió con claridad que mientras había estado bebiendo ociosamente con el Ratonero Gris en la Anguila, Vlana había ofrecido a Ivrian una versión sin duda embellecida de sus agravios contra el Gremio y jugando sin piedad con las simpatías románticas e ingenuas de la muchacha y su alto concepto del amor caballeresco. También estaba claro que Ivrian se hallaba algo más que un poco borracha. Un frasco casi vacío de vino violeta de la lejana Kiraay permanecía en la mesa junto a ellas.

Sin embargo, no se le ocurrió nada que hacer salvo extender sus grandes manos en un gesto de impotencia y agachar la cabeza, más de lo que el techo bajo hacía

necesario, bajo la mirada feroz de Ivrian, reforzada ahora por la de Vlana. Después de todo, tenían razón. Él había hecho aquella promesa.

Así pues, fue el Ratonero quien trató de contradecirla primero.

—Vamos, pequeña —exclamó mientras recorría la estancia, rellenando con seda más grietas para impedir la entrada de la espesa niebla, agitando y alimentando el fuego de la estufa—, y también vos, bella señora Vlana. Durante el mes pasado Fafhrd ha atacado a los ladrones del Gremio allá donde más les duele, en las bolsas que les cuelgan entre las piernas. Sus asaltos a los botines de sus robos han sido como otras tantas patadas en sus ingles. Duele más, créeme, que quitarles la vida con un rápido tajo de espada, casi indoloro, o una estocada. Y esta noche le he ayudado en su respetable propósito, y volvería a hacerlo de buen grado. Así que bebamos todos.

Con un diestro movimiento descorchó uno de los jarros, y se apresuró a llenar tazas y copas de plata.

—¡Una venganza de mercader! —replicó Ivrian con desdén, ni un ápice apaciguada, sino más bien enojada de nuevo—. Sé que los dos sois caballeros fieles y gentiles, a pesar de vuestra negligencia presente. ¡Como mínimo debéis traerle a Vlana la cabeza de Krovas!

—¿Y qué haría con ella? ¿De qué le serviría excepto para manchar las alfombras?

El Ratonero hizo estas preguntas en tono quejumbroso, mientras Fafhrd, que había recuperado el buen sentido, se arrodillaba y decía muy lentamente:

—Muy respetada señora Ivrian, es cierto que solemnemente prometí a mi amada Vlana que le ayudaría en su venganza, pero eso fue cuando aún me hallaba en el bárbaro Rincón Frío, donde la enemistad entre clanes es un lugar común, sancionado por la costumbre y aceptado por todos los clanes, tribus y hermandades de los salvajes nórdicos del Yermo Frío. En mi ingenuidad pensé en la venganza de Vlana como algo parecido. Pero aquí, en medio de la civilización, descubro que todo es diferente y que las reglas y costumbres están al revés. Sin embargo, tanto en Lankhmar como en el Rincón Frío, uno ha de aparentar que observa las reglas y las costumbres para sobrevivir. Aquí el dinero es todopoderoso, el ídolo situado en más alto lugar, tanto si uno suda, roba, aplasta a otros o practica toda clase de estratagemas para conseguirlo. Aquí la enemistad y la venganza están fuera de todas las reglas y se castigan peor que la locura violenta. Pensad, señora Ivrian, que si el Ratón y yo tuviéramos que traerle a Vlana la cabeza de Krovas, tendríamos que huir de Lankhmar al instante, perseguidos por todos sus hombres, mientras que vos perderíais con toda certeza este país de hadas que el Ratón ha creado por amor a vos y os veríais obligada a hacer lo mismo, a ser con él una mendiga en continua fuga durante el resto de vuestras vidas naturales.

Era un razonamiento elegantemente expresado... pero que no sirvió de nada. Mientras Fafhrd hablaba, Ivrian tomó su copa que acababan de llenarle otra vez y la apuró. Ahora estaba en pie, firme como un soldado, su rostro pálido ruborizado, y le dijo acerbamente a Fafhrd, arrodillado ante ella:

—¡Cuentas el coste! Me hablas de cosas —señaló el esplendor multicolor que la rodeaba— de simple propiedad, por costosa que sea, cuando lo que está en juego es el honor. Le diste a Vlana tu palabra. Oh, ¿es que ha muerto del todo la caballerosidad? Y eso se aplica también a ti, Ratón, pues has jurado que seccionarías las miserables gargantas de dos dañinos ladrones del gremio.

—No lo he jurado —objetó débilmente el Ratonero, tomando un largo trago—. Me limité a decir lo que habría hecho.

Fafhrd no pudo hacer más que volver a encogerse de hombros, mientras sentía que se le retorcían las entrañas, y procuró calmarse bebiendo de su taza de plata, pues Ivrian hablaba con los mismos tonos que le hacían sentirse culpable y utilizaba los mismos argumentos femeninos injustos pero que partían el corazón que podrían haber utilizado Mor, su madre, o Mara, su amor abandonado del Clan de la Nieve y esposa reconocida, que ahora tendría la panza hinchada con el hijo engendrado por él.

Vlana hizo un amable intento para sentar de nuevo a Ivrian en el sofá dorado.

—No te excites, querida —le rogó—. Has hablado con nobleza por mí y mi causa, y créeme, te estoy muy agradecida. Tus palabras han revivido en mí fuertes y magníficos sentimientos extinguidos durante muchos años. Pero de los aquí presentes, sólo tú eres una verdadera aristócrata a tono con las más altas propiedades. Nosotros tres no somos más que ladrones. ¿Es de extrañar que alguno considere la seguridad por encima del honor y el mantenimiento de la palabra dada y evite con la mayor prudencia arriesgar nuestras vidas? Sí, somos ladrones y tengo la mayoría de votos en contra. Así que, por favor, no hables más de honor y temeraria e intrépida valentía, sino que siéntate y...

—Quieres decir que temen desafiar al Gremio de los Ladrones, ¿verdad? —dijo Ivrian, con una expresión de odio en su rostro—. Siempre creí que mi Ratón era primero un hombre noble y en segundo lugar un ladrón. Robar no es nada. Mi padre vivía de los robos crueles perpetrados a ricos viajeros y vecinos menos poderosos que él, y sin embargo era un aristócrata. ¡Oh, qué cobardes sois los dos! ¡Miedosos! —terminó con una mirada de frío desprecio primero al Ratonero y luego a Fafhrd.

Este último no pudo soportarlo más. Se puso en pie, sonrojado, los puños apretados a cada lado, sin hacer caso de su taza derribada ni el amenazante crujido que su súbita acción produjo en el suelo hundido.

—¡No soy un cobarde! —gritó—. Me arriesgaré a ir a la Casa de los Ladrones, cortaré la cabeza de tu Krovas y la arrojaré ensangrentada a los pies de Vlana. ¡Lo juro ante Kos, el dios de las condenas, por los huesos marrones de Nalgron, mi padre, y por su espada Varita Gris que está aquí a mi lado!

Se dio una palmada en la cadera izquierda, no encontró nada allí salvo su túnica, y hubo de contentarse indicando con brazo tembloroso su cinto y espada envainada sobre su manto bien doblado. Entonces recogió su taza, volvió a llenarla y la apuró de un largo trago.

El Ratonero Gris empezó a reírse con grandes carcajadas. Todos le miraron. Se

acercó brincando a Fafhrd y, todavía sonriendo, le preguntó:

—¿Por qué no? ¿Quién habla de temer a los ladrones del Gremio? ¿A quién le trastorna la perspectiva de esta hazaña ridículamente fácil, cuando todos sabemos que esa gente, incluso Krovas y su camarilla, no son más que pigmeos en mentalidad y destreza comparados conmigo o Fafhrd? Se me acaba de ocurrir una treta de maravillosa sencillez y totalmente segura para penetrar en la Casa de los Ladrones. El fuerte Fafhrd y yo la pondremos en efecto de inmediato. ¿Estás conmigo, norteño?

—Claro que lo estoy —respondió Fafhrd con rudeza, al tiempo que se preguntaba perplejo qué locura se había apoderado del pequeño individuo.

—¡Dame algunos latidos de corazón para recoger ciertas cosas imprescindibles y nos vamos! —exclamó el Ratonero.

De un estante cogió y desplegó un recio saco, y luego emprendió una actividad febril, reuniendo y guardando en el saco cuerdas enrolladas, vendas, trapos, frascos de ungüento, unturas y otras cosas curiosas.

—Pero no podéis ir esta noche —protestó Ivrian, pálida de repente y con la voz insegura—. No estáis... en condiciones para ir.

—Estáis borrachos —dijo Vlana ásperamente—, y de esa manera lo único que lograréis en la Casa de los Ladrones es que os maten. Fafhrd, ¿dónde está aquella maravillosa razón que empleaste para matar, o contemplar a sangre fría cómo morían un puñado de poderosos rivales y me conseguiste en Rincón Frío y en las heladas y embrujadas profundidades del cañón de los Duendes? ¡Recuérdalo! E infunde un poco en tu brincador amigo gris.

—Oh, no —le dijo Fafhrd mientras se abrochaba el cinto con la espada—. ¡Querías la cabeza de Krovas a tus pies en un gran charco de sangre, y eso es lo que vas a tener, quieras o no!

—Tranquilízate, Fafhrd —intervino el Ratonero, el cual se detuvo de súbito y ató fuertemente el saco con sus cuerdas—. Y calmaos también, señora Vlana y mi querida princesa. Esta noche sólo pretendo realizar una expedición de reconocimiento, sin correr riesgos, en busca tan sólo de la información necesaria para planear nuestro golpe fatal mañana o pasado. Así que esta noche no habrá cortes de cabeza, ¿me oyes, Fafhrd? Pase lo que pase, chitón. Y ponte el manto con capucha.

Fafhrd se encogió de hombros, asintió y le obedeció.

Ivrian pareció algo aliviada. Y Vlana también, aunque dijo:

—De todos modos estáis borrachos.

—¡Tanto mejor! —le aseguró el Ratonero con una sonrisa desbordante—. La bebida puede hacer más lento el brazo del espadachín y suavizar un poco sus golpes, pero enciende su ingenio y su imaginación, y éstas son las cualidades que necesitaremos esta noche. Además —se apresuró a añadir, impidiéndole a Ivrian expresar alguna duda que estaba a punto de ofrecer—, ¡los hombres borrachos tienen una cautela suprema! ¿No habéis visto nunca a un beodo tambaleante erguirse y andar derecho de repente a la vista de un guardia?

—Sí, y caerse de bruces en cuanto lo ha dejado atrás —dijo Vlana.

—¡Bah! —se limitó a replicar el Ratonero, y echando atrás la cabeza se dirigió hacia ella a lo largo de una imaginaria línea recta, pero tropezó al instante y habría caído al suelo si no hubiera dado un increíble salto adelante y una voltereta, aterrizando suavemente (los dedos, tobillos y rodillas doblados en el momento preciso para absorber el impacto) delante de las mujeres. El suelo apenas se quejó.

—¿Lo veis? —les dijo, enderezándose; de pronto empezó a oscilar hacia atrás, tropezó con un cojín sobre el que estaba su manto y espada, pero con ágiles movimientos logró permanecer en pie y empezó a ataviarse rápidamente.

Escudándose en esta acción, Fafhrd, con disimulo pero también con rapidez, llenó una vez más su taza y la del Ratonero, pero Vlana lo observó y le dirigió una mirada tan furibunda que el muchacho dejó las tazas y el jarro descorchado, y luego, con gesto resignado, se apartó de las bebidas e hizo a Vlana una mueca de aceptación.

El Ratonero se echó el saco al hombro y abrió la puerta. Fafhrd se despidió de las mujeres agitando la mano pero sin decir palabra, y salió al porche diminuto. La niebla nocturna era tan espesa que casi se perdió de vista. El Ratonero agitó cuatro dedos en dirección a Ivrian y le dijo en voz baja: «Adiós, Ratilla». Entonces siguió a Fafhrd.

—Que tengáis buena suerte —gritó con vehemencia Vlana.

—Oh, Ratón, ten cuidado —dijo Ivrian compungida.

El Ratonero, su figura ligera contra el fondo oscuro de la de Fafhrd, cerró en silencio la puerta.

Las muchachas se abrazaron al instante, esperando el inevitable crujido y gemido de la escalera, pero no se producía. La niebla nocturna que había entrado en la estancia se disipó y aún no se había roto el silencio.

—¿Qué pueden estar haciendo ahí afuera? —susurró Ivrian—. ¿Planeando su acción?

Vlana frunció el ceño, meneó con impaciencia la cabeza y luego se separó de su compañera y se dirigió de puntillas a la puerta, la abrió, bajó en silencio algunos escalones, que crujieron lastimeramente, y regresó, cerrando la puerta tras ella.

—Se han ido —dijo en tono de asombro, los ojos muy abiertos, las manos un poco extendidas a cada lado, con las palmas hacia arriba.

—¡Estoy asustada! —susurró Ivrian y cruzó corriendo la estancia para abrazar a la muchacha más alta.

Vlana la abrazó con fuerza y luego liberó un brazo para echar los tres pesados cerrojos de la puerta.

En el callejón de los Huesos, el Ratonero guardó en su bolsa la cuerda de nudos con la que había descendido desde el gancho de la lámpara.

—¿Qué te parece si pasamos un rato en la Anguila? —sugirió.

—¿Quieres decir que hagamos eso y les digamos a las chicas que hemos estado en la Casa de los Ladrones? —preguntó Fafhrd, no demasiado indignado.

—Oh, no —protestó el Ratonero—, pero te has dejado arriba la copa del estribo,

y yo también.

Al pronunciar la palabra «estribo» miró sus botas de piel de rata y, agachándose, emprendió un breve galope circular, las suelas de sus botas golpeando suavemente en los adoquines. Agitó unas riendas imaginarias —«¡Hia, hia!»— y aceleró su galope, pero echándose hacia atrás tiró de las riendas para detenerse —«¡Sooo!»— cuando Fafhrd, con una sonrisa taimada sacó de su manto dos jarros llenos.

—Los escamoteé, por así decirlo, cuando dejé las tazas. Vlana ve mucho, pero no todo.

—Eres un individuo prudente y muy previsor, además de tener cierta habilidad en el manejo de la espada —le dijo admirado el Ratonero—. Me enorgullezco de llamarte camarada.

Cada uno descorchó un jarro y bebió un buen trago. Luego el Ratonero tomó la delantera para ir hacia el oeste, y caminaron tambaleándose sólo un poco. Pero no llegaron a la calle de la Pacotilla, sino que giraron al norte y entraron en un callejón aún más estrecho y ruidoso.

—El patio de la Peste —dijo el Ratonero, y Fafhrd asintió.

Tras escudriñar el entorno, cruzaron la ancha y vacía calle de los Oficios y salieron de nuevo al patio de la Peste. Era extraño, pero la atmósfera estaba un poco más despejada. Al mirar hacia arriba vieron estrellas. Sin embargo, ningún viento soplaba del norte. El aire estaba completamente inmóvil.

Preocupados como estaban por el proyecto que tenían entre manos y por la mera locomoción, algo difícil a causa de su borrachera, no miraron hacia atrás. Allí la niebla nocturna era más espesa que nunca. Un halcón que hubiera volado en círculo, muy alto, habría visto aquella negra niebla convergiendo de todas las partes de Lankhmar, de todos los puntos cardinales, del Mar Interior, del Gran Pantano Salado, de los campos de cereales surcados de acequias, del río Hlal... formando rápidos ríos y riachuelos negros, amontonándose, girando, arremolinándose, oscura y hedionda esencia de Lankhmar procedente de sus hierros de marcar, sus braseros, hogueras, fogatas, fuegos de cocina y calefacción, hornos, forjas, fábricas de cerveza, destilerías, innumerables fuegos consumidores de desperdicios y basuras, cubiles de alquimistas y brujos, crematorios, quemadores de carbón en montículos de turba, todos estos y muchos más... convergiendo en el Sendero Sombrío, en la Anguila de Plata y en la casa desvencijada que se alzaba tras ella, vacía excepto en el ático. Cuanto más se acercaba a aquel centro más densa se hacía la niebla, y de ella se desgajaban hebras arremolinadas y giratorios jirones que se aferraban a los ásperos cantos de piedra y cubrían los ladrillos como telarañas negras.

Pero el Ratonero y Fafhrd se limitaban a mirar asombrados las estrellas, preguntándose hasta qué punto la visibilidad mejorada aumentaría el riesgo de su indagación, y cautamente cruzaron la calle de los Pensadores, a la que los moralistas llamaban calle de los Ateos, siguiendo por el patio de la Peste hasta su bifurcación.

El Ratonero eligió el ramal izquierdo, que iba hacia el noroeste.

—El callejón de la Muerte.

Fafhrd asintió.

Tras una curva y un tramo en sentido opuesto, la calle de la Pacotilla apareció a unos treinta pasos de distancia. El Ratonero se detuvo en seguida y aplicó suavemente el brazo contra el pecho de Fafhrd.

Al otro lado de la calle de la Pacotilla se veía claramente un umbral ancho, bajo y abierto, enmarcado por mugrientos bloques de piedra. Conducían a él dos escalones ahuecados por siglos de pisadas. Una luz anaranjada amarillenta surgía de las antorchas agrupadas en el interior. No podían ver mucho de éste a causa del ángulo que hacía el callejón de la Muerte. Pero por lo que podían ver, no había portero o guardián alguno a la vista, nadie en absoluto, ni siquiera un perro atado con una cadena. El efecto era amedrentador.

—¿Ahora cómo entramos en ese condenado sitio? —preguntó Fafhrd con un áspero susurro—. Explora el callejón del Asesinato en busca de una ventana trasera que podamos forzar. Supongo que tienes palancas en ese saco. ¿O lo intentamos por el tejado? Ya sé que eres hombre de tejados. Enséñame ese arte. Yo conozco los árboles y las montañas, la nieve, el hielo y la roca desnuda. ¿Ves aquella pared?

Retrocedió unos pasos, a fin de tomar impulso para subir por la pared.

—Tranquilízate, Fafhrd —le dijo el Ratonero, manteniendo la mano contra el corpulento pecho del joven—. Tendremos el tejado en reserva, y también todas las paredes. Confío en que eres un maestro de la escalada. En cuanto a la manera de entrar, caminaremos directamente a través de ese portal. —Frunció el ceño y añadió—: Más bien cojeando y con un bastón. Haré los preparativos. Vamos.

Mientras conducía al escéptico Fafhrd por el callejón de la Muerte hasta que toda la calle de la Pacotilla quedó fuera de su vista, le explicó:

—Fingiremos que somos mendigos, miembros de su gremio, que no es más que una filial del Gremio de los Ladrones y se alberga en la misma casa, o en cualquier caso informa a los Maestros Mendigos de la Casa de los Ladrones. Seremos nuevos miembros que han salido de día, por lo que no es de esperar que el Maestro Mendigo de noche, como ningún vigilante nocturno, conozcan nuestro aspecto.

—Pero no parecemos mendigos —protestó Fafhrd—. Los mendigos tienen lesiones horribles y miembros torcidos o que les faltan del todo.

—De eso precisamente voy a ocuparme ahora —dijo el Ratonero, riendo entre dientes, y desenvainó a Escalpelo.

Fafhrd dio un paso atrás y miró al Ratonero con alarma, pero éste contempló atentamente la larga cinta de acero y en seguida, con un gesto de satisfacción, desprendió del cinto la vaina de Escalpelo, forrada de piel de rata, envainó la espada y la envolvió, con empuñadura y todo, utilizando un rollo de venda ancha que extrajo del saco.

—¡Ya está! —dijo mientras ataba los extremos de la venda—. Ahora tengo un bastón.

—¿Qué es eso? —le preguntó Fafhrd—. ¿Y para qué?

—Para convertirme en ciego. —Dio unos cuantos pasos, golpeando los adoquines con la espada envuelta, cogiéndola por los arriaces o gavilanes, de modo que el puño y el pomo quedaban ocultos por la manga, y tanteando delante de él con la otra mano—. ¿Te parece bien? —le preguntó a Fafhrd cuando se volvió.

—Me parece perfecto. Ciego como un murciélago, ¿eh?

—Oh, no te preocupes, Fafhrd... el trapo es de gasa y puedo ver a través de él bastante bien. Además, no tengo que convencer a nadie dentro de la Casa de los Ladrones de que soy realmente ciego. La mayoría de los mendigos del Gremio se hacen pasar por tales, como debes de saber. Pero ahora, ¿qué hacemos contigo? No puedes fingir también que eres ciego... Eso sería demasiado obvio y levantaría sospechas.

Descorchó el jarro y bebió en busca de inspiración. Fafhrd le imitó, por principio.

—¡Ya lo tengo! —exclamó el Ratonero, y chascó los labios—. Fafhrd, apóyate en la pierna derecha y dobla la izquierda por la rodilla hacia atrás. ¡Aguanta! ¡No te me caigas encima! ¡Largo de aquí! Pero sujétate a mi hombro. Está bien. Ahora levanta más el pie izquierdo. Disimularemos tu espada como la mía, a guisa de muleta... es más gruesa y parece adecuada. También puedes apoyarte con la otra mano sobre mi hombro, a medida que avanzas a saltos... ¡el cojo llevando al ciego, eso es siempre conmovedor, muy teatral! No, no sale bien... Tendré que atarla. Pero primero quítate la vaina.

Pronto el Ratonero hizo con Varita Gris y su vaina lo mismo que había hecho con Escalpelo, y ataba el tobillo izquierdo a Fafhrd en el muslo, apretando cruelmente la cuerda, aunque los nervios de Fafhrd, anestesiados por el vino, apenas lo notaron. Equilibrándose con su muleta de acero, bebió de su jarro y reflexionó profundamente. Desde que se unió a Vlana le había interesado el teatro, y la atmósfera de la Casa de los Actores había incrementado aquel interés, por lo que le encantaba la perspectiva de representar un papel en la vida real. Pero por brillante que sin duda fuera el plan del Ratonero, parecía tener inconvenientes. Trató de formularlos.

—Ratonero, no acaba de gustarme esto de tener las espadas atadas, de modo que no podremos utilizarlas en caso de emergencia.

—Pero podemos usarlas como garrotes —replicó el Ratonero, el aliento silbando entre sus dientes mientras hacía el último nudo—. Además, tenemos los cuchillos. Mira, gira el cinto hasta que el cuchillo te quede a la espalda, bien oculto por el manto. Yo haré lo mismo con Garra de Gato. Los mendigos no llevan armas, por lo menos a la vista, y hemos de mantener la teatralidad en todos los detalles. Ahora deja de beber, que ya es suficiente. Yo sólo necesito un par de tragos más para llegar a mi mejor grado de excitación.

—Y tampoco estoy seguro de que me guste entrar cojeando en la guarida de los matones. Puedo saltar con una rapidez sorprendente, es cierto, pero no tan rápido como cuando corro. ¿Crees que es realmente prudente?

—Puedes soltarte en un instante —dijo el Ratonero con un atisbo de impaciencia y enojo—. ¿No estás dispuesto a hacer el menor sacrificio por el arte?

—Oh, muy bien —dijo Fafhrd, apurando su jarro y echándolo a un lado—. Sí, claro que lo estoy.

El Ratonero le inspeccionó críticamente.

—Tu aspecto es demasiado saludable. —Dio unos toques al rostro y las manos de Fafhrd con grasienta pintura gris y añadió unas arrugas oscuras—. Y tus ropas están demasiado limpias.

Recogió tierra mugrienta de entre los adoquines y manchó con ella la túnica de Fafhrd. Luego trató de hacerle algún desgarrón, pero el tejido resistió. Entonces se encogió de hombros y se metió el saco aligerado bajo el cinto.

—También tu aspecto es demasiado pulido —observó Fafhrd, y se agachó sobre la pierna derecha para recoger un buen puñado de basura, que contenía excrementos a juzgar por su tacto y olor. Irguiéndose con un potente esfuerzo, restregó la basura sobre el manto del Ratonero y también su jubón de seda gris.

El hombrecillo notó el olor y soltó una maldición, pero Fafhrd le recordó la «teatralidad».

—Es bueno que hedamos. Los mendigos huelen mal... ésa es otra razón por la que la gente les da monedas: para librarse de ellos. Y nadie en la Casa de los Ladrones sentirá deseos de inspeccionarnos de cerca. Vayamos ahora, mientras siguen ardiendo nuestras hogueras interiores.

Y cogiendo al Ratonero por el hombro, se impulsó rápidamente hacia la calle de la Pacotilla, colocando la espada vendada entre adoquines, a buena distancia por delante de él, y dando saltos poderosos.

—Más despacio, idiota —le susurró el Ratonero, deslizándose junto a él casi con la velocidad de un patinador para mantenerse a su altura, mientras golpeaba el suelo con su bastón-espada como un loco—. Se supone que un lisiado ha de ser débil... Eso es lo que provoca la compasión.

Fafhrd asintió prudentemente y redujo un poco su velocidad. El amenazante umbral desierto apareció de nuevo a la vista. El Ratonero inclinó su jarro para apurar el vino, bebió un poco y se atragantó. Fafhrd le arrebató el jarro, lo vació y lo arrojó por encima de su hombro. El recipiente se estrelló ruidosamente contra el suelo.

Saltando y arrastrando los pies, entraron en la calle de la Pacotilla, pero se detuvieron en seguida al ver a un hombre y a una mujer ricamente ataviados. La riqueza del atuendo del hombre era sobria, y el individuo grueso y algo viejo, aunque de facciones fuertes. Sin duda era un mercader que pagaba dinero al Gremio de los Ladrones —una cuota de protección por lo menos— para circular por allí a aquellas horas.

La riqueza de la vestimenta femenina era llamativa, aunque no chillona; era bella y joven, y parecía aún más joven de lo que era. Casi con toda seguridad se trataba de una competente cortesana.

El hombre empezó a desviarse para pasar lejos de la ruidosa y sucia pareja, volviendo el rostro, pero la mujer se dirigió al Ratonero, la preocupación creciendo en sus ojos con la rapidez de una planta de invernadero.

—¡Oh, pobre muchacho! Ciego. Qué tragedia. Démosle algo, querido.

—Aléjate de esos hediondos, Misra, y sigue tu camino —replicó él, sus últimas palabras vibrantemente apagadas, pues se pinzaba la nariz.

Ella no replicó, pero introdujo una mano en su bolso blanco de armiño y depositó una moneda en la palma del Ratonero, cerrándole los dedos sobre ella. Luego le cogió la cabeza entre sus manos y le dio un rápido beso en los labios, antes de que su acompañante la arrastrara.

—Cuida bien del chiquillo, anciano —le dijo la mujer a Fafhrd, mientras su compañero gruñía apagados reproches, de los cuales sonó de modo inteligible «zorra pervertida».

El Ratonero miró la moneda que tenía en la palma y luego dirigió una larga mirada a su benefactora. En tono de asombro le susurró a Fafhrd:

—Mira. Oro. Una moneda de oro y la simpatía de una mujer bella. ¿Crees que deberíamos abandonar este aventurado proyecto y tomar la mendicidad como profesión?

—¡Y hasta la sodomía! —respondió Fafhrd con aspereza, molesto porque la bella le había llamado «anciano»—. ¡Sigamos adelante!

Subieron los dos escalones desgastados y cruzaron el umbral, sin que les pasara desapercibido el excepcional grosor de la pared. Delante había un corredor largo, recto, de techo alto, que finalizaba en una escalera y cuyas puertas derramaban luz a intervalos, a la que se añadía la iluminación de las antorchas colocadas en la pared.

Apenas habían cruzado el umbral cuando el frío acero heló el cuello y punzó un hombro de cada uno de ellos. Desde arriba, dos voces ordenaron al unísono:

—¡Alto!

Aunque enardecidos —y embriagados— por el vino fortificado, los dos tuvieron el buen sentido de detenerse y, con mucha cautela, alzaron la vista. Dos rostros enjutos, con cicatrices, de fealdad excepcional, ambos con un pañuelo chillón que les recogía el pelo hacia atrás, les miraban desde una hornacina grande y profunda, por encima del umbral, lo cual explicaba que fuera tan bajo. Dos brazos nervudos bajaron las espadas que todavía les rozaban.

—Salisteis con la hornada de mendigos del mediodía, ¿eh? —observó uno de ellos—. Bueno, será mejor que tengáis buenos ingresos para justificar tan gran retraso. El Maestro Mendigo nocturno está de permiso en la calle de las Prostitutas. Informaréis a Krovas. ¡Dioses, qué mal oléis! Será mejor que os lavéis primero, o Krovas hará que os bañen con agua hirviendo. ¡Marchaos!

El Ratonero y Fafhrd avanzaron arrastrando los pies y cojeando, poniendo el máximo cuidado en parecer auténticos mendigos lisiados. Uno de los centinelas oculto en una hornacina les gritó cuando pasaron por debajo:

—¡Tranquilos, chicos! Aquí no tenéis que seguir fingiendo.

—La práctica le hace a uno perfecto —replicó el Ratonero con voz temblorosa, y los dedos de Fafhrd se hundieron en su hombro para advertirle.

Siguieron avanzando con un poco más de naturalidad, tanto como lo permitía la pierna atada de Fafhrd.

—Dioses, qué vida tan fácil tienen los mendigos del Gremio —observó el otro guardián a su compañero—. ¡Qué falta de disciplina y poca habilidad! ¡Perfecto! ¡No te fastidia! Hasta un niño podría ver lo que hay debajo de esos disfraces.

—Sin duda algunos niños pueden verlo —dijo su compañero—, pero sus queridos papás dejan caer una lágrima y una moneda o les dan una patada. Los adultos, embebidos por su trabajo y sus sueños, se vuelven ciegos, a menos que tengan una profesión como la de robar, que les permite ver las cosas como realmente son.

Resistiendo el impulso de reflexionar en esta sabia filosofía, y contento por no haber tenido que pasar la inspección del astuto Maestro Mendigo —Fafhrd pensó que, en verdad, el Kos de la Condenación parecía llevarles directamente a Krovas y quizá la decapitación sería la orden de la noche— siguió andando vigilante y cautelosamente junto con el Ratonero. Entonces empezaron a oír voces, sobre todo breves y entrecortadas, y otros ruidos.

Pasaron por algunas puertas en las que hubieran querido detenerse, a fin de estudiar las actividades que se desarrollaban en el interior, pero sólo se atrevieron a avanzar un poco más despacio. Por suerte la mayor parte de los umbrales eran anchos y permitían una visión bastante completa.

Algunas de aquellas actividades eran muy interesantes. En una habitación adiestraban a muchachos para arrebatar bolsos y rajar monederos. Se acercaban por detrás a su instructor, y si éste oía ruido de pisadas o notaba el movimiento de la mano —o, peor, oía el tintineo de una falsa moneda al caer— les castigaba con unos azotes. Otros parecían entrenarse en tácticas de grupo: dar empujones, arrebatar por detrás, y pase rápido de los objetos robados a un compañero.

En otra estancia, de la que salían densos olores de metal y aceite, unos estudiantes de más edad realizaban prácticas de laboratorio en descerrajamiento de cerraduras. Un hombre de barba gris y manos pringosas, que ilustraba sus explicaciones desmontando pieza a pieza una complicada cerradura, les daba la lección. Otros parecían estar sometiendo a prueba su habilidad, velocidad y capacidad para trabajar sin hacer ruido... Sondeaban con finas ganzúas los ojos de las cerraduras en media docena de puertas, colocadas unas al lado de las otras en un tabique que no tenía más finalidad que aquélla, mientras un supervisor que sostenía un reloj de arena les observaba atentamente.

En una tercera estancia los ladrones comían ante largas mesas. Los aromas eran tentadores, hasta para hombres llenos de alcohol. El Gremio trataba bien a sus miembros.

En una cuarta habitación, el suelo estaba acolchado en parte, y se instruía a los

alumnos en deslizamiento, esquivar, agacharse, caer, tropezar y otras formas de hacer inútil la persecución. Estos estudiantes también eran mayores. Una voz como la de un sargento gruñía:

—¡No, no, no! Así no os podríais escabullir de vuestra abuela paralítica. He dicho que os agachéis, no que hagáis una genuflexión al sagrado Aarth. A ver esta vez...

—Grif ha usado grasa —gritó un inspector.

—¿Ah, sí? ¡Un paso al frente, Grif! —replicó la voz gruñona, mientras el Ratonero y Fafhrd se apartaban con cierto pesar para que no pudieran verles, pues se dieron cuenta de que allí podrían aprender muchas cosas: trucos que podrían mantenerles útiles incluso en una noche como aquella—. ¡Escuchad todos vosotros! —siguió diciendo la voz imperiosa, tan fuerte que podían oírla aunque ya se habían alejado un buen trecho de allí—. La grasa puede ir muy bien para un trabajo nocturno, pero de día su brillo grita la profesión de quien la usa a todo Nehwon. Y, en cualquier caso, hace que el ladrón tenga un exceso de confianza en sí mismo. Se hace dependiente del pringue y luego, en un apuro, descubre que ha olvidado aplicársela. Además, su aroma puede traicionarle. Aquí trabajamos siempre con la piel seca... ¡salvo por el sudor natural!, como os dijimos a todos la primera noche. Agáchate, Grif. Cógete los tobillos. Endereza las rodillas.

Más azotes, seguidos por gritos de dolor, distantes ahora, puesto que el Ratonero y Fafhrd se hallaban ya a mitad de la escalera, el último ascendiendo trabajosamente, aferrado a la barandilla y la espada vendada.

El segundo piso era una réplica del primero, pero mientras éste estaba vacío, el otro era lujoso. A lo largo del corredor alternaban las lámparas y losafiligranados recipientes de incienso colgantes del techo, difundiendo una luz suave y un olor aromático. Las paredes tenían ricos tapices y el suelo mullida alfombra. Pero aquel corredor también estaba desierto y, además, totalmente silencioso. Los dos amigos se miraron y avanzaron con resolución.

La primera puerta, abierta de par en par, mostraba una habitación desocupada, llena de percheros de los que colgaban ropas, ricas y sencillas, inmaculadas y sucias, así como pelucas en sus soportes, estantes con barbas y otros adminículos pilosos, así como varios espejos ante los que se alineaban unas mesitas llenas de cosméticos y con taburetes junto a ellas. Era claramente una sala para disfrazarse.

Tras mirar y escuchar a cada lado, el Ratonero entró corriendo para coger un gran frasco verde de la mesa más próxima, y salió con la misma celeridad. Lo destapó y olisqueó su contenido. Un olor rancio y dulzón a gardenia luchó con los acres vapores del vino. El Ratonero salpicó su pecho y el de Fafhrd con aquel dudoso perfume.

—Antídoto contra la mierda —le explicó con la seriedad de un médico, cerrando el frasco—. No vamos a permitir que Krovas nos despelleje con agua hirviendo. No, no, no.

Dos figuras aparecieron en el extremo del corredor y se dirigieron hacia ellos. El Ratonero ocultó el frasco bajo su manto, sujetándolo entre el codo y el costado, y

luego él y Fafhrd siguieron adelante... Volverse levantaría sospechas.

Las tres puertas siguientes ante las que pasaron estaban cerradas. Cuando se acercaban a la quinta, las dos figuras que se aproximaban, cogidas del brazo, pero a grandes zancadas, moviéndose con más rapidez de lo que permitía la cojera y el arrastrar de pies, se hicieron claras. Vestían ropas de nobles, pero sus rostros eran de ladrones. Fruncían el ceño con indignación y suspicacia, a la vista del Ratonero y Fafhrd.

En aquel momento, procedente de algún lugar entre las parejas de hombres, una voz empezó a pronunciar palabras en una lengua extraña, utilizando el ritmo monótono y rápido de los sacerdotes en un servicio rutinario, de algunos brujos en sus encantamientos.

Los dos ladrones ricamente ataviados redujeron la rapidez de sus pasos al llegar a la séptima puerta y miraron adentro. Se detuvieron en seco. Sus cuellos se tensaron y sus ojos se abrieron con desmesura. Palidecieron visiblemente. Entonces, de súbito, siguieron su camino apresuradamente, casi corriendo, y pasaron por el lado de Fafhrd y el Ratonero como si éstos fuesen unos muebles. La monótona voz siguió martilleando su encantamiento.

La quinta puerta estaba cerrada, pero la sexta abierta. El Ratonero aplicó un ojo al resquicio, su mejilla rozando la jamba. Luego se asomó más y miró fascinado, subiéndose el trapo negro a la frente para poder ver mejor. Fafhrd se reunió con él.

Era una gran sala, vacía, hasta donde podía ver, de vida animal y humana, pero llena de cosas interesantes. Desde la altura de la rodilla hasta el techo, toda la pared del fondo era un mapa de la ciudad de Lankhmar y su entorno inmediato. Parecía que estaban pintados allí todos los edificios y calles, hasta el cuchitril más pequeño y el patio más estrecho. En muchos lugares había signo de recientes borraduras y nuevo dibujo, y aquí y allá había pequeños jeroglíficos coloreados de misterioso significado.

El suelo era de mármol, el techo azul como lapislázuli. De las paredes laterales colgaban innumerables cosas, mediante anillas y candados. Una estaba cubierta con toda suerte de herramientas de ladrón, desde una enorme y gruesa palanqueta que parecía como si pudiera desarzonar el universo, o al menos la puerta de la cámara del tesoro del señor supremo, hasta una varilla tan fina que podría ser la varita mágica de una reina de los duendes y designada al parecer para desplegar y pescar desde lejos preciosos objetos de los zanguilargos tocadores con tablero de marfil pertenecientes a las señoras de alcurnia. De la otra pared colgaba toda clase de objetos pintorescos, con destellos de oro y joyas, sin duda escogidos por su extravagancia entre las piezas defectuosas de robos memorables, desde una máscara femenina de fino oro, de rasgos y contornos tan bellos que cortaba el aliento, pero con incrustaciones de rubíes que simulaban las erupciones de la viruela en su etapa febril, hasta una daga cuya hoja estaba formada por diamantes en forma de cuña colocados unos al lado de otros y el filo diamantino parecía el de una navaja de afeitar.

Alrededor de la estancia había mesas con maquetas de viviendas y otros edificios,

exactos hasta el último detalle, según parecía, pues tenían incluso los agujeros de ventilación bajo los canalones del tejado, el agujero de desagüe al nivel del suelo y las grietas de las paredes. Muchas estaban cortadas en sección parcial o total para mostrar la disposición de las habitaciones, gabinetes, bóvedas de seguridad, puertas, corredores, pasadizos secretos, salidas de humos y ventilaciones con igual detalle.

En el centro de la estancia había una mesa redonda de ébano y cuadrados de marfil, alrededor de la cual había siete sillas de respaldo recto pero bien acolchado, una de ellas de cara al mapa y alejada del Ratonero y Fafhrd, con el respaldo más alto y brazos más anchos que las otras... una silla de jefe, probablemente la de Krovas.

El Ratonero avanzó de puntillas, irresistiblemente atraído, pero la mano izquierda de Fafhrd se cerró sobre su hombro como el mitón de hierro de una armadura mingola, obligándole a retroceder.

Mostrando su desaprobación con un fruncimiento de ceño, el norteño volvió a colocar el trapo negro sobre los ojos del Ratonero, y con la mano que sostenía la muleta le indicó que siguiera adelante; luego se puso en marcha con los saltos más cuidadosamente calculados y silenciosos. El Ratonero le siguió, encogiéndose de hombros, decepcionado.

En cuanto se alejaron de la puerta, pero antes de que se hubieran perdido de vista, una cabeza provista de una barba negra bien cuidada y con el pelo muy corto, apareció como la de una serpiente por un lado de la silla de respaldo más alto y miró las espaldas de los dos jóvenes con ojos profundamente hundidos pero brillantes. Luego, una mano larga y flexible como una serpiente siguió a la cabeza, cruzó los delgados labios con un dedo ofídico, haciendo una señal de silencio, y luego llamó con otro gesto a las dos parejas de hombres vestidos con túnicas oscuras que estaban a cada lado de la puerta, de espaldas a la pared del corredor, cada uno sujetando un cuchillo curvo en una mano y una porra de cuero oscuro, con punta de plomo, en la otra.

Cuando Fafhrd estaba a medio camino de la séptima puerta, de la que seguía saliendo la monótona pero siniestra recitación, salió por ella un joven delgado de rostro blanco como la leche, las manos en la boca y una expresión de terror en los ojos, como si estuviera a punto de prorrumpir en gritos o vomitar, y con una escoba sujeta bajo un brazo, por lo que parecía un joven brujo a punto de emprender el vuelo. Pasó corriendo por el lado de Fafhrd y el Ratonero y se alejó. Sus rápidas pisadas sonaron amortiguadas en la alfombra y agudas y huecas en los escalones, antes de extinguirse.

Fafhrd miró al Ratonero con una mueca y se encogió de hombros. Luego se puso en cuclillas sobre una sola pierna hasta que la rodilla de su pierna atada tocó el suelo, y avanzó medio rostro por la jamba de la puerta. Al cabo de un rato, sin cambiar de posición, hizo una seña al Ratonero para que se aproximara. Este último asomó lentamente el rostro por la jamba, por encima del de Fafhrd.

Lo que vieron era una habitación algo más pequeña que la del gran mapa e

iluminada por lámparas centrales que producían una luz azul y blanca en vez del amarillo habitual. El suelo era de mármol, de colores oscuros y decorado con complejas espirales. De los muros colgaban cartas astrológicas y antropománticas e instrumentos de magia, y sobre unos estantes había jarros de porcelana con inscripciones crípticas, frascos de vidrio y tubos de cristal de las formas más extrañas, algunos llenos de fluidos coloreados, pero muchos de ellos vacíos y relucientes. Al pie de las paredes, donde las sombras eran más espesas, había materiales rotos y desechados, formando un montón irregular, como si los hubieran apartado para que no molestaran, y en algunos lugares se abrían grandes agujeros de ratas.

En el centro de la habitación, cuya brillante iluminación contrastaba con la oscuridad de la periferia, había una larga mesa con un grueso tablero y muchas patas macizas. El Ratonero pensó por un instante en un centípedo y luego en el mostrador de la Anguila, pues la superficie del tablero estaba muy manchada y llena de muescas a causa de muchos derrames de elixires, y mostraba numerosas quemaduras profundas y negras debidas al fuego, el ácido o ambas cosas.

En medio de la mesa funcionaba un alambique. La llama de la lámpara —ésta de un azul intenso— mantenía en ebullición dentro de la gran retorta de cristal un líquido oscuro y viscoso con algunos destellos diamantinos. De la espesa materia hirviente surgían hebras de un vapor más oscuro que pasaba por la estrecha boca de la retorta, manchaba la transparente cabeza —curiosamente con un brillante escarlata—, y luego, de nuevo muy negro, pasaba a la estrecha tubería que salía de la cabeza y comunicaba con un receptor esférico de cristal, más grande incluso que la retorta, donde se rizaban y oscilaban como otras tantas espirales de negro cordón en movimiento... una delgada e interminable serpiente de ébano.

Tras el extremo izquierdo de la mesa se hallaba un hombre alto pero jorobado, vestido con túnica y capucha que ensombrecía más que ocultaba un rostro cuyos rasgos más prominentes eran la nariz larga, gruesa y puntiaguda y la boca sobresaliente, sin apenas mentón. Su cutis era gris cetrino, como arcilla, y una barba corta, crujiente y gris crecía en sus anchas mejillas. Bajo la frente huidiza y las pobladas cejas grises, unos ojos muy anchos miraban con atención un pergamino que el tiempo había vuelto pardo, cuyas desagradables manos, como porras pequeñas, los nudillos grandes, los dorsos grises, enrollaban y desenrollaban sin cesar. El único movimiento de sus ojos, aparte de la breve mirada de un lado a otro mientras leía las líneas que entonaba rápidamente, era en ocasiones una mirada lateral al alambique.

En el otro extremo de la mesa, los ojos pequeños, como cuentas, mirando de un modo alterno al brujo y al alambique, se agazapaba una pequeña bestia negra, cuyo primer atisbo hizo que Fafhrd hundiera dolorosamente los dedos en el hombro del Ratonero, y éste casi gritó, no de dolor. El animal era como una rata, pero tenía la frente más alta y los ojos más juntos que los de un roedor, mientras que sus patas delanteras, que se frotaba sin cesar con lo que parecía un júbilo incansable, parecían copias en miniatura de las manos macizas del brujo.

De un modo simultáneo pero independiente, Fafhrd y el Ratonero tuvieron la certeza de que se trataba de la bestia que había escoltado por el arroyo a Slivikin y su compinche y que luego huyó, y ambos recordaron lo que Ivrian había dicho acerca del animal de compañía de un brujo y la posibilidad de que Krovas empleara a uno de éstos.

La fealdad del hombre y la bestia, y entre ellos el serpenteante vapor negro que se retorció en el gran receptor y la cabeza, como un cordón umbilical negro, constituían una visión horrenda. Y las similitudes, salvo por el tamaño, entre ambas criaturas eran aún más inquietantes en sus implicaciones.

El ritmo del encantamiento se aceleró, las llamas azules y blancas brillaron y sisearon audiblemente, el fluido en la retorta se hizo espeso como lava, se formaron grandes burbujas que se quebraron sonoramente, la cuerda negra en el receptor se retorció como un nido de serpientes; hubo una sensación creciente de presencias invisibles, la tensión sobrenatural aumentó hasta hacerse casi insoportable, y Fafhrd y el Ratonero tuvieron una gran dificultad para guardar silencio, pues no podían controlar su entrecortada respiración, y temían que los latidos de su corazón pudieran oírse a codos de distancia.

El encantamiento llegó abruptamente a su auge y se desvaneció, como un redoble muy fuerte de tambor silenciado al instante por la palma y los dedos contra el parche. Con un brillante destello y una explosión sorda, innumerables grietas aparecieron en la retorta; su cristal se volvió blanco y opaco, pero no se quebró ni dejó salir el líquido. La cabeza se elevó un palmo, permaneció un momento suspendida y cayó hacia atrás. Entretanto dos lazos negros aparecieron entre las espirales del receptor y de repente se estrecharon hasta que fueron sólo dos grandes nudos negros.

El brujo sonrió, enrollando el extremo del pergamino, y su mirada pasó del receptor a su animalillo, el cual chillaba y daba alegres saltos.

—¡Silencio, Slivikin! Ya te llega el turno de correr, esforzarte y sudar —dijo el brujo, hablando en lankhmarés macarrónico, pero con tal rapidez y una voz tan aguda que Fafhrd y el Ratonero apenas podían seguirle.

No obstante, ambos se dieron cuenta de que habían confundido por completo la identidad de Slivikin. En un momento de apuro, el ladrón gordo había llamado a la bestia brujeril, en vez de a su compañero humano, para que acudiera en su ayuda.

—Sí, amo —respondió Slivikin con voz chillona y no menos claramente, haciendo que un instante el Ratonero tuviera que revisar sus opiniones acerca del habla de los animales. Y en el mismo tono aflautado y servil añadió—: Te escucho obedientemente, Hristomilo.

Ahora conocían también el nombre del hechicero, el cual, con agudos chillidos, como latigazos, ordenó:

—¡Al trabajo que te he indicado! ¡Procura convocar un número suficiente de comensales! Quiero los cuerpos descarnados hasta que queden los esqueletos, de modo que las lesiones de la niebla encantada y toda evidencia de muerte por asfixia

se desvanezcan por completo. ¡Pero no olvides el botín! ¡Ahora parte para tu misión!

Slivikin, que a cada orden había inclinado la cabeza de un modo que recordaba su manera de saltar, gritó ahora:

—¡Haré que así sea!

Y como un rayo gris saltó al suelo y desapareció por un negro agujero de ratas.

Hristomilo se frotó sus repugnantes manos de un modo muy similar al de Slivikin y gritó jovialmente:

—¡Lo que Slevyas perdió, mi magia lo ha recuperado!

Fafhrd y el Ratonero se retiraron de la puerta, en parte porque pensaron que, como el encantamiento, el alambique y el animalejo de Hristomilo ya no requerirían su atención, seguramente alzaría la vista y los descubriría; y en parte por la repugnancia que les producía lo que habían visto y oído. Sentían una viva aunque inútil piedad por Slevyas, quienquiera que fuese, y por las demás víctimas desconocidas de los mortales encantamientos del brujo de aspecto ratonil y seguramente relacionado con las ratas, pobres desconocidos ya muertos y condenados a que les separasen la carne de los huesos.

Fafhrd arrebató al Ratonero la botella verde y, casi experimentando arcadas por el hedor a flores podridas, tomó un largo trago. El Ratonero no se atrevió a hacer lo mismo, pero le confortaron los vapores de vino que inhaló durante esta escena.

Entonces vio, más allá de Fafhrd, en el umbral de la sala del mapa, a un hombre ricamente ataviado con un cuchillo de empuñadura dorada en una vaina recamada con pedrería al costado. Su rostro, de ojos hundidos, mostraba las arrugas prematuras de la responsabilidad, el exceso de trabajo y la autoridad, con el cabello negro muy corto y una pulcra barba. Sonriendo, les hizo una seña en silencio para que se aproximaran.

El Ratonero y Fafhrd obedecieron, el último devolviendo la botella verde al primero, el cual la cerró de nuevo y la guardó bajo el brazo izquierdo con bien disimulada irritación.

Los dos supusieron que quien les llamaba era Krovas, el Gran Maestro del Gremio. Una vez más, mientras avanzaba desgarbadamente, tambaleándose y eructando, Fafhrd se maravilló de cómo Kos o los Hados les dirigían aquella noche a su objetivo. El Ratonero, más alerta y también más aprensivo, recordó que los guardianes de las hornacinas les habían dicho que se presentaran a Krovas, por lo que la situación, si no se desarrollaba del todo de acuerdo con sus nebulosos planes, no era todavía catastrófica.

Pero ni siquiera su agudeza ni los instintos primitivos de Fafhrd les previno mientras seguían a Krovas a la sala del mapa.

Apenas habían entrado cuando un par de rufianes cogieron por los hombros a cada uno de ellos, amenazándoles con cachiporras, a las que se añadían los cuchillos que colgaban de sus cintos.

Los dos jóvenes juzgaron que lo más prudente era no ofrecer resistencia, al menos

en aquella ocasión, confirmando lo que el Ratonero había dicho sobre la suprema precaución de los borrachos.

—Todo seguro, Gran Maestre —dijo bruscamente uno de los rufianes.

Krovas hizo girar la silla de respaldo más alto y se sentó, mirándoles con frialdad pero inquisitivamente.

—¿Qué trae a dos hediondos y borrachos mendigos del Gremio al recinto prohibido del mando supremo? —les preguntó en tono sosegado.

El Ratonero sintió que un sudor de alivio perlaba su frente. Los disfraces que con tal brillantez había concebido seguían sirviendo, convenciendo incluso al jefe supremo, aunque había percibido la borrachera de Fafhrd. Reanudando sus ademanes de ciego, dijo con voz temblorosa:

—El guardián que está sobre la puerta en la calle de la Pacotilla nos instruyó para que nos presentáramos a ti en persona, gran Krovas, pues el Maestro Mendigo nocturno está de permiso por razones de higiene sexual. ¡Hoy hemos conseguido una buena ganancia!

Y manoseando en su bolsa, ignorando en la medida de lo posible la fuerte presa en sus hombros, sacó la moneda de oro que le había dado la cortesana sentimental y la mostró con mano temblorosa.

—Ahórrame tu inexperta actuación —le dijo severamente Krovas—. No soy uno de tus primos. Y quítate ese trapo de los ojos.

El Ratonero obedeció y volvió a ponerse tan firme como le permitía la manaza que le sujetaba por el hombro, sonriendo con una despreocupación más aparente a causa del despertar de sus incertidumbres. Era de suponer que no se comportaba con tanta brillantez como había creído.

Krovas se inclinó hacia adelante y le dijo con placidez, aunque perforándole con la mirada:

—De acuerdo con que os ordenaron eso... y muy mal hecho, por cierto. ¡El guardián de la puerta pagará por su estupidez! Pero, ¿por qué estabais espiando en una sala más allá de ésta cuando os descubrí?

—Vimos que unos valientes ladrones huían de esa habitación —respondió el Ratonero sin vacilar—. Temiendo que algún peligro amenazase al Gremio, mi camarada y yo investigamos, dispuestos a frustrarlo.

—Pero lo que vimos y oímos nos llenó de perplejidad, gran señor —añadió Fafhrd con toda naturalidad.

—No te he preguntado a ti, idiota. Habla cuando te hablen —le espetó Krovas. Y, dirigiéndose al Ratonero—: Eres un bellaco petulante, demasiado presuntuoso para tu rango.

De súbito el Ratonero decidió que más insolencia, en lugar de servilismo, era lo que requería la situación.

—Así es, señor —dijo presumidamente—. Por ejemplo, tengo un plan maestro por medio del cual vos y vuestro Gremio podríais ganar más riqueza y poder en tres

meses de lo que tus predecesores han conseguido en tres milenios.

El rostro de Krovas se ensombreció.

—¡Muchacho! —llamó.

A través de las cortinas de una puerta interior, un joven con el cutis moreno de un kleshita y vestido sólo con un taparrabos negro salió en seguida y se arrodilló ante Krovas, quien le ordenó:

—¡Convoca primero a mi brujo y luego a los ladrones Slevyas y Fissif!

Dicho esto, el joven moreno se escabulló a toda prisa por el corredor.

Entonces el rostro de Krovas recuperó su palidez normal, se recostó en su gran sillón, apoyó levemente sus brazos musculosos en los acolchados del sillón y, con una sonrisa en los labios, se dirigió al Ratonero:

—Di lo que tengas que decir. Revélanos tu plan maestro.

Obligando a su mente a no centrarse en la sorprendente noticia de que Slevyas no era víctima sino un ladrón y no muerto por medio de brujería sino vivo y disponible —¿por qué le quería Krovas ahora?—, el Ratonero echó la cabeza atrás e imprimiendo a sus labios un leve ademán despectivo, empezó:

—Puedes reírte alegremente de mí, Gran Maestro, pero te garantizo que en menos de veinte latidos de corazón escucharás con toda seriedad mi última palabra. Igual que el rayo, el ingenio puede recaer en cualquier parte, y los mejores de vosotros en Lankhmar habéis considerado desde antiguo como puntos débiles, por falta de conocimientos, cosas que son evidentes para los que hemos nacido en otras tierras. Mi plan maestro no es sino éste: deja que el Gremio de los Ladrones bajo tu autocracia de hierro se haga con el poder supremo en Lankhmar, primero en la ciudad y luego en toda la región, y a continuación en todo el reino de Nehwon, después de lo cual, ¡quién sabe qué reinos no soñados conocerían tu soberanía!

El Ratonero había dicho la verdad en un aspecto: Krovas ya no sonreía. Se inclinaba un poco adelante y su rostro se había ensombrecido de nuevo, pero era demasiado pronto para saber si se debía al interés o la cólera.

El Ratonero continuó:

—Durante siglos el Gremio ha tenido más fuerza e inteligencia de las necesarias para dar un golpe de Estado cuyo éxito tendría una certeza de nueve dedos sobre diez. Hoy no existe un solo pelo de posibilidad en una hirsuta cabeza de fracaso. El mismo estado de las cosas pide que los ladrones gobiernen a los demás hombres. Toda la Naturaleza clama por ello. No es necesario matar al viejo Karstak Overtamortes, sino simplemente sojuzgarlo, controlarlo y gobernar a través de él. Ya has colocado informadores en toda casa noble o rica. Tu guarnición es mejor que la del Rey de Reyes. Tienes una fuerza de choque mercenaria permanentemente movilizada, si tuvieras necesidad de ello, en la Hermandad de los Asesinos. Nosotros, los mendigos del Gremio, somos tus forrajeadores. Oh, gran Krovas, las multitudes saben que el latrocinio rige a Nehwon, qué digo, al Universo, ¡más aún, la morada de los dioses más altos! Y las multitudes aceptan esto, sólo repudian la hipocresía de la situación

presente, el fingimiento de que las cosas son de otra manera. ¡Oh, gran Krovas, satisface tu respetable deseo! Haz que las cosas sean abiertas, sin tapujos y sinceras, con los ladrones gobernando nominalmente tanto como de hecho.

El Ratonero habló con pasión, creyendo por el momento todo lo que decía, incluso las contradicciones. Los cuatro rufianes le miraban boquiabiertos, maravillados, y con no poco temor. Aflojaron sus presas tanto en él como en Fafhrd.

Pero reclinándose de nuevo en su gran sillón, con una sonrisa tenue y amenazante, Krovas dijo fríamente:

—En nuestro Gremio la intoxicación no es excusa para la locura, sino más bien la base para el castigo más extremo. Sin embargo, estoy bien al corriente de que los mendigos organizados operáis bajo una disciplina más laxa. Por ello me dignaré explicarte, diminuto soñador borracho, que los ladrones sabemos muy bien que, entre bambalinas, gobernamos ya en Lankhmar, Nehwon, toda la vida en realidad... pues, ¿qué es la vida sino codicia en acción? Pero hacer de esto algo abierto no sólo nos obligaría a cargarnos con diez mil clases de trabajos penosos que ahora otros hacen por nosotros, sino que también iría contra otra de las leyes profundas de la Naturaleza: la ilusión. ¿Acaso te muestra su cocina el buhonero de confituras? ¿Es que una ramera deja que un cliente normal la contemple mientras se disimula las arrugas con esmalte o se alza los senos caídos con astutos cabestrillos de gasa? ¿Acaso un prestidigitador te muestra sus bolsillos ocultos? La Naturaleza funciona con medios sutiles y secretos —la semilla invisible del hombre, la mordedura de la araña, las también invisibles esporas de la locura y la muerte, piedras que nacen en las desconocidas entrañas de la tierra, las estrellas silenciosas que se arrastran por el cielo— y los ladrones la imitamos.

—He aquí una poesía bastante buena, señor —respondió Fafhrd con un matiz de airado escarnio, pues le había impresionado en gran manera el plan maestro del Ratonero y le sulfuraba que Krovas insultara a su nuevo amigo rechazándolo tan a la ligera—. La monarquía de salón puede funcionar bastante bien en tiempos fáciles, pero —hizo una pausa histriónica—, ¿servirá cuando el Gremio de los Ladrones se enfrente con un enemigo decidido a eliminarlos para siempre, una maquinación para borrarlo totalmente de la Tierra?

—¿Qué cháchara de borracho es ésta? —inquirió Krovas, enderezándose en su asiento—. ¿Qué maquinación?

—Una de lo más secreto —respondió Fafhrd sonriendo, encantado de pagar a aquel hombre altivo en su propia moneda y considerando muy justo que el rey de los ladrones sudara un poco antes de cortarle la cabeza para satisfacción de Vlana—. No sé nada de él, excepto que muchos ladrones maestros están señalados para caer bajo el cuchillo... ¡Y tu cabeza está condenada a rodar!

Fafhrd se limitó a hacer un gesto despectivo y se cruzó de brazos, pues se lo permitió la presa todavía laxa de sus captores, su espada-muleta, que sostenía ligeramente, colgada contra su cuerpo. Luego frunció el ceño, pues de repente sintió

un dolor punzante en su pierna izquierda, atada y entumecida, a la que había olvidado desde hacía cierto tiempo.

Krovas alzó un puño cerrado y él mismo se incorporó a medias, preludio de alguna orden temible... como la de que torturasen a Fafhrd, y el Ratonero intervino apresuradamente:

—Les llaman los Siete Secretos... Son sus cabecillas. Nadie en los círculos externos de la conspiración conoce sus nombres, pero se rumorea que son ladrones renegados del Gremio, y cada uno representa a una de las ciudades de Oool Hrusp, Kvarch Nar, Ilthmar, Horborixen, Tisilinilit, la lejana Kiraay y la misma Lankhmar. Se cree que reciben dinero de los mercaderes de Oriente, los sacerdotes de Wan, los brujos de las Estepas y también la mitad de los jefes mingoles, el legendario Quarmall, los Asesinos de Aarth en Sarheenmar y hasta el mismísimo Rey de Reyes.

A pesar de las observaciones despreciativas y luego enojadas de Krovas, los rufianes que sujetaban al Ratonero siguieron escuchando a su cautivo con interés y respeto, y no volvieron a apretarle los hombros. Sus pintorescas revelaciones y la forma melodramática de efectuarlas les retenía, mientras que apenas reparaban en las observaciones secas, cínicas y filosóficas de Krovas.

Entonces Hristomilo entró deslizándose en la estancia. Era de presumir que sus pies daban unos pasos rápidos pero muy cortos; en todo caso, su túnica negra colgaba inalterada por el suelo de mármol, a pesar de la velocidad con que se deslizaba.

Cuando entró se produjo una conmoción. Todas las miradas en la sala de mapas le siguieron, las respiraciones se detuvieron, y el Ratonero y Fafhrd notaron que las manos callosas que les sujetaban estaban temblando un poco. Incluso la expresión de absoluta confianza y seguridad en sí mismo de Krovas se hizo tensa y cautelosamente inquieta. Estaba claro que sentían más temor que afecto por el brujo del Gremio de los Ladrones, tanto el jefe que le empleaba como los beneficiarios de sus habilidades.

Ajeno, al menos externamente, a la reacción que provocaba su presencia, Hristomilo, sonriendo con sus delgados labios, se detuvo cerca de un lado de Krovas e inclinó su rostro de roedor ensombrecido por la capucha, con una reverencia espectral.

Krovas alzó la mano hacia el Ratonero, ordenándole silencio. Entonces, humedeciéndose los labios, le preguntó a Hristomilo con severidad pero aun así con nerviosismo:

—¿Conoces a estos dos?

El brujo asintió sin vacilar.

—Me han estado observando perplejos mientras me dedicaba a ese asunto del que hablamos. Les habría echado, informando sobre ellos, pero esa reacción podría haber roto mi encantamiento, retrasar mis palabras con respecto a la acción del alambique. Uno es nórdico, los rasgos del otro tienen algo de meridional... de Tovilyis o cerca de ahí, lo más probable. Ambos son más jóvenes de lo que aparentan. Diría que son matones por cuenta propia, como los que contrata la Hermandad cuando tienen a la

vez varios trabajos de custodia y escolta. Y ahora, desde luego, torpemente disfrazados de mendigos.

Fafhrd mediante bostezos y el Ratonero meneando la cabeza con una expresión de lástima, intentaron transmitir que todas estas suposiciones eran incorrectas.

—Eso es todo lo que puedo decir sin leer sus mentes —concluyó Hristomilo—. ¿Debo ir en busca de mis luces y espejos?

—Aún no. —Krovas volvió el rostro y apuntó con un dedo al Ratonero—. ¿Cómo sabes esas cosas de las que hablas...? Los Siete Secretos y todo eso. Ahora quiero las respuestas más simples, no baladronadas.

El Ratonero replicó con la mayor desenvoltura:

—Hay una nueva cortesana que vive en la calle de los Alcahuetes... Se llama Tyarya y es alta, bella, pero jorobada, lo cual, curiosamente, deleita a muchos de sus clientes. Ahora Tyarya me quiere, porque mis ojos tullidos hacen juego con su columna torcida, o por lástima de mi ceguera, ella lo cree, y mi juventud, o por una extraña comezón, como la de sus clientes por ella, que esa combinación despierta en su carne.

»Ahora uno de sus patronos, un mercader recién llegado de Klelg Nar —se llama Mourph—, está impresionado por mi inteligencia, fuerza, audacia y discreto tacto, y aprecia esas mismas cualidades también en mi camarada. Mourph nos sondeó, preguntando finalmente si odiábamos al Gremio de los Ladrones por su control del Gremio de los Mendigos. Percibiendo una oportunidad de ayudar al Gremio, le seguimos la corriente, y hace una semana nos reclutó para formar una célula de tres en la franja más externa de la red conspiradora de los Siete.

—¿Te atreviste a hacer todo esto por tu propia cuenta? —preguntó Krovas en tono glacial, enderezándose y apretando los brazos del sillón.

—Oh, no —negó el Ratonero candorosamente—. Informamos de nuestras acciones al Maestro Mendigo diurno, el cual las aprobó, nos dijo que espiáramos lo mejor que pudiéramos y recogiésemos toda la información y los rumores que pudiésemos acerca de la conspiración de los Siete.

—¡Y él no me dijo ni una palabra al respecto! —exclamó bruscamente Krovas—. ¡Si es cierto, haré que la cabeza de Bannat ruede por esto! Pero estás mintiendo, ¿no es así?

Mientras el Ratonero miraba a Krovas con expresión herida, al tiempo que preparaba una virtuosa negativa, un hombre corpulento pasó cojeando por delante del umbral, con la ayuda de un bastón dorado. Se movía con silencio y aplomo. Pero Krovas le vio.

—¡Maestro Mendigo nocturno! —le llamó vivamente. El cojo se detuvo, se volvió y cruzó majestuosamente la puerta. Krovas señaló con un dedo al Ratonero y luego a Fafhrd—. ¿Conoces a estos dos, Flim?

Sin apresurarse, el Maestro Mendigo nocturno estudió a los dos jóvenes durante un rato, y luego meneó la cabeza con su turbante de paño dorado.

—Nunca les había visto. ¿Qué son? ¿Mendigos soplones?

—Pero Flim no puede reconocernos —explicó el Ratonero desesperadamente, sintiendo que todo se derrumbaba sobre él y Fafhrd—. Todos nuestros contactos eran sólo con Bannat.

—Bannat está en cama con la fiebre del pantano desde hace diez días —dijo calmosamente Flim—. Entretanto, yo he sido Maestro Mendigo diurno tanto como nocturno.

En aquel momento Slevyas y Fissif aparecieron apresuradamente detrás de Flim. El ladrón alto presentaba una hinchazón azulada en la mandíbula. El ladrón gordo tenía la cabeza vendada por encima de los ojos inquietos. Este último señaló en seguida a Fafhrd y el Ratonero y exclamó:

—Éstos son los dos que nos golpearon, nos quitaron el botín de Jengao y mataron a nuestra escolta.

El Ratonero levantó el codo y la botella verde se hizo añicos a sus pies, sobre el duro mármol. Un olor a gardenia se difundió rápidamente por el aire.

Pero con más rapidez aún, el Ratonero, librándose de sus guardianes descuidados y sorprendidos, se lanzó hacia Krovas, blandiendo su espada vendada. Si pudiera vencer al Rey de los Ladrones y aplicarle Garra de Gato a la garganta, podría hacer un trato por su vida y la de Fafhrd. Esto es, a menos que los demás ladrones quisieran la muerte de su amo, lo cual no le sorprendería en absoluto.

Con asombrosa celeridad, Flim arrojó su bastón dorado, que alcanzó las piernas del Ratonero y le hizo dar una voltereta, tratando de cambiar su salto mortal involuntario por otro voluntario.

Entretanto, Fafhrd se debatió hasta zafarse de su captor de la izquierda, al tiempo que imprimía un fuerte movimiento hacia arriba a la vendada Varita Gris para golpear al captor de la derecha en la mandíbula. Recuperando su equilibrio sobre una sola pierna con una poderosa contorsión, se dirigió cojeando a la pared de la que colgaban los botines, detrás de él.

Slevyas fue a la pared donde colgaban los instrumentos de hurto, y con un esfuerzo tremendo arrancó de su anilla con candado la gran palanqueta.

Poniéndose en pie tras un mal aterrizaje ante el sillón de Krovas, el Ratonero lo encontró vacío y al Rey de los Ladrones semiagachado detrás de él, empuñando una daga de mango dorado, con una fría expresión asesina en los ojos hundidos. Giró sobre sus talones y vio a los guardianes de Fafhrd en el suelo, uno tendido sin sentido y el otro empezando a incorporarse, mientras el gran nórdico, la espalda contra la pared cubierta de extrañas joyas, amenazaba a toda la sala con la Varita Gris vendada y con su largo cuchillo, que extrajo de la vaina disimulada en la espalda.

El Ratonero desenfundó también a Garra de Gato y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Apartaos todos! ¡Se ha vuelto loco! ¡Paralizaré su pierna sana para vosotros!

Y corriendo entre el apiñamiento y sus dos guardianes, que todavía parecían

tenerle cierto temor reverencial, se arrojó blandiendo su cuchillo contra Fafhrd, rogando que el nórdico, ahora borracho por la batalla tanto como por el vino y el perfume ponzoñoso, le reconociera y adivinara su estratagema.

Varita Gris golpeó muy por encima de su cabeza agachada. Su nuevo amigo no sólo lo había adivinado, sino que se entregaba por entero al juego... y el Ratonero confió en que no fallara sólo por accidente. Agachándose junto a la pared, cortó las ligaduras de la pierna izquierda de Fafhrd. La espalda vendada y el cuchillo de éste siguieron evitándole. El Ratonero se incorporó de un salto y se dirigió al corredor, gritando por encima del hombro a Fafhrd: «¡Vamos!».

Hristomilo permanecía fuera de su camino, observando en silencio. Fissif se escabulló en busca de seguridad. Krovas siguió detrás de su sillón gritando:

—¡Detenedles! ¡Cortadles el paso!

Los tres guardianes restantes, que al fin empezaban a recuperar su ingenio combativo, se reunieron para enfrentarse al Ratonero. Pero éste, amenazándoles con rápidas fintas de su daga, aminoró su ímpetu y pasó corriendo entre ellos... y en el último momento arrojó a un lado, con un golpe de la vendada Escalpelo, el bastón dorado que Flim le había vuelto a lanzar para hacerle caer.

Todo esto le dio a Slevyas tiempo para regresar de la pared con los instrumentos y dirigir al Ratonero un gran golpe con la maciza palanqueta. Pero apenas la había levantado cuando una espada vendada muy larga, impulsada por un brazo no menos largo, pasó por encima del hombro del Ratonero y golpeó fuertemente a Slevyas en el pecho, derribándole hacia atrás, de modo que el arco trazado por la palanqueta fue corto y pasó silbando inocuamente.

El Ratonero salió entonces al corredor, con Fafhrd a su lado, aunque por alguna extraña razón todavía cojeaba. El Ratonero señaló la escalera. Fafhrd asintió, pero se retrasó para estirarse cuanto pudo, todavía sobre una sola pierna, y arrancar de la pared más próxima una docena de codos de pesadas colgaduras, que arrojó al otro lado del corredor para desconcertar a sus perseguidores.

Llegaron a la escalera, y subieron al siguiente rellano, el Ratonero delante. Se oyeron gritos detrás, algunos ahogados.

—¡Deja de cojear, Fafhrd! —le ordenó quejumbroso el Ratonero—. Vuelves a tener dos piernas.

—Sí, y la otra aún sigue insensible —se quejó Fafhrd—. ¡Ahhh! Ahora vuelvo a sentirla.

Un cuchillo pasó entre ellos y tintineó al golpear con la punta la pared, arrancando polvo de piedra. Entonces doblaron la esquina.

Otros dos corredores vacíos, otros dos tramos curvos, y vieron por encima de ellos, en el último descanso, una recia escala que ascendía hasta un oscuro agujero cuadrado en el techo. Un ladrón con el pelo recogido atrás por un pañuelo multicolor —parecía ser la identificación de los centinelas— amenazó al Ratonero con la espada desenvainada, pero cuando vio que eran dos hombres, ambos atacándole

decididamente con relucientes cuchillos y extrañas estacas o mazos, se volvió y echó a correr por el último corredor vacío.

El Ratonero, seguido de cerca por Fafhrd, subió rápidamente la escala y sin pausa saltó por el escotillón a la noche tachonada de estrellas.

Se encontró cerca del borde sin barandilla de un tejado de pizarra lo bastante inclinado para hacer que su aspecto resultara temible a un individuo no acostumbrado a andar por los tejados, pero seguro como las casas para un veterano.

Agachado en el largo pico del tejado había otro ladrón con pañuelo que sostenía una linterna oscura. Se dedicaba a cubrir y descubrir, sin duda mediante algún código, la lente abombada de la linterna, dirigiendo un débil rayo verde hacia el norte, desde donde le respondía débilmente un punto de luz roja parpadeante. Parecía estar situado muy lejos, en el rompeolas, quizá, o puede que en el palo mayor de una nave que navegara por el Mar Interior. ¿Contrabando?

En cuanto vio al Ratonero, aquel hombre desenvainó de inmediato su espada y, agitando un poco la linterna con la otra mano, avanzó amenazador. El Ratonero le miró atemorizado... la linterna oscura con su metal caliente y la llama oculta, junto con el depósito de aceite, podría ser un arma fatídica.

Pero Fafhrd ya había salido por el agujero y estaba al lado de su camarada, por fin otra vez sobre sus dos pies. Su adversario retrocedió lentamente hacia el extremo norte del tejado. Por un instante el Ratonero se preguntó si habría allí otro escotillón.

Oyó un ruido y, al volverse, vio a Fafhrd que alzaba prudentemente la escala. Apenas la había extraído cuando un cuchillo lanzado desde abajo pasó cerca de él, por el hueco del escotillón. Mientras seguía su vuelo, el Ratonero frunció el ceño, admirando involuntariamente la habilidad requerida para arrojar un cuchillo hacia arriba con precisión.

El arma cayó cerca de ellos y se deslizó por el tejado. El Ratonero avanzó a paso largo hacia el sur, por las placas de pizarra, y estaba a medio camino de aquel extremo del tejado desde el escotillón cuando se oyó el débil tintineo del cuchillo al chocar con los adoquines del callejón del Asesinato.

Fafhrd le siguió más lentamente, en parte quizá por una experiencia menor de los tejados, y en parte porque aún cojeaba un poco, favoreciendo su pierna izquierda, y también porque llevaba la pesada escala equilibrada sobre el hombro derecho.

—No necesitamos eso —le gritó el Ratonero.

Sin vacilar, Fafhrd la arrojó alegremente por encima del borde. Cuando se estrelló en el callejón del Asesinato, el Ratonero daba un salto de dos varas sobre una brecha y pasaba al siguiente tejado, de declive opuesto y menor. Fafhrd aterrizó a su lado.

Casi a la carrera, el Ratonero le precedió a través de una renegrida selva de chimeneas, guardavientos y ventiladores con colas que les obligaban a enfrentarse siempre al viento, cisternas de patas negras, cubiertas de escotillones, pajareras y trampas para palomas a lo largo de cinco tejados, cuatro gradualmente más bajos, mientras que el quinto recuperaba en una vara la altitud que habían perdido —los

espacios entre los edificios eran fáciles de saltar, pues ninguno tenía más de tres varas, no era necesario hacer un puente con la escala y sólo un tejado tenía un declive algo mayor que el de la Casa de los Ladrones— hasta que llegaron a la calle de los Pensadores, en un punto donde la cruzaba un pasadizo cubierto muy parecido al que había en la casa de Rokkermas y Slaarg.

Mientras lo recorrían a buen paso y agachados, algo pasó silbando cerca de ellos y tintineó más adelante. Al saltar desde el tejado del puente, otros tres objetos más silbaron sobre sus cabezas para estrellarse más allá. Uno de ellos rebotó en una chimenea cuadrada y cayó casi a los pies del Ratonero. Éste lo cogió, esperando encontrarse con una piedra, y le sorprendió el gran peso de una bola de plomo de dos dedos de diámetro.

El muchacho señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—Ésos no pierden el tiempo para subir con hondas al tejado. Cuando se les anima, son buenos.

Se dirigieron entonces al sudeste, a través de otro negro bosque de chimeneas, hasta llegar a un punto en la calle de la Pacotilla donde los pisos superiores extraplomaban la calle a cada lado, tanto que resultaba fácil saltar la brecha. Durante esta travesía de los tejados, un frente de niebla nocturna, lo bastante denso para hacerles toser y jadear, les había envuelto, y quizá durante sesenta latidos de corazón el Ratonero se vio obligado a ir más despacio y palpar el camino, con la mano de Fafhrd en su hombro. Poco antes de llegar a la calle de la Pacotilla la niebla cesó abrupta y totalmente y aparecieron de nuevo las estrellas, mientras que el negro frente se dirigía al norte, a sus espaldas.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Fafhrd.

Y el Ratonero se encogió de hombros.

Un halcón nocturno habría visto un grueso aro de negra niebla nocturna hinchándose en todas direcciones desde un centro cerca de la Anguila de Plata, aumentando más y más en diámetro y circunferencia.

Al este de la calle de la Pacotilla, los dos camaradas llegaron pronto al suelo; aterrizando en el patio de la Peste, detrás del local de Nattick Dedoságiles, el sastre.

Al fin se miraron uno al otro y sus espadas trabadas, sus rostros sucios y sus ropas, más sucias todavía por el hollín de los tejados, les hicieron reír hasta desternillarse. Fafhrd reía aún cuando se inclinó para darse un masaje en la pierna izquierda, encima y debajo de la rodilla. Esta rechifla y burla totalmente natural de sí mismos continuó mientras desenvolvían sus espadas —el Ratonero como si fuera un paquete sorpresa—, y se colocaron de nuevo las vainas al cinto. Sus esfuerzos habían disipado hasta los últimos efectos del fuerte vino y todo rastro del perfume aún más hediondo, pero no sentían deseo alguno de beber más, y sólo el impulso de llegar a casa, comer copiosamente y beber gahveh caliente y amargo, mientras contaban a sus mujeres el relato de su loca aventura.

Echaron a andar a buen paso, uno junto al otro, mirándose de vez en cuando y

riendo, aunque mirando con cautela delante y detrás, por si les perseguían o interceptaban, a pesar de que no esperaban ninguna de ambas cosas.

Libres de la niebla nocturna e iluminados por las estrellas, su angosto entorno parecía mucho menos hediondo y opresor que cuando se habían puesto en marcha. Hasta el bulevar de la Basura parecía dotado de cierta frescura.

Sólo una vez, y por unos breves momentos, se pusieron serios.

—Desde luego, esta noche has sido un genio idiota y borracho —dijo Fafhrd—, aunque yo he sido un patán borracho. ¡Atarme la pierna! ¡Vendar las espadas de modo que no podíamos usarlas salvo como palos!

El Ratonero se encogió de hombros.

—Sin embargo, la envoltura de las espadas sin duda nos evitó cometer una serie de asesinatos.

—Matar en combate no es asesinato —replicó Fafhrd un tanto acalorado.

El Ratonero volvió a encogerse de hombros.

—Matar es asesinato, por muchos nombres bonitos que quieras darle. De la misma manera que comer es devorar y beber empinar el codo. ¡Dioses, estoy seco, hambriento y fatigado! ¡Vamos, cojines suaves, comida y gahveh humeante!

Subieron por la larga escalera crujiente y rota, totalmente despreocupados, y cuando estuvieron en el porche, el Ratonero empujó la puerta para abrirla por sorpresa. Pero no se movió.

—Tiene el cerrojo echado —le dijo a Fafhrd. Observó que no se filtraba apenas luz a través de las grietas de la puerta ni las celosías... como mucho, un débil resplandor rojizoanaranjado. Entonces, con una sonrisa sentimental y un tono afectuoso en el que sólo acechaba el espectro de la inquietud, añadió—: ¡Se han ido a dormir, como si no les preocupara nuestra suerte! —Dio tres sonoros golpes en la puerta y luego, ahuecando las manos alrededor de los labios gritó suavemente a través de la rendija de la puerta—: ¡Hola, Ivrian! He vuelto sano y salvo a casa ¡Salve, Vlana! ¡Puedes estar orgullosa de tu hombre, que ha derribado a innumerables ladrones del Gremio con un pie atado a la espalda!

No se oyó ningún sonido procedente del interior..., es decir, si uno descontaba un susurro o crujido tan leve que era imposible estar seguro de su existencia.

Fafhrd arrugó la nariz.

—Huelo a humo.

El Ratonero aporreó de nuevo la puerta. Siguió sin haber respuesta.

Fafhrd le hizo una seña para que se apartara, encorvando su gran hombro para lanzarse contra la puerta.

El Ratonero meneó la cabeza y con un diestro golpe, deslizamiento y tirón extrajo un ladrillo que hasta entonces había parecido firmemente empotrado en la pared al lado de la puerta. Introdujo un brazo por el agujero; se oyó el ruido de un cerrojo al descorrerse, luego otro y finalmente un tercero. En seguida retiró el brazo y la puerta se abrió hacia adentro con un ligero empujón.

Pero ni él ni Fafhrd entraron en seguida, como ambos habían pretendido antes, pues el aroma indefinible del peligro y lo desconocido surgió mezclado con un creciente olor a humo y un aroma dulzón, algo mórbido que, aunque femenino, no era un perfume decoroso, sino un mohoso y acre olor animal.

Podían ver débilmente la estancia gracias al resplandor naranja que salía de la pequeña abertura oblonga que dejaba la portezuela abierta de la ennegrecida estufa. Sin embargo, la abertura oblonga no estaba en posición vertical, como debería ser, sino inclinada de un modo poco natural. Era evidente que alguien había volcado la estufa, la cual se inclinaba ahora contra una pared lateral de la chimenea, su portezuela abierta en aquella dirección.

Por sí mismo, el ángulo antinatural transmitía todo el impacto de un universo volcado.

El resplandor anaranjado mostraba las alfombras extrañamente arrugadas, salpicadas aquí y allá de negros círculos de un palmo de diámetro; las velas, que habían estado pulcramente apiladas, estaban ahora desparramadas por debajo de sus estantes, junto con algunos de los jarros y cajas esmaltadas, y, por encima de todo, dos montones negros, bajos, irregulares y más largos, uno junto a la chimenea y el otro la mitad sobre el sofá dorado y la mitad a sus pies.

Desde cada montón miraban fijamente al Ratonero y a Fafhrd innumerables pares de ojos diminutos, bastante separados, rojos como bocas de horno.

Sobre la gruesa alfombra del suelo al otro lado de la chimenea había una telaraña plateada... una jaula de plata caída, pero ninguna cotorra cantaba en su interior.

Se oyó un leve roce metálico: Fafhrd se aseguraba de que Varita Gris se deslizaba sin obstáculos en su vaina.

Como si aquel débil ruido hubiera sido elegido de antemano como la señal de ataque, cada uno desenfundó al instante su espada y avanzaron lado a lado por la estancia, cautelosamente al principio, comprobando la solidez del suelo a cada paso.

Al oír el chirrido de las espadas desenvainadas, los ojuelos rojos parpadearon y se movieron inquietos, y ahora que los dos hombres se les acercaban con rapidez, se escabulleron, par tras par, en el extremo de un cuerpo negro, bajo, delgado, con cola sin pelos, cada uno huyendo a los círculos negros abiertos en las alfombras, donde se desvanecieron.

Sin duda los círculos negros eran agujeros de ratas recién roídos a través del suelo y las alfombras, mientras que las criaturas de ojos rojos eran ratas negras.

Fafhrd y el Ratonero dieron un salto adelante, emprendiéndola a frenéticos mandobles contra los roedores, al tiempo que soltaban toda clase de maldiciones y exabruptos.

No alcanzaron a muchas. Las ratas huían con una celeridad sobrenatural, y muchas de ellas desaparecieron por los agujeros abiertos cerca de los muros y la chimenea.

El primer tajo frenético de Fafhrd atravesó el suelo, y con fatídico crujido y una

nube de astillas, la pierna del muchacho se hundió hasta la cadera. El Ratonero pasó corriendo por su lado, sin pensar en la posibilidad de nuevos agrietamientos.

Fafhrd levantó su pierna atrapada, sin notar siquiera los rasguños producidos por las astillas, y tan indiferente como el Ratonero a los continuos crujidos de la madera. Las ratas habían desaparecido. Se lanzó en pos de su camarada, el cual había arrojado un manojo de leña a la estufa para que hubiera más luz.

Lo horroroso era que, aunque todas las ratas se habían ido, los dos montones longilíneos seguían allí, si bien considerablemente disminuidos y, como ahora mostraban claramente las llamas amarillentas que brotaban de la negra portezuela inclinada, habían cambiado de tonalidad... Ya no eran los montones negros con multitud de rojas cuentecillas, sino una mezcla de negro brillante y marrón oscuro, un mórbido azul purpúreo, violeta, terciopelo negro y armiño blanco, y los rojos de las medias, la sangre, la carne y el hueso ensangrentados.

Aunque manos y pies habían sido roídos hasta dejar los huesos mondos, y los cuerpos horadados hasta la profundidad del corazón, los rostros estaban intactos. Era una pena, pues aquéllas eran las partes azul púrpura a causa de la muerte por asfixia, los labios abiertos, los ojos saltones, todos los rasgos contorsionados por el sufrimiento. Sólo el cabello negro y castaño muy oscuro brillaba sin ningún cambio..., eso y los dientes blanquísimos.

Mientras cada hombre miraba a su amada respectiva, incapaces de apartar la vista a pesar de las oleadas de horror, aflicción y rabia que se abatían sobre ellos, vieron una diminuta hebra negra que se desenrollaba de la negra depresión alrededor de cada garganta y fluía, disipándose, hacia la puerta abierta tras ellos... dos hebras de niebla nocturna.

Con un *crescendo* de crujidos, el suelo se hundió tres palmos más en el centro antes de alcanzar una nueva estabilidad temporal.

Los bordes de sus mentes torturadas en el centro observaron diversos detalles: que la daga con empuñadura de plata de Viana había atravesado a una rata, la cual, sin duda demasiado ansiosa, se había acercado más de la cuenta antes de que la niebla mágica hubiera llevado a cabo su acción; que su cinto y la bolsa habían desaparecido; que la caja azul esmaltada y con incrustaciones de plata, en la que Ivrian había guardado la parte que le correspondía al Ratonero de las joyas robadas, también había desaparecido.

El Ratonero y Fafhrd alzaron sus rostros y se miraron: estaban blancos y contraídos por el dolor, pero en ambos había idéntica expresión de entendimiento y finalidad. No era necesario comentar lo que debía de haber sucedido allí cuando los dos lazos de vapor negro se tensaron en el receptor de Hristomilo, o por qué Slivikin había saltado y chillado de júbilo, o el significado de frases como «un número suficiente de comensales», «no olvides el botín» o «ese asunto del que hablamos». Tampoco Fafhrd tenía necesidad de explicar por qué ahora se quitaba la túnica con capucha o por qué recogía la daga de Viana, arrojaba la rata con un brusco

movimiento de muñeca y se la colocaba al cinto. El Ratonero no tenía por qué explicar las razones de que buscara media docena de jarros de aceite y tras romper tres de ellos ante la estufa llameante, se detuviera, reflexionara y guardara los otros tres en el saco que le pendía de la cintura, añadiéndoles la leña restante y la marmita llena de carbones al rojo, atándolo herméticamente.

Entonces, todavía sin intercambiar una sola palabra, el Ratonero se cubrió la mano con un trapo e, introduciendo la mano en la chimenea, tiró de la estufa, de modo que cayó con la portezuela abierta sobre las alfombras empapadas de aceite. Las llamas amarillas surgieron a su alrededor.

Se volvieron y corrieron a la puerta. Con crujidos más fuertes que antes, el suelo se derrumbó. Desesperadamente, los dos jóvenes ascendieron por una empinada colina de alfombras deslizantes y llegaron a la puerta y el porche poco antes de que todo cuanto quedaba tras ellos cediera y las alfombras en llamas, la estufa, la madera, las velas, el sofá dorado y todas las mesitas, cajas y jarros —y los cuerpos increíblemente mutilados de sus primeros amores—, se precipitaron a la seca, polvorienta y atestada de telarañas habitación de abajo, y las grandes llamas de la cremación limpiadora o al menos arrasadora empezaron a fulgurar hacia arriba.

Se precipitaron por la escalera, que se arrancó de la pared y se derrumbó, estrellándose en el suelo con un estruendo sordo en el mismo momento en que ellos llegaban al suelo. Tuvieron que abrirse paso entre las maderas para llegar al callejón de los Huesos.

Por entonces las llamas sacaban sus brillantes lenguas de lagarto por las ventanas con los postigos cerrados del ático y las tapiadas con tablas del piso inferior. Cuando llegaron al patio de la Peste, corriendo uno junto al otro a toda velocidad, la alarma contra incendios de la Anguila de Plata difundía su campanileo cacofónico detrás de ellos.

Todavía corrían cuando llegaron a la bifurcación del callejón de la Muerte. Entonces el Ratonero cogió a Fafhrd y le obligó a detenerse. El robusto joven se resistió, lanzando alocadas maldiciones, y sólo desistió —su pálido rostro todavía parecía el de un lunático— cuando el Ratonero gritó, jadeante:

—¡Sólo diez latidos de corazón para armarnos!

Se quitó el saco del cinto y, sujetándolo con fuerza por el cuello, lo estrelló contra los adoquines, lo bastante fuerte no sólo para romper las botellas de aceite, sino también la marmita de los carbones, pues en seguida la base del saco empezó a llamear un poco.

Entonces desenvainó a la brillante Escalpelo mientras Fafhrd hacía lo mismo con Varita Gris y siguieron corriendo, el Ratonero haciendo girar el saco en un gran círculo para avivar sus llamas. Era una auténtica pelota de fuego que le quemaba la mano izquierda mientras corrían a través de la calle de la Pacotilla y llegaban a la Casa de los Ladrones, y el Ratonero, dando un gran salto, arrojó el saco en llamas hacia la gran hornacina por encima de la puerta.

Los guardianes que estaban en la hornacina gritaron de sorpresa y dolor ante el llameante invasor de su escondite y no tuvieron tiempo de hacer nada con sus espadas, o cualesquiera armas de que dispusieran, contra los otros dos invasores.

Los estudiantes de ladrón salieron de las puertas al oír los gritos y los ruidos de pisadas, y retrocedieron al ver las fieras llamas y los dos hombres de rostro demoníaco que blandían sus largas y brillantes espadas.

Sólo un pequeño aprendiz, que apenas tendría más de diez años, se quedó demasiado tiempo. Varita Gris lo atravesó sin piedad, mientras sus grandes ojos sobresalían y su pequeña boca dibujaba un rictus de horror y súplica para que Fafhrd tuviera piedad.

Se oyó entonces por delante de ellos una llamada espectral y sollozante, hueca, que ponía los pelos de punta, y las puertas empezaron a cerrarse en vez de vomitar a los guardianes armados que los dos jóvenes casi rogaban que apareciesen para ensartarlos con sus espadas. Además, a pesar de las largas antorchas colgadas de las paredes, el corredor quedó a oscuras.

La razón de esto último apareció clara cuando se lanzaron escalera arriba. Jirones de niebla nocturna aparecían en la caja, materializándose de súbito en el aire.

Los jirones se hacían más largos y numerosos, más tangibles. Tocaban y se aferraban repugnantemente. En el corredor de arriba formaban de pared a pared y de suelo a techo una especie de telaraña gigantesca, haciéndose tan sólidos que el Ratonero y Fafhrd tenían que cortarlos con sus aceros para avanzar, o así lo creían sus mentes maníacas. La negra red apagó un poco una repetición de la misteriosa y gimiente llamada, que procedía de la séptima puerta más adelante, y esta vez terminó en un griterío y un cloqueo tan dementes como las emociones de los dos atacantes.

También aquí las puertas se cerraron con estruendo. En un efímero instante de racionalidad, al Ratonero se le ocurrió que los ladrones no les temían a Fafhrd y a él, pues todavía no les habían visto, sino más bien a Hristomilo y su magia, aun cuando trabajara en defensa de la Casa de los Ladrones.

Incluso la sala del mapa, de donde era más probable que surgiera el contraataque, estaba cerrada por una enorme puerta de roble con incrustaciones de hierro.

De nuevo tuvieron que cortar la telaraña negra, viscosa, de filamentos gruesos como cuerdas, a cada paso que daban. A medio camino entre la sala del mapa y la de la magia, se estaba formando la negra red, espectral al principio pero que crecía con rapidez, haciéndose más sólida, una araña negra grande como un lobo.

El Ratonero cortó la espesa telaraña ante aquel monstruo, retrocedió dos pasos y se abalanzó de un salto. Escalpeló atravesó aquella cosa, golpeándole entre los negros ojos recién formados, y se derrumbó como una vejiga pinchada por una daga, soltando un olor fétido.

Entonces los dos jóvenes se encontraron ante la sala de la magia, la cámara del alquimista. Estaba casi igual que antes, salvo que algunas cosas se habían duplicado e incluso multiplicado más.

Sobre la larga mesa las retortas llenas de un líquido azul burbujeaban y despedían otra cuerda sólida que se retorció con más rapidez que la cobra negra de los pantanos, que puede correr más rápido que un hombre, y no iba a parar a receptores gemelos, sino a la atmósfera de la habitación para tejer una barrera entre sus espadas y Hristomilo, el cual volvía a estar, alto pero encorvado, inclinado sobre su pergamino bruja marrón, aunque esta vez su mirada exultante se fijaba sobre todo en Fafhrd y el Ratonero, dirigiendo tan sólo de cuando en cuando una mirada breve al texto del encantamiento que entonaba monótonamente.

En el otro extremo de la mesa, en el espacio libre de telarañas, saltaban no sólo Slivikin, sino también una rata enorme igual que él en tamaño y en todos sus miembros, excepto la cabeza.

En las ratoneras al pie de las paredes, los ojillos rojos brillaban a pares.

Con un aullido de rabia, Fafhrd empezó a cortar la barrera negra, pero las bocas de las redomas las sustituían con tanta celeridad como él las cortaba, mientras que los extremos seccionados, en vez de caer y quedar inactivos, ahora se tensaban hambrientos hacia él como serpientes constrictivas o enredaderas estranguladoras.

De repente, pasó Varita Gris a su mano izquierda, desenfundó su largo cuchillo y lo arrojó al brujo. Brillando hacia su objetivo, el arma cortó tres jirones, se desvió, un cuarto y un quinto redujeron su velocidad, un sexto casi lo detuvo y acabó colgando inútilmente, enlazado por un séptimo jirón de niebla sólida.

Hristomilo lanzó una risa aguda y luego sonrió mostrando sus enormes incisivos superiores, mientras Slivikin chillaba extasiado y daba saltos más altos.

El Ratonero arrojó Garra de Gato sin mejor resultado..., peor, en realidad, dado que su acción dio tiempo a dos veloces jirones de niebla a enroscarse alrededor de la mano que sostenía la espada y deslizarse hacia el cuello. Unas ratas negras salieron apresuradamente de los grandes agujeros al pie de las paredes.

Entretanto, otros jirones se enrollaban alrededor de los tobillos, rodillas y brazo izquierdo de Fafhrd, casi derribándole. Pero mientras se debatía para mantener el equilibrio, cogió la daga de Vlana, que llevaba al cinto, y la alzó por encima del hombro, su empuñadura de plata centelleante, su hoja marrón con la sangre seca de la rata.

Al verlo, la sonrisa abandonó el rostro de Hristomilo. Entonces el brujo soltó un grito extraño e insistente y se apartó del pergamino que estaba sobre la mesa, alzando sus manos provistas de garras para repeler la fatalidad.

La daga de Vlana voló sin impedimento a través de la negra telaraña, cuyas hebras incluso parecían apartarse para dejarla pasar, y entre las manos extendidas del brujo, para hundirse hasta la empuñadura en su ojo derecho.

El brujo emitió un débil grito de atroz agonía y se llevó las manos al rostro. La negra telaraña se retorció como presa de los espasmos de la muerte.

Las retortas se quebraron a la vez, derramando su lava sobre la mesa magullada, extinguiendo las llamas azules aun cuando la gruesa madera de la mesa empezó a

humear un poco en el borde de la lava. Ésta cayó pesadamente sobre el oscuro mármol del suelo.

Con un débil grito final, Hristomilo cayó hacia adelante, las manos todavía aferradas a sus ojos por encima de su nariz prominente, la empuñadura de plata de la daga sobresaliendo aún entre sus dedos.

La telaraña fue palideciendo, como tinta húmeda lavada con un chorro de agua limpia.

El Ratón echó a correr y traspasó a Slivikin y la enorme rata de una estocada de Escalpelo, antes de que las bestias supieran lo que sucedía. También ellas murieron en seguida con leves gritos, mientras todas las demás ratas daban media vuelta y huían a sus agujeros, tan velozmente como rayos negros.

Entonces se desvanecieron los últimos rastros de niebla nocturna o humo embrujado y Fafhrd y el Ratonero se encontraron solos con tres cuerpos muertos y un profundo silencio que parecía llenar no sólo aquella habitación sino toda la Casa de los Ladrones. Incluso la lava de las retortas había dejado de moverse, se estaba endureciendo, y la madera de la mesa ya no humeaba.

El furor y la rabia de los dos amigos también se habían desvanecido, saciada con creces su venganza. Ya no sentían el apremio de matar a Krovas o a cualquiera de los otros ladrones más de lo que deseaban aplastar moscas. Y entonces Fafhrd vio en su mente, horrorizado, el rostro lastimero del ladrón infantil al que había atravesado en su furor lunático.

Sólo su aflicción permaneció con ellos, sin disminuir ni un ápice, sino más bien creciendo..., aquello y la revulsión, que aumentaba todavía con más rapidez, por cuanto les rodeaba: los muertos, la desordenada sala de la magia, toda la Casa de los Ladrones y la ciudad de Lankhmar en su conjunto, hasta su último callejón hediondo y espira de niebla serpenteante.

Con un bufido de disgusto, el Ratonero extrajo a Escalpelo de los cadáveres de los roedores, la limpió con el paño más a mano y volvió a envainarla. Fafhrd, de un modo igualmente superficial, limpió y envainó a Varita Gris. Luego los dos hombres recogieron su cuchillo y daga del suelo, donde habían caído cuando se desvaneció la niebla, aunque ninguno miró la daga de Vlana donde estaba hundida. Sobre la mesa del brujo observaron el bolso de terciopelo negro con bordados de plata y el cinturón de Vlana, este último medio carcomido por la lava derramada, y la caja de Ivrian, esmaltada de azul con plata incrustada, de la que extrajeron las joyas de Jengao.

Sin más palabras de las que habían intercambiado en el nido incendiado del Ratonero detrás de la Anguila, pero con una imbatible sensación de que sus propósitos eran los mismos y de su camaradería, echaron a andar con los hombros inclinados y con pasos lentos y cautelosos, que sólo gradualmente se apresuraron al salir de la sala de la magia y por el corredor con su gruesa alfombra. Pasaron ante la sala del mapa, su ancha puerta de roble y hierro todavía cerrada, y ante las demás puertas cerradas y silenciosas. Estaba claro que todo el Gremio estaba aterrado por

Hristomilo, sus hechizos y sus ratas. Sus pasos resonaron por la escalera, y se apresuraron un poco. Recorrieron el pasillo inferior vacío, pasaron junto a sus puertas cerradas, y sus pisadas resonaban fuertemente por mucho que trataran de no hacer ruido; pasaron bajo la hornacina de los centinelas, ahora con las paredes calcinadas por el fuego y desierta, y salieron a la calle de la Pacotilla, girando a la izquierda y hacia el norte porque ése era el camino más corto para ir a la calle de los Dioses, donde doblaron a la derecha y al este —no había un alma en la ancha calle excepto un flaco y encorvado aprendiz que fregaba con semblante aburrido las losas ante una tienda de vinos, mientras una débil luz rosada empezaba a aparecer por el este, aunque había muchos bultos dormidos, roncando y soñando en los arroyos de la calle y bajo los pórticos oscuros— sí, doblando a la derecha y hacia el este por la calle de los Dioses, pues aquél era el camino de la Puerta del Pantano, que conducía a la carretera del Origen, al otro lado del Gran Pantano Salado, y la Puerta del Pantano era el camino más próximo para salir de la grande y magnífica ciudad que ahora era tan odiosa para ellos que no podían soportarla por un solo doloroso latido de corazón más de lo necesario..., una ciudad de fantasmas amados y a los que no podían volver el rostro.

Escultura lenta

Theodore Sturgeon

Conocí a Ted hace un tercio de siglo, cuando él era joven, bastante infantil y muy atractivo, mientras que yo tenía casi la edad que tengo ahora. Le volvía ver en el buque Stantendam, en la primera quincena de diciembre de 1972.

Todos nos dirigíamos a la costa de Florida para asistir al despegue del Apollo XVII hacia la Luna, en la última de las aventuras del hombre en nuestro satélite. Fue un lanzamiento nocturno, bellissimo, si bien para mí el viaje fue hermoso desde el principio porque en el muelle, mientras aguardaba para subir a bordo, vi a Ted con su traje de piel de ante, acompañado por su esposa y su hijo.

Recuerdo a Weena, su esposa, muy joven, como una chiquilla, también tan bonita como una postal, aunque lo que mejor recuerdo es que ella estaba interesada en los alimentos naturales, por lo que me dio una serie de conferencias al respecto durante la travesía. (No tengo la más remota idea del porqué la gente siempre me recomienda dietas. Lo sé todo sobre las dietas. Para asegurarme de que no dejo de tomar vitaminas y minerales importantes, suelo comer todo lo que tengo a la vista.) Luego, cuando hubo terminado, Weena encendió un cigarrillo.

—Si tanto le preocupa mi salud —le solté—, preocúpese por la suya.

Y le quité el cigarrillo de los labios (creo que junto con un poco de carmín), lo arrojé al suelo y lo pisoteé.

Más tarde me dijo que se había quedado tan impresionada por la lógica sutil de mi argumentación que había decidido dejar de fumar. (Espero que se haya mantenido en esta decisión.)

Una cosa más acerca de la 29ª Convención antes de terminar con ella. Cuando Bob Silverberg estaba brindando hizo, como una broma, ciertas referencias a «donarlo al Clarion». Este comentario tenía su raíz en un incidente ocurrido en la 27ª Convención, celebrada en San Luis en 1969, cuando Harlan Ellison, que había recogido algún dinero para una buena causa, descubrió que tenía demasiado y donó el sobrante a una conferencia de escritores de ciencia ficción convocada por el Clarion College. También se trataba de una buena causa, pero Harlan, llevado por

su buen corazón, olvidó el formulismo de pedir la aprobación de las personas que habían hecho la donación. Hubo una discusión pública entre Harlan y los demás asistentes a la convención, quienes, naturalmente, eran mayoría.

Por tanto, hacia el final del discurso de Bob, garabateé una quintilla y, cuando me llegó el turno de pronunciar unas palabras, la recité ante el auditorio y obtuve la mayor carcajada de la velada. Recientemente he publicado unos libros titulados Lecherous Limericks («Quintillas lujuriosas», Walker, 1975), y More Lecherous Limericks («Más quintillas lujuriosas», Walker, 1976), cada uno con cien quintillas originales, aunque no está incluida entre ellas la que recité en aquella convención. Como no deseo que se pierda para la posteridad, ahí va:

*Había una joven strip-teaser llamada Marion,
que chocó, hizo el amor y así siguió.
Y el resultado de su goce
fue un estupendo bastardo
que no tardó en donar al Clarion.*

Ella ignoraba quién era él cuando le encontró; en realidad, poca gente le conocía. Él se hallaba en el huerto, trabajando bajo un peral. La tierra olía a finales de verano y a viento; a bronce, olía a bronce. Levantó la vista hacia una joven de unos veinticinco años, con un rostro carente de miedo y unos ojos del mismo color que el cabello, cosa extraordinaria porque su cabellera era de un tono doradorrojizo. Ella contempló al hombre de unos cuarenta años, de piel correosa, que tenía un electroscopio de láminas de oro en la mano, y se sintió como una intrusa.

—Oh... —exclamó en el tono que por lo visto era el más oportuno, toda vez que el hombre asintió al oírla.

—Sostenga esto —le pidió él después, lo que eliminaba toda idea de intrusismo.

La muchacha se arrodilló junto al hombre y cogió el instrumento, sosteniéndolo tal como él se lo puso en la mano. Luego, él se apartó un poco y se golpeó la rodilla con un vibráfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Tenía una voz bonita, la clase de voz que los desconocidos observan y escuchan.

La joven estudió las delicadas láminas de oro de la capa de cristal del electroscopio.

—Se están separando —respondió ella.

Él volvió a golpear la rodilla con el vibráfono y las láminas se separaron un poco más.

—¿Mucho?

—Unos cuarenta y cinco grados cuando usted se golpea con el vibráfono.

—Bien..., es casi todo lo que podemos conseguir.

De un bolsillo de su chaqueta extrajo una bolsa de polvo de yeso y echó un puñado al suelo.

—Ahora me apartaré —añadió—. Quédese aquí y dígame cuánto se separan las láminas.

Rodeó el peral caminando en zigzag, e iba golpeando el vibráfono en tanto ella gritaba números: diez grados, treinta, cinco, veinte, nada. Cuando las láminas doradas se separaban al máximo, él dejaba caer más polvo. Cuando terminó, el peral estaba rodeado por un tosco óvalo de motas blancas de yeso. Sacó un cuaderno y trazó el diagrama del óvalo y del árbol; se guardó el cuaderno y recuperó el electroscopio.

—¿Buscaba algo? —le preguntó a ella.

—No... Sí.

Él sonrió. Y, aunque la sonrisa no duró mucho, la joven la halló sorprendente en un rostro como aquél.

—Eso no es lo que un tribunal llamaría una respuesta positiva.

La muchacha miró hacia la montaña, metálica a la luz del atardecer. No había mucho que ver: rocas, maleza de verano, algunos árboles y un huerto. Alguien había recorrido un largo camino para llegar hasta allí.

—No es una pregunta sencilla —se disculpó, tratando de sonreír y prorrumpiendo en llanto.

Lo lamentó y se excusó.

—¿Por qué? —quiso saber él.

Era la primera vez que la joven experimentaba este interrogatorio. Era algo turbador. Y siempre lo sería, a veces mucho más.

—Bueno, uno no debe dejarse llevar por las emociones en público.

—Usted ha tenido la culpa. No conozco a ese uno del que habla.

—Creo que yo tampoco, ahora que lo menciona.

—Entonces, diré la verdad. De nada sirve andar con rodeos y pensar: «Él descubrirá que yo...» o algo por el estilo. Yo pensaré lo que deba pensar, diga usted lo que diga. O... me iré sin decirle nada más.

La joven no hizo ademán de irse, por lo que él añadió:

—Pues diga la verdad. Si es importante será sencilla, y si es sencilla será fácil decirla.

—¡Voy a morir! —gritó ella.

—Yo también.

—Tengo un bulto en el pecho.

—Venga a casa y se lo quitaré.

Sin más palabras se alejó y empezó a cruzar el huerto. Sobresaltada hasta lo indecible, indignada y llena de una loca esperanza, lanzando incluso una carcajada de asombro, ella permaneció un momento viéndole marchar, y al final (¿en qué instante lo decidió?) echó a correr tras él.

Le atrapó en el lindero superior del huerto.

—¿Es usted médico?

No parecía haberse dado cuenta de la inmovilidad de la joven ni de su carrera.

—No —negó él.

Y siguió andando, sin ver, al parecer, cómo ella volvía a detenerse, mordiéndose el labio inferior, y cómo echaba a correr nuevamente.

—Debo de estar loca —murmuró la joven, uniéndose a él en un sendero del jardín.

Se lo dijo a sí misma, aunque él ya debía de saberlo porque no respondió.

El jardín estaba lleno de retadores crisantemos, y había un estanque en el que divisó el destello de un par de carpas imperiales plateadas —no doradas—, las mayores que había visto. Después... la casa.

Primero formaba parte del jardín, con la terraza y sus columnas, y luego, con sus muros rocosos (demasiado grandes para considerarlos de piedra), era parte de la montaña. Se hallaba encima y dentro de la ladera, y sus tejados corrían paralelos a la línea del cielo, por delante y a los lados, y parte de los mismos estaban sostenidos por un saliente de la cara rocosa. La puerta, hecha de tablas y bien claveteada, con dos estrechas aberturas, se abrió (aunque no había nadie allí), y cuando volvió a cerrarse todo quedó en silencio, impidiendo la entrada de todo lo exterior mucho más sólidamente que con el golpe de una cerradura o un pasador. La joven se quedó con la espalda contra la puerta, viéndole atravesar lo que parecía el centro de la casa, o al menos de esta parte. Era una especie de patio pequeño, en cuyo centro había un atrio, acristalado por sus cinco lados y abierto por arriba. Tenía un árbol, un ciprés o un enebro, retorcido, torturado, con el aspecto escultural de lo que los japoneses llaman bonsai.

—¿No viene? —le gritó él, sosteniendo abierta una puerta, detrás del atrio.

—Los bonsai no tienen tres metros de altura —exclamó ella.

—Éste sí.

La joven se acercó lentamente, contemplando el árbol.

—¿Cuánto hace que lo tiene?

El tono de voz del hombre daba a entender que estaba sumamente complacido. Es una tontería preguntarle al dueño de un bonsai si éste es muy viejo, ya que se le está preguntando si ha sido obra suya o si lo adquirió y continuó la labor de otro individuo; se le está tentando a proclamar que son suyos la concepción y el trabajo meticuloso de otro, y asimismo resulta grosero decirle a una persona que se la está probando. Por tanto, «¿cuánto hace que lo tiene?» es amable, grato y tremendamente cortés.

—La mitad de mi vida —fue la respuesta.

La muchacha miró el árbol. A veces se hallan árboles, no totalmente abandonados, no totalmente olvidados, plantados en bidones mohosos, en invernaderos mal cuidados, que permanecen sin vender a causa de una forma rara o

por tener algunas ramas muertas, o bien por haber crecido con excesiva lentitud en conjunto o en parte. Éstos son los que desarrollan troncos interesantes y una gran resistencia ante el infortunio, lo cual les hace florecer si se les da la menor excusa para vivir. Este árbol era más viejo que la mitad de la vida de su dueño, o que toda su vida. Al contemplarlo, ella se quedó aterrada por la idea de que un incendio, una familia de ardillas, alguna oruga subterránea o las termitas pudieran exterminar tanta belleza, algo que ofrecía el concepto de rectitud o justicia o... respeto. Volvió a mirar el árbol. Luego, miró al hombre.

—¿Viene? —dijo éste.

—Sí —asintió ella, entrando con él en el laboratorio.

—Siéntese aquí y relájese —le aconsejó él—. Esto puede tardar bastante.

«Aquí» era en una butaca de cuero situada junto a la biblioteca. Había libros sobre todos los temas: obras de consulta sobre medicina e ingeniería, física nuclear, química, biología, psiquiatría... También había obras sobre tenis, gimnasia, ajedrez, sobre el juego de guerra oriental Go y sobre golf. Y dramas, las técnicas de la novela, *El uso moderno del inglés*, *El lenguaje norteamericano* y el suplemento, los diccionarios poéticos de Wood y Walker, y una serie de diccionarios y enciclopedias. Además de un estante repleto de biografías.

—¡Vaya biblioteca...!

Él respondió con brevedad; estaba claro que no deseaba hablar, ya que se hallaba enfrascado en su trabajo.

—Sí, es cierto —dijo solamente—. Tal vez la vea alguna vez.

La joven se preguntó qué querría decir con esas palabras. Luego, decidió que había querido decir que los libros que había junto a la butaca eran los que él tenía a mano para su trabajo, y que la verdadera biblioteca estaba en otro lugar. Le miró con gran respeto.

Siguió contemplándole. Le gustaba la manera como se movía: rápido, decidido. Estaba claro que sabía lo que hacía. Ella reconoció parte del equipo que usaba: un alambique, un equipo de probetas, una centrifugadora. Había dos refrigeradores, uno de los cuales no lo era, puesto que ella podía ver que el termómetro de la puerta marcaba 21 °C. Pensó que un refrigerador moderno era perfectamente adaptable a la demanda de un ambiente controlado, incluso de uno cálido.

Pero todo aquello, junto con el equipo que no reconocía, no era más que mobiliario. Era al hombre al que valía la pena contemplar, el hombre el que la mantenía ocupada, hasta el punto de que en todo aquel tiempo ni una sola vez se sintió tentada de examinar la biblioteca.

Al fin, él terminó una larga secuencia en el banco de trabajo, movió unos interruptores, cogió un taburete y se acercó a ella. Se sentó en el taburete, con los pies sobre un travesaño, y colocó sus manos largas y atezadas sobre las rodillas.

—¿Asustada?

—Supongo que sí.

—No tiene ningún motivo.

—Considerando la alternativa —murmuró ella valerosamente, aunque su tono decayó con rapidez—, no puede importar mucho.

—Muy juicioso —aprobó él casi animosamente—. Recuerdo que siendo niño se produjo un fuego en el edificio donde vivíamos. Hubo un gran revuelo para salir, y mi hermano de diez años de edad se encontró en la calle con un despertador en la mano. Era un reloj viejo que no funcionaba... y de todas las cosas que había en casa tuvo que coger ese despertador. Nunca pudo saber por qué.

—¿Lo sabe usted?

—¿Por qué cogió aquel objeto? No. Aunque creo saber por qué hizo algo tan irracional. Sí, el pánico es un estado de ánimo muy especial. Como en el miedo y la fuga, o la furia y el ataque, se trata de una reacción primitiva ante un peligro extremado. Es una de las expresiones de la voluntad de sobrevivir. Y lo que la torna tan especial es su irracionalidad. ¿Por qué el abandono de la razón puede ser un mecanismo de supervivencia?

La joven meditó la pregunta con gran seriedad. Aquel hombre tenía algo que tornaba imperiosa la seriedad.

—No me lo imagino —confesó al fin—. A menos que sea porque, en algunas situaciones, la razón no funciona.

—Puede imaginárselo —replicó él, radiando de nuevo su tremenda aprobación y haciéndola resplandecer—. Y acaba de hacerlo. Si se está en peligro y se intenta razonar, y la razón no funciona, se la abandona. Es inteligente abandonar lo que no sirve, ¿verdad? Por tanto, usted siente pánico, y empieza a realizar acciones al azar. La mayoría, casi todas, serán inútiles; algunas pueden ser incluso peligrosas, mas eso no importa: usted ya está en peligro. El factor de supervivencia entra en juego cuando muy adentro de uno mismo se sabe que la única oportunidad entre un millón es mejor que ninguna en absoluto. Y así... aquí está usted sentada; está asustada y podría huir, pero algo le aconseja que no huya... y no huye.

Ella asintió.

—Usted encontró un bulto —continuó él—. Fue a visitar a un médico y él le hizo unos análisis y le dio una mala noticia. Quizá fue a otro médico y la confirmó. Entonces, usted investigó un poco y supo qué sucedería a continuación..., las exploraciones, la extirpación, la recuperación incierta, todo el largo y terrible proceso de ser lo que se llama un caso perdido. Y se asustó. Hizo algunas cosas que desea que yo no le pregunte. Viajó hacia cualquier parte y terminó en mi huerto sin motivo alguno.

Extendió las manos y las hizo volver a su especie de sueño.

—Pánico —prosiguió—. Eso es lo que explica que esos pequeños permanezcan en pijama en medio de la noche con despertadores rotos en la mano y que existan charlatanes.

Algo campanilleó en el banco de trabajo y él sonrió brevemente y volvió a su

tarea.

—A propósito —agregó por encima del hombro—, yo no soy un charlatán. Para llamarse charlatán hay que ser médico y yo no lo soy.

Ella le vio tocar los interruptores, abriendo, apagando, agitando, midiendo y calculando. Una pequeña orquesta de aparatos cantaba a coro y en solos a su alrededor, mientras él dirigía los chirridos, los silbidos, los campanilleos, los golpeteos. La joven deseaba reír, llorar, chillar. No hizo nada de todo eso por miedo a no poder parar.

Cuando él volvió a su lado, el conflicto ya no existía en su interior, sino que ejercía en ella constantes y opuestas tensiones; el resultado era un terrible éxtasis, y lo único que pudo hacer cuando vio el instrumento en la mano del hombre fue abrir más los ojos. Casi se olvidó de respirar.

—Sí, es una aguja —afirmó él, con tono casi zumbón—. Una aguja larga y muy delgada. No me diga que pertenece a esa clase de personas que temen a las agujas.

Tensó el cable que unía la aguja al estuche negro, lo aflojó un poco y se sentó en el taburete.

—¿Quiere algo para serenarse?

Ella tenía miedo de hablar; la membrana que contenía su yo sano era muy tenue y estaba muy tensa.

—Yo en su lugar no tomaría nada —continuó él—, porque la gama farmacéutica es muy compleja. Claro que si necesita algo...

La joven logró negar con la cabeza y de nuevo experimentó la sensación de que de él surgía una oleada de aprobación. Deseaba formular un millar de preguntas, ansiaba formularlas..., necesitaba formularlas. ¿Qué había en la aguja? ¿Cuántos tratamientos habría que aplicarle? ¿Cómo serían? ¿Cuánto tiempo debería permanecer... y dónde? Y lo más importante: ¿podría vivir? Oh, sí, ¿podría vivir?

Él pareció interesado por una sola de tales preguntas.

—Está formado a partir de un isótopo de potasio. Si le contase todo lo que sé al respecto y de qué manera llegué a ello, tardaría..., bueno, tardaría más tiempo del que disponemos. Pero ésta es la idea general: a nivel teórico, cada átomo se halla equilibrado eléctricamente (no importan las excepciones ordinarias). De la misma manera, todas las cargas eléctricas de una molécula se supone que están equilibradas..., tantas más, tantas menos..., total cero. Bien, descubrí que el equilibrio de las cargas de una célula trastornada no es cero..., al menos, no completamente. Es como si se produjese una tormenta microscópica a nivel molecular, con algunos relámpagos centelleando en todas direcciones, cambiando los signos. Con interferencias en las comunicaciones por la estática y demás —añadió, gesticulando con la hipodérmica forrada en la mano—, y eso es todo. Cuando algo se interfiere en las comunicaciones..., especialmente en el mecanismo RNA, que dice: lee este plano original y construye de acuerdo con él, y para cuando esté hecho...; cuando este mensaje es alterado, se construyen cosas al revés, desequilibradas, cosas

que casi son buenas, casi son perfectas, pero sólo casi: éstas son las células perturbadas o salvajes, y los mensajes que transmiten son aún peores.

»Bien, es secundario que dichas tormentas estén provocadas por virus, agentes químicos, radiaciones o traumas físicos, e incluso por la ansiedad, aunque no creo que la ansiedad pueda hacerlo. Lo importante es arreglarlo, a fin de que no se produzca la tormenta. Si esto se puede hacer, las células poseen suficiente habilidad para reparar y reemplazar lo que anda mal. Y los sistemas biológicos no son como pelotitas de ping pong con cargas estáticas, aguardando a que la carga se escurra o descargue en un cable subterráneo. Poseen una especie de resorte, que yo llamo perdón, que les permite tomar un poco más, o un poco menos, de carga, y enderezar lo que está mal. Digamos que un grupo de células se torna salvaje y construye un agregado de un centenar de unidades extra en el lado positivo. Inmediatamente, las células de alrededor se sienten afectadas, aunque no la capa siguiente ni la sucesiva a ésta.

»Si pudieran ser abiertas por la carga extra se las podría drenar, y esto curaría a las células salvajes de su excedente..., ¿lo entiende? Y podrían sanar por sí mismas, o pasar el excedente a otras células y después a otras, que se ocuparían del caso. Dicho de otro modo: si logro inundar su cuerpo con un intermediario que pueda drenar y distribuir una concentración de esta carga desequilibrada, los procesos corporales normales podrán penetrar allí y reparar el mal causado por las células salvajes.

Sostuvo la aguja entre sus rodillas y de un bolsillo lateral de su bata de laboratorio sacó una cajita de plástico, la abrió y extrajo un algodón empapado en alcohol. Sin dejar de hablar animadamente, cogió el brazo de la chica, casi entumecido por el terror, y le frotó el hueco del codo.

—No quiero decir en absoluto que la carga nuclear del átomo sea lo mismo que la electricidad estática. En realidad, están en campos muy distintos. Pero la analogía sí vale. Y aún podría añadir otra analogía. Podría comparar la carga de las células salvajes a una acumulación de grasa, y este producto mío a un detergente que destruyese la grasa hasta no poder ser ya detectada. Pero prefiero la analogía de la estática por un extraño efecto secundario: los organismos que reciben este producto elaboran una gran cantidad de carga estática. Se trata de un subproducto, y por razones sobre las cuales por el momento sólo puedo teorizar, parece estar sintonizado con el audioespectro. Como sintonizar horquillas, por ejemplo. Con esto estaba jugando cuando nos hemos encontrado. El árbol está empapado de este producto. Tenía un grupo de hojas con células salvajes. Bien, ya no lo tiene.

Dedicó a la muchacha una sorprendente sonrisa y la dejó extinguirse al poner la aguja hacia arriba y presionar la jeringa. Luego, sujetando con la otra mano el bíceps izquierdo de la joven, apretó lenta y firmemente. Bajó la aguja, la apuntó y la metió en la vena con gran destreza; ella lanzó una exclamación, no de dolor, sino por la falta del mismo. Atentamente, él vigiló el tubito de cristal que sobresalía de la vaina negra al retirar el émbolo una fracción, y observó la entrada de sangre en el fluido

incolore de la jeringa. Mantuvo fija la aguja hipodérmica.

—Por favor, no se mueva... Lo siento, tardaré un poquito. He de introducirle bastante líquido. Lo cual es estupendo, como ya sabe —agregó, en el mismo tono con el que había efectuado sus observaciones sobre el audioespectro—, porque, con efectos secundarios o no, es consistente. Los sistemas biológicos sanos desarrollan un fuerte campo electrostático, mientras que los enfermizos lo desarrollan débil o de ninguna clase. Con un instrumento tan primitivo y simple como ese pequeño espectroscopio es posible saber si alguna zona del organismo posee una comunidad de células salvajes, y en tal caso, dónde está y su magnitud, así como el grado de salvajismo, por decirlo de algún modo.

Hábilmente, varió su presión sobre la hipodérmica sin moverla ni cambiar la presión del émbolo. Empezaba a resultar incómodo, como un dolor al convertirse en magulladura.

—Y si se pregunta por qué este mosquito tiene una funda con cable unido a ella (aunque estoy seguro de que no se lo pregunta y que sabe tan bien como yo que mi charla sólo tiene por objeto mantener su mente ocupada), se lo explicaré. No es más que una bobina que transporta una corriente alterna de alta frecuencia. El campo alternante hace que el fluido sea magnético y electrostáticamente neutral desde el principio.

Retiró la aguja de repente, con gran suavidad, dobló el brazo de la joven y dejó en el hueco del codo un trocito de algodón.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

Ella buscó frases acertadas.

—Como la poseedora de una gran histeria durmiente suplicándole a alguien que no la despierte.

—Dentro de poco —le dijo, riendo— se sentirá tan rara que no tendrá tiempo para histerismos.

Se puso de pie y devolvió la aguja al banco de trabajo, enrollando el cable al mismo tiempo. Desconectó el campo de corriente alterna y volvió junto a la muchacha con un cuenco de cristal y un trozo cuadrado de conglomerado. Puso el cuenco invertido en el suelo, cerca de la chica, y colocó la madera sobre su ancha base.

—Recuerdo algo parecido —musitó ella—. Cuando estuve en..., en el instituto. Generaban relámpagos artificiales con un..., deje que recuerde... Bueno, había una cinta transportadora muy larga que funcionaba sobre unas poleas, unas raspaduras de cable y una gran bola de cobre en lo alto.

—El generador Van de Graaf.

—¡Exacto! Hacían toda clase de cosas con ese aparato, aunque lo que recuerdo más especialmente es que me subía a un pedazo de madera colocado sobre un cuenco como éste, me cargaban con el generador y no sentía nada, excepto que mi cabello parecía escapármese de la cabeza. Todos se reían. Yo parecía una muñeca de cara

negra y cabello tieso; al parecer, soportaba cuarenta mil voltios.

—¡Bravo! Me alegro de que lo recuerde. Aunque esto será un poco diferente. Aproximadamente, habrá otros cuarenta mil.

—Oh...

—No tema. Mientras se halle aislada, apartada de objetos que relativamente toquen el suelo, como yo, por ejemplo, no habrá fuegos artificiales.

—¿Usará un generador como aquél?

—No como aquél. En realidad ya lo he usado. Usted es el generador.

—Yo... ¡Oh...!

La joven levantó la mano de la butaca tapizada y al momento se produjo una serie de chispas y un débil olor a ozono.

—Sí, usted es un generador, más de lo que yo pensaba, y más rápido. ¡Levántese!

Ella empezó a hacerlo lentamente, pero terminó la maniobra más deprisa.

Cuando su cuerpo se separó del asiento, durante una fracción de segundo permaneció sentada en una masa de hilos blanquiazules. Dichos hilos, o ella misma, la empujaron un metro y medio más allá, siempre de pie. Literalmente fuera de sí, la muchacha estuvo a punto de caerse.

—¡Quédese de pie! —le ordenó él.

Ella se recobró, jadeando. Él retrocedió un paso.

—Suba a la madera —ordenó—. ¡Vamos, rápido!

La joven obedeció, dejando, en los dos pasos que tuvo que dar, dos breves pisadas de fuego. Se equilibró sobre la tabla, y su cabello, visiblemente, empezó a agitarse.

—¿Qué me está sucediendo?

—Todo va bien —la tranquilizó él.

Se dirigió al banco de trabajo y puso en marcha un generador de tono. El aparato gimió al pasar de uno a los trescientos grados del ciclo. Él aumentó el volumen y movió el control. El rugido se hizo más agudo, y el cabello doradorrojizo de la muchacha se atiesó hacia arriba, intentando cada hebra separarse de las demás. El hombre aumentó el tono por encima de los diez mil ciclos y después lo redujo al inaudible once; en ambos extremos, el cabello de la chica descendió, si bien hacia los mil doscientos adquirió un aspecto semejante al de la muñeca antes descrita por ella.

Dejó el volumen a un grado más o menos tolerable y cogió el electroscopio. Fue hacia ella, sonriendo.

—Usted es un electroscopio, ¿entendido? Y también un generador Van de Graaf viviente. Y una muñeca negra, de pelo tieso.

—Déjeme bajar —fue todo lo que ella acertó a decir.

—Todavía no. Por favor, no se mueva. El diferencial entre usted y todo lo demás es tan alto que, si se acercara a cualquier objeto, descargaría en él. No le haría daño, pues no es una corriente eléctrica, pero podría quemarse y sufrir un *shock* nervioso.

Levantó el electroscopio e incluso a aquella distancia, y a pesar de su inquietud, la muchacha vio como las láminas de oro se separaban. Él dio vueltas en torno a la

joven, contemplando atentamente las láminas moviendo el instrumento atrás y adelante, y de un lado a otro. Después fue hacia el generador de tono y bajó un poco el volumen.

—Envía usted un campo de fuerzas tan poderoso que no puedo captar las variaciones —explicó.

Luego volvió hacia ella, aproximándose más que antes.

—No puedo... mucho más..., no puedo... —murmuró ella.

Él no la oyó, o fingió no oírla. Luego, fue pasando el electroscopio cerca del abdomen de la joven, hacia arriba y de un lado a otro.

—¡Bravo! Así va bien... —exclamó animadamente, acercando el aparato a su seno derecho.

—¿Qué? —gimió ella.

—El cáncer. El seno derecho, bajo, en torno al sobaco. —Lanzó un silbido—. Muy malo. Maligno como el demonio.

La muchacha se tambaleó y al final cayó de cara. Una tremenda negrura la invadió, retrocedió explosivamente en un resplandor de agonizante blanquiazul, y al final se abatió sobre ella como un alud montañoso.

Un sitio donde las paredes tocan el techo. Otra pared, otro techo. No lo había visto antes. No importa. No interesa.

Dormir.

Un sitio donde las paredes tocan el techo. Algo en el camino. Su rostro, cerrado, tenso, cansado; ojos despiertos y penetrantes. No importa. No interesa.

Dormir.

Un sitio donde las paredes tocan el techo. Abajo, el sol poniente. Arriba, unos crisantemos color oro oxidado en una cornucopia de cristal verdedorado. Otra vez algo en el camino: su rostro.

—¿Puede oírme?

—Sí, pero no responder. Ni moverme. Ni hablar.

Dormir.

Es una habitación, una pared, una mesa, un hombre paseando; una ventana en la noche, y máscaras que parecen vivas, pero ¿no sabes que son recortadas y se están muriendo?

¿Lo saben?

—¿Cómo está?

Urgente, urgente.

—Tengo sed.

Frío y un mordisco de hielo que duele en los goznes de las mandíbulas. Zumo de uva. Tendido sobre el brazo y sosteniendo el vaso con la otra mano... Oh, no, no es esto...

—Gracias, muchas gracias...

Tratar de sentarse, la sábana... ¡Mi ropa!

—Lo siento —se disculpa él, como leyendo en su mente—. Algunas cosas son incompatibles con medias y minifaldas. Todo lavado, seco y listo para usted... en cualquier momento. Allí.

El vestido de lana marrón, las medias y los zapatos, en la butaca. Él se muestra respetuoso, permanece de pie y deja el vaso junto a una botella que hay en la mesita de noche.

—¿Qué cosas?

—Ropa de cama, vestidos... —contestó él cándidamente.

Protegida por la sábana, que puede ocultar los cuerpos pero no el embarazo de una situación.

—Oh, lo siento... Yo... no debo...

Al mover la cabeza, él entra y sale de su campo de visión.

—Sufrió un *shock* —explicó él—, y hasta ahora no se había recuperado.

Vaciló. Era la primera vez que ella le veía excitarse por algo. Por un momento, casi pudo leerle el pensamiento: ¿Debo decirle lo que pienso? Claro que debía decírselo, y lo hizo.

—Usted no quería salir del *shock*.

—Lo he olvidado todo.

—El peral, el electroscopio... La inyección, la respuesta electrostática...

—No —negó ella, sin estar segura. Luego, segura, repitió—: ¡No!

—¡Tranquila! —gritó él.

Lo primero que supo fue que él se hallaba junto a la cama, inclinado sobre ella, con las dos manos presionando sus mejillas.

—No vuelva a desmayarse —añadió—. Puede resistirlo. Puede resistirlo porque todo va bien, ¿comprende? ¡Ya está curada!

—Usted me dijo que tenía cáncer...

Su acento era acusador. Él se echó a reír.

—Fue usted quien me dijo que lo tenía.

—Pero no lo sabía con certeza.

—Entonces, eso lo explica todo —replicó él en tono burlón—. En todo lo que hice no había nada que justificase un repliegue en sí misma de tres días. Tenía que ser algo de su interior.

—¡Tres días!

Él se limitó a asentir y prosiguió con lo que estaba diciendo.

—De vez en cuando soy un poco fatuo. A causa de que, me sobra el tiempo. Supuse demasiado, ¿verdad?, cuando pensé que usted había visitado a un médico, e incluso le habían hecho una biopsia. No se la hicieron, ¿eh?

—Tuve miedo —admitió la joven. Le miró fijamente—. Mi madre murió de cáncer, y mi tía y mi hermana sufrieron una mastectomía radical. No podría soportarlo. Y cuando usted...

—Cuando le dije lo que usted ya sabía, lo que no quería oír, no pudo resistirlo. Perdió el conocimiento. Sí, se desmayó sin que eso tuviese nada que ver con los más de setenta mil voltios de estática que tenía en el cuerpo. Yo la cogí a tiempo.

Extendió los brazos y ella, instintivamente, retrocedió, pero él los mantuvo extendidos, exhibiéndolos, hasta que la muchacha los miró y vio las marcas de quemaduras en los antebrazos y los bíceps, tanto como se lo permitía la camisa de manga corta.

—Tengo quemaduras en el noventa por ciento de los brazos —añadió él—, pero al menos a usted no le estalló la cabeza ni nada por el estilo.

—Gracias —murmuró la joven reflexivamente. De pronto, empezó a llorar—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Hacer? Volver a su casa, esté donde esté... Rehacer su vida, sea la que sea...

—Pero usted dijo...

—¿Cuándo se le meterá en la cabeza que lo que dije no era ningún diagnóstico?

—¿Quiere decir que lo curó?

—Quiero decir que usted lo está curando ahora. Ya se lo expliqué el otro día. Ahora lo recuerda, ¿no es cierto?

—No muy bien..., pero... sí.

Subrepticamente, aunque no lo bastante, porque él se dio cuenta, se palpó el bulto bajo la sábana.

—Todavía lo tengo —dijo.

—Si le atizara en la cabeza con un bate de béisbol —replicó él con exagerada simplicidad—, tendría un bulto en ella. Y estaría ahí mañana y pasado. Claro que al día siguiente sería más pequeño, y al cabo de una semana aún lo notaría... pero ya habría desaparecido. Lo mismo que ese otro bulto.

Al fin, ella permitió que la enormidad del caso la conmoviese.

—Una cura de una sola inyección para el cáncer...

—¡Cielos, no! —exclamó él con dureza—. Por su aspecto sé que tendré que oír otra vez el maldito discurso. Bien, pues no lo haré.

—¿Qué discurso? —inquirió ella, sobresaltada.

—El relativo a mi deber con la humanidad. Tiene dos fases y muchos contextos. La primera fase trata de mi deber con la humanidad, y en realidad significa que podemos dar un paso clásico al respecto. La segunda fase sólo trata de mi deber con la humanidad, y no la oigo a menudo. La segunda fase no tiene en cuenta la renuencia

de la humanidad a aceptar lo bueno a menos que proceda de fuentes ya aceptadas y respetables. La primera fase está bien enterada de esto, pero sabe buscar maneras de darle la vuelta.

—Oh, yo no... —tartamudeó la joven. Luego, calló.

—Los contextos van acompañados por la luz de la revelación —continuó él sin hacer caso de la interrupción—, con o sin religiones y misticismos. O están severamente forjados en el molde ético-filosófico, y tratan de obligarme a rendirme por medio de la culpa, mezclada, hasta cierto punto para llegar a un total, con la compasión.

—Pero yo sólo...

—Usted ha robado el mejor ejemplo de cuanto he dicho —añadió él, señalándola con el índice—. Si mis presunciones hubieran sido correctas y usted hubiese ido a ver a sus matasanos locales y ellos le hubiesen diagnosticado cáncer, enviándola a un especialista, y éste hubiese hecho lo mismo, llamando a un colega para hacerle una consulta, y, llena de pánico, usted hubiera caído en mis manos y hubiera quedado curada, y luego hubiese ido a ver todos sus médicos para contarles el milagro, ¿sabe qué habría obtenido de ellos? Un diagnóstico de remisión espontánea, eso es lo que habría obtenido. Y no sólo de los médicos —prosiguió con una súbita renovación de la pasión, ante la cual la muchacha se encogió en la cama—. Todo el mundo tiene sentido comercial. Su dietista se habría inclinado sobre su germen de trigo o sus pasteles de arroz macrobióticos; su sacerdote se habría dejado caer de rodillas mirando al cielo; su especialista en genética habría forjado una teoría respecto a los saltos generacionales, y le aseguraría que probablemente sus abuelos también tuvieron remisiones espontáneas, sin saberlo.

—¡Por favor! —gritó ella.

—¿Sabe lo que soy? —gritó él también—. Un ingeniero doble: mecánico y eléctrico, y tengo un diploma en leyes. Si usted fuese lo bastante tonta como para contarle a alguien lo que ha sucedido aquí (y espero que no lo cuente, aunque si lo hace sabré protegerme), podrían encarcelarme por practicar la medicina sin título, y usted podría denunciarme por asalto, ya que le inserté una aguja en el cuerpo, y tal vez por secuestro, si lograra demostrar que la traje aquí desde el laboratorio. Y a nadie le importaría un pepino que yo le haya curado el cáncer. Usted no sabe quién soy, ¿no es así?

—No, ni siquiera sé cómo se llama.

—Ni se lo diré. Además, tampoco yo sé su nombre...

—Oh, yo me llamo...

—¡No me lo diga! ¡No me lo diga! ¡No quiero oírlo! Quise intervenir en su bulto y lo hice. Y ahora deseo que usted y su bulto se larguen cuanto antes de aquí. ¿He hablado con claridad?

—Bien, deje que me vista —replicó la muchacha— y saldré de aquí ahora mismo.

—¿Sin hacer discursos?

—Sin hacer discursos. —Al instante, su cólera se transformó en desdicha, y añadió—: Iba a decirle que le estoy muy agradecida. ¿Hubiese sido correcto?

La cólera de él también sufrió una transformación. Se acercó a la cama y se sentó sobre los talones, lo que hizo que las caras de ambos quedasen niveladas.

—Sí, sería estupendo —murmuró él—. Aunque... en realidad no se sentirá agradecida hasta dentro de diez días, cuando consiga el informe de «remisión espontánea», o incluso hasta dentro de seis meses, o un año o dos o cinco, cuando los análisis sean negativos.

La joven detectó tanta tristeza detrás de estas palabras que buscó la mano de su salvador cuando éste intentó apoyarse en el borde de la cama. Él no se apartó, sino que pareció agradecer aquel gesto.

—¿Por qué no puedo estar agradecida ahora? —quiso saber ella.

—Eso sería un acto de fe —respondió él con amargura—, y los actos de fe ya no existen... si es que existieron alguna vez. —Se incorporó y se dirigió a la puerta—. Por favor, no se marche esta noche —pidió—. Está muy oscuro y no conoce el camino. Nos veremos por la mañana.

Cuando volvió a la mañana siguiente, la puerta estaba abierta. La cama se hallaba ya hecha, y las sábanas estaban debidamente dobladas sobre la butaca, junto con las fundas de las almohadas y las toallas que ella había usado. La joven no estaba allí.

El hombre salió al patio de entrada y contempló su bonsai.

El sol matutino doraba el follaje horizontal del viejo árbol, dando relieve a las ramas retorcidas, así como a los nudos grises y a las grietas de terciopelo. Sólo el compañero de un bonsai (hay dueños de bonsais, pero pertenecen a una casta inferior) comprende plenamente esta relación. Existe un vínculo exclusivo e individual con el árbol porque éste es una cosa viva, y las cosas vivas cambian, y existen formas definidas hacia las que el árbol desea cambiar. Un hombre ve el árbol y en su mente hace ciertas extrapolaciones de lo que ve, forjando planes para que éstas se produzcan. El árbol, a su vez, sólo hace lo que puede hacer un árbol; se resistirá hasta la muerte a hacer lo que no puede hacer, o a hacerlo en menos tiempo del que necesita. La formación de un bonsai es, por tanto, un compromiso y una colaboración. Un hombre no puede crear un bonsai, ni siquiera un árbol. Se necesita la colaboración, y ambos deben entenderse mutuamente. Y esto requiere tiempo. Hay que memorizar el bonsai que se posee, cada ramita, el ángulo de cada hueco, de cada aguja, y despierto durante la noche, o en una pausa a mil kilómetros de distancia, uno recuerda esto, o aquella línea, o su masa, y se trazan planes. Con alambre, agua y luz, con reajustes, plantando hierbas que le roben el agua, o con una cubierta que haga sombra a la raíz, se le explica al árbol lo que se desea y, si la explicación queda lo bastante clara y existe una buena comprensión mutua, el árbol responderá y obedecerá... O casi. Siempre existirá su propia estimación, su variación altamente

individual: Muy bien, haré lo que deseas, pero lo haré a mi modo. Para estas variaciones, el árbol siempre quiere presentar una explicación clara y lógica, y muy a menudo (casi sonriendo) dejará bien claro que el hombre habría podido ahorrarse tantos afanes si el entendimiento hubiera sido mejor.

Es la escultura más lenta del mundo y, a veces, se llega a dudar de si el esculpido es el hombre o el árbol.

Estuvo, pues, más de diez minutos contemplando el dorado de las ramas superiores, y después fue hacia una cómoda de madera tallada, la abrió, sacó un retal grande de tela de dril, abrió el vidrio de un lado del atrio y extendió la tela sobre las raíces y sobre toda la tierra que se extendía a un lado del tronco, dejando el resto abierto al viento y al agua. Tal vez dentro de poco, un mes o dos, un vástago de la rama más alta aceptaría la insinuación y el irregular flujo de humedad subiría por la capa de cambio, se apartaría de la línea ascendente y continuaría por el paso horizontal. Aunque tal vez no lo hiciera, y en ese caso se necesitaría el lenguaje más duro de las ataduras y los alambres. Pero entonces quizá el árbol tuviera algo que decir acerca de lo correcto de una tendencia a subir, y tal vez pudiera decirlo de manera lo bastante persuasiva para convencer al hombre; en conjunto, se trata de un diálogo paciente, lleno de significado y provechoso.

—Buenos días.

—¡Oh, maldición! —masculló él—. Ha hecho que me muerda la lengua. Pensé que se había largado.

—Y me largué. —La muchacha se arrodilló en la sombra, con la espalda contra la pared interior, frente al atrio—. Pero luego me detuve para estar un rato con el árbol.

—¿Y qué...?

—Medité mucho.

—¿Sobre qué?

—Sobre usted.

—¿De veras?

—Oiga —observó ella con firmeza—, no iré a ver a ningún médico para que compruebe esto. No quise irme hasta decírselo, y hasta estar segura de que me cree.

—Vamos, entre y comeremos algo.

—No puedo —rechazó, riendo tontamente—. Tengo los pies dormidos.

Sin vacilar, él la cogió en brazos y la llevó a cuestras, rodeando el atrio.

—¿Me cree? —indagó ella, con el brazo en torno a los hombros del hombre, las caras muy juntas.

Él continuó andando hasta llegar a la cómoda de madera. Allí se detuvo y la miró fijamente a los ojos.

—Te creo —respondió, tuteándola—. No sé por qué has tomado esa decisión, pero estoy dispuesto a creerte.

La sentó sobre la cómoda y dio un paso atrás.

—Es por el acto de fe que mencionaste —explicó ella con gravedad—. Pensé que

debía mostrarlo, y que tú debías sentirlo al menos una vez en tu vida, para que no puedas volver a decir una cosa semejante nunca más. —Taconeó contra el suelo de pizarra—. Huy... —se quejó—, agujas y alfileres.

—Has debido de meditar largo tiempo.

—Sí. ¿Quieres saber algo más?

—Claro.

—Eres un hombre enfadado y asustado.

—Aclárame eso —pidió él, entusiasmado.

—No —replicó la joven quedamente—, acláramelo tú. Y hablo en serio. ¿Por qué estás enfadado?

—¡Te juro que no lo estoy! Aunque... —añadió de buen humor— tú me empujas en esa dirección.

—¡Vaya! ¿Por qué?

La contempló durante lo que a ella le pareció una eternidad.

—¿De veras quieres saberlo?

La joven asintió.

Él agitó una mano.

—¿De dónde supones que viene todo esto: la casa, la tierra, el equipo? —preguntó.

Ella aguardó.

—Un sistema de escape —continuó él, con un engrosamiento de la voz que ella ya iba conociendo—. Una manera de guiar los gases residuales fuera de los motores de combustión interna, de tal manera que se les da un giro. Los sólidos sin quemar quedan encajados en las paredes del manguito, en una funda de fibra de vidrio que sale en una pieza y puede ser sustituida por otra limpia cada tres mil kilómetros. El resto del residuo se quema con su mismo contacto y lo que arde se quema. El calor se emplea para precalentar el combustible; el resto se enrolla de nuevo en un cartucho de ocho mil kilómetros. Lo que finalmente sale, al menos según los niveles actuales, es muy limpio. Y a causa del precalentamiento, se logra un kilometraje mucho mejor del motor.

—Habrás ganado mucho dinero.

—He ganado mucho dinero —asintió él—, pero no por utilizarse este sistema para descontaminar el aire. He hecho mucho dinero porque lo adquirió una empresa automovilística y lo encerró en una caja hermética. No les gustó porque cuesta demasiado instalarlo en los coches nuevos. A algunos amigos suyos del negocio de refinado tampoco les gustó, porque saca demasiado rendimiento de los combustibles crudos. Bien, no conozco nada mejor ni pienso volver a cometer el mismo error. Pero sí..., estoy enfadado. Me enfadé cuando, siendo casi un crío, estuve en un petrolero y deseábamos lavar los mamparos con jabón ordinario y un trapo, y yo bajé a tierra para comprar un detergente, a fin de hacerlo mejor, más deprisa y más barato; de modo que le llevé el detergente al contramaestre y éste me pegó en la boca por

pretender conocer mejor el oficio que él. Bueno, el hombre estaba borracho, claro, pero lo peor vino cuando los más veteranos de la tripulación se enteraron de ello y me acusaron de ser un «hombre de la empresa», cosa que en un barco es un gran insulto. No comprendo por qué la gente rechaza siempre lo mejor.

»He luchado toda mi vida contra esto. En mi cabeza hay algo que no desaparece; es la forma que tengo de formular la pregunta: ¿Por qué una cosa es como es? ¿Por qué no puede ser de esta o de aquella manera? Siempre hay alguna pregunta que formular respecto a una cosa o una situación; especialmente, nunca hay que abandonar ni renunciar cuando te gusta una respuesta, porque siempre hay otra por hacer. Y vivimos en un mundo donde la gente no quiere formular la otra pregunta.

»Me han pagado todo lo que mi estómago puede contener por cosas que la gente no usa, y si estoy constantemente enfadado es por mi culpa, lo admito; porque no puedo dejar de formular la pregunta siguiente y esperar la respuesta. Hay media docena de inventos similares en ese laboratorio que nadie verá jamás, y otros cincuenta en mi cabeza; pero ¿qué se puede hacer en un mundo donde la gente prefiere matarse en un desierto, a pesar de saber que ello puede ser el verdadero fin de todo, donde todo el mundo gasta miles de millones en buscar un nuevo pozo de petróleo, cuando se ha demostrado hasta la saciedad que los carburantes fósiles nos matarán a todos?

»Sí, estoy enfadado. ¿No lo estarías tú?

La joven dejó que el eco de la voz de su interlocutor rondase por el patio y por la claraboya del atrio, y esperó un poco más para que él se diese cuenta de que estaba en el patio con ella, y no a solas con su furor. Él sonrió cuando lo comprendió.

—Tal vez formules la pregunta siguiente en vez de formular la pregunta correcta —dijo ella—. Opino que la gente que vive gracias a los antiguos y sabios proverbios trata de no pensar, y sé que vale la pena prestarles atención. Fíjate en esto: si formulas una pregunta de manera correcta, obtendrás la respuesta. Quiero decir —continuó tras una pausa para comprobar que él la escuchaba con atención, cosa que hacía—, si pones una mano sobre una estufa caliente puedes preguntarte: ¿cómo impediré que se me queme la mano? Y la respuesta es muy clara, ¿verdad? Si el mundo sigue rechazando lo que le das, ha de existir una manera de preguntar el porqué y obtener la respuesta apropiada.

—La respuesta es muy sencilla —gruñó él—. La gente es estúpida.

—Ésa no es la respuesta, y tú lo sabes.

—¿Cuál es, entonces?

—Oh, no puedo decírtelo. Sólo sé que es más importante la manera como uno hace algo respecto a la gente que lo que hace, si quiere obtener resultados. Bueno..., tú ya sabes cómo lograr lo que deseas del árbol, ¿no es cierto?

»La gente también vive criando cosas. No sé ni una centésima parte de lo que sabes tú acerca del bonsai, pero sí sé esto: cuando empiezas uno, no tomas el más sano y hermoso, sino que es precisamente el más torcido el que puede resultar más

bello. Cuando desees educar y criar a la humanidad, debes recordar esto.

—¡De todo lo que...! No sé si reírme o darte un buen puñetazo en la boca.

La joven se puso de pie. Él no se había dado cuenta de lo alta que era.

—Será mejor que me largue.

—Vamos..., vamos... No era más que un modo de hablar.

—Oh, no me siento amenazada..., pero será mejor que me vaya.

—¿Temes formular la siguiente pregunta? —inquirió él astutamente.

—Estoy aterrada.

—Pregunta, de todos modos.

—¡No!

—Entonces, preguntaré yo por ti. Has dicho que estaba enfadado y asustado. Y deseas saber qué es lo que me asusta.

—Sí.

—Bien. Estoy terriblemente asustado de ti.

—¿De veras?

—Tienes una forma propia de provocar la honestidad —respondió él con cierta dificultad—. Diré lo que sé que estás pensando: temo cualquier relación humana íntima. Temo cualquier cosa que no pueda resolver con un destornillador, o un espectroscopio de masas, o una tabla de cosenos y tangentes.

La voz era burlona, pero le temblaban las manos.

—Manejas esto regándolo sólo por un lado —murmuró ella—, o volviéndolo hacia el sol. Lo manipulas como si fuese una cosa viva, como un animal, una mujer o un bonsai. Será lo que desees que sea si lo dejas seguir su curso y te tomas el tiempo y los cuidados necesarios.

—Creo que me estás haciendo una oferta —observó él—. ¿Por qué?

—Sentada allí casi toda la noche —explicó la muchacha—, tuve una imagen muy tonta. ¿Crees que dos árboles retorcidos pueden colaborar para formar un bonsai?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él suavemente.

1972

30ª Convención
Los Ángeles

La reina del aire y la oscuridad

Poul Anderson

Permítanme que les cuente qué clase de chico es Poul.

En 1971, publiqué un libro titulado Isaac Asimov's Treasury of Humor («Tesoro de humor de Isaac Asimov», Houghton Mifflin)^[2]. Me gustó tanto que desde entonces planeo publicar otro libro que se titule Isaac Asimov Laughs Again («Isaac Asimov vuelve a reír»). Tengo ya escrita una parte, pero, como les sucede a muchos de los libros que proyecto, éste se halla atascado a causa de mis múltiples compromisos.

Poul sabe, naturalmente, que yo pienso en ese libro, y continuamente me envía páginas y páginas llenas de chistes que ha oído..., gratuitamente, sin que me pida tampoco que los publique como suyos. Así es Poul.

Naturalmente, jamás soñaría en herir sus sentimientos. ¿Quiere que los acepte gratis? Estupendo, no puedo estropear un gesto tan espléndido ofreciéndole dinero. ¿No quiere que los acredite a su nombre? Jamás me opondré a un deseo tan razonable.

Excepto esta vez. He contado el chiste siguiente con un éxito siempre considerable, y fue de sus labios de donde lo oí por primera vez. Aquí lo tienen (contado a mi estilo):

Un inglés, un francés y un ruso discuten sobre el significado de la verdadera felicidad.

—Amigos míos —dice el inglés—, les voy a explicar su significado mediante un ejemplo. Imagínense que cabalgan sobre un caballo muy alto al alborar de una mañana algo fría de otoño; que galopan por los campos, que saltan sobre arroyos y matorrales, con los perros ladrando, persiguiendo todos a un zorro. Imagínense que regresan al hogar con la cola del zorro, y que se sientan, victoriosos, delante de un buen fuego crepitante, con un vaso de whisky en la mano. Ésa es la verdadera felicidad.

—Bah —replica el francés—. Eso, amigo mío, si se lo puedo decir sin ofenderle, es el placer animal. Si quieren un buen ejemplo, imagínense que están cenando en un restaurante de lujo de la orilla izquierda del Sena, devorando los más exquisitos

manjares con ayuda de un champaña espléndido y en compañía de una mujer bellísima. Luego, terminada la cena, uno lleva a la dama al apartamento, de él o de ella, y hace con la joven el amor durante toda la noche. Ésa es la verdadera felicidad.

El ruso se echa a reír guturalmente y exclama:

—Ah, amigo mío, eso es sólo pasarlo bien. Déjenme que les ponga mi ejemplo. Imagínense a un hombre que llega a casa después de un día de trabajo agotador en la fábrica de tractores, y que acaba de sentarse en el mejor sillón de la casa..., el que tiene una pata coja. Ha colocado a su hijito Mikhail sobre las rodillas y ha abierto un ejemplar de Pravda. En ese momento alguien llama a la puerta enérgicamente. Abre y aparecen tres hombres, de uniforme marrón, los cuales, mirándole acusadoramente, preguntan: «¿Ivan Mikhailovich Federov?». Y él contesta: «No, camaradas, ése vive dos pisos más arriba». Ésa es la verdadera felicidad.

El último resplandor del último ocaso se prolongaría casi hasta medio invierno. Pero no habría más día, y las tierras del norte se alegrarían. Capullos abiertos, fulgor en los estramonios, flores-de-acero irguiéndose azules de las matas que cubrían todas las colinas, tímida blancura de las no-me-beses en las cañadas. Mariposas revoloteando entre ellas sobre alas iridiscentes; un gamo macho sacudió sus cuernos y gamitó. Entre horizontes, el cielo pasó del púrpura al color arena. Las dos lunas estaban en lo alto, casi llenas, brillando sobre las hojas y sobre las aguas. Las sombras que proyectaban estaban manchadas por una aurora boreal, una gran cortina de luz a través de medio cielo. Detrás de ella habían salido las primeras estrellas.

Un joven y una muchacha estaban sentados en el Túmulo de Wolund, debajo del dolmen que lo culminaba. Sus cabellos, que caían sobre sus espaldas, aparecían decolorados por el verano. Sus cuerpos, todavía morenos por aquella estación, destacaban entre la tierra, los arbustos y las rocas, ya que sólo llevaban guirnaldas. Él tocaba una flauta de hueso y ella cantaba. Se habían hecho amantes últimamente. Tenían alrededor de dieciséis años, pero ellos lo ignoraban, considerándose a sí mismos como Outlings y, en consecuencia, indiferentes al tiempo, recordando muy poco o nada de cómo en otro tiempo habían morado en las tierras de los hombres.

Las notas de la flauta acompañaban la voz femenina:

*Inventa un hechizo,
téjelo bien
de polvo y rocío
y noche y tú.*

Un arroyo que discurría junto al túmulo, transportando luz de luna a un río oculto por la colina, respondió con sus rápidos. Una bandada de murciélagos pasó, negra, debajo de la aurora.

Una forma llegó brincando sobre Cloudmoor. Tenía dos brazos y dos piernas, pero las piernas eran largas y terminaban en zarpas, estaba cubierto de plumas hasta la punta de la cola y tenía anchas alas. El rostro era medio humano, dominado por sus ojos. Si Ayoch hubiese sido capaz de erguirse del todo, hubiera llegado al hombro del muchacho.

La muchacha se puso en pie.

—Lleva un bulto —dijo.

Su visión no estaba hecha para el crepúsculo, como la de un ser nacido en el septentrión, pero había aprendido a utilizar todas las señales que sus sentidos le proporcionaban. Aparte del hecho de que normalmente un puk hubiera volado, había cierta pesadez en su apresuramiento.

—Y llega del sur —dijo el muchacho con visible excitación, repentina como una verde llama que cruzara la constelación Lyrth. Descendió rápidamente por la ladera del túmulo—. ¡Ohoi, Ayoch! —gritó—. ¡Soy yo, Mistherd!

—Y Sombra-de-un-Sueño —dijo la muchacha, siguiéndole.

El puk se paró. Respiró más ruidosamente que la vegetación que susurraba a su alrededor. En el lugar en que se había detenido se alzó un olor a hierba aplastada.

—Saludos en el umbral del invierno —silbó—. Podéis ayudarme a llevar esto a Carheddin.

Levantó lo que portaba. Sus ojos eran faros amarillos. El bulto se movió y gimió.

—¡Es un niño! —dijo Mistherd.

—Lo mismo que lo fuiste tú, hijo mío, lo mismo que lo fuiste tú. ¡Jo, jo, qué proeza! —alardeó Ayoch—. Eran muchos en el campamento de Fallow-wood, armados, y además de máquinas de vigilar tenían perros grandes y feos, de guardia mientras ellos dormían. Sin embargo, me acerqué por el aire, después de haberles espiado hasta que supe que un puñado de polvo...

—¡Pobrecillo!

Sombra-de-un-Sueño cogió al niño y lo apretó contra sus menudos pechos.

—Tienes mucho sueño, ¿verdad?

Ciegamente, el niño buscó un pezón. Ella sonrió a través del velo de sus cabellos.

—No, soy demasiado joven, y tú eres ya demasiado mayor. Pero, cuando despiertes en Carheddin debajo de la montaña, tendrás un banquete.

—Yo-ah —dijo Ayoch muy suavemente—. Ella está fuera y ha oído y visto. Está llegando.

Se agachó, con las alas plegadas. Al cabo de unos instantes Mistherd se arrodilló, y lo mismo hizo Sombra-de-un-Sueño, aunque no soltó al niño.

La alta forma de la Reina tapó las lunas. Miró en silencio a los tres y a su botín. Los sonidos de la colina y del páramo dejaron de existir para ellos, hasta que les

pareció que podían oír sisear las luces del norte.

Finalmente, Ayoch susurró:

—¿Lo he hecho bien, Estrella-madre?

—Si has robado un niño de un campamento lleno de máquinas —dijo la hermosa voz—, es que eran gente del lejano sur que podría no soportarlo tan resignadamente como los hacendados.

—Pero, ¿qué pueden hacer, Elaboradora-de-Nieve? —preguntó el puk—. ¿Cómo podríamos localizarnos?

Mistherd irguió la cabeza y habló en tono de orgullo.

—Ahora, también ellos aprenderán a temernos.

—Y es un niño encantador —dijo Sombra-de-un-Sueño—. Y nosotros necesitamos más como él, ¿no es cierto, Dama Cielo?

—Tenía que ocurrir en algún crepúsculo —asintió la Reina—. Llévadle hacia abajo y cuidad de él. Por esta señal —que ella hizo—, es reclamado por los Moradores.

Su alegría se manifestó libremente. Ayoch se revolcó por el suelo hasta que encontró un árbol de hojas temblonas. Encaramándose por el tronco se colgó de una rama, semioculto por el pálido follaje. El joven y la muchacha llevaron al niño hacia Carheddin, a un paso rítmico que les permitía a él tocar la flauta y a ella cantar:

¡Wahaii, wahaii!

¡Wayala, laii!

Ala en el viento

alta sobre el cielo,

con grito estridente,

avanzando a través de la lluvia,

a través del tumulto,

*avanzando a través de los árboles bañados por la luz de la luna y las sombras
cargadas de sueños debajo de ellos,*

*confundiéndose con el tintineante cabrilleo de los lagos en los que se ahogan los
rayos de las estrellas.*

Al entrar, Barbro Cullen se sintió, a través de todo su pesar y su rabia, invadida por el desaliento. En la estancia reinaba un espantoso desorden. Periódicos, cintas magnetofónicas, carretes, códigos, ficheros y papeles revueltos llenaban todas las mesas. En la mayoría de estanterías y rincones había una capa de polvo. Contra una de las paredes había un laboratorio, con microscopio y material analítico. Le pareció compacto y eficaz, pero no era lo que uno esperaba encontrar en una oficina, y ponía en el aire un tufo químico. La alfombra estaba deshilachada, los muebles desvencijados.

¿Era ésta su oportunidad final?

Luego, Eric Sherrinford se acercó.

—Buenos días, señora Cullen —dijo.

Su tono era vigoroso, firme el apretón de su mano. Lo desaseado de su atuendo no la molestó. A ella no le preocupaba demasiado su propio aspecto, excepto en ocasiones especiales. (¿Y existiría otra para ella, a menos que recuperase a Jimmy?) Lo que ella observaba era el aseo personal de un gato.

Sherrinford sonrió.

—Perdone mi desorden de soltero. En Beowulf tenemos..., teníamos, en cualquier caso, máquinas para eso, de modo que nunca adquirí la costumbre de limpiar, y no quiero que un asalariado desarregle mis herramientas. Me resulta más conveniente trabajar en mi apartamento que mantener una oficina fuera de aquí. ¿No quiere sentarse?

—No, gracias. No podría —murmuró ella.

—Comprendo. Pero, si me disculpa, yo funciono mejor en una postura relajada.

Se dejó caer en una tumbona. Una larga pierna cruzó sobre la otra rodilla. Sacó una pipa y la llenó de tabaco de una bolsa. Barbro se preguntó por qué fumaba de un modo tan anticuado. ¿No se suponía que en Beowulf disponían del equipo moderno que en Roland todavía no podían permitirse construir? Bueno, desde luego que las viejas costumbres podían sobrevivir en cualquier caso. Generalmente lo hacían en colonias, recordó haber leído. La gente se había trasladado a las estrellas con la esperanza de conservar cosas tan anticuadas como sus idiomas maternos, su gobierno constitucional o su civilización tecnológico-racional.

Sherrinford la arrancó de la confusión provocada por su fatiga:

—Debe darme los detalles de su caso, señora Cullen. Me ha dicho simplemente que su hijo fue raptado y que el cuerpo de policía local no ha hecho nada. Por otra parte, sólo conozco unos cuantos hechos evidentes, tales como que usted es viuda más bien que divorciada; que es hija de residentes de la Tierra de Olga Ivanoff, los cuales se mantienen en estrecha telecomunicación con Christmas Landing; que ha estudiado usted una de las profesiones biológicas; que ha pasado varios años sin trabajar en su especialidad, hasta que recientemente reanudó su actividad.

Barbro contempló con la boca abierta el rostro de pómulos salientes, nariz aguileña, cabellos negros y ojos grises que tenía enfrente. El mechero de Sherrinford proyectó un resplandor que pareció llenar la habitación. El silencio reinaba en esta altura sobre la ciudad, y el crepúsculo invernal se filtraba a través de las ventanas.

—¿Cómo diablos ha sabido eso? —se oyó exclamar a sí misma.

Sherrinford se encogió de hombros y adoptó el tono de conferenciante que le había hecho famoso.

—Mi trabajo consiste en observar los detalles y hacerlos encajar unos con otros. En más de cien años en Roland, la gente, tendiendo a arracimarse de acuerdo con sus orígenes y sus hábitos mentales, ha desarrollado acentos regionales. Usted tiene un deje del acento olgano, pero nasaliza las vocales al estilo de esta zona, aunque vive en

Portolondon. Eso sugiere una infancia expuesta al lenguaje metropolitano. Me ha dicho que formaba parte de la expedición de Matsuyama y que se llevó a su hijo con usted. A ningún técnico vulgar se lo hubieran permitido; en consecuencia, tiene que ser bastante valiosa para haberlo conseguido. El equipo estaba realizando investigaciones ecológicas; por lo tanto, su especialidad ha de encontrarse entre las ciencias de la vida. Por el mismo motivo, hay que suponerle una experiencia previa. Pero su piel es muy fina, lo cual demuestra que no ha estado expuesta prolongadamente a este sol. *Ergo*, ha pasado mucho tiempo bajo techado antes de emprender este infortunado viaje. En cuanto a la viudedad... nunca me ha mencionado un marido, pero debió de ser un hombre al que quería mucho, porque lleva aún el anillo de boda y la alianza de compromiso que él le regaló.

Barbro suspiró, aturdida. Aquellas últimas palabras habían traído ante sus ojos la figura de Tim, enorme, pelirrojo, reidor y cariñoso. Tuvo que apartar la mirada de esta otra persona y mirar hacia fuera.

—Sí —dijo finalmente—, tiene usted razón.

El apartamento ocupaba la cumbre de una colina sobre Christmas Landing. Debajo, la ciudad descendía en paredes, tejados, chimeneas arcaicas y faroles callejeros, luces fantasmagóricas de vehículos pilotados por humanos, hasta el puerto; la curva de Venture Bay, buques que se dirigían o procedían de las islas Sunward y regiones más remotas del Océano Boreal, el cual brillaba como mercurio en los arboles del ocaso de Carlomagno. Oliver estaba ascendiendo rápidamente, un disco moteado de color naranja; más cerca del cenit que nunca podría alcanzar brillaría con el color del hielo. Alde, la mitad de grande, era una delgada lúnula cerca de Sirio, la cual se encontraba cerca del Sol, recordó Barbro, pero no podía verse el Sol sin un telescopio.

—Sí —dijo Barbro, conteniendo los sollozos que habían acudido a su garganta—, mi marido murió hace cuatro años. Yo llevaba en mi seno a nuestro primer hijo cuando le mató un unicornio desbocado. Nos habíamos casado tres años antes. Nos conocimos cuando estábamos en la universidad... Las emisiones de la Escuela Central sólo pueden proporcionar una educación básica, ya sabe... Creamos nuestro propio equipo para realizar estudios ecológicos bajo contrato: ya sabe, averiguar si una zona determinada puede ser colonizada manteniendo el equilibrio de la naturaleza, qué podría cultivarse en ella, qué dificultades se encontrarían, etcétera. Bueno, más tarde trabajé en un laboratorio piscícola de Portolondon. Pero la monotonía de aquella tarea me resultó insoportable. El profesor Matsuyama me ofreció un puesto en el equipo que estaba organizando para examinar la región de Hauch. Pensé, Dios me perdone, pensé que Jimmy... Tim quería que se llamara James, cuando los tests demostraron que sería un chico, porque era el nombre de su padre y porque «Timmy y Jimmy» sonaba bien, y... Bueno, pensé que Jimmy no correría ningún peligro acompañándome. No podía soportar la idea de separarle de mí durante meses, a su edad. Podíamos asegurarnos de que nunca saldría del

campamento. Y, dentro de él, ¿qué podía ocurrirle de malo? Nunca había creído esas historias acerca de los Outlings que roban niños humanos. Suponía que los padres trataban de ocultarse a sí mismos el hecho de que habían sido descuidados, permitiendo que un niño se perdiera en los bosques, o fuese atacado por una manada de fieras, o... Bueno, estaba equivocada, señor Sherrinford. Los robots de guardia fueron burlados, los perros drogados, y cuando desperté Jimmy había desaparecido.

Sherrinford la miró a través del humo de su pipa. Barbro Engdahl Cullen era una robusta mujer de treinta y tantos años (años rolándicos, se recordó a sí mismo, noventa y cinco por ciento de los terrestres, que no correspondían a los años beowulfanos), ancha de hombros, de piernas largas y senos rotundos; tenía una cara ancha, la nariz recta, los ojos color de avellana, la boca de labios gruesos y expresiva; sus cabellos eran de color castaño rojizo, recogidos debajo de las orejas, su voz un poco ronca y llevaba un sencillo vestido de calle. Para aquietar el temblor de sus manos, él preguntó escépticamente:

—¿Cree usted ahora en los Outlings?

—No. Simplemente, no estoy tan segura como antes.

Barbro vaciló, antes de añadir:

—Y hemos encontrado huellas.

—Restos de fósiles —asintió Sherrinford—. Unos cuantos artefactos de tipo neolítico. Pero aparentemente antiguos, como si los que los construyeron hubieran muerto hace siglos. La investigación intensiva no ha aportado ninguna prueba real de su supervivencia.

—¿Hasta qué punto puede ser intensiva una investigación, en un verano tormentoso y un invierno lúgubre, en una zona desértica alrededor del polo Norte? —inquirió ella—. ¿Cuando somos un millón de personas en todo un planeta, la mitad de ellas concentradas en esta única ciudad?

—Y el resto concentrado en este único continente habitable —puntualizó Sherrinford.

—La Ártica cubre cinco millones de kilómetros cuadrados —replicó ella—. La zona Ártica propiamente dicha cubre una cuarta parte del territorio. No tenemos la base industrial para establecer estaciones monitoras satélites, construir aeronaves para explorar aquellas regiones, abrir carreteras a través de las malditas tierras oscuras e instalar bases permanentes que nos permitan conocerles y domesticarles. ¡Dios mío, generaciones de colonos solitarios contaron historias acerca de Mantogris, y la bestia no fue vista nunca por un científico hasta el año pasado!

—Sin embargo, usted sigue dudando de la existencia de los Outlings.

—Bueno, ¿qué me dice de un culto secreto entre humanos, nacido del aislamiento y la ignorancia, amadrinando en lugares desérticos, robando niños cuando pueden para...?

Barbro tragó saliva e inclinó la cabeza.

—Pero se supone que el experto es usted.

—Por lo que me ha dicho por visífono, las fuerzas de policía de Portolondon ponen en cuarentena la exactitud del informe que hizo su grupo, creen que la mayoría de ustedes padecen histerismo, pretenden que han descuidado las debidas precauciones y que el niño se alejó y se extravió sin que ustedes logran encontrarle.

La sequedad de aquellas palabras la hizo reaccionar. Enrojeciendo, replicó:

—¿Como el hijo de cualquier colono? No. Yo no me he limitado a gritar. He consultado los archivos. Y hay demasiados casos registrados como accidente para que resulte una explicación plausible. ¿Y debemos ignorar del todo las aterradoras historias acerca de reapariciones? Pero cuando acudí a las fuerzas de policía con mis hechos, no quisieron saber nada. Sospecho que la causa no es que dispongan de muy pocos agentes. Creo que también ellos están asustados. La mayoría proceden de zonas rurales, y Portolondon se encuentra cerca del borde de lo desconocido.

Su energía se apagó.

—Roland no tiene ninguna fuerza central de policía —terminó, en tono de desaliento—. Usted es mi última esperanza.

El hombre expelió una bocanada de humo antes de decir, con voz más amable que hasta entonces:

—Le ruego que no confíe demasiado en mí, señora Cullen. Soy un investigador privado solitario en este mundo, sin más recursos que los míos propios, y un recién llegado, por así decirlo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Doce años. Apenas el tiempo suficiente para familiarizarme un poco con las relativamente civilizadas regiones del litoral. Ustedes, que residen aquí desde hace un siglo o más, ¿qué es lo que saben acerca del interior de la Ártica? —Sherrinford suspiró—. Aceptaré el caso, sin cobrar más de lo que debo, principalmente por la experiencia que puede reportarme —dijo—. Pero sólo si es usted mi guía y mi ayudante, por penoso que le resulte.

—¡Desde luego! No puedo resistir la idea de permanecer ociosa. Mas, ¿por qué he de ser yo?

—Contratar a alguien con la suficiente capacidad resultaría prohibitivamente caro, en un planeta de pioneros en el que cada mano tiene mil tareas urgentes que realizar. Además, usted tiene un motivo. Y yo necesito eso. Yo, que nací en otro mundo completamente distinto a éste, que por su parte es completamente distinto a la Madre Tierra, me doy perfecta cuenta de nuestras limitaciones y desventajas.

La noche se cernió sobre Christmas Landing. El aire seguía siendo suave, pero los zarcillos luminosos de niebla, escurriéndose a través de las calles, tenían un aspecto frío, y más fría aún era la aurora que se estremecía entre las lunas. La mujer se acercó más al hombre en la oscuridad habitación, seguramente sin darse cuenta de que lo hacía, hasta que él pulsó el interruptor de un fluorescente. Ambos participaban del conocimiento de la soledad de Roland.

Un año-luz no es ninguna exageración en distancias galácticas. Podría recorrerse en unos 270 millones de años, empezando a mediados de la era permiana, cuando los dinosaurios pertenecían al futuro remoto, y continuando hasta nuestros días, cuando las naves espaciales cruzan distancias todavía mayores. Pero las estrellas de nuestra vecindad se encuentran a un promedio de nueve años-luz de distancia, y apenas el uno por ciento de ellas tienen planetas habitables para el hombre, y las velocidades están limitadas a menos de la de la radiación. La contracción relativista del tiempo y la animación suspendida en ruta prestan cierta ayuda. Eso hace que los viajes parezcan cortos, pero entre tanto la historia no se detiene.

Así, los viajes de sol a sol serán siempre pocos. Los colonizadores serán aquellos que tengan motivos sumamente especiales para marcharse. Se llevarán consigo plasma germinal para el cultivo exogenético de plantas y animales domésticos... y de niños humanos, a fin de que la población pueda crecer con la rapidez suficiente para escapar a la muerte por el agotamiento genético. Después de todo, no pueden confiar en una posterior inmigración. Dos o tres veces por siglo, una nave puede llamar desde alguna otra colonia. (No desde la Tierra. La Tierra está sumida desde hace mucho tiempo en otra clase de preocupaciones.) Su lugar de origen será un antiguo poblado. Los jóvenes no están en condiciones de construir y gobernar naves interestelares.

Su misma supervivencia, dejando aparte su eventual modernización, está en duda. Los padres fundadores han tenido que aceptar lo que pudieron obtener, en un universo no diseñado especialmente para el hombre.

Considérese, por ejemplo, Roland. Se encuentra entre los raros hallazgos afortunados, un mundo en el que los humanos pueden vivir, respirar, comer el alimento, beber el agua, andar descalzos si lo prefieren, cultivar sus cosechas, apacentar a sus animales, cavar sus minas, edificar sus hogares, criar a sus hijos y nietos. Vale la pena recorrer tres cuartas partes de un siglo-luz para conservar ciertos valores queridos y hundir nuevas raíces en el suelo de Roland.

Pero la estrella Carlomagno es de tipo F9, un cuarenta por ciento más brillante que el Sol, más brillante aún en los traicioneros ultravioleta y más salvaje aún en el viento de partículas cargadas que desprende. El planeta tiene una órbita excéntrica. En medio del corto pero furioso verano septentrional, que incluye el periastron, la insolación total es más del doble de la que recibe la Tierra; en lo profundo del largo invierno septentrional, es muy inferior al promedio terrestre.

La vida nativa es abundante en todas partes. Pero al carecer de maquinaria adecuada, que sólo podrían construir unos cuantos especialistas, el hombre sólo puede soportar las latitudes más altas. Una inclinación axial de diez grados, junto con la órbita, significa que la parte septentrional del continente ártico pasa medio año sin recibir la luz del sol. Alrededor del polo Sur se extiende un océano vacío.

Otras diferencias con relación a la Tierra podrían parecer superficialmente más importantes. Roland tiene dos lunas, pequeñas pero cercanas, que provocan desastrosas mareas. Gira sobre sí mismo una vez cada treinta y dos horas,

perjudicando sutilmente a unos organismos evolucionados a través de milenios de un ritmo más rápido. Las pautas climatológicas son también distintas a las terrestres. El globo sólo tiene 9.500 kilómetros de diámetro; su gravedad de superficie es $0,42 \times 980 \text{ cm/seg}^2$; la presión del aire al nivel del mar es ligeramente superior a una atmósfera terrestre. (Ya que en realidad la Tierra es la rareza, y el hombre existe debido a que un accidente cósmico expulsó la mayor parte del gas que un cuerpo de su tamaño debería conservar, como ha hecho Venus.)

Sin embargo, el *Homo* puede ser llamado realmente *sapiens* cuando practica su especialidad de no ser especializado. Sus repetidos intentos de congelarse a sí mismo en unos moldes con respuesta para todo, o una cultura, o una ideología, o comoquiera que lo haya llamado, le han conducido repetidamente a la ruina. Si se le encarga la tarea pragmática de subsistir, suele desempeñarla bastante bien. Se adapta dentro de unos límites muy amplios.

Esos límites están determinados por factores tales como su necesidad de luz solar y de convertirse, necesariamente y para siempre, en una parte de la vida que le rodea y un producto del espíritu que la alienta.

Portolondon introduce muelles, embarcaciones, maquinaria y almacenes en el golfo de Polaris. Detrás de ellos se agrupan las viviendas de sus 5.000 habitantes permanentes: paredes de hormigón, contraventanas, altos y picudos tejados. Lo alegre de su pintura quedaba desdibujado entre los faroles; este pueblo se encontraba más allá del Círculo Ártico.

Sin embargo, Sherrinford observó:

—Un lugar alegre, ¿eh? Llegué a Roland buscando algo como esto.

Barbro no contestó. Los días pasados en Christmas Landing, mientras él hacía sus preparativos, la habían agotado. Mirando a través de la cúpula del taxi que les llevaba a la parte baja del pueblo, supuso que él se refería a la lozanía de la vegetación a lo largo de la carretera, matices brillantes y fosforescencia de flores en los jardines, clamor de alas encima de sus cabezas. A diferencia de la flora terrestre en climas fríos, la vegetación ártica pasa todas las horas diurnas en frenético crecimiento y almacenamiento de energía. Hasta que la fiebre del verano deja paso al suave invierno no florece ni da fruto; y los animales aletargados durante el verano abandonan sus madrigueras y las aves migratorias vuelven a casa.

La vista era encantadora, tuvo que admitirlo: más allá de los árboles, una amplitud trepando hacia remotas alturas, grisplateada bajo una luna, una aurora, el difuso resplandor de un sol debajo mismo del horizonte.

Hermoso como un satán cazador, pensó, e igualmente terrible. Aquella selvaticidad había robado a Jimmy. Se preguntó si al menos podría encontrar sus pequeños huesos y llevárselos a su padre.

Bruscamente se dio cuenta de que Sherrinford y ella estaban en su hotel y que él

había estado hablando del pueblo. Dado que era el siguiente en tamaño después de la capital, él debió de haberlo visitado con frecuencia. Las calles aparecían atestadas y ruidosas; parpadeaban los letreros luminosos, brotaba la música de tiendas, tabernas, restaurantes, centros deportivos, salones de baile; los vehículos se tocaban unos a otros; los edificios para oficinas de varios pisos de altura se erguían como ascuas de luz. Portolondon unía un enorme traspais al mundo exterior. Río Gloria abajo llegaban balsas de troncos, minerales, cosechas de granjas cuyos propietarios estaban logrando lentamente que la vida de Roland les sirviera, carne, marfil y pieles reunidos por los exploradores en las montañas que se erguían más allá de Troll Scarp. Por el mar llegaban cargueros que navegaban a lo largo de la costa, la flota pesquera, productos de las islas Sunward y de otros continentes situados mucho más al sur y hasta los que se aventuraban hombres audaces. En Portolondon se reía, se fanfarroneaba, se disimulaba, se robaba, se rezaba, se bebía, se soñaba, se fornicaba, se construía, se destruía, se nacía, se moría, se era feliz, desdichado, codicioso, vulgar, amante, ambicioso, humano. Ni el ardor del sol en verano ni el crepúsculo de medio año —completamente de noche en pleno invierno— pondrían freno a la mano del hombre.

Al menos, eso decía todo el mundo.

Todo el mundo, excepto aquellos que se habían establecido en las regiones oscuras. Barbro solía dar por sentado que estaban desarrollando extrañas costumbres, leyendas y supersticiones, las cuales morirían cuando todas las tierras estuvieran registradas en los mapas y controladas.

Últimamente, había empezado a dudar. Tal vez las alusiones de Sherrinford acerca de un cambio en su propia actitud, acarreado por su investigación preliminar, eran las responsables de las dudas de Barbro.

O tal vez necesitaba algo en que pensar que no fuera en cómo Jimmy, el día antes de desaparecer, cuando ella le preguntó si quería pan de centeno o pan francés para un emparedado, respondió con gran solemnidad (empezaba a mostrarse interesado en el alfabeto): «Quiero una rebanada de lo que nosotros llamamos el pan F».

Apenas se dio cuenta de que se apeaba del taxi, se registraba en el hotel y era acompañada a una habitación amueblada de un modo primitivo. Pero, después de deshacer su equipaje, recordó que Sherrinford había sugerido una conferencia confidencial. Cruzó el pasillo y llamó a su puerta. Sus nudillos sonaron menos ruidosos que su corazón.

Sherrinford abrió la puerta, con un dedo en los labios, y le hizo un gesto señalándole un rincón. Barbro frunció el ceño hasta que vio la imagen del jefe de Policía Dawson en el visífono. Sherrinford debió de llamarle, y debía de tener sus motivos para mantenerla fuera del alcance de la cámara. Encontró una silla y esperó, clavando las uñas en sus rodillas.

El detective se acercó de nuevo al visífono.

—Perdone la interrupción —dijo—. Un hombre se ha equivocado de número.

Estaba borracho, al parecer.

Dawson dejó oír una risita.

—Aquí abundan mucho —dijo. Barbro recordó lo aficionado a charlar que era Dawson, el cual se atusó la barba que llevaba, como si fuera un explorador en vez de un hombre de ciudad—. No producen ningún daño, por regla general. Lo único que tienen es un exceso de voltaje, después de pasar semanas o meses enteros en las regiones del interior, y necesitan descargarlo.

—He llegado a la conclusión de que ese entorno, ajeno en un millón de aspectos al que creó el hombre, produce extraños efectos en la personalidad.

Sherrinford atacó su pipa.

—Desde luego, ya sabe que mi práctica ha estado limitada a zonas urbanas y suburbanas. Las regiones aisladas rara vez necesitan investigadores privados. Ahora esa situación parece haber cambiado. Le he llamado para pedirle consejo.

—Me alegraría si pudiera ayudarle —dijo Dawson—. No he olvidado lo que hizo por nosotros en el caso del asesinato de Tahoe. —Y añadió, cautelosamente—: Será mejor que explique primero su problema.

Sherrinford prendió fuego a su pipa. El humo que siguió se impuso a los aromas campestres que, incluso aquí, a un par de pavimentados kilómetros de distancia de los bosques más cercanos, se abrían paso a través de una ventana crepuscular.

—Esto es más una misión científica que una búsqueda de un deudor oculto o de un espía industrial —dijo Sherrinford—. Me encuentro ante dos posibilidades: la de que una organización, criminal, religiosa o de otro tipo se haya estado dedicando desde hace tiempo a robar niños; o la de que los Outlings del folklore sean reales.

—¿Eh?

En el rostro de Dawson, Barbro leyó tanta consternación como sorpresa.

—¡No es posible que hable usted en serio!

—¿De veras? —sonrió Sherrinford—. El valor de los informes de varias generaciones no debería ser desechado. Especialmente cuando se han ido haciendo más frecuentes y consecuentes con el paso del tiempo. No podemos ignorar las desapariciones de niños de corta edad, que ascienden a más de un centenar, sin que se haya encontrado nunca el menor rastro de ellos. Ni los hallazgos que demuestran que una especie inteligente habitó en otro tiempo en la Ártica, y puede todavía merodear por el interior.

Dawson se inclinó hacia adelante como si se dispusiera a salir de la pantalla.

—¿Quién le ha contratado? —preguntó—. ¿Una tal Cullen? Lo lamentamos por ella, naturalmente, pero lo que dijo no tenía sentido, y cuando se puso impertinente...

—¿Acaso no confirmaron su relato sus compañeros, reputados científicos?

—No había ningún relato que, confirmar. Mire, ellos tenían el lugar rodeado de detectores y alarmas, y tenían mastines. Lo normal en una región en la que puede presentarse un suroide hambriento o cualquier otra fiera. Nada podía haber entrado sin ser detectado.

—Nada por el suelo, pero ¿qué me dice de algo volador aterrizando en medio del campamento?

—Un hombre tripulando un helicóptero hubiera despertado a todo el mundo.

—Un ser alado podría resultar más silencioso.

—¿Un ser alado capaz de levantar a un niño de tres años? No existe.

—No existe en la literatura científica, quiere usted decir, señor Dawson. Recuerde a Mantogris; recuerde lo poco que sabemos acerca de Roland, un planeta, un mundo entero. Tales pájaros existen en Beowulf... y en Rustum, según he leído. He calculado el nivel local de densidad del aire y, sí, es marginalmente posible también aquí. El niño pudo haber sido transportado a una corta distancia antes de que los músculos de sus alas se fatigaran y el animal se viera obligado a descender.

Dawson refunfuñó:

—Primero aterrizó y se dirigió a la tienda en la que dormían la madre y el niño. Luego se llevó al niño, hasta que no pudo volar más. ¿No suena eso a ave de presa? ¡Y el niño no gritó, y los perros no ladraron!

—En realidad —dijo Sherrinford—, esas inconsistencias son las características más interesantes y convincentes de todo el asunto. Tiene usted razón, resulta difícil creer que un raptor humano pudo entrar en el campamento sin ser detectado, y un animal tipo águila no hubiera operado de ese modo. Pero nada de esto tiene aplicación en un ser alado inteligente. El niño podría haber sido drogado. Desde luego, los perros mostraron síntomas de haberlo sido.

—Los perros mostraron síntomas de haberse dormido. Nada les había llamado la atención. Ni podía llamársela el niño vagando por el campamento. Por lo visto, las alarmas estaban instaladas de un modo muy chapucero, puesto que no se esperaba ningún peligro en el interior del campamento. Así que el niño pudo salir fácilmente. Lamento tener que decirlo, pero debemos suponer que el pobre rapaz murió de hambre o atacado por alguna fiera. —Dawson hizo una pausa antes de añadir—: Si dispusiéramos de más personal, podríamos haber dedicado más tiempo al asunto. Y nos ocupamos de él, desde luego. Llevamos a cabo una exploración aérea, arriesgando las vidas de los pilotos, utilizando instrumentos que hubieran localizado al niño en cualquier parte en un radio de cincuenta kilómetros. Ya sabe usted cuán sensibles son los analizadores térmicos. No encontramos absolutamente nada. Y tenemos tareas más importantes que la búsqueda de los dispersos restos de un cadáver. —Terminó bruscamente—: Si le ha contratado la señora Cullen, le aconsejo que busque un pretexto para renunciar al encargo. También será mejor para ella. Es preciso que recobre la cordura y el sentido de la realidad.

Barbro reprimió un grito mordiéndose la lengua:

—¡Oh! Ésta es simplemente la última desaparición de la serie —dijo Sherrinford—. Más cuidadosamente registrada que ninguna de las anteriores y, por ello, mucho más sugestiva. —Barbro no comprendió cómo podía hablar con tanto despego, teniendo en cuenta que Jimmy estaba perdido—. Habitualmente, la familia ofrecía un

relato lacrimoso pero desprovisto de detalles de la desaparición de su niño, que tenía que haber sido robado por la Gente Antigua. A veces, años más tarde, hablaban de lo que ellos juraban tenía que haber sido el niño crecido, que había dejado de ser realmente humano, revoloteando tristemente, o atisbando a través de una ventana, o atrayendo algún perjuicio sobre ellos. Como usted dice, ni las autoridades ni los científicos han dispuesto de personal o de recursos para organizar una adecuada investigación. Como digo yo, el caso merece ser investigado. Tal vez un particular como yo pueda aportar una ayuda.

—Escuche, la mayoría de los que integramos las fuerzas de policía hemos crecido en el interior. No nos limitamos a patrullar y a contestar a las llamadas de emergencia; vamos allí con relativa frecuencia para celebrar fiestas y reuniones. Si existiera alguna banda de... sacrificadores humanos, lo sabríamos.

—Me doy cuenta de eso. Y también me doy cuenta de que la gente de la que ustedes proceden tiene una creencia profundamente arraigada en la existencia de seres no humanos con poderes sobrenaturales. En realidad, son muchos los que celebran ritos y hacen ofrendas para atraerse la buena voluntad de aquellos seres.

Dawson soltó una risita burlona.

—Sé a dónde quiere ir a parar —dijo—. Lo he oído antes, de un centenar de sensacionalistas. Los aborígenes son los Outlings. Tenía una opinión mucho mejor de usted... Seguramente ha visitado más de un museo, seguramente ha leído literatura de planetas que tienen nativos. ¿O acaso no ha aplicado nunca esa lógica suya? —Agitó un dedo—. Piense —continuó—. ¿Qué hemos descubierto, en realidad? Unas cuantas piedras labradas; unos cuantos megalitos que podrían ser artificiales; rayaduras en la roca que parecen mostrar plantas y animales, aunque no del modo que cualquier cultura humana los hubiera dibujado; rastros de fogatas y huesos rotos; otros fragmentos de hueso que podrían haber pertenecido a seres pensantes, como si pudieran haber estado en el interior de dedos o alrededor de grandes cerebros. Sin embargo, sus propietarios no tenían el aspecto de hombres. Ni de ángeles, dicho sea de paso. ¡Nada! La reconstrucción más antropeide que he visto muestra una especie de *crocagator* bípedo.

»Espere, déjeme terminar. Las historias acerca de los Outlings... ¡Oh! Las he oído también, muchas de ellas. Y las creía cuando era niño. Las historias cuentan que son de diferentes tipos, algunos alados, algunos no, algunos medio humanos, algunos completamente humanos, a excepción quizá de que son demasiado guapos... Es una repetición de los cuentos de hadas de la antigua Tierra. ¿No es verdad? En cierta ocasión me interesé por la materia y rebusqué en los microarchivos de la Biblioteca Heritage, y que me aspen si no encontré leyendas casi idénticas, contadas por campesinos siglos antes de los vuelos espaciales.

»Ninguna de ellas encaja con las escasas reliquias que tenemos si es que son reliquias, ni con el hecho de que ninguna zona del tamaño de la Ártica ha podido producir una docena de especies inteligentes distintas, ni... diablos, con el modo que

el sentido común nos dice que se hubieran comportado los aborígenes cuando llegaron los humanos.

Sherrinford asintió.

—Sí, sí —dijo—. Yo estoy menos seguro que usted de que el sentido común de los seres no humanos sea precisamente como el nuestro. He visto demasiadas variaciones dentro del género humano. Pero admito que sus argumentos son de peso. Los escasos científicos de Roland tienen tareas más apremiantes que la de rastrear los orígenes de lo que es, como usted ha dicho, una superstición medieval revivida. —Cogió la cazoleta de su pipa con ambas manos y contempló fijamente la diminuta brasa que humeaba en ella—. Tal vez lo que más me interesa —continuó en voz baja— es el motivo de que a través de esa hondonada de siglos, a través de una barrera de civilización mecánica, sin ninguna continuidad de tradición, unos colonizadores tecnológicamente organizados y razonablemente instruidos hayan sacado de su tumba una creencia de la Gente Antigua.

—Supongo que eventualmente, si la Universidad llega a desarrollar el departamento de psicología del que tanto se habla, alguien extraerá una tesis de su pregunta.

Dawson había hablado en tono mordaz, y casi se atragantó cuando Sherrinford replicó:

—Me propongo empezar ahora mismo. En la región de Hauch, dado que allí ocurrió el último incidente. ¿Dónde puedo alquilar un vehículo?

—Oh, resultará difícil...

—Vamos, vamos. Aunque sea un novato conozco la situación. En una economía de escasez, pocas personas poseen equipo pesado. Pero dado que es necesario, siempre puede ser alquilado. Necesito un ómnibus todo terreno. Y necesito que me instalen en él cierto equipo que he traído conmigo, y que coloquen en la parte superior una torreta con un cañoncito controlable desde el asiento del conductor. Yo suministraré las armas. Además de los rifles y pistolas de mi propiedad, he conseguido alguna artillería del arsenal de la policía de Christmas Landing.

—¿De veras pretende usted hacer... una guerra... contra un mito?

—Digamos que adopto medidas de seguridad, lo cual no es terriblemente caro, contra una remota posibilidad. Ahora, además del ómnibus, ¿qué hay acerca de una aeronave ligera remolcada para utilizarla en vuelos de reconocimiento?

—No —Dawson habló en tono más decidido que hasta entonces—. Eso sería una llamada al desastre. Podemos trasladarle a un campamento base en un avión grande cuando el parte meteorológico sea favorable. Pero el piloto tendrá que regresar inmediatamente, antes de que las condiciones climatológicas empeoren. La meteorología está subdesarrollada en Roland; el aire es especialmente traicionero en esta época del año, y no estamos preparados para fabricar aeronaves que puedan superar todas las contingencias. —Respiró a fondo—. No tiene usted idea de la rapidez con que puede desencadenarse un huracán, ni del tamaño del pedrisco que

puede caer de un cielo claro... Una vez esté allí, péguese al terreno. —Vaciló—. Éste es un motivo importante de que nuestra información sobre el interior sea tan escasa y de que sus colonos estén tan aislados.

Sherrinford rió sin alegría.

—Bueno, supongo que si los detalles son los que busco, tendré que salir corriendo.

—Perderá usted mucho tiempo —dijo Dawson—. Y el dinero de su cliente. Oiga, no puedo prohibirle cazar sombras, pero...

La discusión se prolongó por espacio de casi una hora. Cuando la pantalla se apagó, Sherrinford se puso en pie, se desperezó y echó a andar hacia Barbro. Ella observó de nuevo lo peculiar de su paso. Había llegado de un planeta con una atracción gravitacional algo mayor que la de la Tierra, a otro en el que el peso era menos de la mitad del terrestre. Barbro se preguntó si volaba en sueños.

—Disculpe que la haya dejado al margen del asunto —dijo Sherrinford—. No esperaba poder hablar con él tan pronto. Era completamente sincero al decir que está muy ocupado. Pero, habiendo establecido contacto, no quería que la recordara demasiado a usted. Puede no dar importancia a mi proyecto, considerándolo como una inútil fantasía a la que no tardaré en renunciar. Pero su actitud podría haber sido muy distinta, hasta el extremo de acumular obstáculos delante de nosotros, si se hubiera dado cuenta a través de usted de lo decididos que estamos.

—¿Por qué habría de importarle? —preguntó Barbro en su amargura.

—Por miedo a las consecuencias, mucho peor porque se niega a admitirlo. Miedo a las consecuencias, más aterrador porque son insospechables.

La mirada de Sherrinford se fijó en la pantalla, y luego pasó a través de la ventana hacia la aurora que latía en glacial azul y blanco, inmensamente lejos por encima de sus cabezas.

—Supongo que se ha dado cuenta de que estaba hablando con un hombre asustado. A pesar de su aparente escepticismo, Dawson cree en los Outlings... ¡Oh, sí, cree en ellos!

Los pies de Mistherd volaban sobre la hierba más veloces que el viento que agitaba los tallos. A su lado, negro y deforme, avanzaba Nagrim el nicor, cuyo enorme peso dejaba una ringla de plantas aplastadas. Detrás, capullos luminosos de un estramonio brillaban a través de los perfiles retorcidos de Morgarel el espectro.

Aquí se alzaba Cloudmoor en una rompiente de colinas y espesuras. El aire permanecía inmóvil, transportando de vez en cuando el apagado aullido de un animal en la distancia. La oscuridad era mayor que de costumbre al empezar el invierno, ya que las lunas estaban bajas y la aurora era un pálido parpadeo sobre las montañas en la orilla septentrional del mundo. Pero esto hacía que las estrellas brillaran más, y su número atestaba el cielo, y el Camino Fantasma brillaba entre ellas como si, al igual

que el follaje debajo de él, estuviera pavimentado con rocío.

—¡Allí! —rugió Nagrim, que tenía sus cuatro brazos extendidos. El grupo había llegado a lo alto de una loma. Lejos brilló una chispa—. ¡Hoah, hoah! ¿Debemos saltar sobre ellos, o acercarnos lentamente?

Ni lo uno ni lo otro, cerebro de hueso. La respuesta de Morgarel se deslizó a través de sus mentes. *No, a menos que nos ataquen, y no nos atacarán a menos que demos a conocer nuestra presencia. Ella nos ordenó que espiáramos sus propósitos.*

—Gr-r-rum-m-m-. Yo conozco sus propósitos. Cortar árboles, hundir arados en la tierra, sembrar sus malditas semillas. Si no les paramos los pies, pronto, muy pronto, serán demasiado fuertes para nosotros.

—¡No demasiado fuertes para la Reina! —protestó Mistherd.

Sin embargo, al parecer, ellos tienen nuevos poderes, le recordó Morgarel. *Debemos someterles a prueba cuidadosamente.*

—Entonces, ¿podemos saltar cuidadosamente sobre ellos? —preguntó Nagrim.

La pregunta provocó una sonrisa en Mistherd, haciéndole olvidar su propia intranquilidad. Palmeó la escamosa espalda.

—No hables —dijo—. Me lastimas los oídos. Ni pienses; eso lastima tu cabeza. ¡Vamos, corre!

Tranquilízate, intervino Morgarel. *Hay demasiada vida en ti, nacido-humano.*

Mistherd hizo una mueca al espectro, pero obedeció hasta el punto de aminorar el paso y avanzar con más cautela. Ya que viajaba en nombre de la Más Bella, para enterarse de lo que había traído a un par de mortales hasta allí.

¿Buscaban al niño que Ayoch robó? (El niño seguía llorando y llamando a su madre, aunque cada vez menos, a medida que las maravillas de Carheddin penetraban en él.) Quizá. Una máquina voladora les había dejado a ellos y a su vehículo en el ahora abandonado campamento, desde el cual habían avanzado en espiral. Pero cuando ningún rastro del cachorro había aparecido dentro de una razonable distancia, no habían llamado para emprender el viaje de regreso. Y esto no era debido a que las condiciones climatológicas impidieran la propagación de las ondas, como ocurría con frecuencia. No, en vez de llamar, la pareja se había dirigido hacia las montañas de Moonhorn. Directamente hacia unos reinos no hollados hasta entonces por su raza.

De modo que ésta no era una investigación rutinaria. ¿Qué era, entonces?

Mistherd comprendió ahora por qué la que reinaba había hecho que sus hijos mortales adoptados aprendieran, o conservaran, el torpe lenguaje de sus predecesores. Él había odiado aquel ejercicio, completamente extraño a las costumbres de los Moradores. Desde luego, uno la obedecía a ella, y con el tiempo se daba cuenta de lo sensata que había sido.

De pronto, dejó a Nagrim detrás de una roca —el nicor sólo sería útil en una lucha— y se arrastró de arbusto en arbusto hasta quedar a una distancia prudencial de los humanos. Un árbol de la lluvia se inclinó sobre él, hojas suaves sobre su desnuda piel, y le envolvió en oscuridad. Morgarel flotó hasta la copa de un árbol de hojas

temblonas, cuya oscilación ocultaría mejor su forma insustancial. Tampoco él sería de mucha ayuda. Y eso era lo peor de la situación. Los espectros se encontraban entre aquellos que no sólo podían captar y transmitir pensamientos, sino también proyectar ilusiones. Morgarel había informado que esta vez su poder parecía rebotar en una invisible pared fría alrededor del vehículo.

Por otra parte, el varón y la hembra no habían instalado máquinas guardianes, ni llevaban perros. Seguramente suponían que no iban a necesitarlos, dado que dormían en el largo vehículo en el que viajaban. Pero semejante desprecio de la fuerza de la Reina no podía ser tolerado.

El metal brillaba débilmente a la luz de su fogata. Estaban sentados junto al fuego, protegiéndose contra una frialdad que Mistherd, desnudo, encontraba suave. El varón bebía humo. La hembra miraba fijamente hacia un punto indeterminado que sus ojos deslumbrados por las llamas debían ver como espesa oscuridad. La danzante claridad permitía verla muy bien. Sí, a juzgar por el relato de Ayoch, era la madre del nuevo cachorro.

Ayoch había querido venir también, pero la Maravillosa se lo prohibió. Los puks no podían mantenerse inmóviles el tiempo suficiente para aquella clase de misión.

El hombre chupó su pipa. Sus mejillas quedaron así en la sombra mientras la luz parpadeaba a través de su nariz y su entrecejo: por un instante pareció un ave de presa a punto de caer sobre su víctima.

—No, se lo repito, Barbro, no tengo ninguna teoría —estaba diciendo—. Cuando los hechos son insuficientes, teorizar es ridículo en el mejor de los casos, desorientador en el peor.

—Sin embargo, debe de tener alguna idea de lo que está haciendo —dijo ella.

Era evidente que habían hablado a menudo de aquello antes de entonces. Ningún Morador podía ser tan insistente como ella ni tan paciente como él.

—El equipo que ha traído... ese generador que mantiene en marcha...

—Tengo un par de hipótesis, que me han sugerido el equipo que debía traer.

—¿Por qué no me dice qué hipótesis son esas?

—Ellas mismas indican que podría ser desaconsejable en los momentos actuales. Todavía estoy palpando mi camino en el laberinto. Y aún no he tenido oportunidad de establecer conexión entre todos los datos que poseo. De hecho, sólo estamos realmente protegidos contra una supuesta influencia telepática...

—¿Qué? —se sobresaltó ella—. Se refiere usted... a esas leyendas acerca de cómo pueden leer también las mentes...

La hembra se interrumpió, y su mirada escrutó la oscuridad más allá de los hombros del varón.

Él se inclinó hacia adelante. Su tono perdió rápidamente su sequedad para hacerse más ansioso y más suave.

—Barbro, se está destrozando a sí misma. Lo cual no será una ayuda para Jimmy si está vivo, y cuanto más dure esto más va a necesitarla. Tenemos una pesada tarea

ante nosotros; y será mejor que se concentre en ella.

Ella asintió con un gesto y se mordió el labio inferior unos momentos, antes de contestar:

—Lo estoy intentando.

Él sonrió alrededor de su pipa.

—Espero que lo consiga. Nunca me ha dado la impresión de ser una mujer dispuesta a abandonar, ni una plañidera, ni amiga de compadecerse de sí misma.

Ella dejó caer una mano sobre la pistola que llevaba al cinto. Su voz cambió; surgió de su garganta como un cuchillo de la vaina.

—Cuando los encontremos, sabrán quién soy. Quiénes son los humanos.

—Deje a un lado la ira —apremió el hombre—. No podemos permitirnos esa clase de emociones. Si los Outlings son reales, como ya le he dicho que provisionalmente supongo, están luchando por sus hogares.

Después de un breve silencio, añadió:

—Me gusta pensar que si los primeros exploradores hubiesen encontrado nativos vivos, los hombres no hubieran colonizado Roland. Pero ahora es demasiado tarde. No podemos volvernos atrás. Ésta es una lucha hasta el final, contra un enemigo tan astuto que incluso nos oculta el hecho de que está guerreando.

—¿Lo está haciendo? Quiero decir, acechando, raptando ocasionalmente a un niño...

—Eso es parte de mi hipótesis. Sospecho que no son hostigamientos, sino tácticas empleadas en una estrategia terriblemente sutil.

El fuego chisporroteó. El hombre fumó unos instantes en silencio, meditando, y finalmente continuó:

—No quise despertar sus esperanzas ni excitarla sin motivo mientras tuvo que esperarme, primero en Christmas Landing, luego en Portolondon. Más tarde tuvimos que convencernos a nosotros mismos de que Jimmy había sido llevado más lejos del campamento de lo que él podría haber andado antes de caer agotado. Sólo le estoy diciendo lo minuciosamente que he estudiado el material disponible sobre la... Gente Antigua. Además, al principio lo hice con la intención de eliminar toda posibilidad imaginable, por absurda que fuera. No esperaba otro resultado que una refutación final. Pero lo examiné todo, reliquias, análisis, historias, relatos periodísticos, monografías; hablé con colonos del interior que estaban de paso en el pueblo y con algunos científicos que han mostrado cierto interés por el asunto. Asimilo las cosas rápidamente. Y tengo la pretensión de que puedo convertirme en tan experto como cualquiera..., aunque Dios sabe que en este caso hay poco en lo que ser experto. Por otra parte, yo, relativamente forastero en Roland, tal vez podría examinar el problema con distinto enfoque. Y llegué a unas cuantas conclusiones.

»Si los aborígenes se extinguieron, ¿por qué no dejaron más restos? La Ártica no es tan enorme, y la vida rolándica es fértil. Tenía que haber alimentado a una población cuyos utensilios se habrían acumulado a través de milenios. He leído que

en la Tierra se encontraron millares de hachas paleolíticas, más por casualidad que por arqueología.

»Muy bien. Supongamos que las reliquias y los fósiles fueron deliberadamente eliminados entre la época en que se marchó la última expedición exploradora y el momento en que llegaron las primeras naves de colonización. Hallé cierto apoyo para esta idea en los diarios de los primeros exploradores. Estaban demasiado ocupados comprobando la habitabilidad del planeta para confeccionar catálogos de los monumentos primitivos. Sin embargo, sus observaciones demuestran que vieron muchas más cosas que los que llegaron posteriormente. Supongamos que lo que nosotros hemos encontrado es, precisamente, lo que los encargados de la eliminación pasaron por alto o no tuvieron tiempo de ocultar.

»Eso revela una mentalidad sofisticada, pensando en términos de largo plazo, ¿no es cierto? Lo cual a su vez revela que la Gente Antigua no eran simples cazadores ni agricultores neolíticos.

—Pero nadie ha visto nunca edificios, ni máquinas, ni cosas por el estilo —objetó Barbro.

—No. Lo más probable es que los nativos no avanzaran a través de nuestro tipo de evolución metalúrgico-industrial. Yo puedo concebir otros caminos. Su civilización podría haber empezado, más bien que terminado, con ciencia y tecnología biológicas: Podrían haber desarrollado unas potencialidades del sistema nervioso, que podrían ser mayores en su especie que en el hombre. Nosotros mismos tenemos hasta cierto punto esas capacidades, como usted sabe muy bien. Un zahorí, por ejemplo, capta realmente las variaciones en el campo magnético local provocadas por una meseta de agua. Sin embargo, en nosotros no abunda ese tipo de talento. De modo que nos dedicamos a otras actividades. ¿Quién necesita ser un telépata, digamos, si se tiene un visífono? La Gente Antigua puede haber visto las cosas de otra manera. Los utensilios de su civilización pueden haber sido, y pueden serlo todavía, inidentificables para los hombres.

—Pero podían haberse identificado a sí mismos ante los hombres —dijo Barbro—. ¿Por qué no lo hicieron?

—Puedo imaginar varios motivos. Por ejemplo, podían haber tenido una desagradable experiencia con visitantes interestelares en una época anterior de su historia. La nuestra no es la única raza que posee naves espaciales. Sin embargo, ya le he dicho que no teorizo anticipándome a los hechos. Digamos simplemente que la Gente Antigua, si existe, es extraña para nosotros.

—Para un pensador riguroso como usted, ésa es una argumentación muy alambicada.

—Ya he admitido que es provisional.

Él la miró a través de un turbión de humo de la fogata.

—Usted acudió a mí, Barbro, insistiendo en que su hijo había sido robado, pero sus alusiones a unos raptos por motivos religiosos eran absurdas. ¿Por qué se

muestra tan reacia a admitir la realidad de no-humanos?

—A pesar de que probablemente de ello dependa el que Jimmy esté vivo —suspiró ella—. Lo sé. —Un estremecimiento—. Tal vez no me atrevo a admitirlo.

—Hasta ahora no he dicho nada sobre lo que no se haya especulado en letra impresa —dijo él—. Una especulación desacreditada, desde luego. En un centenar de años nadie ha encontrado pruebas válidas de que los Outlings sean algo más que una superstición. Sin embargo, unas cuantas personas han declarado que es al menos posible que en las regiones inexploradas habiten nativos inteligentes.

—Lo sé —repitió ella—. Aunque no sé lo que le ha inducido a tomarse en serio esos argumentos, de la noche a la mañana.

—Bueno, cuando usted me obligó a pensar, se me ocurrió que los colonos de Roland no son agricultores medievales completamente aislados. Tienen libros, telecomunicaciones, herramientas mecánicas, vehículos a motor; y, por encima de todo, tienen una educación moderna orientada científicamente. ¿Por qué habían de volverse supersticiosos? Algo debe de provocarlo. —Se interrumpió—. Será mejor que no continúe. Mis ideas van más allá; pero si son correctas, es peligroso hablar de ellas en voz alta.

Los músculos del vientre de Mistherd se tensaron. Había peligro para la Bella en aquella cabeza de ave de presa. La Portadora de Guirnaldas tenía que ser advertida. Estuvo a punto de ordenar a Nagrim que matara a aquella pareja. Si el nicor actuaba con la suficiente rapidez, sus armas de fuego no les servirían para nada. Pero podían haber dejado un aviso detrás de ellos... Mistherd volvió a escuchar. La conversación había cambiado de rumbo. Barbro estaba murmurando:

—¿Por qué se quedó usted en Roland?

El hombre sonrió desvaídamente.

—Bueno, la vida en Beowulf no tenía alicientes para mí. Heorot está... o estaba, esto fue hace unas décadas, no lo olvide..., Heorot estaba densamente poblado, perfectamente organizado, fastidiosamente uniforme. Eso era debido en parte a la frontera de las tierras bajas, una válvula de seguridad para dar salida a los descontentos. Pero yo carecía de la tolerancia al dióxido de carbono necesaria para vivir allí en buen estado de salud. Se estaba preparando una expedición para recorrer cierto número de mundos colonizados, especialmente aquellos que no disponían de equipo para mantener contacto por láser. Recordará usted su anunciado objetivo: buscar nuevas ideas en ciencia, arte, sociología, filosofía, todo lo que se revelara como valioso. Temo que en Roland encontraron muy pocas cosas importantes para Beowulf. Pero yo vi oportunidades para mí mismo y decidí establecerme aquí.

—¿Era usted también detective allí?

—Sí, en la policía oficial. Esta profesión es una tradición en nuestra familia. Algo de eso puede proceder de nuestra rama *cherokee*, si el nombre significa algo para usted. Sin embargo, descendemos también por línea colateral de uno de los primeros investigadores privados que existieron en la Tierra antes de los vuelos espaciales. Sea

o no verdad, siempre le he considerado como un modelo útil. Un arquetipo, ¿comprende?

El hombre se interrumpió. Una sombra de inquietud nubló su semblante.

—Será mejor que nos acostemos —dijo—. Mañana por la mañana tenemos que recorrer una larga distancia.

Ella miró a su alrededor.

—Aquí no hay mañanas —murmuró.

Se retiraron. Mistherd se incorporó y flexionó cautelosamente sus músculos. Antes de regresar a la Hermana de Lyrth, se arriesgó a echar una ojeada a través de una ventanilla del vehículo. Había dos catres, uno al lado del otro, y los humanos yacían en ellos. Pero el hombre no había tocado a la mujer, a pesar de que ella tenía un cuerpo atractivo, y nada sugería que se dispusiera a hacerlo.

Unos seres raros, los humanos. Fríos y como de arcilla. ¿Y querían invadir el maravilloso mundo salvaje? Mistherd escupió, asqueado. No debía ocurrir. No ocurriría. La que reinaba lo había jurado.

Las tierras de William Irons eran inmensas. Pero esto se debía a que se necesitaba una baronía para mantenerle a él, a su familia y a su ganado, a base de unas cosechas nativas cuyo cultivo era aún parcialmente desconocido. Cultivaba también algunas plantas terrestres, a la luz del verano y en invernaderos. Sin embargo, aquellas plantas eran un lujo. La verdadera conquista del Ártica septentrional estaba en la hierba para forraje, en la batiriza, el pericup y el glicofilón, y eventualmente, cuando el mercado se ampliara con la población y la industria, el chalcantemo para los floristas de la ciudad y las pieles de animales criados en jaulas para los peleteros.

Eso sería en un futuro que Irons no esperaba llegar a ver. Sherrinford se preguntó si el hombre esperaba realmente que alguien lo viera.

La estancia era cálida y estaba bien iluminada. El fuego crepitaba alegremente en el hogar. La luz de los paneles fluorescentes brillaba sobre los armarios, sillas y mesas talladas a mano, sobre las cortinas de vivos colores y la vajilla de los anaqueles. El colono estaba sólidamente instalado en su alto asiento, robusto, macizo, con la barba desparramándose sobre su pecho. Su esposa y sus hijas trajeron café, cuya fragancia se unió a los restantes aromas de una cena copiosa para él, sus huéspedes y sus hijos.

Pero en el exterior el viento ululaba, el relámpago centelleaba, el trueno rugía, la lluvia estallaba sobre el tejado y las paredes y formaba remolinos entre los gujarros del patio. Establos y cobertizos se agachaban contra la inmensidad que se extendía más allá. Los árboles gemían, y ¿resonaba una maligna carcajada ahogando el mugido de una vaca asustada? El granizo golpeó las tejas, como nudillos llamando a una puerta.

Uno podía sentir cuán lejanos estaban sus vecinos, pensó Sherrinford. Y, sin

embargo, ellos eran las personas a las que uno veía con más frecuencia, con las que hacía negocios diariamente por visífono (cuando una tormenta solar no introducía el caos en voces y rostros) o personalmente, con las que celebraba reuniones, chismorreaba o intrigaba, con las que concertaba matrimonios; al final, eran las personas que le enterrarían a uno. Las luces de los pueblos costeros estaban monstruosamente lejos.

William Irons era un hombre fuerte. Pero cuando habló ahora, había miedo en su tono.

—¿Piensan ir realmente más allá de Troll Scarp?

—¿Se refiere usted a las Empalizadas Hanstein? —respondió Sherrinford, en tono más de reto que de pregunta.

—Ningún colono del interior les da otro nombre que no sea Troll Scarp —dijo Barbro.

¿Y cómo había renacido un nombre como aquél, a años-luz y a siglos de distancia de la Edad Media de la Tierra?

—Cazadores, tramperos, prospectores..., ustedes les llaman exploradores..., viajan por esas montañas —declaró Sherrinford.

—En algunas partes —dijo Irons—. Eso está permitido, por un pacto concluido entre un hombre y la Reina después de que él curase a un asno-de-las-colinas herido por un satán. Dondequiera que crece la plumablanca los hombres pueden circular, si dejan presentes en los altares de piedra a cambio de lo que toman de la tierra. A otras partes... no es prudente ir.

—Pero se ha hecho, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Y algunos han regresado sin novedad, o al menos eso pretenden, aunque he oído decir que a partir de entonces les acompañó la desgracia. Y algunos no regresaron; se desvanecieron. Y algunos que regresaron hablaron balbuceando de maravillas y horrores, quedando idiotizados el resto de sus vidas. Hace muchísimo tiempo que nadie ha sido lo bastante osado para romper el pacto y traspasar los límites.

Irons miró a Barbro con una expresión casi implorante. Lo mismo hicieron su esposa y sus hijos, en completo silencio. El viento aulló más allá de las paredes y sacudió las contraventanas.

—No lo haga usted.

—Tengo motivos para creer que mi hijo está allí —respondió ella.

—Sí, sí, nos lo ha contado usted, y yo lo siento. Tal vez pueda hacerse algo. Tal vez depositar una doble ofrenda en el Túmulo de Unvar a mediados del invierno, y un ruego escrito en el césped con un cuchillo de pedernal. Quizá devolverían al niño. — Irons suspiró—. Aunque eso es algo de lo que no hay noticia en la memoria del hombre. Y el niño podría haber corrido una suerte peor. Yo mismo les he entrevisto corriendo alocadamente a través del crepúsculo. Parecen más felices que nosotros. Para el niño, podría resultar poco beneficioso regresar a su lado.

—Como en la canción de Arvid —dijo su esposa.

Irons asintió.

—U otros, ahora que pienso en ello.

—¿Qué es esto? —preguntó Sherrinford.

Con más intensidad que antes, se sintió como un extraño. Él era hijo de ciudades y técnicas; por encima de todo, un hijo de la inteligencia escéptica. Esta familia creía. Y resultó inquietante ver algo más que un ápice de aceptación en el lento gesto de asentimiento de Barbro.

—Nosotros tenemos la misma balada en la Tierra de Olga Ivanoff —le dijo Barbro, con voz menos tranquila que las palabras—. Es una de las tradicionales que se cantan para establecer el compás de un baile en un prado. Nadie sabe quién la compuso.

—He visto una multilira en su equipaje, señora Cullen —dijo la esposa de Irons.

Estaba visiblemente deseosa de acabar con el explosivo tema de una aventura en desafío a la Gente Antigua. Una canción podía ayudar.

—¿Le gustaría entretenernos un poco?

Barbro sacudió la cabeza, pálida alrededor de las fosas nasales. El mayor de los muchachos se apresuró a decir, más bien dándose importancia:

—Bueno, yo puedo hacerlo, desde luego, si a nuestros huéspedes les gusta oírlo.

—Me gustaría mucho, gracias —dijo Sherrinford, retrepándose en su asiento y atacando su pipa.

Si esto no hubiera sucedido espontáneamente, él hubiera guiado la conversación hacia un desenlace similar.

En el pasado no había tenido ningún incentivo para estudiar el folklore de las regiones del interior, y pocas posibilidades de leer las escasas referencias al mismo desde que Barbro acudió a él con su problema. Pero estaba cada vez más convencido de que debía llegar a una comprensión —no un estudio antropológico, sino una sensación íntima— de la relación existente entre los hombres de la frontera de Roland y aquellos seres que les acosaban.

Todos se instalaron cómodamente para escuchar. Las tazas de café volvieron a llenarse, acompañadas ahora de una copa de brandy.

—El último verso es el estribillo. Todo el mundo tiene que cantarlo, ¿de acuerdo? —explicó el muchacho.

Era evidente que también él confiaba en apaciguar así algo de la tensión. ¿Catarsis a través de la música?, se preguntó Sherrinford, y añadió para sí mismo: No, exorcismo.

Una muchacha rasgó una guitarra. El muchacho cantó, con una melodía que se impuso al ruido de la tormenta:

*El explorador Arvid
cabalgaba a través de las colinas*

*entre los árboles de hojas temblonas
a lo largo de los cantarines riachuelos.*

La danza se teje debajo del estramonio.

*El viento nocturno susurraba a su alrededor
con aromas de ruda y gamarza.*

*Las dos lunas brillaban encima de él
y las colinas resplandecían con el rocío.*

La danza se teje debajo del estramonio.

*Y soñando en aquella mujer
que esperaba al sol,
se detuvo, deslumbrado por el resplandor de la estrella,
y eso fue su perdición.*

La danza se teje debajo del estramonio.

*Ya que allí, debajo de un túmulo
iluminado por una luna,
los Outlings estaban danzando
con un brillo cristalino y dorado.*

La danza se teje debajo del estramonio.

*Los Outlings estaban danzando
como agua, viento y fuego
a los acordes de un arpa,
y nunca se cansaban.*

La danza se teje debajo del estramonio.

*Ella echó a andar hacia Arvid
desde donde contemplaba la danza,
la Reina del Aire y la Oscuridad,
con resplandor de estrellas en su mirada.*

La danza se teje debajo del estramonio.

*Con resplandor de estrellas, amor y terror
en su mirada inmortal,
la Reina del Aire y la Oscuridad...*

—¡No!

Barbro se puso en pie de un salto. Sus puños estaban crispados y las lágrimas azotaban sus pómulos.

—¡No pueden ustedes... hablar así... de los seres que robaron a Jimmy!

Salió corriendo de la estancia y subió a la habitación que le habían destinado.

Pero ella terminó la canción por sí misma. Eso fue unas setenta horas más tarde, acampando en las alturas que los exploradores no se atrevían a hollar.

Sherrinford y ella no habían hablado mucho con la familia Irons, después de rechazar repetidos ruegos para que renunciaran a su expedición. Ni habían hablado mucho entre ellos al principio, mientras viajaban hacia el norte. Lentamente, sin embargo, Sherrinford empezó a sonsacar a Barbro acerca de su propia vida. Poco a poco, Barbro casi olvidó su pesar, recordando su hogar y a sus antiguos vecinos. Eso condujo a varios descubrimientos: que él, bajo sus modales de profesor, era un *gourmet* y un aficionado a la ópera, y apreciaba la feminidad de Barbro; y que ella aún podía reír y encontrar belleza en la tierra salvaje que la rodeaba. Barbro se dio cuenta, con una sensación de culpabilidad, de que la vida contenía más esperanzas que incluso la recuperación del hijo que Tim le había dado.

—Me he convencido a mí mismo de que está vivo —dijo el detective. Frunció el ceño—. Sinceramente, eso me hace lamentar haberla traído conmigo. Esperaba que nuestro viaje tendría como objetivo reunir hechos, simplemente, pero se está convirtiendo en algo más. Si nos enfrentamos con los seres reales que le robaron el niño, pueden causar verdadero daño. Debería regresar al poblado más próximo y pedir un avión para que se la llevara a usted.

—No hará nada de eso —replicó ella—. Necesita a alguien que conozca las condiciones de las tierras del interior, y además soy una tiradora de primera.

—Mmmm... Implicaría también un considerable retraso, ¿no es cierto? Además de la distancia complementaria, no puedo enviar una señal a ningún aeropuerto antes de que las actuales interferencias solares hayan desaparecido.

A la «noche» siguiente, Sherrinford sacó el resto de su equipo y lo instaló. Barbro reconoció algunos aparatos, tales como el detector térmico. Pero otros eran desconocidos para ella, copiados por encargo de Sherrinford de los avanzados instrumentos de su mundo natal. Y se negó a hablarle de ellos.

—Ya le expliqué mi sospecha de que los seres tras los cuales andamos poseen facultades telepáticas —dijo, disculpándose.

Barbro abrió mucho los ojos, asombrada.

—¿Quiere usted decir que puede ser cierto que la Reina y su gente puedan leer en las mentes?

—Eso es parte del temor que rodea su leyenda, ¿no? En realidad, el fenómeno no tiene nada de sobrenatural. Fue estudiado y perfectamente definido hace siglos, en la Tierra. Me atrevería a decir que los hechos están expuestos en los microarchivos científicos de Christmas Landing. Ustedes, los de Roland, no han tenido ocasión de estudiarlos, del mismo modo que no han tenido ocasión aún de estudiar la manera de construir proyectores de rayos de energía ni naves espaciales.

—Bueno, ¿cómo funciona la telepatía, entonces?

Sherrinford comprendió que Barbro deseaba que la tranquilizara más que conocer

hechos, y habló con deliberada sequedad:

—El organismo genera radiación de onda sumamente larga que, en principio, puede ser modulada por el sistema nervioso. En la práctica, lo débil de las señales y su bajo nivel de transmisión-información las hace elusivas, difíciles de detectar y de medir. Nuestros antepasados prehumanos desarrollaron otros sentidos más dignos de confianza, como la vista y el oído. Sus experiencias telepáticas eran marginales, en el mejor de los casos. Pero los exploradores han encontrado especies extraterrestres que habían conseguido una ventaja evolutiva desarrollando el sistema en sus entornos particulares. Imagino que tales especies podrían incluir a una que está comparativamente poco expuesta a la luz directa del sol: que, de hecho, parece rehuirla. Podría incluso ser tan capaz en este aspecto como para captar emisiones débiles del hombre y hacer que las sensibilidades primitivas de éste resonaran en sus propias y poderosas emisiones mentales.

—Eso les serviría de mucho, ¿no es cierto? —dijo Barbro débilmente.

—He instalado una pantalla alrededor de nuestro vehículo —explicó Sherrinford—, pero sus efectos sólo alcanzan a unos cuantos metros de distancia del chasis. Más allá, un espía suyo podría captar los pensamientos de usted y enterarse de lo que trato de hacer, si usted lo supiera. Yo tengo un subconsciente muy bien adiestrado, el cual se encarga de que piense en francés cuando estoy fuera del vehículo. La comunicación tiene que ser estructurada para que resulte inteligente, ¿comprende?, y ésa es una estructura bastante distinta del inglés. Pero el inglés es el único idioma humano en Roland, y seguramente el que la Gente Antigua ha aprendido.

Barbro asintió. Él le había contado su plan general, demasiado evidente para ocultarlo. El problema estribaba en establecer contacto con los alienígenas, si es que existían. Hasta entonces sólo se habían revelado a sí mismos, a escasos intervalos, a uno o a unos pocos colonos del interior al mismo tiempo. La facultad de engendrar alucinaciones podía ayudarles. Permanecerían alejados de cualquier expedición numerosa, y quizá por ello imposible de manipular, que pudiera pasar a través de su territorio. Pero dos personas, desafiando todas las prohibiciones, no deberían parecer demasiado formidables para no aproximarse a ellas. Y... éste sería el primer equipo humano que no sólo trabajaba sobre el supuesto de que los Outlings eran reales, sino que poseía los recursos de la moderna tecnología policíaca.

En aquel campamento no ocurrió nada. Sherrinford dijo que no había esperado que ocurriera. La Gente Antigua parecía proceder con mucha cautela. En sus propias tierras debían de ser más osados.

Y a la «noche» siguiente el vehículo se había adentrado mucho más en aquellas tierras. Cuando Sherrinford paró el motor en un prado, el silencio rodó como una ola.

Se aparearon. Ella preparó una comida en la lámpara incandescente mientras él recogía leña para encender una fogata. De vez en cuando echaba una ojeada a su muñeca izquierda. No llevaba reloj, sino una esfera controlada por radio que le indicaba lo que los instrumentos del vehículo podían registrar.

¿Quién necesitaba un reloj aquí? Lentas constelaciones giraban más allá de la resplandeciente aurora. La luna Alde colgaba sobre un pico nevado, convirtiéndolo en plata, aunque aquel lugar se encontraba a una respetable altura. El resto de las montañas quedaba oculto por el bosque que les rodeaba. Sus árboles eran principalmente de hojas temblonas y plumablancas, fantasmales entre sus sombras. Unos cuantos estramonios resplandecían, como arracimados y pálidos fanales, y la maleza era espesa y despedía un olor dulzón. La vista alcanzaba sorprendentemente lejos a través de la azulada neblina. En alguna parte, muy cerca, trinaba un pájaro.

—Esto es muy hermoso —dijo Sherrinford.

Habían terminado de cenar pero no habían encendido aún la fogata.

—Pero extraño —respondió Barbro en voz baja—. Me pregunto si nos está realmente destinado. Si podemos esperar realmente poseerlo.

La boquilla de la pipa de Sherrinford apuntó hacia las estrellas.

—El hombre ha ido a lugares más extraños que éste.

—¿De veras? Yo... ¡Oh!, supongo que es algo que me ha quedado de mi infancia en las tierras del interior, pero cuando estoy debajo de ellas no puedo pensar en las estrellas como en globos de gas, cuya energía ha sido medida, cuyos planetas han sido hollados por pies prosaicos. No, son pequeñas y frías y mágicas; nuestras vidas están atadas a ellas; cuando morimos, nos susurran en nuestras tumbas. —Barbro inclinó la mirada—. Sé que eso es una tontería.

En el crepúsculo, Barbro pudo ver cómo se tensaba el rostro de Sherrinford, el cual dijo:

—En absoluto. Emocionalmente, la física puede ser una tontería mayor. Y al final, después de un número suficiente de generaciones, la idea sigue al sentimiento. El hombre no es racional de corazón. Podría dejar de creer las historias de la ciencia si dejaran de coincidir con sus sentimientos.

Hizo una pausa.

—Aquella balada que no terminaron de cantar, en la casa —añadió finalmente, sin mirarla—. ¿Por qué la afectó tanto?

—No pude soportar oír cómo hablaban de ellos..., bueno, elogiándolos. O al menos eso parecía. Lo siento mucho.

—Creo que esa balada ha dado origen a otras muchas.

—Bueno, nunca se me ocurrió estudiarlas. En Roland no tenemos tiempo para dedicarlo a la antropología cultural, aunque lo más probable es que ni siquiera hayamos pensado en ella, con tantas cosas por hacer. Pero ahora que usted lo menciona, sí, resulta sorprendente el número de canciones y de leyendas que incluyen el tema de Arvid.

—¿Podría usted soportar el recitarla?

Barbro dominó el impulso de echarse a reír.

—Puedo hacer algo mejor que eso, si lo desea —dijo—. Permítame que vaya a buscar mi multilira.

Omitió el hipnótico estribillo, excepto al final. Sherrinford la contempló, erguida contra la luna y la aurora.

*... La Reina del Aire y la Oscuridad
habló suavemente bajo el cielo:*

*«Anímate, explorador Arvid,
y únete a los Outlings.
No necesitas ser humano,
lo cual es un pesado yugo.»*

*Él se atrevió a contestar:
«No puedo detenerme.
Una doncella me espera,
soñando en tierras bajo el sol.*

*»Y también me esperan camaradas
y tareas que no debo rehuir,
pues, ¿qué sería el explorador Arvid
si descuidara su trabajo?*

*»De modo que descarga tus hechizos
y tu cólera sobre mí.
Aunque quizá puedas matarme,
no me harás esclavo.»*

*La Reina del Aire y la Oscuridad
se irguió envuelta en resplandores
de septentrional belleza,
y él no se atrevió a mirarla.*

*Hasta que ella rió con sonido musical
y le dijo en tono burlón:
«No necesito una magia
para poner en ti una eterna tristeza.*

*»Te dejaré marchar
sólo con tu recuerdo
de la luz de la luna, la música Outling,
la brisa nocturna, el rocío y yo.*

»Y eso correrá detrás de ti,

*una sombra en el sol,
y yacerá a tu lado
cuando el día termine.*

*»En el trabajo, en el juego y en la amistad
la pena te destrozará el corazón
ya que pensarás en lo que eres...
y en lo que podías haber sido.*

*»Trata amablemente mientras puedas
a tu insípida y estúpida mujer.
¡Márchate ahora, explorador Arvid,
continúa libre para ser un hombre!»*

*Retozando y riendo,
los Outlings desaparecieron.
Arvid quedó solo bajo la luz de la luna
y lloró hasta el amanecer.
La danza se teje debajo del estramonio.*

Barbro dejó la lira a un lado. El viento agitó las hojas. Tras un largo silencio, Sherrinford dijo:

—¿Y leyendas de este tipo forman parte de la vida de todo el mundo en las tierras del interior?

—Bueno, podría decirse así —respondió Barbro—. Aunque no todas están llenas de hazañas sobrenaturales. Algunas hablan de amor o de heroísmo. Temas tradicionales.

—No creo que su tradición particular haya surgido por sí misma —dijo Sherrinford—. De hecho, creo que la mayoría de sus canciones y leyendas no fueron compuestas por seres humanos.

Con estas palabras dio por terminada la conversación. Se acostaron muy temprano.

Horas más tarde, una alarma les despertó.

El zumbido fue suave, pero les alertó inmediatamente. Dormían vestidos, preparados para cualquier emergencia. El resplandor del cielo les iluminaba a través de la tela del techo. Sherrinford saltó de su litera, se calzó las botas y colgó el revólver de su cinto.

—Quédese dentro —ordenó.

—¿Quién hay? —inquirió Barbro con voz temblorosa.

Sherrinford miró de reojo las esferas de sus instrumentos y comprobó el indicador luminoso de su muñeca.

—Tres animales —contó—. No parecen salvajes. Uno muy grande, homeotérmico, a juzgar por el infrarrojo, a cierta distancia. Otro..., hum, temperatura baja, emisión difusa e inestable, como si fuera un... un enjambre de células coordinadas..., ¿feromonalmente?..., revoloteando, también a cierta distancia. Pero el tercero está prácticamente pegado a nosotros, moviéndose en la maleza; y su tipo parece humano.

Barbro le vio temblar de ansiedad: había dejado de parecer un profesor.

—Voy a intentar capturarlo —dijo—. Cuando tengamos a alguien a quien interrogar... Manténgase preparada para permitirme volver a entrar rápidamente. Pero no se arriesgue, pase lo que pase. No suelte esto.

Y le entregó un pesado rifle de caza.

Su alta figura se dirigió hacia la puerta y la entreabrió ligeramente. Penetró una ráfaga de aire, frío, húmedo, lleno de fragancias y murmullos. La luna Oliver estaba ahora también en lo alto, las dos con un resplandor irrealmente brillante, y la aurora bullía en blancura y azul-hielo.

Sherrinford consultó de nuevo su indicador. Debía señalar la posición de los espías, entre aquel bosque de hojas. Bruscamente, saltó fuera del vehículo, echó a correr más allá de las cenizas de la fogata y desapareció bajo los árboles. La mano de Barbro se crispó sobre la culata de su arma.

Estalló la confusión. Dos luchadores se hicieron visibles en el prado. Sherrinford había agarrado a una figura humana más pequeña. Barbro pudo ver que el otro iba desnudo, era varón, de cabellos largos, flexible y joven. Luchaba como un demonio, al parecer utilizando los dientes, los pies y las uñas, y aullaba como un satán.

La identificación la dejó sin aliento: un Outling, robado en su niñez y criado por la Gente Antigua. ¡Querían convertir a Jimmy en una criatura como ésa!

—¡Ja!

Sherrinford dobló el brazo de su adversario detrás de su espalda y logró dominarle, obligándole a dirigirse hacia el vehículo.

De entre los árboles surgió un gigante. Podría haber sido un árbol, negro y rugoso, agitando cuatro grandes ramas nudosas; pero la tierra se estremeció y retumbó bajo sus recias patas, y su ronco alarido llenó el cielo y los cráneos.

Barbro gritó, advirtiendo a Sherrinford, que giró sobre sí mismo, empuñó su revólver y disparó una y otra vez. Su brazo libre seguía sujetando al joven. La monstruosa forma vaciló bajo aquellos impactos. Pero se rehízo y continuó avanzando, más lentamente, con más precaución, dando un rodeo para cortar el camino de acceso al vehículo. Sherrinford no podía moverse con la rapidez suficiente para evitarlo, a menos que soltara a su prisionero..., el cual era su único guía posible hacia Jimmy.

Barbro saltó hacia adelante.

—¡No lo haga! —gritó Sherrinford—. ¡Por el amor de Dios, quédese dentro!

El monstruo rugió y se encaminó lentamente hacia ella. Barbro apretó el gatillo. El retroceso la golpeó en el hombro. El coloso se tambaleó y cayó. Pero volvió a ponerse en pie y avanzó hacia ella. Barbro retrocedió. Disparó otra vez, y otra. El animal gruñó. Empezó a brotar sangre de sus heridas. Dio media vuelta y se alejó, rompiendo ramas, hacia la oscuridad que anidaba debajo de los árboles.

—¡Póngase a cubierto! —aulló Sherrinford—. ¡Está fuera del campo protector!

Una especie de niebla la envolvió. Al disiparse, Barbro vio la nueva figura en el lindero del prado.

—¡Jimmy! —gritó.

—¡Mamá!

El niño extendió sus brazos. La luz de la luna iluminó sus lágrimas. Barbro dejó su arma y corrió hacia él.

Sherrinford salió en su persecución. Jimmy desapareció entre la maleza. Barbro siguió corriendo. Luego, alguien la cogió y huyó con ella.

De pie delante de su cautivo, Sherrinford aumentó la intensidad del panel fluorescente hasta que la visión del exterior quedó bloqueada desde dentro del vehículo. El muchacho parpadeó bajo aquel resplandor incoloro.

—Vas a hablar —dijo el hombre.

A pesar de la dureza que se reflejaba en sus facciones, su tono era tranquilo.

El muchacho se removió entre sus ligaduras. Tenía una magulladura en la mandíbula. Casi había recobrado la capacidad de huir mientras Sherrinford perseguía y perdía a la mujer. Al regresar, el detective le había capturado de nuevo por muy poco. No era el momento de mostrarse blando, ya que en cualquier instante podían llegar refuerzos Outlings. Sherrinford le había golpeado en la mandíbula y le había arrastrado al interior del vehículo. Allí le había atado a un asiento metálico.

El muchacho escupió:

—¿Hablar contigo, hombre disfrazado?

Pero el sudor perlaba su piel, y sus ojos tenían una expresión asustada.

—Dime un nombre por el que pueda llamarte.

—¿Para que me eches un sortilegio?

—Yo me llamo Eric. Si no me das otra elección, tendré que llamarte... mmm... Wuddikins.

—¿Qué?

A pesar del cambio que había experimentado, el cautivo seguía siendo un adolescente humano.

—Mistherd, entonces.

El acento cantarín de su inglés subrayaba su hosquedad.

—Ése no es el sonido, solamente lo que significa. De todos modos, es mi nombre

hablado, nada más.

—¡Ah! ¿De modo que tienes un nombre secreto que consideras que es el verdadero?

—Ella lo sabe. Yo lo ignoro. Ella sabe los nombres verdaderos de todo el mundo. Sherrinford enarcó las cejas.

—¿Ella?

—La que reina. Que ella me perdone, pero no puedo hacer la señal reverente teniendo los brazos atados. Algunos invasores la llaman la Reina del Aire y la Oscuridad.

—Ya.

Sherrinford cogió la pipa y el tabaco. Permaneció en silencio mientras llenaba la pipa y la encendía.

—Confieso que la Gente Antigua me ha cogido por sorpresa —dijo finalmente—. No esperaba tropezar con un miembro de tu banda tan formidable. Por lo que había podido averiguar, tenía la impresión de que los Outlings actuaban furtivamente sobre mi raza y la tuya a base de engaños y de alucinaciones.

Mistherd asintió con aire truculento.

—Ella creó los primeros nicors no hace mucho tiempo. No creas que ella tiene solamente encandilamientos en su pico.

—Estoy seguro. Sin embargo, un proyectil revestido de acero tampoco funciona mal, ¿no es cierto?

Sherrinford continuó, en voz baja, como si hablara para sí mismo:

—Sigo creyendo que los... los nicors, todos vuestros engendros semihumanos, están destinados principalmente a ser vistos, no utilizados. El poder de proyectar espejismos debe de ser seguramente muy limitado en alcance, así como en el número de individuos que lo poseen. En caso contrario, ella no se vería obligada a actuar con tanta lentitud y tanta astucia. Incluso en el exterior de nuestro escudo protector, Barbro, mi compañera, podía haber resistido, podía haber tenido conciencia de que lo que estaba viendo era irreal..., si hubiese estado menos trastornada, menos frenética, menos impulsada por la necesidad.

Sherrinford envolvió su cabeza en humo.

—No importa lo que yo he experimentado —continuó—. No podía haber sido igual que para ella. Creo que se limitaron a ordenarnos: «Veréis lo que más deseáis en el mundo alejándose de vosotros en el bosque». Desde luego, ella no recorrió muchos metros antes de que el nicor la capturase. No confío en descubrir su rastro; no soy un explorador de la Ártica y, además, resultaría demasiado fácil tenderme una emboscada. Me quedas tú —añadió torvamente—; tú eres mi enlace con tu soberana.

—¿Crees que voy a guiarte a Starhaven o a Carheddin? No podrás obligarme a ello, hombre disfrazado.

—Quiero hacer un trato.

—Sospechaba algo por el estilo —dijo Mistherd con sorprendente malicia—.

¿Qué contaréis cuando regreséis a casa?

—Sí, eso plantea un problema, ¿verdad? Barbro Cullen y yo no somos unos colonos asustados. Somos de la ciudad. Hemos traído instrumentos de grabación. Seremos los primeros de nuestra raza en informar de un encuentro con la Gente Antigua y ese informe será detallado y plausible. Producirá una enérgica acción.

—Por eso no temo morir —declaró Mistherd, aunque sus labios temblaban un poco—. Si permito que sigas adelante y hagas tus cosas-de-hombre a mi pueblo, no me quedará nada por lo que valga la pena vivir.

—No debes tener ningún temor inmediato —dijo Sherrinford—. Tú eres simplemente un cebo.

Se sentó y miró al muchacho a través de una visera de calma, mientras por dentro sollozaba: ¡Barbro, Barbro!

—Piensa un poco. Tu Reina no puede dejarme marchar, llevándome a mi prisionero, para que hable acerca de los suyos. Tiene que evitarlo como sea. Yo podría tratar de abrirme paso luchando: este vehículo está mejor armado de lo que imaginas; pero eso no liberaría a nadie. Por lo tanto, voy a quedarme. Nuevas fuerzas tuyas llegarán aquí lo antes que puedan. Supongo que no se lanzarán ciegamente contra una ametralladora, un obús, un lanzarrayos. Parlamentarán primero, sean honradas o no sus intenciones. Así estableceré el contacto que busco.

—¿Cuál es tu plan? —murmuró Mistherd, sin lograr disimular su angustia.

—En primer lugar, esto, como una especie de invitación.

Sherrinford extendió una mano y pulsó un interruptor.

—Ya está. He rebajado la intensidad del escudo protector contra la lectura de la mente y la proyección de formas. Me atrevería a decir que los caudillos, al menos, serán capaces de captarlo. Y eso les infundirá confianza.

—¿Y después?

—Después, esperaremos. ¿Quieres comer o beber algo?

Durante las horas que siguieron, Sherrinford trató de sonsacar a Mistherd, descubrir algo acerca de su vida. Pero todas las respuestas que obtuvo fueron monosílabos. Apagó casi del todo las luces interiores y se instaló para atisbar hacia fuera. Fueron unas largas horas.

Terminaron con un grito de alegría, casi un sollozo, del muchacho. Del bosque llegaba una banda de la Gente Antigua.

Algunos de ellos despedían una claridad que no era producida por las lunas ni por las estrellas. El que iba en vanguardia cabalgaba sobre una especie de toro blanco cuyos cuernos estaban adornados con guirnaldas. Su forma era humanoide pero sobrenaturalmente bella, con los cabellos rubioplátino cayendo por debajo del yelmo astado, alrededor del rostro frío y altivo. La capa se agitaba detrás de su espalda como unas alas dotadas de vida. Su cota de malla de color de escarcha producía un sonido metálico.

Detrás de él, a derecha e izquierda, cabalgaban dos que llevaban espadas

resplandecientes, flamígeras y centelleantes. Encima, una grey volante reía, trinaba y se revolcaba en la brisa. Cerca de ellos se arrastraba una calígene semitransparente. Los otros que pasaban entre los árboles detrás de su caudillo resultaban más difíciles de identificar. Pero avanzaban airosamente como si les acompañara un sonido de arpas y trompetas.

—El gobernador Luighaid en persona —murmuró Mistherd en tono reverente.

Sherrinford no había hecho nunca nada más difícil que sentarse ante el tablero principal, acercar el dedo al interruptor del generador del escudo... y no tocarlo. Enrolló una parte de tela del techo para permitir el paso de las voces. Una ráfaga de viento le golpeó en el rostro, cargada del perfume de las rosas en el jardín de su madre. A su espalda, en el cuerpo principal del vehículo, Mistherd se tensó contra sus ligaduras hasta que pudo ver a la tropa que llegaba.

—Llámales —dijo Sherrinford—. Pregúntales si quieren hablar conmigo.

Palabras desconocidas y de sonido musical fueron y vinieron.

—Sí —tradujo el muchacho—. El gobernador Luighaid hablará contigo. Pero puedo decirte que no te dejarán marchar. No luches contra ellos. Ríndete. Te conviene. No sabrás lo que es estar vivo hasta que mores en Carheddin, bajo la montaña.

Los Outlings se acercaron.

Jimmy desapareció y Barbro se encontró retenida por unos fuertes brazos, contra un pecho poderoso, y sintió moverse el caballo debajo de ella. Tenía que ser un caballo, aunque en las granjas quedaban muy pocos de aquellos animales, destinados a usos especiales o conservados por afecto. Podía oír el rumor del follaje al ser hendido y el golpeteo seco de los cascos cuando el terreno era rocoso; una fragancia cálida y vigorosa la envolvía a través de la oscuridad.

El que la llevaba dijo suavemente:

—No temas, querida. Era una visión. Pero nos está esperando y pronto nos reuniremos con él.

De un modo vago, Barbro se dio cuenta de que debería sentirse aterrorizada, o desesperada, o algo por el estilo. Pero sus recuerdos yacían detrás de ella... Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado aquí. Sólo la sostenía el conocimiento de ser amada. Calma, calma, descansa en la tranquila espera de la felicidad...

Poco después el bosque se abrió. Cruzaron una llanura en la que los peñascos se erguían grises y blancos bajo las lunas, con sus sombras cambiantes a los leves resplandores que la aurora proyectaba a través de ellos. Delante brillaba un picacho cuya cumbre estaba coronada de nubes.

Los ojos de Barbro se fijaron en la cabeza del caballo y reconocieron al animal con callada sorpresa: era Sambo, que había sido suyo cuando era una niña. Levantó la mirada hacia el hombre. Llevaba una túnica negra y una capa con capucha que casi

ocultaba su rostro. Ella no podía gritar en voz alta, aquí.

—Tim —susurró.

—Sí, querida.

—Yo te enterré...

La sonrisa del hombre fue infinitamente tierna.

—¿Crees que no somos más que lo que queda de nosotros bajo tierra? ¡Pobre corazón desgarrado! La que nos ha llamado tiene poder para curarlo todo. Ahora descansa y sueña.

—Soñar —dijo ella, y por un instante luchó para sobreponerse a sí misma.

Pero el esfuerzo fue débil. ¿Por qué tenía que creer en leyendas acerca de átomos y energías, y sólo para llenar una brecha de vacío..., leyendas que no podía traer a su mente..., cuando Tim y el caballo que su padre le había regalado la llevaban hacia Jimmy? ¿No había sido lo otro el sueño maligno, del que ahora estaba despertando?

Como si oyera sus pensamientos, él murmuró:

—En la región de los Outlings tienen una canción. La Canción de los Hombres:

El mundo navegaba

hacia un viento invisible.

La luz remolinea junto a los arcos.

El despertar es noche.

»Pero los Moradores no tienen semejante tristeza.

—No comprendo —dijo ella.

Él asintió.

—Hay muchas cosas que tienes que comprender, querida, y no podré volver a verte hasta que hayas aprendido esas verdades. Pero, entre tanto, estarás con nuestro hijo.

Barbro trató de levantar la cabeza y besarle. Él la detuvo suavemente.

—Todavía no —dijo—. No has sido recibida entre la gente de la Reina. No tenía que haber venido a buscarte, pero ella fue demasiado misericordiosa para prohibirlo. Descansa, descansa.

El tiempo voló. El caballo galopaba incansablemente, sin tropezar nunca, monte arriba. En un momento determinado, Barbro entrevió una tropa que descendía y pensó que se dirigía a librar una última y fantástica batalla en el oeste contra... ¿quién? Alguien que permanecía encajado en hierro y pesar. Más tarde se preguntaría a sí misma el nombre del que la había traído a la tierra de la Antigua Verdad.

Finalmente se alzaron capiteles espléndidos entre las estrellas, las cuales son pequeñas y mágicas y cuyos susurros nos consuelan cuando estamos muertos. Entraron en un patio en el que ardían unas velas sin que su llama oscilara, susurraban los surtidores y cantaban los pájaros. El aire olía a gamarza y a rosas, ya que no todo lo que aquel hombre traía era horrible. Los Moradores esperaban rodeados de belleza

para darle la bienvenida. Más allá de su grandeza, los puks corveteaban a través del ocaso; entre los árboles corrían unos chiquillos; la alegría cantaba a través de una música más solemne.

—Hemos llegado...

Súbitamente, inexplicablemente, la voz de Tim fue un graznido. Barbro no estaba segura de cómo la desmontó. Se quedó de pie delante de él y le vio tambalearse.

La invadió el miedo.

—¿Estás bien? —inquirió, cogiéndole las manos.

Las encontró frías y rugosas al tacto. ¿Dónde estaba Sambo? Sus ojos investigaron debajo de la capucha. Con aquella brillante iluminación, tenía que haber visto claramente el rostro de su hombre. Pero aparecía borroso y cambiante.

—¿Qué pasa? ¡Oh! ¿Qué ha ocurrido?

Él sonrió. ¿Era aquélla la sonrisa que ella había amado? No pudo recordarlo del todo.

—Yo... tengo que... marcharme —tartamudeó, en voz tan baja que Barbro apenas pudo oírle—. No ha llegado aún nuestro momento.

Se desprendió de las manos de ella y se inclinó ante una forma vestida con un traje talar que había aparecido a su lado. Una especie de niebla remolineó sobre las cabezas de los dos.

—No me mires mientras me alejo..., fija la mirada en el suelo —suplicó—. Sería la muerte para ti. Hasta que llegue nuestro momento... ¡Allí, nuestro hijo!

Barbro miró a su alrededor. Arrodiándose, abrió sus brazos de par en par. Jimmy chocó contra ella como una sólida y caliente bala de cañón. Acarició los cabellos del niño; besó el hueco de su nuca; rió y sollozó y musitó palabras ininteligibles; y esto no era ningún fantasma, ningún recuerdo que se hubiera escabullido burlando su vigilancia. De vez en cuando, mientras comprobaba si el niño había sufrido algún daño —hambre, enfermedad, miedo—, sin encontrar nada, miraba a su alrededor. Los jardines habían desaparecido. No importaba.

—Te he echado mucho de menos, mamá. Quédate.

—Te llevaré a casa, querido.

—Quédate. Aquí es muy divertido. Te lo enseñaré. Pero tienes que quedarte.

Un suspiro llegó a través del crepúsculo. Barbro se puso en pie. Jimmy se pegó a su mano. La Reina estaba delante de ellos.

Muy alta, con su túnica tejida con luces de septentrión y su corona de estrellas y sus guirnaldas de nunca-me-beses. Su figura recordaba a la Afrodita de Milos, cuyo retrato Barbro había visto a menudo en los reinos de los hombres, salvo que la Reina era más rubia y había más majestad en ella y en sus ojos azul-noche. Alrededor de ella los jardines despertaron a una nueva realidad, lo mismo que la corte de los Moradores y los capiteles que trepaban hacia el cielo.

—Sé bienvenida —dijo la Reina, y su voz era canción— para siempre.

Luchando contra su espanto, Barbro dijo:

—Madreluna, permítenos marchar a nuestro hogar.

—Eso no puede ser.

—A nuestro mundo, pequeño y amado —soñó Barbro que suplicaba—, que hemos construido para nosotros y para nuestros hijos.

—A días de prisión, noches de angustia, trabajos que se desmenuzan entre los dedos, amores que se convierten en podredumbre, pérdidas, pesares, y una sola seguridad: la de la nada final. No. También tú, Pies Vagabundos, te alegrarás cuando las banderas de nuestro mundo ondeen en la última de las ciudades y el hombre sepa lo que es estar completamente vivo. Ahora marcha con aquellos que te aleccionarán.

La Reina del Aire y la Oscuridad levantó un brazo, en un gesto de apercibimiento. Pero no llegó ninguna respuesta.

Por encima de los surtidores y las melodías se alzó un horrible estruendo. Las explosiones se hicieron ensordecedoras. Los Outlings se dispersaron, gritando, ante el monstruo de acero que ascendía por la ladera de la montaña. Los puks desaparecieron en medio de un remolino de alas asustadas. Los nicors se lanzaron contra el inanimado invasor y fueron consumidos, hasta que su Madre les ordenó la retirada.

Barbro se arrojó al suelo, protegiendo a Jimmy con su cuerpo. Las torres oscilaron y se derrumbaron, envueltas en humo. La montaña quedó desnuda bajo las lunas heladas. Una ingente multitud corrió a buscar un refugio subterráneo. Algunos eran de sangre humana, otros grotescos como los puks, los nicors y los espectros; pero la mayoría eran delgados, escamosos, con largas colas y largos picos, ni remotamente humanos ni Outlings.

Por un instante, incluso mientras Jimmy gemía contra su pecho —quizá tanto porque el encanto se había roto como porque tenía miedo—, Barbro compadeció a la Reina, que permanecía erguida y solitaria en su desnudez. Luego, también ella desapareció.

Las armas enmudecieron; el vehículo se detuvo. De su interior saltó un muchacho que gritó salvajemente:

—Sombra-de-un-Sueño, ¿dónde estás? Soy yo, Mistherd. ¡Oh, vamos, vamos!

De pronto recordó que el lenguaje que habían aprendido no era el del hombre. Repitió su llamada en aquel otro lenguaje hasta que una muchacha surgió de una espesura en la que se había ocultado. Se miraron a través del polvo, del humo y del resplandor de la luna. Ella corrió hacia él.

Una nueva voz ladró desde el vehículo:

—¡Barbro, aprisa!

Christmas Landing conoció el día: corto en aquella época del año, pero soleado, cielos azules, nubes blancas, agua coruscante, brisas salobres en las concurridas calles, y el mismo desorden en el cuarto de estar de Eric Sherrinford.

Sherrinford cruzó y descruzó las piernas, chupó furiosamente su pipa como para

formar un velo delante de su rostro, y dijo:

—¿Está segura de que se ha repuesto? No debe arriesgarse a esfuerzos excesivos...

—Estoy perfectamente —respondió Barbro Cullen, aunque su tono parecía demostrar lo contrario—. Todavía cansada, sí, y reflejándolo en mi aspecto, sin duda. No se pasa por semejante experiencia sin que queden huellas que no pueden borrarse en una semana. Pero estoy de pie y animada. Y, para ser sincera, tengo que saber lo que ocurrió, lo que va a pasar, para quedar completamente tranquila y recobrar todas mis fuerzas. No he visto una sola noticia en ninguna parte.

—¿Ha hablado con otras personas del asunto?

—No. Me he limitado a decirles a mis visitantes que estaba demasiado agotada para hablar. Y no faltaba del todo a la verdad. Supuse que habría algún motivo para el silencio.

Sherrinford pareció aliviado.

—Buena chica. Ha sido a petición mía. Imagine la sensación que se producirá cuando esto se haga público. Las autoridades están de acuerdo en que necesitan tiempo para estudiar los hechos y discutirlos en una atmósfera tranquila, evitando los histerismos de los primeros momentos. —Frunció ligeramente los labios—. Además, sus nervios y los de Jimmy tendrán ocasión de templarse antes de que caiga sobre ustedes la tormenta periodística. ¿Cómo está el niño?

—Muy bien. Continúa reprochándome que no le deje ir a jugar con sus amigos en el Lugar Maravilloso. Pero, a su edad, no tardará en olvidar.

—Puede encontrarse con ellos más tarde, de todos modos.

—¿Qué? ¿Acaso no...? —Barbro se removió en su asiento—. Yo también he olvidado. Apenas recuerdo nada de nuestras últimas horas. ¿Se trajo usted algunos humanos raptados?

—No. La impresión que recibieron fue suficientemente fuerte, sin necesidad de recluirlos en una..., una institución. Mistherd, que es básicamente un joven sensible, me aseguró que se las arreglarán para sobrevivir, hasta que el problema se resuelva. —Sherrinford vaciló—. No sé cuál podrá ser la solución. Nadie puede saberlo, tal como están las cosas. Pero, evidentemente, tiene que tender a la reinserción de aquellas personas en la raza humana, o de la mayoría de ellas, especialmente las que no han alcanzado la edad adulta. Aunque es posible que no se sientan a gusto en la civilización. Tal vez sea mejor así en un sentido, dado que necesitaremos algún tipo de enlace mutuamente aceptable con los Moradores.

Su modo impersonal de tratar la cuestión les tranquilizó a los dos. Barbro se sintió con fuerzas para decir:

—Me porté como una tonta, ¿verdad? Recuerdo cómo grité y golpeé mi cabeza contra el suelo.

—¿Por qué no?

Sherrinford contempló a la mujer y a su orgullo unos instantes. Luego se puso en

pie, se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro.

—La engañaron a usted apelando al más profundo de sus instintos, en un momento de horrible pesadilla. Más tarde, mientras aquel monstruo herido la transportaba, crearon la ilusión de otro ser, alguien que podía saturar sus fuerzas neuropsíquicas al borde del desequilibrio. Encima de esto, mi llegada, la repentina y brutal eliminación de todas las alucinaciones debió de resultar aniquiladora. No es extraño que gritara usted de dolor. Antes de hacerlo, sin embargo, puso a salvo a Jimmy en el interior del vehículo, subió también usted y no me estorbó lo más mínimo.

—¿Qué hizo usted?

—Bueno, conducir con la mayor rapidez posible. Al cabo de varias horas, las condiciones atmosféricas me permitieron llamar a Portolondon y pedir un avión con urgencia. No es que fuera de necesidad vital. ¿Qué posibilidad tenía el enemigo de detenernos? Ni siquiera lo intentaron... Pero el rápido traslado resultó beneficioso.

—Imaginé que eso es lo que debió de ocurrir —dijo Barbro—. No, me refería a cómo nos encontró en aquella región desconocida.

Sherrinford se apartó un poco de ella.

—Mi prisionero fue mi guía. No creo que yo matara a ninguno de los Moradores que vinieron a negociar conmigo. Espero que no. El vehículo se abrió paso simplemente a través de ellos, tras un par de disparos de advertencia, y luego los dejó atrás. Acero y combustible contra carne: el desenlace no ofrecía duda. En la entrada de la caverna tuve que liquidar a unos cuantos de aquellos seres extravagantes. No me siento orgulloso de ello. —Permaneció silencioso unos instantes—. Pero usted estaba cautiva —añadió finalmente—. Y yo no podía saber lo que pretendían hacerle.

—¿Cómo consiguió que... el muchacho... cooperase?

Sherrinford se acercó a la ventana y tendió la mirada hacia el Océano Boreal.

—Desconecté el escudo protector de la mente —dijo—. Dejé que los suyos se aproximaran, en pleno esplendor de ilusión. Luego conecté el escudo, y ambos los vimos en su verdadera forma. Mientras nos dirigíamos hacia el norte, le expliqué a Mitherd cómo los de su raza y él habían sido engañados, utilizados, situados en un mundo que nunca existió. Le pregunté si deseaba vivir de ese modo, si deseaba que su ser amado siguiera viviendo de aquella manera, hasta morir como animales domésticos: sí, corriendo en libertad limitada sobre sólidas colinas, pero devueltos siempre a la perrera del sueño. —Su pipa humeó furiosamente—. Ojalá no vuelva a ver nunca una amargura semejante. Le habían enseñado a creer que era libre.

Retornó el silencio, por encima del tránsito héctico. Carlomagno se acercó más al ocaso; por el este empezaba a oscurecer.

Finalmente, Barbro preguntó:

—¿Sabe usted por qué?

—¿Por qué raptaban y criaban así a los niños? En parte porque ello figuraba en el patrón que los Moradores estaban creando; en parte para estudiar y experimentar con

miembros de nuestra especie: con sus mentes, no con sus cuerpos; y en parte porque los humanos poseen facultades especiales que podían ser útiles, tales como su capacidad para soportar la luz del día en toda su intensidad.

—Pero ¿cuál era el objetivo final de todo eso?

Sherrinford echó a andar de un lado para otro.

—Desde luego —dijo—, las motivaciones de los aborígenes son oscuras. Lo único que podemos hacer es suponer cómo piensan, prescindiendo de cómo sienten. Pero nuestras ideas parecen encajar con los hechos.

»¿Por qué se ocultan del hombre? Sospecho que ellos, o más bien sus antepasados —ya que no son duendes, sino seres mortales y falibles como nosotros—, sospecho que los nativos sólo se mostraron cautelosos al principio, más cautelosos que los humanos primitivos, aunque algunos de estos últimos se mostraban también muy reacios a dejarse ver por los extranjeros. Espiando, acechando mentalmente, los Moradores de Roland debieron de captar lo suficiente para llegar a la conclusión de que el hombre era muy distinto a ellos, y muy poderoso; y que no tardarían en llegar otras naves cargadas de colonos. No se les ocurrió que podrían conservar sus tierras. Quizá son todavía más rabiosamente territoriales que nosotros. Decidieron luchar, a su manera. Me atrevería a decir que cuando empecemos a penetrar en su mentalidad, nuestra ciencia psicológica se verá abocada a una revolución como la que desencadenó Copérnico en el campo de la astronomía.

»Y eso no es lo único que aprenderemos —continuó, ahora con visible entusiasmo—. Tienen que haber desarrollado una ciencia propia, una ciencia no humana nacida en un planeta que no es la Tierra. Porque nos observaron tan profundamente como nunca nos hemos observado nosotros mismos; montaron un plan contra nosotros, un plan que hubiera tardado un siglo o incluso más en quedar completado. Bueno, ¿qué más sabían? ¿Cómo mantenían su civilización sin agricultura visible, sin edificios por encima del suelo, ni minas, ni nada? ¿Cómo podían crear especies completamente nuevas? ¡Un millón de preguntas, diez millones de respuestas!

—¿Podemos aprender algo de ellos? —preguntó Barbro en voz baja—. ¿O sólo podemos, como ellos temen, dominarlos?

Sherrinford se levantó, apoyó un codo en la repisa de la chimenea, chupó pensativamente su pipa y respondió:

—Confío en que nos mostraremos más caritativos que todo eso con un enemigo derrotado. Es lo que ellos son. Intentaron conquistarnos, y fracasaron, y ahora estamos comprometidos en cierto sentido a conquistarlos, para que se reconcilien con la civilización de la máquina. Al fin y al cabo, nunca se portaron con nosotros de un modo tan atroz como nos portamos nosotros con nuestros compañeros hombres en el pasado. Y, repito, podrían enseñarnos cosas maravillosas; y también nosotros podríamos enseñárselas a ellos, una vez hayan aprendido a ser menos intolerantes con un sistema de vida distinto.

—Supongo que podríamos proporcionarles una reserva —dijo Barbro, y no supo por qué Sherrinford replicaba tan bruscamente:

—¡Dejémosles el honor que se han ganado! Ellos lucharon para salvar el mundo que siempre habían conocido contra eso —hizo un gesto señalando la ciudad—, exactamente lo mismo que habríamos hecho nosotros en su caso. —Suspiró—. Sin embargo, supongo que si ellos hubiesen triunfado, el hombre hubiera terminado por desaparecer de Roland..., pacíficamente, incluso felizmente. Nosotros vivimos con nuestros arquetipos, pero ¿podemos vivir en ellos?

Barbro sacudió la cabeza.

—Lo siento, no comprendo.

—¿Qué?

Sherrinford la miró con aire de sorpresa. Luego se echó a reír.

—Estúpido de mí. He explicado esto a tantos políticos, y científicos, y comisionados, y Dios sabe qué, estos últimos días, que olvidé que no se lo había explicado a usted. Fue una idea mía más bien vaga, mientras estábamos viajando, y no me gusta exponer ideas prematuramente. Ahora que hemos encontrado a los Outlings y les hemos visto en acción, me siento seguro.

Golpeó la cazoleta de su pipa contra la repisa.

—En una medida limitada —continuó—, yo he utilizado un arquetipo durante toda mi vida profesional. El detective racional. No ha sido una postura consciente, sino una simple imagen que se adaptaba a mi personalidad y a mi estilo profesional. Pero provoca una respuesta adecuada de la mayoría de la gente, hayan oído hablar o no del original. El fenómeno no es infrecuente. Conocemos personas que, en grado diverso, nos recuerdan a Cristo, a Buda o, en un plano menos elevado, a Hamlet o a D'Artagnan. Históricas, ficticias y míticas, tales figuras cristalizan aspectos básicos de la psique humana, y cuando nos encontramos con ellas en nuestra experiencia real, nuestra reacción se hace más profunda que la conciencia.

Su tono volvió a hacerse grave:

—El hombre crea también arquetipos que no son individuos. El Alma, la Sombra... y, al parecer, el Más Allá. El mundo de magia, de encanto, con el doble sentido que tiene el vocablo, de seres semihumanos, algunos como Ariel y algunos como Calibán, pero todos libres de fragilidades y pesares mortales: en consecuencia, tal vez un poco crueles y bastante embaucadores; viviendo en la oscuridad y a la luz de la luna, no verdaderos dioses sino obedientes a gobernantes lo bastante enigmáticos y poderosos para serlo... Sí, nuestra Reina del Aire y la Oscuridad sabía perfectamente qué visiones debía dar a las personas solitarias, qué ilusiones debía tejer en torno a ellas de vez en cuando, qué canciones y leyendas debía implantar entre ellas. Me pregunto hasta qué punto la Reina y sus secuaces conocían los cuentos de hadas humanos, hasta qué punto aportaron su propia inventiva, y hasta qué punto los hombres lo recrearon todo, inconscientemente, a medida que la sensación de vivir en el borde del mundo penetraba en ellos.

Las sombras empezaron a invadir la habitación. El frío se hizo más intenso y los ruidos del tráfico menos audibles. Barbro preguntó en voz baja:

—Pero, ¿a qué podía conducir esto?

—En muchos aspectos —respondió Sherrinford—, el colono del interior ha vuelto a los siglos del oscurantismo. Tiene pocos vecinos, apenas recibe noticias de más allá de su horizonte, lucha por sobrevivir en una tierra que no comprende del todo, que cualquier noche puede dejar caer sobre él imprevisibles desastres. La civilización mecánica que le legaron sus antepasados resulta frágil aquí, en el mejor de los casos. Puede perderla, del mismo modo que las naciones perdieron Grecia y Roma en los siglos del oscurantismo. Manipulado de un modo prolongado, intenso y astuto por el Otro Mundo, arquetípico, llegará a creer ciegamente que la magia de la Reina del Aire y la Oscuridad es superior a la energía de los motores; y primero su fe, y finalmente sus actos la seguirán a ella. ¡Oh!, no ocurriría con mucha rapidez. Idealmente, ocurriría con demasiada lentitud para ser observado, especialmente por la gente de la ciudad satisfecha de sí misma. Y cuando se dieran cuenta sería demasiado tarde.

Barbro suspiró.

—Ella me dijo que cuando sus banderas ondearan sobre la última de nuestras ciudades nos alegraríamos.

—Es posible —admitió Sherrinford—. Sin embargo, yo creo en el derecho a escoger el propio destino.

Sacudió su cuerpo, como si se desprendiera de una pesada carga. Golpeó de nuevo la cazoleta de su pipa y se desperezó, músculo a músculo.

—Bueno —dijo—, todo eso no va a ocurrir.

Ella le miró directamente a los ojos.

—Gracias a usted.

El rubor inundó las flacas mejillas de Sherrinford.

—Con el tiempo, estoy seguro de que cualquier otro lo hubiera hecho... Lo que importa es lo que haremos a continuación, y ésa es una decisión demasiado importante para ser adoptada por un hombre o una generación.

Barbro se puso en pie.

—A menos que la decisión sea personal, Eric —sugirió, sintiendo el calor en su propio rostro.

Resultó curioso ver a Sherrinford súbitamente tímido.

—Tenía la esperanza de que volveríamos a encontrarnos.

—Una esperanza que no se verá defraudada.

Ayoch estaba posado sobre el Túmulo de Wolund. Aurora brillaba tanto, despidiendo tales haces de luz, que casi ocultaba a las lunas menguantes. Los capullos de los estramonios habían caído; unos cuantos resplandecían aún alrededor

de las raíces de los árboles, entre gamarzas secas que crujían bajo el pie y olían a madera quemada. El aire continuaba siendo cálido, pero en el horizonte no quedaba ya ningún resplandor.

—Adiós, buena suerte —gritó el puk.

Pero Mistherd y Sombra-de-un-Sueño no volvieron la mirada. Fue como si no se atrevieran a hacerlo. Se alejaron hasta perderse de vista, en dirección al campamento humano cuyas luces parpadeaban como estrellas nuevas allá a lo lejos, al sur.

Ayoch se demoró unos instantes. Sentía que debía ofrecer también una despedida a la que últimamente se había unido a él en aquel sueño en el dolmen. Seguramente nadie volvería a reunirse aquí por motivos de amor o de magia. Pero sólo pudo recordar un antiguo verso que sirviera para la ocasión.

Se irguió y trino:

De su seno

ascendió un capullo.

El verano lo agostó.

La canción ha terminado.

Luego extendió sus alas para el largo vuelo final.

Luna inconstante

Larry Niven

En el segundo volumen de Los premios Hugo, en relación con el relato de Larry Estrella de neutrones, hablé de que iba siempre «perfectamente afeitado».

Bien, si no ha vuelto a cambiar, ahora lleva barba, una barba pulida, bien cuidada, que parece mejorar su aspecto. (Digo «parece» porque no soy nada experto en cuanto al aspecto de los hombres. Por lo general no les veo. He llegado a entrar en una estancia llena de caballeros, donde sólo había una mujer, mirar a mi alrededor y preguntarle: «¿Dónde están los demás?». Es una de mis peculiaridades, pero estoy resignado y he rechazado todos los tratamientos.)

Por otra parte, lo que hemos de agradecer a los años sesenta, por encima de todo, es que aportaron la primera recrudescencia real en el pelo facial de los hombres, ya que, en la primera década del siglo xx, Gibson popularizó el estilo de llevar la cara monda y lironda.

De mí sé decir que he aprovechado esta ventaja. En 1970 empecé a dejarme crecer el cabello, y me encanta el ahorro de un tiempo que de otro modo perdería en la barbería, aparte de que me siento aliviado por no ser arrestado tan pronto salgo a la calle.

En la actualidad, el cabello me cae graciosamente sobre los hombros en una serie de ondas y rizos, y mi ambición es ir añadiendo más ondas y más rizos, hasta llegar a la parte inferior de mi espalda. Ésta, no obstante, no es la ambición de mi esposa, Janet. De vez en cuando me convence, a su modo dulce y amable, para que le permita cortarme el pelo. Se arrodilla detrás de mí, empuñando las tijeras, y con la navaja en mi garganta, y corta..., corta... y corta...

También me dejé crecer las patillas, que gradualmente se fueron haciendo más y más largas, más y más espesas, cuando Janet no miraba. De repente, resultó que le gustaron. No sé por qué. Las mujeres son un misterio.

Y la esposa de Larry (la cual, en su calidad de subgraduada del MIT, era conocida como Peluda Rosa, posiblemente por sus suéteres) se halla indecentemente encantada con Larry..., con barba y todo.

También dije en el segundo volumen que Larry especula sobre la vida sexual de Superman. Entonces me pregunté, y me pregunto ahora, si debería contar la clase de detalles que considera: por ejemplo, la fuerza hidráulica de...

Pero no, esto no lo contaría tan bien como Larry. Y siempre están a nuestro alrededor esos tipos tranquilos, vergonzosos, que se muerden los labios, y que son unos auténticos erotomaniacos.

1

Estaba contemplando las noticias cuando vino el cambio, como un destello de movimiento vislumbrado por el rabillo del ojo. Me volví hacia el balcón. Fuera lo que fuese, era demasiado tarde ya para captarlo.

Aquella noche la luna era muy brillante.

Me di cuenta de esto y sonreí, y di de nuevo media vuelta. Johnny Carson iniciaba su monólogo.

Cuando pusieron los primeros anuncios me levanté para recalentar el café. Ponían tres o cuatro anuncios seguidos, por ser medianoche, de modo que tenía tiempo.

Al volver me cogió de lleno la luz de la luna. Si antes era brillante, ahora lo era más. Hipnótica. Abrí la vidriera deslizante y salí al exterior.

El balcón apenas era algo más que un reborde con barandilla, con espacio justo para un hombre, una mujer y una barbacoa portátil. Durante los últimos meses el panorama había sido adorable, especialmente en el crepúsculo. La compañía de electricidad había estado instalando un edificio para oficinas de cemento y cristal. En realidad, no era más que una estructura de vigas de acero al descubierto. Como una masa sombría contra el cielo rojo del crepúsculo, parecía más bien algo tieso, surrealista, tremendamente impresionante.

Esa noche...

Nunca había visto una luna tan brillante, ni siquiera en el desierto. Lo bastante brillante como para poder leer, pensé, e inmediatamente añadí, pero esto es una ilusión. La luna nunca es mayor (no sé dónde lo leí) que un cuarto de chelín sostenido a unos tres metros de distancia. Nunca puede ser tan brillante como para permitir una lectura.

¡Sólo estaba llena en sus tres cuartos!

Pero el resplandor de la luna sobre la autopista de San Diego, al oeste, parecía amortiguar incluso el de los faros de la caravana de coches. Parpadeé contra esa luz, y pensé en los hombres que al caminar por la luna dejaban huellas onduladas. En cierta ocasión, por un artículo que estaba escribiendo, pude tener en la mano un pedazo de roca de la luna...

Oí que reanudaban el programa de televisión y regresé al interior del apartamento.

Pero al volver a echar una ojeada a mis espaldas, vi que la luna se tornaba aún más brillante... como al aparecer por detrás de una estela nubosa.

Su luminosidad era ya enloquecedora, lunática.

El teléfono sonó cinco veces antes de que ella contestara.

—Hola —dije—, oye...

—Hola —respondió Leslie con voz adormilada, en son de queja.

Caramba, esperaba que estuviese viendo la televisión igual que yo.

—No grites ni te quejes —manifesté al momento—, porque tengo un motivo para llamarte. Estás en la cama, ¿verdad? Bien, levántate y... ¿Puedes levantarte?

—¿Qué hora es?

—Las once y cuarto.

—Oh, Dios mío...

—Sal al balcón y mira a tu alrededor.

—De acuerdo.

El teléfono dejó oír un ruidito. Aguardé. El balcón de Leslie da al norte y al oeste, como el mío, pero se halla diez pisos más arriba, de modo que tiene mejor vista.

A través de mi balcón, la luna ardía como un foco.

—Stan... ¿estás ahí?

—Sí. ¿Qué opinas de eso?

—Es maravilloso. Nunca he visto nada igual. ¿Por qué brilla tanto la luna?

—No lo sé, pero ¿no te parece maravilloso?

—Se supone que tú eres el nativo.

Hacia sólo un año que Leslie se había trasladado aquí.

—Escucha, jamás la había visto de esta manera. Claro que existe una antigua leyenda —proseguí—. Una vez cada cien años, la niebla abandona Los Ángeles por una sola noche, dejando el aire tan claro y despejado como el espacio interestelar. De este modo, los dioses ven si Los Ángeles todavía está aquí. Después, vuelven a arroparnos con la niebla para no tener que verlo constantemente.

—Sí, ya conocía esa leyenda. Bien, oye, me alegro de que me despertases para verlo, pero mañana he de trabajar.

—Pobre muñeca...

—Es la vida. Buenas noches.

—Buenas noches.

A continuación me senté en la oscuridad y traté de pensar a quién más podía llamar. Sí, llamar a una chica a medianoche, invitarla a salir y contemplar la luna... y ella podría considerarlo romántico, o ponerse furiosa, pero no supondría que había llamado a seis más.

Pensé en varios nombres. Pero las chicas en las que pensé habían salido de mi vida hacía ya más de un año, después de que empezara a pasar todo el tiempo con Leslie. No podía censurarlas. Ahora, Joan estaba en Texas y Hilda se había casado, y si llamaba a Louise probablemente también vendría Gordie. ¿La joven inglesa? No

recordaba su número. Ni su apellido.

Además, todas las chicas que conocía tenían que fichar al entrar a trabajar. Yo también trabajo para vivir, pero en mi calidad de escritor independiente elijo mi horario. A cualquiera que llamara esta noche le arruinaría la mañana. Ah, bueno...

El programa de Johnny Carson era un torbellino en gris y un estrépito de estática cuando regresé al salón. Desconecté el televisor y salí de nuevo al balcón.

La luna brillaba más que la riada de focos y faros en la autopista, era más brillante que Westwood Village, a la derecha. Los montes de Santa Mónica tenían un resplandor perlino, casi mágico. No había estrellas cerca de la luna. Las estrellas no podían sobrevivir a tanto resplandor.

Yo escribía artículos científicos para ganarme el sustento. Habría debido de ser capaz de imaginarme qué le sucedía a la luna. ¿Podía haber aumentado súbitamente de tamaño? ¿Haberse inflado como un globo? No.

Más cerca, tal vez... ¿Estaba cayendo?

¡Las mareas! Olas de treinta metros de altura... ¡y terremotos! ¡La falla de San Andrés abriéndose como el Gran Cañón! Podía subir a mi coche, ir hacia las montañas... No, demasiado tarde.

Tonterías. La luna era más brillante, no era mayor. Podía verlo. Además, ¿podía caer la luna sobre nuestras cabezas, sin más?

Parpadeé y la luna dejó una impresión en mis retinas. Era tremendamente brillante.

Un millón de personas debían de estar contemplando la luna, haciéndose preguntas como yo. Un artículo sobre el caso se vendería muy bien... si lo escribía antes de que lo hicieran otros.

Debía de existir una explicación sencilla, obvia.

¿Cómo podía ser la luna tan brillante? La luz lunar es un reflejo de la luz del sol. ¿Acaso brillaba más el sol? Debía de haber empezado a ocurrir después del crepúsculo, o la gente habría observado...

No me gustó esta idea.

Por otra parte, la mitad de la Tierra estaba directamente bajo la luz solar. Un millar de corresponsales de *Life* y *Time* y *Newsweek* y de la Asociación de la Prensa llamarían desde Europa, Asia, África y... a menos que estuviesen escondidos en los sótanos. O muertos. O faltos de voz, porque el sol estuviese interfiriendo las comunicaciones con la estática; los sistemas de radio, el teléfono y la televisión... La televisión... ¡Dios mío!

Empezaba a asustarme.

Bien, era preciso volver a empezar. La luna brillaba mucho más que antes. La luz de la luna... bueno, la luz de la luna es un reflejo de la luz del sol, y eso lo sabe cualquier idiota. Entonces... algo le había ocurrido al sol.

—¿Diga?

—Hola, soy yo —respondí.

De pronto, mi garganta se solidificó. ¡Pánico! ¿Qué iba a decirle?

—He estado contemplando la luna —explicó ella soñadoramente—. Es algo maravilloso. Incluso he tratado de utilizar mi telescopio, pero no he logrado ver nada; brilla demasiado. Ilumina toda la ciudad. Las montañas son como de plata.

Sí, ella tenía un telescopio en el balcón. Lo había olvidado.

—No he intentado volver a dormir —continuó Leslie—. Demasiada luz.

Mi garganta pudo funcionar de nuevo.

—Oye, Leslie, cariño, he empezado a pensar que te he despertado, que no podrías volver a dormirte, y toda esa luz... De modo que lo mejor será que salgamos a tomar algo.

—¿Estás loco?

—No, hablo en serio. Ésta no es una noche para dormir. Tal vez no volvamos a disfrutar de una noche como ésta. ¡Al diablo tu dieta! Vamos a celebrarlo. Pasteles de chocolate calientes, café irlandés...

—Eso es diferente. Voy a vestirme.

—Iré a buscarte.

Leslie vivía en el piso catorce del Edificio C de la plaza Barrington. Llamé a la puerta y esperé.

Mientras aguardaba me pregunté, sin ningún sentido de urgencia: ¿Por qué Leslie?

Debía de haber otras maneras de pasar mi última noche en la Tierra que con una chica en particular. Podía haber escogido a otra joven, o incluso a varias, aunque ésa no fuera mi costumbre. También podía haber llamado a mi hermano, o a una serie de parientes...

Bah, mi hermano Mike habría querido tener un buen motivo para que le sacara de la cama a medianoche.

—Pero Mike, la luna es tan hermosa...

Ni hablar. Y mis parientes habrían reaccionado igual. Sí, yo tenía un excelente motivo, pero ¿me creerían?

Y si me creían, ¿qué? Yo habría organizado una especie de velatorio. Les dejaría dormir. Lo que yo deseaba era que alguien se uniese a mi... fiesta de despedida sin formular preguntas estúpidas.

A quien yo deseaba era a Leslie. Volví a llamar.

Ella abrió un poco la puerta. Todavía no llevaba más que la ropa interior. Una faja tiesa, deforme, que tenía en la mano me rozó la espalda cuando se arrojó en mis brazos.

—Iba a ponérmela.

—Entonces he llegado a tiempo.

Le quité la faja y la dejé caer al suelo. Me agaché para pasar los brazos por debajo de sus costillas, me enderecé con cierto esfuerzo y anduve hacia el dormitorio con sus pies bailando contra mis tobillos.

Tenía la piel muy fría. Debía de haber estado fuera.

—¡Basta! —gritó—. ¿Crees que puedes competir con unos pastelillos de chocolate calientes?

—Ciertamente, me lo exige mi orgullo.

Los dos estábamos sin aliento. Una vez había tratado de levantarla entre mis brazos, en un estilo cinematográfico convencional. Por poco me rompo la espalda. Leslie era muy alta, casi como yo, y tenía unas caderas generosas.

Nos echamos en la cama, uno al lado del otro. Luego, le rasqué la espalda, sabiendo que sería incapaz de resistirse... ja, ja, ja, ja... Dejó oír unos grititos de placer para decirme dónde debía rascar. Después, me levantó la camisa hasta los hombros y empezó a rascarme la espalda a su vez.

Nos fuimos quitando prendas de ropa al azar, dejándolas caer fuera de la cama. La piel de Leslie estaba ya caliente, casi ardiente...

Bien, por eso no podía escoger a otra chica. Hubiera tenido que enseñarle a rascarme. Y no tenía tiempo.

Algunas noches yo experimentaba una tendencia nerviosa a apresurar el acto amoroso. Esta noche estábamos ejecutando un ritual, un rito de tránsito. Intenté ir más despacio, para que durase más. Traté de lograr que a Leslie le gustase más. Resultó increíble. Me olvidé de la luna y del futuro cuando Leslie aplicó sus talones contra los huecos de mis rodillas y empezamos a movernos al ritmo antiguo.

Pero la imagen que se dibujó en mi mente en el clima del acto fue vívida y aterradora. Nos hallábamos sobre un círculo de fuego muy vivo que nos encerraba como un nudo corredizo. Si yo gemía de éxtasis y terror, ella pensaría que era sólo de éxtasis.

Continuamos tendidos lado a lado, adormilados, entorpecidos, muy juntos. Estaba dispuesto a dormirme y dejar dormir a Leslie, olvidando mi promesa... pero, en vez de hacerlo, le susurré al oído:

—Pastelillos de chocolate calientes.

Leslie sonrió, se movió y rodó fuera de la cama.

No quería que se pusiera la faja.

—Es más de medianoche. Nadie se meterá contigo porque yo me opondría, ¿de acuerdo? Entonces, ¿por qué no has de ir cómoda?

Se echó a reír y cedió. Nos abrazamos una vez más, ya en el ascensor. Estaba

mucho mejor sin la faja.

3

La camarera de la barra, de cabellos grises, estaba animada, excitada. Le brillaban los ojos. Habló como confiándonos un secreto.

—¿Han observado la luna?

Ship estaba bastante concurrido a aquella hora de la noche y tan cerca de la Universidad de Los Ángeles. La mitad de los parroquianos eran estudiantes universitarios. Esa noche hablaban en voz baja y volvían la cabeza a menudo para mirar a través de las paredes de cristal del restaurante, que permanecía abierto las veinticuatro horas del día. La luna estaba baja hacia occidente, lo bastante para competir con los faroles de la calle.

—La hemos observado —repliqué—, y lo estamos celebrando. Sírvanos dos pasteles de chocolate calientes.

Cuando nos dio la espalda deslicé un billete de diez dólares bajo la servilleta de papel. No porque tuviese que gastarlos, sino porque a la mujer le resultaría muy grato encontrarlos. Tampoco yo los iba a gastar nunca.

Me sentía flojo, casual. Muchos problemas parecían haberse solucionado por sí mismos.

¿Quién habría creído que la paz llegaría a Vietnam y a Camboya en una sola noche?

La cosa había empezado hacia las once y media en California. Lo que hacía que el sol de mediodía estuviera sobre el mar Rojo, con algunos flecos de Asia, Europa, África y Australia bajo la directa luz del sol.

Alemania ya estaba reunificada, el Muro fundido o derribado por olas de choque, los israelitas y los árabes habían depuesto las armas, y el *apartheid* ya no existía en África.

Y yo era libre. Para mí no había consecuencias. Esa noche podía satisfacer todas mis oscuras ansias: robar, matar, estafar sobre mis ingresos y mis impuestos, arrojar ladrillos contra los escaparates, quemar mis tarjetas de crédito. Podía olvidarme de mi artículo sobre la formación de metal explosivo, que debía entregar el jueves. Esa noche podía sustituir los caramelos de canela por las píldoras de Leslie. Esa noche...

—Fumaré un cigarrillo.

Leslie me miró extrañada.

—Pensé que habías abandonado ese hábito.

—Recuerda que me dije que si experimentaba un ansia irresistible, fumaría un cigarrillo. Lo dije porque no podía soportar la idea de no volver a fumar nunca más.

—Pero ¡has estado meses sin fumar! —rió ella.

—¡Y siguen anunciando cigarrillos en las revistas!

—Es un complot. De acuerdo, fuma un cigarrillo.

Metí unas monedas en la máquina, vacilé en la elección y al final saqué un tabaco suave. No era que deseara el cigarrillo, pero algunos acontecimientos piden champaña y otros tabaco. También existe el tradicional último cigarrillo antes de la ejecución...

Lo encendí. ¡Por el cáncer de pulmón!

Sabía tan bien como lo recordaba, aunque tenía un gusto rancio muy débil, como una bocanada de colillas viejas. La tercera aspiración me pareció muy rara. Mis ojos se desenfocaron y todo quedó en calma. El corazón me latía con fuerza en la garganta.

—¿Qué tal sabe?

—Muy extraño. Me siento flipado —respondí.

¡Flipado! No había oído esa palabra desde hacía unos quince años. En el instituto fumábamos para fliparnos, para experimentar esa semiborrachera producida por la contracción de los capilares del cerebro. El flipe dejaba de producirse después de las primeras veces, pero nosotros seguíamos fumando...

Volví al presente. La camarera nos estaba sirviendo los pastelitos calientes.

Caliente y frío, dulce y amargo; no hay sabor parecido al de un pastel de chocolate caliente. Morir sin volver a saborearlo habría sido una vergüenza. Y con Leslie era una *cosa*: un símbolo de todo lo bueno de la vida. Verla comerlos era mejor que comerlos yo mismo.

Además... apagué el cigarrillo para gustar el helado. Aunque, en vez de saborear el helado, estaba anticipando ya el café irlandés.

Muy poco tiempo.

El plato de Leslie ya estaba vacío.

—Aaahhh —suspiró, y se acarició por encima del ombligo. Uno de los parroquianos de las mesitas empezó a volverse loco.

Le había estado observando. Era un tipo con aspecto de profesor, delgado, con patillas y gafas con montura de acero, que había estado dando vueltas y saliendo para mirar la luna. Como otros de las demás mesas, parecía flipado por un fenómeno raro y agradablemente natural a la vez.

De pronto lo comprendió. Vi cómo su rostro cambiaba, mostrando suspicacia, luego incredulidad, y al final, horror y desvalimiento.

—Vámonos —le dije a Leslie.

Dejé unas monedas sobre el mostrador y me levanté.

—¿No quieres terminar tu pastel?

—No. Hemos de ocuparnos de varias cosas. ¿Qué tal un café irlandés?

—¿Y un Pink Lady para mí? ¡Oh, mira! —exclamó, dando media vuelta.

El profesor se subía a una mesa. Se equilibró y extendió los brazos.

—¡Mirad por las ventanas! —gritó.

—¡Baje de ahí! —le ordenó una camarera, tirando enérgicamente de las perneras

de su pantalón.

—¡El mundo está llegando a su fin! Muy lejos, al otro lado del mar, la muerte y el fuego del infierno...

Pero nosotros ya estábamos en la puerta, riendo mientras corríamos.

—Tal vez hayamos escapado —jadeó Leslie— a un motín religioso...

Me acordé de los diez pavos que había dejado debajo de mi servilleta. Ahora eso no complacería a nadie. Dentro del local, un profeta estaba proclamando su mensaje de destrucción a quien quisiera oírlo. La mujer de cabello gris y ojos relucientes hallaría el dinero y pensaría: Ésos también lo sabían...

Las casas impedían la vista de la luna desde el aparcamiento del Red Barn. Las luces de la calle y el resplandor lunar tenían el mismo color. La noche sólo era un poco más clara que de ordinario.

No comprendí por qué Leslie se detuvo bruscamente en el camino. Pero seguí su mirada, fija en un punto donde una estrella ardía con un intenso brillo, justo al sur del cénit.

—¡Precioso! —alabé.

Leslie me dirigió una mirada muy extraña.

No había ventanas en el Red Barn. Una iluminación artificial muy tenue, mucho más que la extraña luz de fuera, permitía divisar el maderamen oscuro y a los animados clientes. Nadie parecía darse cuenta de que aquella noche fuese distinta a las demás.

La escasa concurrencia de los martes por la noche estaba agrupada en torno al piano. Un parroquiano tenía el micrófono en la mano. Cantaba una canción bastante popular con una voz débil y temblorosa, mientras el pianista negro sonreía y tocaba la música de fondo.

Pedí dos cafés irlandeses y un Pink Lady. Ante la mirada inquisitiva de Leslie, me limité a sonreír misteriosamente.

¡Qué ordinario resultaba el Red Barn! ¡Qué relajante! ¡Qué feliz! Enlazamos las manos a través de la mesa y sonreí, temiendo hablar. Si rompía el encanto, si decía algo peligroso...

Llegaron las bebidas. Levanté la copa de café irlandés por el pie. Azúcar. Whisky irlandés y café fuerte, con nata batida flotando encima. Entró en mi cuerpo como una poción de fuerza mágica, negra, caliente, poderosa.

La camarera me devolvió el dinero.

—¿Ve a aquel hombre con suéter de cuello alto, al final del grupo del piano? Él invita —explicó—. Vino hace dos horas y le dio al barman un billete de cien dólares.

De ahí procedía toda la felicidad del local. ¡De la bebida gratis! Le miré, preguntándome qué estaría celebrando aquel tipo.

Era un individuo de cuello grueso y hombros anchos, embutido en un suéter de

cuello alto y con chaqueta deportiva; estaba sentado sobre sus piernas cruzadas y tenía una copa grande en la mano. El pianista le ofreció el micro, pero lo rechazó, y aquel gesto me permitió captar su expresión. Tenía un rostro cuadrado y duro, ahora borracho, desdichado, asustado. El hombre estaba a punto de llorar de miedo.

Sabía lo que estaba celebrando.

Leslie hizo un mohín.

—No saben hacer un Pink Lady.

Hay un solo bar en el mundo donde hacen un Pink Lady como le gusta a Leslie, pero ese bar no está en Los Ángeles. Le di el otro café irlandés con una sonrisa que decía «ya lo sabía». Forzándola. El miedo de aquel hombre era contagioso. Leslie me devolvió la sonrisa y levantó su copa.

—Por la luz de la luna.

Levanté mi copa y bebí. Pero no era el brindis que yo habría elegido.

El individuo del jersey de cuello alto bajó de su taburete. Fue cautelosamente hacia la puerta, con paso lento y seguro, como un transatlántico al llegar al muelle. Abrió la puerta y dio media vuelta, manteniéndola abierta, de modo que la blanca luz del exterior iluminó su silueta negra.

Cerdo. Estaba aguardando a que alguien se lo imaginase, que alguien gritase la verdad a los demás. Fuego y destrucción...

—¡Cierre la puerta! —gritó una voz.

—Ya es hora de irnos —murmuré.

—¿A qué tanta prisa?

¿Prisa? Él podía hablar... Y yo no podía decir que...

Leslie posó una mano sobre la mía.

—Lo sé. Lo sé. Pero no podemos escapar, ¿verdad?

Un puño me oprimió con fuerza el corazón. Leslie lo sabía y yo no me había dado cuenta.

Se cerró la puerta, con lo que el establecimiento quedó en una penumbra rojiza. El hombre de la invitación se había marchado.

—¡Dios mío! ¿Cuándo te lo imaginaste?

—Antes de que tú llegaras —explicó ella—. Pero cuando intenté comprobarlo no lo conseguí.

—¿Comprobarlo?

—Salí al balcón y concentré el telescopio en Júpiter. Estas noches, Marte cae por debajo del horizonte. Si el sol se convierte en nova, todos los planetas deberían brillar como la luna, ¿no es verdad?

—Sí, maldita sea.

Debió haberseme ocurrido a mí. Pero Leslie solía contemplar las estrellas; aunque yo sabía algo de astrofísica, no hubiese sabido encontrar a Júpiter ni para salvar mi vida.

—Pero Júpiter no brillaba más que de costumbre. Por tanto, no supe qué pensar.

—Pero así... —la esperanza volvió a inundar mi pecho. De pronto, me acordé—. La estrella, la que miraste...

—Júpiter.

—Brilla como un letrero de neón. Bien, esto es la comprobación.

—Baja la voz.

Hablaba en voz baja. Pero por un momento salvaje deseé subirme a una mesa y gritar: ¡Fuego y destrucción! ¿Qué derecho tenían los demás a ignorarlo?

La mano de Leslie apretó más la mía. Aquella ansia pasó. Y me dejó temblando.

—Salgamos de aquí. Y pensemos que habrá un amanecer.

—Lo habrá. Ya lo hay.

Leslie soltó una risa amarga, algo que nunca había oído salir de su garganta. Salió mientras yo sacaba mi cartera... entonces recordé que todo estaba pagado.

Pobre Leslie... Ver Júpiter con su brillo normal debió de ser como un aplazamiento... hasta que la chispa blanca destelló con un resplandor glorioso una hora y media más tarde. Una hora y media hasta que la luz del sol llegase a la Tierra por medio de Júpiter.

Cuando llegué a la puerta, Leslie iba casi corriendo por Westwood hacia Santa Mónica. Lancé una maldición y corrí para atraparla, sin saber si se había vuelto loca.

Luego observé las sombras ante nosotros. Por el otro lado del Bulevar Santa Mónica: sombras lunares haciendo dibujos horizontales de franjas oscuras y blanquiazuladas.

La atrapé en la esquina.

La luna se estaba ocultando.

La luna siempre parece tremenda al ocultarse. Aquella noche resplandecía en la porción de cielo que se veía debajo de la autopista, terriblemente brillante, arrojando una serie increíblemente complicada de líneas y sombras. Incluso la parte no iluminada de la luna relucía con luz nacarada por el brillo terrestre.

Y eso me dijo todo lo que quería saber respecto a lo que sucedía en la cara iluminada de la Tierra.

¿Y en la luna? Los hombres del Apollo XIX debían de haber muerto en los primeros minutos después de que el sol se convirtiera en nova. Atrapados en una llanura lunar, escondidos tal vez detrás de una roca que se fundía... ¿O estaban en el lado oscuro? No podía recordarlo. Demonio, tal vez nos sobrevivirían. Sentí una puñalada de envidia y odio.

Y de orgullo. Nosotros los pusimos allí. Llegamos a la luna antes de que el sol se hiciera nova. Un poco más y habríamos llegado a las estrellas.

El disco cambiaba de una manera extraña al ocultarse. Una cúpula, un platillo volante, una lente, una línea...

Nada.

Nada. Bien, ya estaba. Ahora podíamos olvidarlo; ahora podíamos caminar sin recordar constantemente que algo iba mal. La luna, al ocultarse, se había llevado

todas las sombras raras de la ciudad.

Pero las nubes también mostraban un resplandor raro. Como brillan las nubes después de ponerse el sol, esta noche las nubes resplandecían con un color blanco pálido en sus bordes occidentales. Y se movían con demasiada rapidez por el firmamento. Como si trataran de huir...

Cuando me volví hacia Leslie, unos lagrimones resbalaban por sus mejillas.

—Oh, maldición —exclamé, cogiéndola por el brazo—. Basta ya, basta.

—No puedo. Ya sabes que no puedo dejar de llorar cuando empiezo.

—No pensaba en eso. Pensaba en que tenemos cosas que hacer, cosas que hemos estado aplazando, cosas que nos gustan. Es nuestra única oportunidad. ¿Es así como quieres morir, llorando en una esquina?

—¡No quiero morir en absoluto!

—¡Valiente mierda!

—Muchas gracias.

Tenía la cara roja y desencajada. Leslie lloraba como los bebés, sin tener en cuenta su dignidad ni su aspecto.

Me sentí furioso. Y culpable, a pesar de saber que lo de la nova no era culpa mía, lo cual aún me enfurecía más.

—¡Tampoco yo quiero morir! —le grité—. Muéstrame el camino para salvarnos y lo seguiré sin dudar. ¿Adónde podemos ir? ¿Al Polo Sur? Tardaríamos mucho. La luna ya debe de estar fundida por su cara iluminada. ¿A Marte? Cuando esto termine, Marte formará parte del sol, como la Tierra. ¿A Alfa del Centauro? Con la aceleración que necesitaríamos, quedaríamos triturados como mantequilla de cacahuete y mermelada...

—Oh, cállate.

—De acuerdo.

—A Hawai, Stan. Podemos llegar al aeropuerto en veinte minutos. ¡Ganamos dos horas yendo al oeste! ¡Dos horas antes de la salida del sol!

La idea no estaba mal. ¡Dos horas eran muy valiosas! Pero ya lo había pensado cuando estuve contemplando la luna desde el balcón.

—No. Moriríamos antes. Oye, cariño, hemos visto cómo brillaba ya la luna a medianoche. Lo cual significa que California estaba en la parte posterior de la Tierra cuando el sol se transformó en nova.

—Sí, es verdad.

—Entonces, debemos estar más lejos de la onda de choque.

—No lo entiendo —parpadeó.

—Considéralo así. Primero, el sol explota. Esto calienta el aire y los océanos, todo en un instante, por la cara de día. El vapor y el aire recalentado se expanden velozmente. Una oleada de llamas se vuelca sobre el lado de noche. Y ahora se aproxima rápidamente a nosotros, como un dogal. Pero antes llegará a Hawai. Hawai se halla dos horas más cerca de la línea del sol poniente.

—Entonces, no veremos el amanecer. Ni siquiera viviremos tanto.

—No.

—Lo explicas todo tan bien —admitió amargamente—. Una oleada de llamas... Muy gráfico.

—Lo siento. He meditado mucho sobre esta situación. Y me preguntaba cómo sería.

—Bien, calla ya.

Leslie se me acercó y reclinó su cara en mi hombro. Lloró quedamente. La sostuve con un brazo y empleé el otro para acariciarle el cuello, en tanto contemplaba las nubes, sin pensar en cómo terminaría todo.

No pensaba en el círculo de fuego que nos rodearía.

De todos modos, ése no era el verdadero cuadro.

Pensé en cómo habrían hervido los océanos en la cara de día, de modo que la onda de choque habría sido casi toda de vapor. Pensé en los millones de kilómetros cuadrados de océano que tenía que atravesar. Estaría más fría y húmeda cuando nos alcanzase. Y la rotación de la Tierra la haría girar como a un remolino en una bañera.

Dos huracanes contrapuestos, uno del norte, otro del sur. Esto sucedería. Teníamos suerte. California estaría en el ojo del huracán del norte.

Un viento huracanado de vapor. Atraparía a un hombre y lo cocería en el aire, lo despojaría de su carne y lo arrojaría a un lado. Sería terriblemente doloroso.

No veríamos el amanecer. En cierto modo, era una lástima. Sería espectacular.

Flámulas de nubes espesas corrían a través de las estrellas, demasiado deprisa, con sus vientres blancos por la luz de la ciudad. Júpiter se fue apagando hasta desaparecer. ¿Empezaría ya? Hubo un relámpago de calor...

—La aurora —dije.

—¿Qué?

—También viene una onda de choque del sol. Debería de haber una aurora como nadie habrá visto otra.

—Es tan extraño —rió de pronto Leslie— estar en una esquina hablando de este modo... Stan, ¿lo estamos soñando?

—Podríamos fingirlo...

—No. Casi toda la raza humana debe de estar muerta ya.

—Sí.

—Y no podemos huir a ninguna parte.

—Maldición, eso ya lo pensaste hace un buen rato. ¿Por qué volver a hablar de ello?

—Podías haberme dejado dormir —me reprochó ella con amargura—. Me estaba durmiendo cuando susurraste en mi oído.

No respondí. Era verdad.

—Pastelitos de chocolate calientes —recordó—. No era mala idea, claro. Romper mi dieta.

Empecé a sonreír.

—Basta ya.

—Podríamos volver a tu casa. O a la mía. Para dormir.

—Supongo que sí. Pero no podríamos dormir, ¿verdad? No, no lo digas. Tomamos unos somníferos y cinco horas más tarde nos despertamos chillando. Prefiero estar despierta. Al menos, sabremos lo que sucede.

Pero si tomamos todas las pastillas... No lo dije, sólo lo pensé.

—¿Una excursión, entonces?

—¿Adónde?

—Bueno, a la playa. Qué más da. Podemos decidirlo más tarde.

4

Todos los mercados estaban cerrados. Pero yo era cliente desde hacía años de una tienda de licores próxima a Red Barn. Nos vendieron foie-gras, galletas, un par de botellas de champaña helado, seis clases de queso y grandes cantidades de almendras; cogí toda clase de frutos secos, más galletas, una bolsa de hielo, entremeses, y un quinto de coñac viejo que me costó veinticinco pavos, otro quinto de jerez Heering para Leslie, seis latas de cerveza y Bitter naranja...

Cuando hubimos apilado todo esto en el carrito de la tienda, estaba lloviendo. Unas gotas enormes chocaban contra el cristal del escaparate. El viento ululaba en las esquinas.

El dependiente estaba de buen humor, muy animado y lleno de energía. Llevaba la noche entera contemplando la luna.

—¡Y ahora esto! —gritó al meter lo adquirido en las bolsas.

Era un hombre viejo, musculoso, con brazos y hombros gruesos.

—Nunca había llovido así en California. El agua suele caer recto y fuerte, cuando llueve. Oh, tarda muchos días en formarse la lluvia.

—Lo sé.

Firmé un cheque, sintiéndome culpable. Me conocía lo suficiente para fiarse de mí. Pero el cheque era bueno. Había fondos. Antes de que abriesen el banco, el cheque sería sólo cenizas, y todos los bancos del mundo hervirían bajo el calor del sol. Pero eso no era culpa mía.

Apiló las bolsas en el carrito y fue hacia la puerta.

—Cuando pare un poco la lluvia, lo sacaremos todo deprisa. Bien, ¿listos?

Abrí la puerta. La lluvia caía como si alguien hubiese arrojado un cubo de agua al escaparate. Paró al cabo de un momento, aunque por el cristal siguió resbalando el agua.

—¡Ahora! —gritó el dependiente.

Abrí del todo la puerta y salimos. Llegamos al coche riendo como chiflados. El

viento aullaba a nuestro alrededor, rociándonos por completo.

—Hemos aprovechado un buen respiro. ¿Sabes qué me recuerda este tiempo? Kansas —dijo el dependiente—. Durante un tornado.

¡De repente, el cielo estuvo lleno de grava! Gritamos y agachamos la cabeza, y el coche recibió un millón de golpes. Abrí la portezuela y empujé a Leslie y al dependiente tras de mí. Nos frotamos las maltrechas cabezas y contemplamos la grava blanca que bailoteaba por todas partes.

El dependiente se sacó una piedrecita del cuello de la camisa. La puso en la mano de Leslie, y ella soltó un gritito y me la dio. Estaba fría, helada.

—Granizo —exclamó el viejo—. No lo entiendo.

Tampoco lo entendía yo. Sólo acertaba a pensar que estaba relacionado con la nova. Pero ¿qué? ¿Cómo?

—Debo regresar —musitó el dependiente.

El granizo se había fundido rápidamente. El viejo salió del coche como un soldado al tomar una colina. No volvimos a verle.

Las nubes se formaban y desaparecían velozmente, mucho más deprisa que en días anteriores, sus vientres brillantes por las luces de la ciudad.

—Debe de ser por la nova —comentó Leslie.

—Pero ¿cómo? Si la onda de choque hubiese llegado hasta aquí ya habríamos muerto... o al menos estaríamos sordos. ¿Granizo?

—¿Qué más da, Stan? ¡No tenemos tiempo!

—Está bien —me estremecí—. ¿Qué es lo que más te gustaría, ahora mismo?

—Ver un partido de béisbol.

—Son las dos de la madrugada —indiqué.

—Lo cual impide muchas cosas, ¿verdad?

—Exacto. Hemos estado en nuestro último bar. Hemos visto el último espectáculo, nuestra última película. ¿Qué más queda?

—Contemplar el escaparate de una joyería.

—¿En serio? ¿En tu última noche en la Tierra?

Consideró la respuesta.

—Sí.

Y lo dijo en serio. Por mi parte, no podía imaginarme una cosa más aburrida.

—¿Westwood o Beverly Hills?

—Ambas.

—Oye, mira...

—Pues Beverly Hills.

Pasamos bajo otro chaparrón de granizo... una tempestad en cápsulas. Aparcamos a media manzana de Tiffany.

La acera era un solo charco. El agua de la lluvia caía sobre nosotros desde los

diversos niveles de los edificios.

—¡Es maravilloso! —exclamó Leslie—. Debe de haber media docena de joyerías en una distancia muy corta.

—Pensaba ir en el coche...

—No, no, no, no adoptas la actitud más apropiada. Hay que recorrer los escaparates a pie.

Está en el reglamento.

—Pero la lluvia...

—No morirás de pulmonía. No tienes tiempo —rió alegremente.

Tiffany tenía una sucursal en Beverly Hills, pero de noche no había en los escaparates joyas caras. Había, eso sí, algunas chucherías fascinantes, nada más.

Torcimos hacia Rodeo Drive... y quedamos admirados. Tibor sí exhibía una colección infinita de sortijas, recargadas y modernas, grandes y pequeñas, con toda clase de piedras preciosas y semipreciosas. Al otro lado de la calle, Van Cleef & Arpels exhibía broches, relojes de caballero con dibujos admirables, brazaletes con relojitos engastados, y en un escaparate todo eran diamantes.

—Oh, es estupendo —proclamó Leslie, sobrecogida ante los centelleantes diamantes—. ¡Qué hermosos deben de ser a la luz del día! Oh...

—Es mejor no pensar en eso. Imagínatelos al amanecer, relucientes a la luz de la nova, mientras los escaparates se resquebrajan para dejar entrar la luz del día. ¿Quieres uno? ¿El collar?

—Oh... ¿puedo quedarme con uno? Eh, estás bromeando. Deja eso, idiota, debe de haber alarmas en el cristal.

—Mira, nadie va a usar nada de eso a partir de ahora. ¿Por qué no hemos de llevarnos algo?

—¡Nos cogerían!

—Dijiste que querías ir de tiendas...

—No quiero pasar la última hora de mi vida en un calabozo. Si hubieras traído el coche, tal vez habríamos podido...

—... escapar. Exacto. Y yo quería traerlo...

Pero en ese instante nos derrumbamos casi literalmente y retrocedimos, sosteniéndonos uno al otro.

Había más de media docena de joyerías en Rodeo. Y había más tiendas. Juguetes, libros, camisas y corbatas de estilos modernísimos. En Francis Orr, un gran cubo de plástico lleno de peniques nuevos. Más allá, un par de relojes muy extraños. Era muy divertido ir mirando escaparates, sabiendo que podíamos romper uno y llevarnos lo que quisiéramos.

Caminábamos, cogidos de la mano, balanceando los brazos. La acera era sólo nuestra; los demás habían huido por el mal tiempo. Las nubes se arremolinaban en lo alto.

—Ojalá hubiese sabido lo que iba a suceder —se quejó Leslie repentinamente—.

Pasé todo el día de ayer tratando de arreglar un fallo de un programa. Y ahora, ya no me queda tiempo.

—¿Qué habrías hecho? ¿Ver un partido de béisbol?

—Tal vez. No. Bien, ya no importan las ligas —frunció el ceño ante un escaparate de vestidos—. ¿Qué habrías hecho tú?

—Ir al Esfera Azul a tomarme un combinado —indiqué—. Es un local de *topless*. Solía ir mucho allí. Creo que ahora ya van totalmente desnudas.

—Nunca he estado en uno de esos establecimientos. ¿A qué hora abren?

—Olvídalo, son casi las dos y media.

Leslie reflexionó, contemplando los gigantescos animales disecados de una tienda de juguetes.

—¿No hay nadie a quien asesinarías si tuvieras tiempo?

—Bueno, ya conoces a mi agente, que vive en Nueva York.

—¿Por qué a él?

—Hija mía, ¿por qué todos los escritores desean matar a sus agentes literarios? Por los manuscritos que pierden debajo de otros manuscritos. Por su diez por ciento, que tan mal perciben, y por el otro noventa por ciento que me envían a regañadientes y tarde. Por...

De pronto, el viento aulló y nos azotó furiosamente. Leslie indicó un portal, que resultó ser el de Gucci, y corrimos hacia él. Nos acurrucamos contra el cristal.

El viento se cargó de un granizo del tamaño de canicas. Los vidrios se rompían por doquier, y las alarmas sonaban como voces débiles y frágiles en el viento. ¡Había algo más que granizo en el viento! ¡Había piedras!

Capté el olor y el sabor del agua del mar.

Nos apretujamos en el espacio medio protegido delante de Gucci. Acuñé una frase de breve vida y grité:

—¡Tiempo de nova! ¡Como las brasas lo hicieron...!

No podía oírme a mí mismo, y Leslie ni se enteró de mis gritos.

Tiempo de nova. ¿Cómo había llegado tan deprisa? Viniendo por el Polo, la onda de choque de la nova debía de haber recorrido seis mil kilómetros... al menos, un viaje de cinco horas.

No. La onda de choque viajaría por la estratosfera, donde la velocidad del sonido es mayor, y después se propagaría por abajo. Tres horas eran suficientes. Sin embargo, medité, no debería llegar como un huracán. Al otro lado del mundo, la explosión del sol estaba desgarrando nuestra atmósfera, enviándola a las estrellas. El choque tendría que haberse producido como un solo y vasto trueno.

El viento amainó un momento y eché a correr por la acera, arrastrando a Leslie. Encontramos otro portal cuando el viento volvió a soplar. Me pareció oír una sirena en respuesta a la alarma.

En la siguiente pausa atravesamos Wilshire y llegamos al coche. Nos sentamos dentro jadeando, y esperamos a que la calefacción nos calentase. Mis zapatos eran

como barcas. La ropa mojada se me pegaba a la piel.

—¿Cuánto durará? —gritó Leslie.

—¡No lo sé! ¡Debemos de tener algún tiempo!

—¡Tendremos que ir de excursión dentro del piso!

—¿Del tuyo o del mío? Del tuyo —decidí, apartando el coche de la acera.

5

Wilshire Boulevard estaba inundado hasta casi cubrir las ruedas de los coches en muchos sitios. Las ráfagas de granizo y cellisca eran ya una lluvia continua. Ante nosotros se extendía una niebla espesa, alta hasta la cintura, que se quebraba sobre el capó del coche y formaba una estela detrás nuestro. Un tiempo espantoso.

Tiempo de nova. No había llegado la onda de choque del vapor recalentado. En cambio, atronaba la estratosfera un viento cálido, y su turbulencia formaba extrañas tormentas a nivel del suelo.

Estacionamos ilegalmente en el nivel superior del aparcamiento. Un vistazo al interior me permitió comprobar que estaba atestado. Abrí el portaequipajes y saqué dos pesadas bolsas de papel.

—Debemos de estar locos —comentó Leslie, meneando la cabeza—. Nunca nos comeremos todo esto.

—De todos modos, lo subiremos.

—Pero ¿por qué? —preguntó riendo Leslie.

—Por capricho. ¿Me ayudas?

Llevamos toda la carga hasta el piso catorce. Bueno, dejamos todavía un par de bolsas en el coche.

—Bah, no importa —exclamó Leslie—. Tenemos los entremeses, las botellas y los frutos secos.

¿Qué más necesitamos?

—Los quesos, las galletas y el foie-gras.

—Olvídalo.

—No.

—Estás loco —dijo lentamente Leslie, para que lo entendiese bien—. Puedes morir ahumado al bajar. Tal vez sólo nos queden unos minutos, y quieres tener comida para una semana... ¿Por qué?

—Prefiero no decirlo.

—Entonces, ¡márchate!

Cerró la puerta con una fuerza terrible.

El ascensor era un problema, y pensé que tal vez Leslie tuviese razón. El aullido del viento llegaba hasta allí, hasta el corazón del edificio. Tal vez estuviera arrancando cables eléctricos por todas partes, y yo me quedaría encerrado en una

cabina a oscuras. Pero bajé.

En el nivel superior había agua hasta las rodillas.

Mi segunda sorpresa fue que estaba tibia, como agua de baño usada, y era muy desagradable vadearla. El vapor se enroscaba en la superficie y luego se disolvía gracias al vendaval que soplabá por la cámara de cemento con chillidos como los de los condenados.

Al subir se me planteó otro problema. Si sucedía lo que estaba pensando, si una ráfaga de vapor me envolvía... Me sentía como un idiota... Pero se abrieron las puertas y las luces ni siquiera parpadearon.

Leslie no me dejó entrar.

—¡Vete! —me gritó desde el otro lado de la puerta—. ¡Vete y cómete tus quesos y tus galletas en otra parte!

—¿Estás citada con otro?

Fue una equivocación. No obtuve respuesta.

Casi pude comprender su punto de vista. El segundo viaje en busca de víveres no era algo que pudiera provocar una disputa. Pero ¿por qué tenía que ser una disputa? Además, ¿cuánto iba a durar lo nuestro? Con suerte, una hora. Entonces, ¿por qué perder el tiempo en una discusión para preservar algo tan efímero?

—No pensaba decírtelo —grité—. Tal vez necesitemos comida para una semana. Y un sitio donde escondernos.

Esperaba que me oyese a través de la puerta. El viento debía de soplar con mucha más intensidad en el otro lado.

Silencio. Me pregunté si sería capaz de derribar la puerta. ¿O sería mejor aguardar en el descansillo? Finalmente, ella tendría que...

Se abrió la puerta. Leslie estaba pálida.

—Eso ha sido cruel —murmuró.

—No puedo prometerte nada. Quería esperar, pero tú me has obligado. Me he estado preguntando si realmente ha explotado el sol.

—Eso ha sido cruel. Ya me estaba acostumbrando a la idea.

Volvió la cara hacia la jamba de la puerta. Cansada, estaba cansada. La había mantenido en pie demasiado tiempo...

—Escúchame. Todo fue un error —exclamé—. Debía de tratarse de una aurora boreal que iluminaba el cielo de polo a polo. Una oleada de partículas salidas del Sol y viajando casi a la velocidad de la luz habría penetrado en la atmósfera como... ¡Vaya, habríamos tenido que ver fuegos de San Telmo en todos los edificios!

Hice una leve pausa y continué:

—Además, la tormenta se presentó muy lentamente —grité, para que me oyese por encima del trueno—. Una nova desgarraría el cielo sobre la mitad del planeta. La onda de choque pasaría al lado nocturno con un ruido capaz de romper todos los cristales del mundo, ¡todos a la vez! Y rompería el cemento y el mármol... y, Leslie querida, eso no ha ocurrido. Por eso empecé a meditar...

—Entonces... ¿qué es? —preguntó en voz muy baja.

—Una llamarada. La peor que...

—¡Una llamarada! —gritó ella como acusándome—. ¡Una explosión solar! ¿Piensas que el sol puede encenderse como...?

—Calma...

—¿Crees que podría convertir a la luna y los planetas en otras tantas antorchas y después recobrar su aspecto normal como si nada hubiese sucedido? ¡Oh, idiota...!

—¿Puedo entrar?

Asintió sorprendida. Se hizo a un lado, me agaché para coger las bolsas y entré.

Las puertas de vidrio crujían como si unos gigantes intentasen abrirse paso a través de ellas. La lluvia había penetrado por algunos resquicios y formaba charquitos sobre la alfombra.

Dejé las bolsas en la cocina. Hallé pan en el refrigerador y metí dos rebanadas en el tostador. Mientras se tostaban, abrí las latas de foie-gras.

—Mi telescopio ha desaparecido —exclamó ella.

Claro. El trípode estaba en el balcón.

Quitó el alambre de una botella de champaña. Las rebanadas de pan saltaron, listas, y Leslie cogió un cuchillo y las untó con el foie-gras. Sostuve la botella junto a su oído para darle un sobresalto.

Ella sonrió fugazmente cuando saltó el corcho.

—Podemos instalar aquí nuestro campamento. Detrás de la mesa. Tarde o temprano el viento romperá las puertas y lloverán vidrios por todas partes.

Era una buena idea. Pasé al otro lado de la cocina, cogí todos los cojines del suelo y del diván y volví con ellos. Nos hicimos un buen nido.

Era muy agradable. La repisa de la cocina tenía metro y medio de altura, o sea que quedaba por encima de nuestras cabezas, y el espacio de la cocina era lo bastante amplio para movernos cómodamente. Y el suelo estaba lleno de almohadones. Leslie sirvió el champaña en copas de coñac, lo cual no estaba mal.

Quise pensar en un brindis, pero había demasiadas posibilidades, todas deprimentes. Bebimos sin brindar. Luego, dejamos cuidadosamente las copas y nos abrazamos. Podíamos estar sentados cara a cara, recostados uno al lado del otro.

—Vamos a morir —musitó Leslie.

—Quizá no.

—Acostúmbrate a la idea. Yo ya lo estoy. Mírate, estás muy nervioso. Tienes miedo de morir. ¿No ha sido una velada agradable?

—Única. Ojalá te hubiese llevado a cenar más a menudo.

Llegó el trueno en una serie de seis explosiones. Como bombas en un ataque aéreo.

—Pienso como tú —asintió Leslie cuando pudimos volver a oír.

—Ojalá lo hubiera sabido esta tarde.

—Praliné de nueces...

—El mercado de Farmer. Cacahuets tostados. ¿A quién habrías asesinado de haber tenido tiempo?

—Había una chica en mi colegio universitario...

Y empezamos a competir. Yo nombré a un editor que siempre cambiaba de idea. Leslie nombró a una de mis antiguas novias. Yo nombré a un novio suyo, al único que yo conocía, y nos divertimos mucho antes de quedarnos sin nombres. Mi hermano Mike se había olvidado en cierta ocasión de mi cumpleaños. El muy canalla.

Las luces parpadearon y volvieron a brillar.

—¿Crees que el sol —preguntó Leslie en un tono demasiado casual— puede volver a la normalidad?

—Será mejor que vuelva, de lo contrario, moriremos. Ojalá pudiéramos ver Júpiter.

—¡Maldición, responde! ¿Crees que ha sido una llamarada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Las estrellas enanas amarillas no se convierten en novae.

—¿Y si la nuestra lo hubiese hecho?

—Los astrónomos saben muchas cosas sobre las novae —repliqué—. Más de lo que puedas sospechar. Las prevén con meses de antelación. El sol es una estrella enana amarilla sin importancia. Y esa clase de estrellas nunca se transforman en novae, repito. Primero tienen que salir de la secuencia principal, y eso tarda millones de años.

Golpeó mi espalda cariñosamente con el puño. Estábamos mejilla contra mejilla y no podía verle la cara.

—No quiero creerlo. No me atrevo. Stan, nunca había ocurrido una cosa como ésta. ¿Cómo lo sabes...?

—Por algo que ocurrió.

—¿Qué? No lo creo. Nos acordaríamos.

—¿Te acuerdas del primer alunizaje? ¿Con Aldrin y Armstrong?

—Claro. Lo vimos en la fiesta de alunizaje de Earl.

—Alunizaron en el lugar más grande y más llano que pudieron hallar en la Luna. Enviaron varias horas de película, tomaron fotos muy claras y dejaron huellas por todo el lugar. Y regresaron con un montón de piedras.

»¿Te acuerdas? La gente dijo que había sido un viaje muy largo para no traer más que piedras. Pero lo primero que se observó en ellas fue que estaban medio fundidas.

»En un tiempo pasado, en algún momento de los últimos cien mil años, el Sol sufrió otra de sus llamaradas, también muy potente, que no duró lo bastante para dejar señales en la Tierra. Pero la Luna no tiene atmósfera que la proteja, y todas las rocas de un lado se fundieron.

El aire estaba muy caliente y húmedo. Me quité la chaqueta, completamente mojada por la lluvia. Busqué tabaco y cerillas, encendí un cigarrillo y exhalé el humo

junto a la oreja de Leslie.

—Lo recordaríamos. No pudo ser tan malo.

—No estoy tan seguro. Supongamos que sucedió en el Pacífico. No podía hacer mucho daño. O sobre el continente americano. Habría esterilizado algunas plantas y animales, e incendiado gran cantidad de bosques, y ¿quién lo sabría? Aquella vez el sol volvió a la normalidad. Podría volver a ocurrir. El sol es una estrella variable de cuarta magnitud. Tal vez sea más variable de lo que pensamos, y varíe mucho más a menudo.

Algo se rompió en el dormitorio. ¿Una ventana? Un viento húmedo nos rozó, y el rumor de la tormenta subió de tono.

—O sea que podríamos sobrevivir a esto —puntualizó Leslie.

—Creo que has puesto el dedo en la llaga. ¡Skäl!

Cogí la copa y bebí un sorbo de champaña. Eran más de las tres de la madrugada y el huracán azotaba nuestras puertas.

—¿Y no debemos hacer nada?

—Lo estamos haciendo.

—¡Por ejemplo, intentar subir a la montaña! ¡Stan, habrá inundaciones!

—Puedes apostar a que sí, pero no se elevarán tanto. No llegarán aquí. Catorce pisos. Oye, ya lo pensé. Estamos en un edificio construido a prueba de terremotos; al menos, eso me dijiste. Por tanto, haría falta algo más fuerte que un huracán para derribarlo.

»En cuanto a huir a la montaña, ¿a qué montaña? Esta noche no llegaríamos muy lejos, con las calles ya inundadas. Supongamos que lográramos subir a las montañas de Santa Mónica; y después, ¿qué? Corrimientos de tierras. Esa zona no resistirá lo que se avecina. La llamarada habrá absorbido suficiente agua para formar otro océano. ¡Lloverá durante cuarenta días y cuarenta noches! Amor mío, éste es el lugar más seguro al que podemos llegar esta noche.

—¿Y si se funden los casquetes polares?

—Sí... bueno, estamos a bastante altura. Eh, tal vez fuera la última llamarada lo que inició el diluvio de Noé. Y quizá vuelva a suceder. Seguro que no hay ningún sitio en la Tierra que no esté en el centro de un huracán. Esos dos huracanes enfrentados ya deben de haberse descompuesto en centenares de tormentas más pequeñas.

Las vidrieras explotaron hacia dentro. Nos agachamos y el viento aulló a nuestro alrededor, trayendo consigo vidrios y lluvia.

—¡Al menos tenemos víveres! —grité—. Si la inundación nos aísla, podremos resistir algún tiempo.

—Pero si cortan la electricidad no podremos guisar. Y la nevera...

—Vamos a guisar todo lo que podamos. Haremos huevos duros...

El viento soplaba con inusitada intensidad. Dejé de hablar.

La cálida lluvia caía horizontalmente, dejándonos empapados. ¿Intentar guisar en

medio de un huracán? Había sido estúpido al esperar tanto. Si lo intentábamos, el viento volcaría los recipientes y nos quemaríamos con el agua caliente. O con el aceite caliente...

—¡Tendremos que utilizar el horno! —gritó Leslie.

Naturalmente. El horno no nos podía caer encima.

Lo graduamos a 190 °C y metimos dentro los huevos, en un cazo con agua. Sacamos toda la carne del cajón donde estaba y la pusimos en una bandeja refractaria. Dos alcachofas en otro cazo. Las otras verduras nos las podíamos comer crudas.

¿Qué más? Traté de pensar.

Agua. Si se iba la electricidad, probablemente nos quedaríamos también sin agua y sin teléfono. Abrí los grifos del fregadero y empecé a llenar cacharros: recipientes con tapadera, la cafetera para treinta tazas que Leslie usaba en las fiestas, el cubo de la colada... Pensó que estaba loco, pero yo no me fiaba de la lluvia como provisión de agua, ya que no podía controlarla.

El ruido. Ya habíamos dejado de gritar. Cuarenta días y cuarenta noches de ruido y estaríamos completamente sordos. ¿Algodón? Ya era tarde para ir al cuarto de baño. ¡Servilletas de papel! Cogí algunas, las rompí y las arrugué, con lo que tuvimos cuatro tapones para los oídos.

¿Condiciones sanitarias? Otro motivo para escoger el piso de Leslie. Cuando la cisterna dejase de funcionar, nos quedaría el balcón.

Y si la inundación llegaba hasta el piso catorce, nos quedaría el tejado. Veinte pisos más arriba. Si todavía ascendía más, poca gente quedaría cuando las aguas descendiesen.

¿Y si era una nova?

Atraje a Leslie hacia mí y encendí otro cigarrillo con una sola mano. Todos mis planes se derrumbarían si era una nova. Pero, aun sabiéndolo, habría actuado igual. No dejas de hacer planes aunque se pierdan las esperanzas.

Y cuando el huracán se convirtiese en vapor caliente, nos quedaría el balcón. Una carrera y un salto por la barandilla era preferible a morir quemados en vida.

Pero no había llegado el momento de mencionarlo.

Además, probablemente Leslie pensaba lo mismo.

Las luces se apagaron hacia las cuatro. Apagué el horno, por si volvía la corriente. Dejaría pasar una hora para que se enfriase y metería toda la comida en las bolsas.

Leslie dormía, recostada en mis brazos. ¿Cómo podía dormir sin saber la verdad? Le coloqué unos almohadones detrás y la dejé descansar.

Durante algún tiempo permanecí tendido de espaldas, fumando y viendo cómo los relámpagos hacían dibujos en el techo. Nos habíamos tomado todo el foie-gras y una botella de champaña. Pensé en abrir la de coñac pero decidí lo contrario, con pesar.

Transcurrió largo tiempo. No sé qué iba pensando. No dormí, aunque tenía el

cerebro ocioso. Sólo gradualmente me di cuenta de que el techo, entre dos relámpagos, se había vuelto gris.

Rodé sobre mí mismo, cautelosamente, empapado. Todo estaba mojado.

Mi reloj indicaba las nueve y media.

Pasé arrastrándome al salón. Llevaba tanto tiempo ignorando los ruidos de la tormenta que tuve que recibir una ráfaga de lluvia caliente para acordarme. Había un huracán en marcha. Pero entre las negras nubes se filtraba una luz grisácea.

Había hecho bien al guardar el coñac. Inundaciones, tormentas, radiación intensa, incendios debidos a la explosión solar... si la destrucción general era tal como me la imaginaba, el dinero carecería de valor. Y necesitaríamos artículos de trueque.

Tenía hambre. Me comí un par de huevos con *bacon* y empecé a guardar el resto de las provisiones. Teníamos comida para una semana... aunque no para mantener una dieta equilibrada. Quizá pudiéramos hacer cambios con los de otros apartamentos. Era un edificio grande. También debía de haber apartamentos vacíos que podríamos asaltar en busca de sopa enlatada y otros productos similares. Además, habría que ocuparse de los refugiados de los pisos más bajos, si las aguas seguían subiendo...

¡Maldición! Echaba de menos la nova. La vida había sido muy simple la noche anterior. Y ahora... ¿Teníamos medicinas? ¿Habría médicos en el edificio? Podía declararse una disentería y otras epidemias. Y hambre. No muy lejos había un supermercado. ¿Hallaríamos un equipo de submarinismo en la casa?

Pero primero necesitaba dormir. Más tarde exploraríamos el edificio. El día tenía una claridad gris carbón. Las cosas habrían podido ser peores, mucho peores. Pensé en la radiación que debía de haber caído sobre el otro extremo del mundo, y me pregunté si nuestros hijos tendrían que colonizar Europa, o Asia, o África...

Los premios Hugo 1970-1972

28ª CONVENCIÓN - HEIDELBERG, 1970

Novela — *La mano izquierda de la oscuridad*, de Ursula K. LeGuin.

Novela corta — *Nave de sombras*, de Fritz Leiber.

Cuento corto — *El tiempo considerado como una espiral de piedras semipreciosas*, de Samuel R. Delany.

Representación dramática — Seguimiento por televisión del Apollo XI.

Revista profesional — *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

Publicación «amateur» — *Science Fiction Review*, Dick Geis (ed.).

Escritor aficionado — Bob (Wilson) Tucker.

Artista aficionado — Tim Kirk.

29ª CONVENCIÓN - BOSTON, 1971

Novela — *Mundo Anillo*, de Larry Niven.

Novela corta — *Aciago encuentro en Lankhmar*, de Fritz Leiber.

Cuento corto — *Escultura lenta*, de Theodore Sturgeon.

Artista profesional — Leo y Diane Dillon.

Revista profesional — *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

Publicación «amateur» — *Locus*, Charles y Dena Brown (eds.).

Escritor aficionado — Dick Geis.

Artista aficionado — Alicia Austin.

30ª CONVENCIÓN - LOS ÁNGELES, 1972

Novela — *A vuestros cuerpos dispersos*, de Philip José Farmer.

Novela corta — *La reina del aire y la oscuridad*, de Poul Anderson.

Cuento corto — *Luna inconstante*, de Larry Niven.

Representación dramática — *La naranja mecánica*.

Artista profesional — Frank Kelly Freas.

Revista profesional — *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

Publicación «amateur» — *Locus*, Charles y Dena Brown (eds.).

Escritor aficionado — Harry Warner, Jr.

Artista aficionado — Tim Kirk.

Notas

[1] Los premios Nebula los concede anualmente la Science Fiction Writers of America. Se trata de premios de escritores, mientras que los Hugo son premios de lectores. <<

[2] Supongo que entre los lectores habrá algunos que piensen que menciono mis libros en estas y otras introducciones intentando promocionarlos. Si realmente es eso lo que piensan, permítanme que se lo explique: sí, eso es lo que hago. <<